

Ellen G. White Estate

# THE SPIRIT OF PROPHECY VOLUME ONE

ELLEN G. WHITE



---

# **El espíritu de profecía Volumen uno**

---

**Elena de White**

**1870**

**Copyright © 2017  
Ellen G. White Estate, Inc.**





## Información sobre este libro

### Visión general

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Está incluido en los [libros en línea](#) gratuitos más grandes. colección en el sitio web de Ellen G. White Estate.

### Sobre el Autor

Elena G. de White (1827-1915) es considerada la autora estadounidense más traducida, sus obras se han publicado en más de 160 idiomas. Escribió más de 100.000 páginas sobre una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y señaló las Escrituras como base de la fe.

### Más enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)

[Acerca del patrimonio de Elena G. de White](#)

### Acuerdo de licencia de usuario final

La visualización, impresión o descarga de este libro le otorga solo una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para su uso exclusivo y personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de obras derivadas u otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro rescinde la licencia otorgada por el presente.

### Más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores o cómo puede apoyar este servicio, comuníquese con Ellen G. White Estate en [mail@whiteestate.org](mailto:mail@whiteestate.org). Estamos agradecidos por su interés y comentarios y le deseamos la bendición de Dios mientras lee.



# Contenido

Información sobre este Libro El . . . . . i

Espíritu de Profecía. . . . . v

El conflicto de los siglos. . . . . XIII

Capítulo 1—La caída de Satanás . . . . . 14

Capítulo 2—La Creación . . . . . 19

Capítulo 3—La tentación y la caída Capítulo . . . . . 22

4—El plan de salvación . . . . . 35

Capítulo 5—Caín y Abel . . . . . 42

Capítulo 6—Set y Enoc Capítulo . . . . . 47

7—El diluvio Capítulo 8— . . . . . 52

Infidelidad encubierta . . . . . 66

Capítulo 9—La Torre de Babel . . . . . 70

Capítulo 10—Abraham . . . . . 72

Capítulo 11: Isaac . . . . . 78

Capítulo 12: Jacob y Esaú Capítulo . . . . . 81

13: Jacob y el ángel . . . . . 90

Capítulo 14: José y sus hermanos Capítulo . . . . . 96

15: Moisés. . . . . 121

Capítulo 16—Las plagas en Egipto . . . . . 134

Capítulo 17—La Pascua . . . . . 146

Capítulo 18—Israel sale de Egipto . . . . . 150

Capítulo 19—Sus viajes . . . . . 162

Capítulo 20—La ley de Dios . . . . . 170

Capítulo 21—El Santuario . . . . . 196

Capítulo 22—Fuego extraño . . . . . 202

Capítulo 23—Las codornices . . . . . 206

Capítulo 24: María . . . . . 210

Capítulo 25: Caleb y Josué . . . . . 213

Capítulo 26: Coré, Datán y Abiram. . . . . 218

Capítulo 27—La vara de Aarón . . . . . 225

Capítulo 28—El pecado de Moisés . . . . . 228

Capítulo 29—Serpientes ardientes . . . . . 232

Capítulo 30—Balaam . . . . . 236

Capítulo 31—La muerte de Moisés . . . . . 244

|                                       |                                 |
|---------------------------------------|---------------------------------|
| IV                                    | El espíritu de profecía, vol. 1 |
| Capítulo 32—Josué . . . . .           | 254                             |
| Capítulo 33—Samuel y Saúl . . . . .   | 260                             |
| Capítulo 34—David . . . . .           | 277                             |
| Capítulo 35—Salomón . . . . .         | 287                             |
| Capítulo 36—El Arca de Dios . . . . . | 293                             |

## El espíritu de profecía

Una vez, el hombre caminó con Dios en el Edén. A cara descubierta contempló la gloria del Señor y habló con Dios, Cristo y los ángeles en el paraíso, sin un velo que lo oscureciera. El hombre cayó de su rectitud moral e inocencia, y fue expulsado del jardín, del árbol de la vida y de la presencia visible del Señor y de sus santos ángeles. Desde entonces, la oscuridad moral, como el manto de la muerte, ha proyectado sus sombras por doquier, y por todas partes se ha visto la plaga y el moho del pecado. Y en medio de la tristeza general y la miseria moral, el hombre ha vagado por las puertas del paraíso durante casi seis mil años, sujeto a la enfermedad, el dolor, la tristeza, las lágrimas y la muerte. También ha estado sujeto a las tentaciones y artimañas del diablo, tanto que es la triste historia del hombre, a lo largo de todo el período de su estado caído, que Satanás ha reinado con dominio casi universal.

Cuando todo estaba perdido en Adán, y las sombras de la noche oscurecieron los cielos morales, pronto apareció la estrella de la esperanza en Cristo, y con ella se estableció un medio de comunicación entre Dios y el hombre. En su estado caído, el hombre no podía conversar cara a cara con Dios, y con Cristo, y con los ángeles, como cuando estaba en su pureza edénica. Pero a través de la ministración de los santos ángeles, el gran Dios pudo hablarle en sueños y en visiones. “Si hubiere entre vosotros profeta, yo, el Señor, me manifestaré a él en visión, y le hablaré en sueños”. [Números 12:6](#).

La manifestación del espíritu de profecía fue diseñada para todas las dispensaciones. El registro sagrado en ninguna parte lo restringe a un período de tiempo particular, desde la caída hasta la restitución final. La Biblia reconoce su manifestación por igual en la era patriarcal, en [\[8\]](#) la era judía y en la era cristiana. A través de este medio, Dios se comunicó con los hombres santos de la antigüedad. Enoc, el séptimo desde Adán, profetizó; y tan extenso fue el alcance de su visión profética, y tan minuciosa, que pudo contemplar largas eras y describir la venida del Señor y la ejecución del juicio final sobre los impíos. Judas, [versículos 14, 15](#).

Dios habló a sus profetas en la dispensación judía en visiones y en sueños, y abrió ante ellos las grandes cosas del futuro, especialmente aquellas relacionadas con la primera venida de Cristo para sufrir por los pecadores, y su segunda aparición en gloria para destruir a sus enemigos. , y completar la redención de su pueblo. Si el espíritu de profecía casi desapareció de la iglesia judía durante algunos siglos hacia el final de esa dispensación, debido a las corrupciones en esa iglesia, reapareció al final para anunciar el mesías. Zacarías, el padre de Juan el Bautista, “fue lleno del Espíritu Santo y profetizó”. Simeón, un hombre justo y piadoso, que estaba “esperando la consolación de Israel”, entró por el Espíritu en el templo y profetizó de Jesús como “una luz para iluminación de los gentiles y gloria de Israel”. Y Ana, una profetisa, “habló de él a todos los que esperaban la redención en Jerusalén”. Y no hubo mayor profeta que Juan, quien fue elegido por Dios para presentar a Israel “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

La era cristiana comenzó con el derramamiento del Espíritu Santo y la manifestación de varios dones espirituales. Entre estos estaba el don de profecía. Después de comisionar a sus discípulos para ir por todo el mundo y predicar el evangelio, Jesús les dice: “Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán en lenguas nuevas; tomarán en las manos serpientes; y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; [9] sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”, [Marcos 16:17, 18](#) En el día de Pentecostés, cuando la dispensación cristiana se abrió por completo, algunos de estos dones se manifestaron de manera maravillosa. [Hechos 2:1-11](#). Lucas, al dar cuenta de sus viajes con Pablo y otros, cuando ya había pasado un cuarto de siglo de la era cristiana , después de hablar de entrar en la casa del evangelista Felipe, dice: “Y el mismo hombre tenía cuatro hijas , vírgenes, que profetizaron. Y estando allí muchos días, vino de Judea un profeta llamado Agabo. [Hechos 21:9, 10](#). De nuevo, todavía más tarde, vemos al amado Juan, en la isla de Patmos, imbuido del espíritu de profecía en toda su plenitud. La maravillosa Revelación le fue dada cuando había pasado más de medio siglo de la era cristiana. Y aquí el registro del Nuevo Testamento nos deja sin una sola insinuación de que los dones del Espíritu debe

cese de la iglesia hasta que el día de la gloria sea introducido por la segunda aparición de Jesucristo.

Desde la gran apostasía, estos dones rara vez se han manifestado; y por esta razón, los cristianos profesos generalmente suponen que fueron diseñados para limitarse al período de la iglesia primitiva. Pero desde la época de los cristianos primitivos hasta el presente ha habido manifestaciones entre los seguidores más devotos de Jesús, que han sido reconocidas por casi todas las principales denominaciones como los dones del Espíritu Santo. Entonces, ¿no deberían asignarse los errores y la incredulidad de la iglesia como razones por las que estas manifestaciones han sido tan raras, en lugar de que Dios haya quitado estas bendiciones de la iglesia? Cuando el pueblo de Dios alcance la fe y la práctica primitivas, como ciertamente lo harán bajo el último mensaje, la lluvia tardía será derramada y todos los dones serán revividos. La lluvia temprana fue dada al comienzo de la era cristiana, en el tiempo de la siembra de la semilla del evangelio, para [10] hacer que germine y eche buenas raíces. Entonces la iglesia disfrutó de los regalos. Y cuando la lluvia tardía sea derramada al final de la dispensación, para madurar la cosecha dorada para el granero de Dios, entonces los dones del Espíritu Santo se manifestarán en toda su plenitud.

Con esto concuerdan las palabras del profeta, citadas por Pedro: “Y acontecerá en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños. Y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días mi espíritu, y profetizarán. Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra; sangre y fuego y vapor de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto”. [Hechos 2:17-20](#). El espíritu de profecía se ve aquí entre las señales especiales de los últimos días. Su resurgimiento en los últimos días iba a constituir uno de los signos más notorios del fin que se acercaba. Esto es evidente por estar clasificado con los signos más prominentes, en el sol, en la luna y en las estrellas, y tales prodigios, en los cielos arriba, y en la tierra abajo, como sangre y fuego y vapor de fumar.

De todas las bendiciones que Dios ha concedido a su pueblo, excepto el don de su Hijo, ninguna ha sido tan sagrada ni tan importante para su bienestar como el don de su santa ley y su Santo Espíritu. Y ninguno ha sido tan bien calculado para frustrar los planes de Satanás y, en consecuencia, para despertar su ira, como estos. Y cuando ese pueblo se levante en la última generación de hombres, que observen todos los diez preceptos de la santa ley de Dios, y reconozcan el avivamiento del espíritu de profecía, podrían esperar [11] sentir esa amargura de sus adversarios, que sólo pueden surgir de la inspiración directa de Satanás. “Y el dragón se enojó contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el remanente de la simiente de ella, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo.” [Apocalipsis 12:17](#).

“El testimonio de Jesús”, dijo el ángel a Juan, “es el espíritu de profecía”. [Apocalipsis 19:10](#). Es el guardar los mandamientos de Dios, y el reconocimiento del avivamiento del espíritu de profecía por parte del remanente de la iglesia, o los cristianos de la última generación, lo que despierta la ira del dragón.

La era judía, a pesar de sus apostasías, abrió y cerró con manifestaciones especiales del espíritu de Dios. Y no es razonable suponer que la era cristiana, cuya luz, comparada con la dispensación anterior, es como la luz del sol para los débiles rayos de la luna, deba comenzar en gloria y terminar en oscuridad. Y puesto que era necesaria una obra especial del espíritu para preparar a un pueblo para la primera venida de Cristo, cuánto más para su segunda venida.

Dios nunca ha manifestado su poder a su pueblo simplemente para su gratificación; pero conforme a sus necesidades él ha obrado para ellos. Entonces podemos concluir con seguridad que mientras su pueblo está pasando los peligros de los últimos días en la lucha final con los poderes de las tinieblas despertados, cuando los falsos profetas tendrán poder para mostrar grandes señales y prodigios, de tal manera que, si fuere posible, ellos engañaría a los mismos elegidos, nuestro misericordioso Dios bendecirá y fortalecerá a su pueblo desfalleciente con los dones, así como con las gracias, del Espíritu Santo.

Hemos visto que la manifestación del espíritu de profecía en sueños y visiones se hizo necesaria como consecuencia de la separación del hombre de la presencia visible de Dios. Pero cuando el



tabernáculo de Dios estará con los hombres, y él morará con ellos, y Dios mismo estará con ellos, [Apocalipsis 21:3](#); cuando Cristo [12] venga otra vez con todos los santos ángeles, y reciba a su pueblo consigo, para que donde él esté, ellos también estén, [Juan 14:3](#); y cuando el hombre redimido camine y hable con Dios, y Cristo, y los ángeles, en el Edén restaurado; entonces ya no habrá más necesidad del espíritu de profecía.

Cuando el hombre en el Edén estuvo en toda la perfección de su humanidad, antes de que la plaga del pecado hubiera tocado todo lo que Dios había hecho para él, y con el rostro descubierto contemplara la gloria del Señor, no tendría necesidad del espíritu de profecía. Pero cuando el Edén se perdió como consecuencia de la transgresión, y el hombre fue condenado a andar a tientas desde las puertas del paraíso, envuelto en la oscuridad moral que resultó de la maldición y el reinado de Satanás, necesitó la luz del espíritu de profecía. Y su necesidad a este respecto continuará, más o menos urgente, hasta la restitución, cuando los redimidos caminarán y hablarán con Dios, y con Cristo, y con los santos ángeles, en el Edén restaurado.

El apóstol de los Corintios claramente sostiene esta posición. Introduce el tema diciendo: “ En cuanto a los dones espirituales, hermanos, no quiero que ignoréis”. [1 Corintios 12:1](#). Consideró que el tema era de demasiada importancia para dejar a la iglesia de Corinto en la ignorancia al respecto. Propone instruirlos. Haremos bien en aprovechar el beneficio de sus enseñanzas.

En este capítulo el apóstol presenta el cuerpo humano, con sus varios miembros actuando en armonía, uno dependiente del otro, como una ilustración de la iglesia cristiana, con sus miembros y los varios dones que Dios ha puesto en la iglesia. Luego hace la aplicación de la figura así: “Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen diversidad de lenguas”. [13] Versículos 27 y 28.

Téngase en cuenta que Dios ha puesto profetas, milagros y dones de sanidades en la iglesia cristiana, así como tiene maestros, ayudantes y gobiernos. Y esta expresión, "Dios los ha puesto" en la Iglesia, significa más que que él se comunicaría con este pueblo por Su Espíritu Santo en la era cristiana de la misma manera que lo había hecho .

en dispensaciones anteriores. Transmite la idea de que Dios los había dotado especialmente a la iglesia cristiana. Él los había establecido en la iglesia, para permanecer hasta el regreso de su Señor ausente. Esto se hizo porque la iglesia los necesitaba. ¿Los necesitaba la iglesia primitiva? Así también la verdadera iglesia los necesitaba para iluminar su camino durante el período oscuro de sus persecuciones y martirio. Y mucho más necesita la iglesia los dones para hacer su curso a través de los peligros de los últimos días, y para prepararse para recibir a su Señor que viene pronto.

El diseño de los dones, y también el tiempo de su permanencia en la iglesia, son expresados definitivamente por el apóstol a los Efesios: “Y constituyó a unos, apóstoles; y unos, profetas; y algunos, listas evangélicas; y unos, pastores y maestros; para perfeccionar a los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. Cap. 4:11-13.

No se puede demostrar que la iglesia, en vida de Pablo, alcanzó el estado de unidad, conocimiento y perfección que se menciona aquí. Y ciertamente la iglesia no disfrutó de estos durante su apostasía, [2 Tesalonicenses 2:3](#), y el período de su huida al desierto, [Apocalipsis 12:6](#). Tampoco ha alcanzado este estado de unidad, conocimiento y perfección desde los trabajos de Martín Lutero. La iglesia hoy está [14] casi infinitamente por debajo de este estado de unidad, conocimiento y perfección.

Y no hasta que los cristianos de la última generación de hombres lleguen a disfrutarlo mediante el último mensaje de amonestación, y todos los medios que Dios pueda emplear para prepararlos para ser trasladados al cielo sin gustar la muerte, el diseño final de la los dones se realicen.

Pero Pablo, en [1 Corintios 13](#), ha mostrado claramente cuándo cesarían los dones. En la primera parte de este capítulo el apóstol diserta sobre la preeminencia del amor (impropiamente traducido caridad) al don de lenguas, don de profecía, fe, liberalidad con los pobres y valor para dar el propio cuerpo para ser quemado. Estos, en ausencia de amor, no tienen valor. Luego describe las virtudes y riquezas del amor, cerrando con estas palabras: “La caridad [el amor] nunca deja de ser; pero si hay profecías, se desvanecerán; sea que haya lenguas, cesarán; sea que haya conocimiento, se desvanecerá.” [Ve](#)

8. Si bien el amor no es solo la gracia cristiana suprema aquí, sino que se extenderá por toda la eternidad y será la gloria suprema de los redimidos, los dones cesarán con la fe y la esperanza. En la gloriosa aparición del Señor, la fe se perderá a la vista, la esperanza en el fruto, las profecías dejarán de ser una luz para la iglesia, las lenguas dejarán de ser una señal, y el conocimiento vago de la presente noche oscura se disipará. desvanecerse ante el conocimiento perfecto del día perfecto, como los débiles rayos de la luna se desvanecen ante la luz del sol naciente.

Luego vienen las palabras contundentes de los versículos 9 y 10:

“Porque en parte conocemos , y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.” Todavía esperamos que llegue lo que es perfecto. Y mientras esperamos, que nuestro amado y ausente Señor se manifieste a su pueblo que espera a través de los dones. “Porque”, dice Pablo, hablando del presente estado imperfecto, “en parte conocemos , y en parte profetizamos”. ¿Hasta cuándo servirá el espíritu de profecía a la iglesia? ¿Cuándo se terminará? [15]

Respuesta: “Pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará”. Esto debería resolver la cuestión de la perpetuidad de los dones en la iglesia cristiana.

El punto de vista popular, sin embargo, es este: los dones fueron dados a la iglesia primitiva, para permanecer solo durante la vida de los primeros apóstoles de Cristo. A su muerte, los regalos debían ser retirados de la iglesia. Pero recordemos que se produce un gran cambio cuando los dones han de cesar, y ese cambio es de un estado imperfecto a uno perfecto; de la penumbra de la noche a la gloria del día perfecto. No necesitamos investigar si tal cambio tuvo lugar a la muerte de los primeros apóstoles; porque todos los que tienen algún conocimiento de la historia de la iglesia primitiva, saben que cualquier cambio que tuvo lugar en la iglesia alrededor del tiempo de la muerte de los apóstoles, no fue para mejor, sino decididamente para peor. Incluso en los días de Pablo, el misterio de la iniquidad ya obraba en la iglesia. [2 Tesalonicenses 2:7](#). Y el apóstol, dirigiéndose a los ancianos de la iglesia de Mileto, dice: “Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces , que no perdonarán al rebaño. También de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar discípulos tras sí.” [Hechos 20:29, 30](#). Pero si aplicamos este gran cambio al final de la presente dispensación, y la introducción de la eterna

día de gloria, todo es claro. Aquí tenemos la prueba más clara de que los dones no debían desaparecer hasta la segunda aparición de Cristo.

Pablo continúa con una ilustración del presente estado imperfecto, y el futuro estado de perfección y gloria: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, entendía como niño, pensaba como niño; Pero cuando llegué a ser hombre, dejé las cosas de niño”. [Verso 11](#). Su niñez representa el presente estado imperfecto; su hombría, la perfección de [16] el estado inmortal. Esto es evidente. Ahora supongamos que estamos equivocados, y que la infancia de Pablo representa a la iglesia en su día, dotada de los dones; ¡y que su virilidad representa a la iglesia después de su muerte, despojada de los dones del Espíritu Santo, y hundiéndose rápidamente hacia la gran apostasía! ¡Absurdo!

Y todavía el apóstol continúa con otra hermosa ilustración del cambio de la presente dispensación, durante la cual la Iglesia iba a disfrutar de la luz comparativamente tenue de los dones, mientras caminaba por fe y esperanza, hacia las glorias abiertas del mundo para venga, cuando los redimidos anden con Dios en el Edén restaurado, y hablen cara a cara con Cristo y los ángeles. Él dice: “Porque ahora vemos a través de un espejo, oscuramente; pero entonces, cara a cara.” [Verso 12](#). Al punto de vista de que los dones cesarían a la muerte de los primeros apóstoles, y que con su muerte vino el cambio glorioso ilustrado por estas palabras del apóstol, solo necesitamos repetir, ¡absurdo!

La verdad de Dios sobre este tema es consistente y armoniosa consigo misma y con toda la verdad divina. El espíritu de profecía, como consecuencia de la caída y la separación del hombre de la presencia visible de Dios, se convirtió en una necesidad. Esta necesidad no ha sido obviada por ningún cambio pasado de dispensación. Y ninguna dispensación necesita más los dones del Espíritu Santo que la era cristiana; y en ningún momento en el largo período de separación del hombre de la presencia visible de Dios, han sido tan necesarios como en medio de los peligros de las furiosas tempestades de los últimos días. Pero cuando venga el Redentor, termine la controversia, se dé el descanso de los santos, y ellos, todos inmortales, se reúnan alrededor del trono con los ángeles, y cara a cara contemplen la gloria de Dios y del Cordero, el espíritu de profecía será enumeradas entre las bendiciones más selectas del cielo del ~~pasado~~ <sup>pasado</sup>.

**El conflicto de los siglos**

[17]

## Capítulo 1—La caída de Satanás

Satanás en el Cielo, antes de su rebelión, era un ángel alto y exaltado, el siguiente en honor al amado Hijo de Dios. Su rostro, como el de los otros ángeles, era apacible y expresivo de felicidad. Su frente era alta y ancha, mostrando un poderoso intelecto. Su forma era perfecta; su porte noble y majestuoso. Una luz especial brilló en su semblante, y brilló alrededor de él más brillante y más hermoso que alrededor de los otros ángeles; sin embargo, Jesús, el amado Hijo de Dios, tenía la preeminencia sobre toda la hueste angélica. Él era uno con el Padre antes de que los ángeles fueran creados. Satanás estaba envidioso de Cristo, y gradualmente asumió el mando que recayó en Cristo solo.

El gran Creador reunió las huestes celestiales para poder conferir un honor especial a su Hijo en presencia de todos los ángeles. El Hijo estaba sentado en el trono con el Padre, y la multitud celestial de santos ángeles estaba reunida alrededor de ellos. Entonces el Padre dio a conocer que él mismo ordenó que Cristo, su Hijo, fuera igual a él; de modo que dondequiera que estaba la presencia de su Hijo, era como su propia presencia. La palabra del Hijo debía ser [18] obedecida tan prontamente como la palabra del Padre. A su Hijo lo había investido de autoridad para mandar a las huestes celestiales. Su Hijo debía trabajar especialmente en unión consigo mismo en la creación anticipada de la tierra y de todo ser viviente que debería existir sobre la tierra. Su Hijo llevaría a cabo su voluntad y sus propósitos, pero no haría nada por sí solo. La voluntad del Padre se cumpliría en él.

Satanás estaba envidioso y celoso de Jesucristo. Sin embargo, cuando todos los ángeles se inclinaron ante Jesús para reconocer su supremacía, alta autoridad y gobierno legítimo, Satanás se inclinó con ellos; pero su corazón estaba lleno de envidia y odio. Cristo había sido incluido en el consejo especial de Dios con respecto a sus planes, mientras que Satanás no los conocía. No entendió, ni se le permitió saber, los propósitos de Dios. Pero Cristo fue reconocido soberano del cielo, su poder y autoridad para ser el mismo que el de Dios mismo. Satanás pensó que él mismo era un favorito en el cielo

entre los ángeles. Él había sido muy exaltado; pero esto no provocó en él gratitud y alabanza a su Creador. Aspiraba a la altura de Dios mismo. Se gloriaba en su altivez. Sabía que era honrado por los ángeles. Tenía una misión especial que ejecutar. Había estado cerca del gran Creador, y los incesantes rayos de luz gloriosa que envolvían al Dios eterno habían brillado especialmente sobre él.

Satanás pensó en cómo los ángeles habían obedecido su mandato con placentera prontitud. ¿No eran sus vestidos ligeros y hermosos? ¿Por qué Cristo debe ser así honrado ante sí mismo?

Se fue de la presencia inmediata del Padre, insatisfecho y lleno de envidia contra Jesucristo. Ocultando sus verdaderos propósitos, reunió a la hueste angelical. Presentó su tema, que [19] era él mismo. Como agraviado, relató la preferencia que Dios le había dado a Jesús al descuido de sí mismo. Les dijo que en adelante toda la dulce libertad que habían disfrutado los ángeles había llegado a su fin. ¿Acaso no se había designado un gobernante sobre ellos, a quien de ahora en adelante debían rendir serviles honores? Les manifestó que los había convocado para asegurarles que ya no se sometería a esta invasión de sus derechos y los de ellos; que nunca más se inclinaría ante Cristo; que tomaría sobre sí el honor que se le debería haber conferido, y sería el comandante de todos los que se sometieran a seguirlo y obedecer su voz. Hubo contienda entre los ángeles. Satanás y sus simpatizantes se esforzaban por reformar el gobierno de Dios. Estaban descontentos y desdichados porque no podían mirar en su inescrutable sabiduría y determinar sus propósitos al exaltar a su Hijo Jesús, y al dotarlo con tal poder y mando ilimitados. Se rebelaron contra la autoridad del Hijo.

Los ángeles que fueron leales y verdaderos buscaron reconciliar a este ángel poderoso y rebelde con la voluntad de su Creador. Ellos justificaron el acto de Dios al conferir honor a Jesucristo, y con poderosos razonamientos trataron de convencer a Satanás de que ahora no tenía menos honor que antes de que el Padre proclamara el honor que había conferido a su Hijo. Establecieron claramente que Jesús era el Hijo de Dios, existiendo con él antes de que fueran creados los ángeles; y que siempre había estado a la diestra de Dios, y su autoridad apacible y amorosa no había sido cuestionada hasta ahora; y que no había dado mandamientos que no fueran de gozo para la hueste celestial ejecutarlos.

[20] Instaron a que el hecho de que Cristo recibiera un honor especial del Padre, en presencia de los ángeles, no restaba valor al honor que había recibido hasta ahora. Los ángeles lloraron. Trataron ansiosamente de mover a Satanás para que renunciara a su malvado designio y se sometiera a su Creador; porque hasta ahora todo había sido paz y armonía, y ¿qué podría ocasionar esta voz rebelde y disidente?

Satanás se negó a escuchar. Y luego se apartó de los ángeles leales y verdaderos, denunciándolos como esclavos. Estos ángeles, fieles a Dios, se quedaron asombrados al ver que Satanás tenía éxito en su esfuerzo por excitar la rebelión. Les prometió un gobierno nuevo y mejor que el que tenían entonces, en el que todo sería libertad. Un gran número manifestó su propósito de aceptar a Satanás como su líder y comandante en jefe. Al ver que sus avances tuvieron éxito, se enorgulleció de tener a todos los ángeles de su lado, y de que sería igual a Dios mismo, y su voz de autoridad se escucharía al mando de todo el ejército del Cielo. Una vez más, los ángeles leales advirtieron a Satanás y le aseguraron cuál sería la consecuencia si persistía; que Aquel que pudo crear a los ángeles, pudo con su poder derribar toda su autoridad, y de alguna manera castigar su audacia y terrible rebelión. ¡Pensar que un ángel debía resistir la ley de Dios que era tan sagrada como él mismo! Advirtieron a los rebeldes que cerraran los oídos a los razonamientos engañosos de Satanás, y aconsejaron a Satanás, y a todos los que habían sido afectados por él, que acudieran a Dios y confesaran su error por admitir siquiera un pensamiento de cuestionar su autoridad.

Muchos de los simpatizantes de Satanás se inclinaron a prestar atención al consejo [21] de los ángeles leales, y arrepentirse de su descontento, y recibir nuevamente la confianza del Padre y de su amado Hijo. El poderoso rebelde declaró entonces que conocía la ley de Dios, y que si se sometía a la obediencia servil, su honor le sería arrebatado. Ya no se le confiaría más su exaltada misión. Les dijo que él y ellos también habían ido demasiado lejos para volver atrás, y que afrontaría las consecuencias; porque nunca se inclinaría en adoración servil al Hijo de Dios; que Dios no perdonaría, y ahora deben hacer valer su libertad y ganar por la fuerza la posición y autoridad que no les fue otorgada voluntariamente.

Los ángeles leales se apresuran rápidamente hacia el Hijo de Dios y le informan de lo que sucede entre los ángeles. Ellos encuentran el



Padre en conferencia con su Hijo amado, para determinar los medios por los cuales, para el mejor bien de los ángeles leales, la autoridad asumida por Satanás podría ser derribada para siempre. El gran Dios podría haber arrojado inmediatamente a este archiengañador del Cielo; pero este no era su propósito. Les daría a los rebeldes la misma oportunidad de medir la fuerza y el poder con su propio Hijo y sus ángeles leales. En esta batalla, cada ángel elegiría su propio bando y se manifestaría a todos. No habría sido seguro permitir que cualquiera que se uniera a Satanás en su rebelión siguiera ocupando el Cielo. Habían aprendido la lección de la rebelión genuina contra la ley inmutable de Dios; y esto es incurable. Si Dios hubiera ejercido su poder para castigar a este rebelde principal, los ángeles descontentos no se habrían manifestado; de ahí que Dios tomó otro rumbo; porque él manifestaría claramente a toda la hueste celestial su justicia y su juicio.

Rebelarse contra el gobierno de Dios era el crimen más alto. [22] Todo el Cielo parecía en conmoción. Los ángeles estaban ordenados en compañías, cada división con un ángel de mayor mando a la cabeza. Satanás estaba en guerra contra la ley de Dios porque ambicionaba exaltarse a sí mismo y no estaba dispuesto a someterse a la autoridad del Hijo de Dios, el gran comandante del cielo.

Toda la hueste celestial fue convocada a comparecer ante el Padre, para que se determinara cada caso. Satanás, sin sonrojarse, dio a conocer su descontento de que se prefiriera a Cristo antes que a él. Se puso de pie con orgullo e instó a ser igual a Dios, y debería ser llevado a una conferencia con el Padre y entender sus propósitos.

Dios le informó a Satanás que sólo a su Hijo le revelaría sus propósitos secretos, y requirió que toda la familia en el Cielo, incluso Satanás, le rindiera obediencia implícita e incuestionable; sino que él (Satanás) había demostrado ser indigno de un lugar en el cielo.

Entonces Satanás señaló con júbilo a sus simpatizantes, que comprendían casi la mitad de todos los ángeles, y exclamó: ¡Estos están conmigo! ¿Expulsarás a estos también, y harás tal vacío en el Cielo? Luego declaró que estaba preparado para resistir la autoridad de Cristo y defender su lugar en el cielo por la fuerza de la fuerza, fuerza contra fuerza.

Los ángeles buenos lloraron al oír las palabras de Satanás y sus jactancias exultantes. Dios declaró que los rebeldes no permanecerían más en el Cielo. Su alto y feliz estado se había mantenido bajo la condición de obediencia a la ley que Dios había dado para gobernar el alto orden.

de inteligencias Pero ninguna provisión se había hecho para salvar a aquellos que [23] se aventuraran a transgredir su ley. Satanás se volvió audaz en su rebelión y expresó su desprecio por la ley del Creador. Esto Satanás no lo pudo soportar. Afirmó que los ángeles no necesitaban ley; pero deben ser dejados libres para seguir su propia voluntad, la cual siempre los guiará correctamente; que la ley era una restricción de su libertad, y que abolir la ley era un gran objetivo de su posición como lo hizo. La condición de los ángeles pensó que necesitaba mejorar. No así la mente de Dios, que había hecho leyes y las exaltó iguales a él. La felicidad de la hueste angélica consistía en su perfecta obediencia a la ley. A cada uno se le asignó su trabajo especial; y hasta que Satanás se rebeló, hubo un orden perfecto y una acción armoniosa en el Cielo. Entonces hubo guerra en el Cielo. El Hijo de Dios, el Príncipe de los Cielos, y sus ángeles leales, se enzarzaron en conflicto con el archi-rebelde y los que se unieron a él. El Hijo de Dios y los ángeles leales y verdaderos prevalecieron; y Satanás y sus simpatizantes fueron expulsados del Cielo. Toda la hueste celestial reconoció y adoró al Dios de justicia. Ni una mancha de rebelión quedó en el Cielo. Todo volvió a ser pacífico y armonioso como antes.

Los ángeles en el cielo lloraron el destino de aquellos que habían sido sus compañeros de felicidad y dicha. Su pérdida se sintió en el Cielo. El Padre consultó a Jesús con respecto a llevar a cabo de inmediato su propósito de hacer que el hombre habitara la tierra. Pondría al hombre a prueba para probar su lealtad, antes de que pudiera estar eternamente seguro. Si soportó la prueba con la que Dios consideró apropiado probarlo, eventualmente sería igual a los ángeles. Debía tener el [24] favor de Dios, y debía conversar con los ángeles, y ellos con él. No consideró adecuado colocarlos más allá del poder de la desobediencia.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 2—La creación

El Padre y el Hijo se comprometieron en la poderosa y maravillosa obra que habían contemplado de crear el mundo. La tierra salió de la mano del Creador sumamente hermosa. Había montañas, colinas y llanuras; e intercalados entre ellos había ríos y cuerpos de agua. La tierra no era una llanura extensa, pero la monotonía del paisaje estaba rota por colinas y montañas, no altas y desiguales como ahora, sino de forma regular y hermosa. Las rocas desnudas y altas nunca se veían sobre ellos, sino que yacían bajo la superficie, respondiendo como huesos a la tierra. Las aguas se dispersaron regularmente. Los cerros, montañas y llanuras muy hermosas estaban adornadas con plantas y flores, y árboles altos y majestuosos de todo tipo, que eran muchas veces más grandes y mucho más hermosos que los árboles que ahora son. El aire era puro y saludable, y la tierra parecía un palacio noble. Los ángeles contemplaron y se regocijaron por las maravillosas y hermosas obras de Dios.

Después de que la tierra fue creada y las bestias sobre ella, el Padre y el Hijo llevaron a cabo su propósito, que fue diseñado antes de la caída de Satanás, de hacer al hombre a su propia imagen. Ellos habían trabajado juntos en la creación de la tierra y todo ser viviente sobre ella. Y ahora Dios le dice a su Hijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”. Como Adán [25] salió de la mano de su Creador, era de noble estatura y de hermosa simetría. Era más del doble de alto que los hombres que ahora viven sobre la tierra, y estaba bien proporcionado. Sus rasgos eran perfectos y hermosos. Su tez no era blanca ni cetrina, sino rojiza, resplandeciente con el rico matiz de la salud. Eva no era tan alta como Adán. Su cabeza llegó un poco por encima de sus hombros. Ella también era noble, perfecta en simetría y muy hermosa.

Esta pareja sin pecado no vestía prendas artificiales. Estaban vestidos con un manto de luz y gloria, como el que visten los ángeles. Mientras vivían en obediencia a Dios, este círculo de luz los envolvía. Aunque todo lo que Dios había hecho estaba en la perfección de la belleza, y nada parecía faltar sobre la tierra de lo que Dios había hecho.

creado para hacer felices a Adán y Eva, sin embargo, les manifestó su gran amor plantando un jardín especialmente para ellos. Una parte de su tiempo debía ser ocupada en la feliz ocupación de arreglar el jardín, y otra parte en recibir las visitas de los ángeles, escuchar sus instrucciones y en feliz meditación. Su labor no era tediosa, sino placentera y vigorizante. Este hermoso jardín iba a ser su hogar, su residencia especial.

En este jardín el Señor colocó árboles de toda variedad para su utilidad y belleza. Había árboles cargados de frondosos frutos, de rica fragancia, hermosos a la vista y agradables al paladar, destinados por Dios para ser alimento de la santa pareja. Estaban las hermosas vides que crecían erguidas, cargadas con su carga de fruta, como nada que el hombre [26] haya visto desde la caída. El fruto era muy grande y de diferentes colores; algunos casi negros, algunos morados, rojos, rosas y verdes claros. Este hermoso y exuberante crecimiento de frutos sobre los sarmientos de la vid se llamaba uvas. No se arrastraban por el suelo, aunque no estaban sostenidos por enrejados, sino que el peso de la fruta los inclinaba. Fue el feliz trabajo de Adán y Eva formar hermosas glorietas con las ramas de la vid y educarlas, formando moradas de hermosos árboles vivos y follaje de la naturaleza, cargados de fragante fruta.

La tierra estaba revestida de un hermoso verdor, mientras miríadas de fragantes flores de todas las variedades y tonalidades brotaban en rica profusión a su alrededor. Todo estaba arreglado con buen gusto y gloriosamente. En medio del jardín estaba el árbol de la vida, cuya gloria superaba a todos los demás árboles. Su fruto parecía manzanas de oro y plata, y debía perpetuar la inmortalidad. Las hojas contenían propiedades curativas.

Muy felices fueron la santa pareja en el Edén. Se les dio control ilimitado sobre todos los seres vivos. El león y el cordero jugaban juntos en paz y sin causar daño a su alrededor, o dormitaban a sus pies. Aves de toda variedad de colores y plumajes revoloteaban entre los árboles y las flores, y alrededor de Adán y Eva, mientras su suave música resonaba entre los árboles en un dulce acuerdo de alabanzas a su Creador.

Adán y Eva quedaron encantados con las bellezas de su hogar en el Edén. Estaban encantados con los pequeños cantores que los rodeaban, luciendo su plumaje brillante pero elegante, y cantando su música feliz y alegre. La santa pareja se unió a ellos y levantó

sus voces en armoniosos cantos de amor, alabanza y adoración, al Padre y a su amado Hijo, por las muestras de amor que los rodeaban [27] . Reconocieron el orden y la armonía de la creación, que hablaba de sabiduría y conocimiento que eran infinitos. Continuamente estaban descubriendo nueva belleza y gloria adicional de su hogar en el Edén , lo que llenaba sus corazones con un amor más profundo y sacaba de sus labios expresiones de gratitud y reverencia a su Creador.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 3—La tentación y la caída

En medio del jardín, cerca del árbol de la vida, estaba el árbol del conocimiento del bien y del mal. Este árbol fue especialmente diseñado por Dios para ser la prenda de su obediencia, fe y amor hacia él. De este árbol mandó el Señor a nuestros primeros padres que no comieran, ni lo tocaran, para que no murieran. Les dijo que podían comer libremente de todos los árboles del jardín excepto uno; pero si comieran de ese árbol, ciertamente morirían.

Cuando Adán y Eva fueron colocados en el hermoso jardín, tenían todo lo que podían desear para su felicidad. Pero eligió, en sus sabios arreglos, poner a prueba su lealtad antes de que pudieran estar eternamente seguros. Debían tener su favor, y él debía conversar con ellos, y ellos con él. Sin embargo, no puso el mal fuera de su alcance. A Satanás se le permitió tentarlos. Si soportaban la prueba, tendrían el favor perpetuo de Dios y de los ángeles celestiales.

[28] Satanás se quedó asombrado por su nueva condición. Su felicidad se había ido. Miró a los ángeles que, con él, fueron una vez tan felices, pero que habían sido expulsados del cielo con él. Antes de su caída, ni una sombra de descontento había empañado su felicidad perfecta. Ahora todo parecía cambiado. Los semblantes que habían reflejado la imagen de su Hacedor estaban sombríos y desesperados. Contiendas, discordias y amargas recriminaciones estaban entre ellos. Antes de su rebelión, estas cosas no se conocían en el Cielo. Satanás contempla ahora los terribles resultados de su rebelión. Se estremeció y temió enfrentarse al futuro y contemplar el fin de estas cosas.

Había llegado la hora de los cantos gozosos y felices de alabanza a Dios ya su amado Hijo. Satanás había dirigido el coro celestial. Había elevado la primera nota, luego toda la hueste angélica se unió a él, y gloriosos acordes de música habían resonado por el Cielo en honor de Dios y de su amado Hijo. Pero ahora, en lugar de los acordes de la música más dulce, la discordia y las palabras airadas caen sobre los oídos del gran líder rebelde. ¿Dónde estaba? ¿No fue todo un sueño horrible? ¿Fue excluido del ci

¿Nunca más se abrirían las puertas del cielo para admitirlo? La hora de la adoración se acerca, cuando los ángeles santos y resplandecientes se inclinan ante el Padre. Nunca más se unirá en el cántico celestial. Nunca más se inclinará con reverencia y santo temor ante la presencia del Dios eterno. Si pudiera volver a ser como era cuando era puro, verdadero y leal, con mucho gusto renunciaría a los reclamos de su autoridad. ¡Pero estaba perdido! más allá de la redención, por su rebelión presuntuosa! Y esto no fue todo; él había llevado a otros a la rebelión y a la misma condición perdida en la que se encontraba él—ángeles, quienes nunca habían pensado en cuestionar la voluntad [29] del Cielo, o rehusar la obediencia a la ley de Dios hasta que Él la había puesto en sus mentes, presentándola ante ellos para que puedan gozar de un bien mayor, de una libertad más alta y más gloriosa. Este había sido el sofisma con el que los había engañado. Ahora recae sobre él una responsabilidad de la que desearía ser liberado.

Estos espíritus se habían vuelto turbulentos con esperanzas frustradas. En lugar de un bien mayor, estaban experimentando los tristes resultados de la desobediencia y el desprecio de la ley. Nunca más estos seres infelices se dejarían influir por la suave regla de Jesucristo. Sus espíritus nunca más serían conmovidos por el amor, la paz y el gozo profundos y fervientes que su presencia siempre había inspirado en ellos, para ser devueltos a él en alegre obediencia y reverencial honor.

Satanás tembló al ver su obra. estaba solo en meditación sobre el pasado, el presente y sus planes futuros. Su poderosa estructura se estremeció como con una tempestad. Pasaba un ángel del cielo. Lo llamó y le suplicó una entrevista con Cristo. Esto le fue concedido. Luego relató al Hijo de Dios que se arrepintió de su rebelión y deseó nuevamente el favor de Dios. Estaba dispuesto a tomar el lugar que Dios le había asignado previamente y estar bajo su sabio mando. Cristo lloró por el dolor de Satanás, pero le dijo, como la mente de Dios, que nunca podría ser recibido en el Cielo. El cielo no debe ponerse en peligro. Todo el Cielo se estropearía si él fuera recibido de vuelta; porque el pecado y la rebelión se originaron en él. Las semillas de la rebelión todavía estaban dentro de él. No tuvo, en su rebelión, ocasión para su proceder, y no sólo se arruinó irremediabilmente a sí mismo, sino también a la hueste de ángeles, que entonces habrían sido felices en [30] El cielo había permanecido firme. La ley de Dios podía condenar, pero no podía perdonar.

No se arrepintió de su rebelión porque vio la bondad de Dios de la que había abusado. No era posible que su amor por Dios hubiera aumentado tanto desde su caída que lo llevaría a una alegre sumisión y una feliz obediencia a su ley que había sido despreciada. La miseria que experimentó al perder la dulce luz del Cielo, y el sentimiento de culpa que se le impuso, y la desilusión que experimentó al no ver realizadas sus expectativas, fueron la causa de su dolor. Ser comandante del Cielo era muy diferente a ser así honrado en el Cielo. La pérdida que había sufrido de todos los privilegios del Cielo parecía demasiado insoportable. Deseaba recuperarlos.

Este gran cambio de posición no había aumentado su amor por Dios, ni por su ley sabia y justa. Cuando Satanás se convenció plenamente de que no había posibilidad de que se le restableciera el favor de Dios, manifestó su malicia con un odio creciente y una vehemencia ardiente.

Dios sabía que una rebelión tan decidida no permanecería en activo. Satanás inventaría medios para molestar a los ángeles celestiales y mostrar desprecio por su autoridad. Como no podía entrar dentro de las puertas del Cielo, esperaba justo en la entrada, para burlarse de los ángeles y buscar contienda con ellos cuando entraban y salían. Buscaría destruir la felicidad de Adán y Eva. Se esforzaría por incitarlos a la rebelión, sabiendo que esto causaría dolor en el Cielo.

[31]

Sus seguidores lo buscaban; y él se despertó y, asumiendo una mirada de desafío, les informó de sus planes para arrebatarse a Dios al noble Adán y su compañera Eva. Si pudiera, de alguna manera, inducirlos a la desobediencia, Dios haría alguna provisión por la cual podrían ser perdonados, y entonces él y todos los ángeles caídos estarían en condiciones de compartir con ellos la misericordia de Dios. Si esto fallara, podrían unirse con Adán y Eva; porque una vez que transgredieran la ley de Dios, serían sujetos de la ira de Dios, como ellos mismos. Su transgresión los colocaría también a ellos, en un estado de rebelión; y podrían unirse con Adán y Eva, tomar posesión del Edén y mantenerlo como su hogar. Y si pudieran acceder al árbol de la vida en medio del jardín, pensaron que su fuerza sería igual a la de los santos ángeles, y ni siquiera Dios mismo podría expulsarlos.



Satanás realizó una consulta con sus ángeles malignos. No todos se unieron fácilmente para participar en este trabajo peligroso y terrible. Les dijo que no confiaría a ninguno de ellos para realizar esta obra; porque pensó que solo él tenía la sabiduría suficiente para llevar adelante una empresa tan importante. Deseaba que consideraran el asunto mientras él los dejaba y buscaba la jubilación, para madurar sus planes. Trató de inculcarles que esta era su última y única esperanza. Si fallaban aquí, toda perspectiva de recuperar y controlar el Cielo, o cualquier parte de la creación de Dios, era inútil.

Satanás fue solo a planes maduros que seguramente asegurarían la caída de Adán y Eva. Tenía miedo de que sus propósitos pudieran ser derrotados. Y además, incluso si tuviera éxito en inducir a Adán y Eva a desobedecer el mandamiento de Dios, y así se convirtieran [32] en transgresores de su ley, y no le sucediera nada bueno, su propio caso no mejoraría; su culpa sólo aumentaría.

Se estremeció ante la idea de hundir a la santa y feliz pareja en la miseria y el remordimiento que él mismo estaba soportando. Parecía en un estado de indecisión; a la vez firme y decidida, luego vacilante y vacilante. Sus ángeles lo buscaban a él, su líder, para informarle su decisión. Se unirán a Satanás en sus planes, y con él cargarán con la responsabilidad y compartirán las consecuencias.

Satanás se deshizo de sus sentimientos de desesperación y debilidad y, como líder de ellos, se fortaleció para enfrentar el asunto y hacer todo lo posible para desafiar la autoridad de Dios y de su Hijo. Les informó de sus planes. Si viniera audazmente contra Adán y Eva y se quejara del propio Hijo de Dios, no lo escucharían ni por un momento, sino que estarían preparados para tal ataque. Si tratara de intimidarlos a causa de su poder, tan recientemente un ángel en alta autoridad, no podría lograr nada. Decidió que la astucia y el engaño harían lo que el poder o la fuerza no lograrían.

Dios reunió a la hueste angélica para tomar medidas para evitar el mal amenazado. Se decidió en el consejo del Cielo que los ángeles visitaran el Edén y advirtieran a Adán que estaba en peligro por el enemigo. Dos ángeles se apresuraron en su camino para visitar a nuestros primeros padres. La santa pareja los recibió con gozosa inocencia, expresando su agradecido agradecimiento a su Creador por rodearlos así con tanta profusión de su merced. Todo lo bello y atractivo era suyo para disfrutar, y todo parecía sabiamente adaptado a sus necesidades; y lo

valoraron por encima de todas las demás bendiciones, fue la compañía del Hijo de Dios y los ángeles celestiales, porque tenían mucho que contarles en cada visita, de sus nuevos descubrimientos de las bellezas de la naturaleza en su hermoso hogar del Edén, y tenían muchas preguntas que hacer en relación con muchas cosas que sólo podían comprender vagamente.

Los ángeles con gracia y amor les dieron la información que deseaban. También les contaron la triste historia de la rebelión y caída de Satanás. Luego les informaron claramente que el árbol del conocimiento fue colocado en el jardín para ser una prenda de su obediencia y amor a Dios; que el alto y feliz estado de los santos ángeles debía ser retenido bajo la condición de obediencia; que estaban situados de manera similar; que podían obedecer la ley de Dios y ser inexpressablemente felices, o desobedecer y perder su elevado estado, y ser sumidos en una desesperación sin esperanza.

Les dijeron a Adán y Eva que Dios no los obligaría a obedecer, que no les había quitado el poder de ir en contra de su voluntad; que eran agentes morales, libres para obedecer o desobedecer. Sólo había una prohibición que Dios había creído conveniente imponerles hasta el momento. Si transgredieran la voluntad de Dios, seguramente morirían. Les dijeron a Adán y Eva que el ángel más exaltado, después de Cristo, rehusó obedecer la ley de Dios que él había ordenado para gobernar a los seres celestiales; que esta rebelión había provocado una guerra en el Cielo que resultó en la expulsión de los rebeldes de allí, y todo ángel que se unió a él fue expulsado del Cielo [34] para cuestionar la autoridad del gran Jehová; y que este enemigo caído era ahora enemigo de todo lo que concernía a los intereses de Dios y de su amado Hijo.

Les dijeron que Satanás se proponía hacerles daño, y que era necesario que estuvieran vigilados, porque podrían entrar en contacto con el enemigo caído; pero no podía hacerles daño mientras obedecieran el mandato de Dios; porque, si es necesario, todos los ángeles del cielo vendrían en su ayuda antes que hacerles daño de alguna manera. Pero si desobedecían el mandato de Dios, entonces Satanás tendría poder para molestarlos, confundirlos y perturbarlos. Si permanecían firmes contra las primeras insinuaciones de Satanás, estaban tan seguros como los ángeles celestiales. Pero si cedieron al tentador, Aquel que no perdonó a los ángeles exaltados, no los perdonaría a ellos. Deben sufrir el castigo de su transgresión; por la ley

de Dios era tan sagrado como él mismo, y requería obediencia implícita de todos en el Cielo y en la tierra.

Los ángeles advirtieron a Eva que no se separara de su esposo en su trabajo; porque ella podría entrar en contacto con este enemigo caído. Si estuvieran separados unos de otros, estarían en mayor peligro que si ambos estuvieran juntos. Los ángeles les encargaron que siguieran de cerca las instrucciones que Dios les había dado en referencia al árbol del conocimiento; porque en perfecta obediencia estaban a salvo, y este enemigo caído no podría entonces tener poder para engañarlos. Dios no permitiría que Satanás siguiera a la santa pareja con continuas tentaciones. Él podía tener acceso a ellos solo en el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Adán y Eva aseguraron a los ángeles que jamás transgredirían el mandato expreso de Dios; porque era su mayor placer hacer su voluntad. Los ángeles se unieron con Adán y Eva en [35] notas sagradas de música armoniosa; y mientras sus canciones resonaban desde el dichoso Edén, Satanás oyó el sonido de sus acordes de gozosa adoración al Padre y al Hijo. Y al oírlo Satanás, aumentó su envidia, odio y malignidad, y expresó su ansiedad a sus seguidores para incitarlos (Adán y Eva) a la desobediencia, y de inmediato traer la ira de Dios sobre ellos, y cambiar su cánticos de alabanza al odio, y maldiciones a su Hacedor.

Satanás asume la forma de una serpiente y entra en el Edén. La serpiente era una criatura hermosa, con alas; y mientras volaba por el aire, su apariencia era brillante, parecida al oro bruñido. No caminó por tierra, sino que anduvo de un lugar a otro por el aire, y comió frutos como el hombre. Satanás entró en la serpiente, tomó su posición en el árbol del conocimiento y comenzó a comer tranquilamente del fruto.

Eve, inconscientemente al principio, se separó de su marido en su empleo. Cuando se dio cuenta del hecho, sintió que podía haber peligro; pero de nuevo se creyó segura, aunque no permaneciera cerca del lado de su marido. Tenía sabiduría y fuerza para saber si venía el mal, y para hacerle frente. Los ángeles le habían advertido que no hiciera esto. Eve se encontró contemplando con una mezcla de curiosidad y admiración el fruto del árbol prohibido. Ella vio que era muy hermoso, y estaba razonando consigo misma por qué Dios había prohibido tan decididamente que lo comieran o lo tocaran. Ahora era la oportunidad de Satanás. Se dirigió a ella como si pudiera adivinarla.

pensamientos: “Sí, ¿ha dicho Dios: No comeréis de todo árbol del [36] jardín?” Así, con palabras suaves y agradables, y con voz musical, se dirigió a la maravillada Eva. Se sobresaltó al oír hablar a una serpiente. Elogió su hermosura y su gran hermosura, lo cual no desagradaba a Eva. Pero ella estaba asombrada, porque sabía que a la serpiente Dios no le había dado el poder de hablar.

La curiosidad de Eve se despertó. En lugar de huir del lugar, escuchó hablar a una serpiente. No se le ocurrió que podría ser ese enemigo caído, usando la serpiente como medio. Fue Satanás quien habló, no la serpiente. Eve fue seducida, halagada, encaprichada. Si hubiera conocido a un personaje dominante, que poseyera una forma como los ángeles y se pareciera a ellos, habría estado en guardia. Pero esa extraña voz debería haberla llevado al lado de su marido para preguntarle por qué otro se dirigía a ella con tanta libertad. Pero ella entra en controversia con la serpiente. Ella responde a su pregunta: “Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios : No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis.” La serpiente responde: “Ciertamente no moriréis; porque sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.”

Satanás transmitiría la idea de que al comer del árbol prohibido, recibirían un tipo de conocimiento nuevo y más noble que el que habían obtenido hasta entonces. Esta ha sido su obra especial con gran éxito desde su caída, inducir a los hombres a entrometerse en los secretos del Todopoderoso, y no estar satisfechos con lo que Dios ha revelado, y [37] no tener cuidado de obedecer lo que él ha mandado . . Los conduciría a desobedecer los mandamientos de Dios, y luego les haría creer que están entrando en un maravilloso campo de conocimiento. Esto es pura suposición y un miserable engaño. No entienden lo que Dios ha revelado, y hacen caso omiso de sus mandamientos explícitos, y aspiran a la sabiduría, independientemente de Dios, y tratan de entender lo que a Él le ha placido ocultar a los mortales. Están eufóricos con sus ideas de progresión y encantados con su propia vana filosofía; pero anda a tientas en la oscuridad de la medianoche en relación con el verdadero conocimiento. Siempre están aprendiendo, y nunca son capaces de llegar al conocimiento de la verdad.

No era la voluntad de Dios que esta pareja sin pecado tuviera conocimiento alguno del mal. Él les había dado libremente el bien, pero retuvo el mal. Eva pensó que las palabras de la serpiente eran sabias, y recibió la amplia afirmación: "Ciertamente no moriréis; porque sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses que saben el bien y el mal", haciendo de Dios un mentiroso. Satanás insinúa audazmente que Dios los había engañado para evitar que fueran exaltados en un conocimiento igual al suyo. Dios dijo: Si coméis, "ciertamente moriréis". La serpiente dijo: Si coméis, "no moriréis".

El tentador aseguró a Eva que en cuanto comiera del fruto recibiría un conocimiento nuevo y superior que la haría igual a Dios. Llamó su atención hacia sí mismo. Comió libremente del árbol y lo encontró no solo perfectamente inofensivo, sino delicioso y estimulante; y le dijo que era por sus maravillosas propiedades para impartir sabiduría y poder que Dios les había prohibido probarlo o incluso tocarlo; porque conocía sus maravillosas cualidades. [38]

Afirmó que al comer del fruto del árbol prohibido para ellos fue la razón por la que había obtenido el poder del habla. Insinuó que Dios no cumpliría su palabra. Era simplemente una amenaza para intimidarlos y evitar que hicieran un gran bien. Además les dijo que no podían morir. ¿No habían comido del árbol de la vida que perpetúa la inmortalidad? Dijo que Dios los estaba engañando para alejarlos de un estado superior de felicidad y una felicidad más exaltada. El tentador arrancó la fruta y se la pasó a Eva. Ella lo tomó en su mano. Ahora, dijo el tentador, te estaba prohibido incluso tocarlo para que no murieras. Él le dijo que ella no sentiría más maldad y muerte al comer que al tocar o manipular la fruta. Eva se animó porque no sintió las señales inmediatas del desagrado de Dios. Ella pensó que las palabras del tentador eran sabias y correctas. Ella comió y se deleitó con la fruta. Le pareció delicioso a su paladar, e imaginó que se percataba en sí misma de los maravillosos efectos de la fruta.

Luego arrancó del fruto y comió, e imaginó que sentía el poder vivificador de una existencia nueva y elevada como resultado de la influencia estimulante del fruto prohibido. Ella estaba en una extraña y sobrenatural excitación mientras buscaba a su esposo, con sus manos llenas del fruto prohibido. Ella le contó la

sabio discurso de la serpiente, y quiso conducirla de inmediato al árbol del conocimiento. Ella le dijo que había comido de la fruta, y en lugar de sentir una sensación de muerte, se dio cuenta de una influencia placentera y estimulante. Tan pronto como Eva desobedeció, se convirtió en un medio poderoso a través del cual ocasionó la caída de su esposo.

Vi una tristeza en el semblante de Adán. Parecía asustado y asombrado. Una lucha parecía estar ocurriendo en su mente. Le dijo a Eve que estaba bastante seguro de que este era el enemigo contra el que habían sido advertidos; y si es así, que ella debe morir. Ella le aseguró que no sentía efectos nocivos, sino más bien una influencia muy agradable, y le suplicó que comiera.

Adán comprendió muy bien que su compañero había transgredido la única prohibición que les había sido impuesta como prueba de su fidelidad y amor. Eva razonó que la serpiente dijo que seguramente no morirían, y sus palabras deben ser ciertas, porque ella no sintió señales del desagrado de Dios, sino una influencia agradable, como imaginó que sintieron los ángeles. Adán lamentó que Eva se hubiera apartado de su lado; pero ahora el hecho estaba hecho. Debía estar separado de aquella cuya sociedad había amado tanto. ¿Cómo podía tenerlo así? Su amor por Eva era fuerte. Y completamente desalentado, resolvió compartir su destino. Razonó que Eva era parte de sí mismo; y si ella debe morir, él morirá con ella; porque no podía soportar la idea de separarse de ella. Le faltó fe en su Creador misericordioso y benévolo. No pensó que Dios, quien lo había formado del polvo de la tierra en una forma viviente y hermosa, y había creado a Eva para que fuera su compañera, podría ocupar su lugar. Después de todo, ¿no podrían ser correctas las palabras de esta sabia serpiente? Eva estaba ante él, tan hermosa y hermosa, y aparentemente tan inocente, como antes de este acto de desobediencia. Ella expresó un amor más grande y más alto por él que antes de su desobediencia, [40] como los efectos de la fruta que había comido. No vio en ella signos de muerte. Ella le había hablado de la feliz influencia de la fruta, de su ardiente amor por él, y él decidió afrontar las consecuencias. Agarró la fruta y la comió rápidamente y, como Eva, no sintió inmediatamente sus efectos nocivos.

Eve se había creído capaz de decidir entre el bien y el mal. La halagadora esperanza de entrar en un estado superior de conocimiento la había llevado a pensar que la serpiente era su amiga especial, poseyendo un gran interés en su bienestar. Si hubiera buscado a su marido, y

hubieran relatado a su Hacedor las palabras de la serpiente, habrían sido librados de inmediato de su astuta tentación.

Dios instruyó a nuestros primeros padres con respecto al árbol del conocimiento, y fueron plenamente informados en relación con la caída de Satanás y el peligro de escuchar sus sugerencias. No los privó del poder de comer del fruto prohibido. Los dejó como agentes morales libres para creer en su palabra, obedecer sus mandamientos y vivir, o creer al tentador, desobedecer y perecer. Ambos comieron, y la gran sabiduría que obtuvieron fue el conocimiento del pecado y un sentimiento de culpa. La cubierta de luz que los rodeaba pronto desapareció, y bajo un sentimiento de culpa y la pérdida de su cubierta divina, un escalofrío se apoderó de ellos y trataron de cubrir sus formas expuestas. El Señor no les permitiría investigar el fruto del árbol del conocimiento, porque entonces estarían expuestos a Satanás enmascarado. Sabía que estarían perfectamente a salvo si no tocaban la fruta.

Nuestros primeros padres optaron por creer las palabras, como pensaban, de una serpiente; sin embargo, no les había dado muestras de su amor. No había hecho nada por su felicidad y beneficio; mientras que Dios [41] les había dado todo lo que era bueno para comer y agradable a la vista. Dondequiera que se posaba la vista había abundancia y belleza; sin embargo, Eva fue engañada por la serpiente, al pensar que había algo retenido que los haría sabios, incluso como Dios. En lugar de creer y confiar en Dios, desconfió vilmente de su bondad y apreció las palabras de Satanás.

Después de la transgresión de Adán, al principio imaginó que sentía el ascenso a una existencia nueva y superior. Pero pronto el pensamiento de su transgresión lo aterrorizó. El aire que había sido de una temperatura suave y uniforme, pareció enfriarlos. La pareja culpable tenía un sentido del pecado. Sentían temor al futuro, una sensación de necesidad, una desnudez de alma. El dulce amor, la paz y la dicha feliz y satisfecha parecían haber desaparecido de ellos, y en su lugar les sobrevino una falta de algo que nunca antes habían experimentado. Luego, por primera vez dirigieron su atención a lo externo. No estaban vestidos, pero estaban envueltos en luz como lo estaban los ángeles celestiales. Esta luz que los había envuelto se fue. Para aliviar la sensación de carencia y desnudez que experimentaban, su atención se dirigió a buscar una cubierta para sus formas; porque ¿cómo podrían encontrarse desnudos con los ojos de Dios y de los ángeles?

Su crimen está ahora ante ellos en su verdadera luz. Su transgresión del mandato expreso de Dios asume un carácter más claro. Adán censuró la locura de Eva al apartarse de su lado y ser engañada por la serpiente. Ambos se jactaban de que Dios, que les había dado todo para hacerlos felices, pudiera aún perdonar su desobediencia , [42] por su gran amor por ellos, y que su castigo no sería tan terrible, después de todo.

Satanás se regocijó en su éxito. Ahora había tentado a la mujer a desconfiar de Dios, a cuestionar su sabiduría y a buscar penetrar en sus sabios planes. Y a través de ella también había causado la destrucción de Adán, quien, como consecuencia de su amor por Eva, desobedeció el mandato de Dios y cayó con ella.

La noticia de la caída del hombre se propagó por el Cielo: todas las arpas se silenciaron. Los ángeles arrojaron sus coronas de sus cabezas con dolor. Todo el Cielo estaba en agitación. Los ángeles se entristecieron por la vil ingratitud del hombre, a cambio de las ricas dádivas que Dios había provisto. Se llevó a cabo un consejo para decidir qué se debe hacer con la pareja culpable. Los ángeles temían extender la mano y comer del árbol de la vida, perpetuando así una vida de pecado.

El Señor visitó a Adán y Eva y les hizo saber las consecuencias de su desobediencia. Mientras escuchan el majestuoso acercamiento de Dios, buscan esconderse de su inspección, a quien se deleitaron, mientras estaban en su inocencia y santidad, en encontrarse. “Y el Señor Dios llamó a Adán y le dijo: ¿Dónde estás? Y él dijo: Oí tu voz en el jardín, y tuve miedo porque estaba desnudo, y me escondí. Y él dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del cual te mandé que no comieras? Esta pregunta fue hecha por el Señor, no porque necesitara información, sino para la convicción de la pareja culpable. ¿Cómo te avergonzaste y te asustaste? Adán reconoció su transgresión, no porque se arrepintiera de su gran desobediencia , sino para reflexionar sobre Dios. “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”. Entonces se dirigió a la mujer: “¿Qué es esto que has hecho?” Eva respondió: “La serpiente me engañó, y comí”. Entonces el Señor se dirigió a la serpiente: “Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu vientre andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.



vida." Así como la serpiente había sido exaltada por encima de las bestias del campo, debería ser degradada por debajo de todas ellas, y ser aborrecida por el hombre, ya que era el medio por el cual actuó Satanás. "Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él, maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de él todos los días de tu vida; espinos y cardos te producirá; y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra".

Dios maldijo la tierra a causa de su pecado al comer del árbol del conocimiento, y declaró: "Con dolor comerás de él todos los días de tu vida". Les había repartido el bien, pero retenido el mal. Ahora Dios declara que de él comerán, es decir, deberán estar familiarizados con el mal todos los días de su vida.

La carrera desde ese momento en adelante sería afligida por las tentaciones de Satanás. Se le asignó a Adán una vida de trabajo y ansiedad perpetuos, en lugar del trabajo feliz y alegre que hasta entonces había disfrutado. Deberían estar sujetos a desilusión, pena y dolor, y finalmente llegar a la disolución. Fueron hechos del polvo de la tierra, y [44] al polvo deberían volver.

Se les informó que tendrían que perder su hogar en el Edén. Se habían rendido al engaño de Satanás y creyeron la palabra de Satanás, que Dios mentiría. Por su transgresión habían abierto un camino para que Satanás tuviera acceso a ellos más fácilmente, y no era seguro para ellos permanecer en el jardín de Edén, no fuera a ser que en su estado de pecado, tuvieran acceso al árbol de la vida, y perpetuar una vida de pecado. Suplicaron que se les permitiera quedarse, aunque reconocieron que habían perdido todo derecho al dichoso Edén. Prometieron que en el futuro rendirían a Dios obediencia implícita. Se les informó que en su caída de la inocencia a la culpa, no ganaron fuerza sino una gran debilidad. No habían preservado su integridad mientras estaban en un estado de santa y feliz inocencia, y tendrían mucha menos fuerza para permanecer fieles y leales en un estado de culpabilidad consciente. Estaban llenos de la más aguda angustia y remordimiento. Ahora se dieron cuenta de que la pena del pecado era la muerte.

Los ángeles fueron comisionados para guardar inmediatamente el camino del árbol de la vida. Fue el plan estudiado de Satanás que Adán y Eva deberían

desobedecer a Dios, recibir su ceño fruncido y luego participar del árbol de la vida, para que puedan perpetuar una vida de pecado. Pero los santos ángeles fueron enviados para impedirles el camino hacia el árbol de la vida. Alrededor de estos ángeles brillaban rayos de luz por todos lados, que tenían la apariencia de espadas relucientes.

## Capítulo 4—El Plan de Salvación

[45]

La tristeza llenó el Cielo, al darse cuenta de que el hombre estaba perdido, y el mundo que Dios creó iba a estar lleno de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, y no había forma de escapar para el ofensor. Toda la familia de Adán debe morir. Vi al hermoso Jesús, y contemplé una expresión de simpatía y tristeza en su semblante. Pronto lo vi acercarse a la luz muy brillante que envolvía al Padre. Dijo mi ángel acompañante, Él está en estrecha conversación con su Padre. La ansiedad de los ángeles parecía ser intensa mientras Jesús comulgaba con su Padre. Tres veces fue encerrado por la luz gloriosa del Padre, y la tercera vez que vino del Padre se podía ver su persona. Su semblante estaba tranquilo, libre de toda perplejidad y problema, y brillaba con benevolencia y hermosura, tal como las palabras no pueden expresar. Luego hizo saber a la hueste angélica que se había hecho una vía de escape para el hombre perdido. Les dijo que había estado suplicando a su Padre, y se había ofrecido a dar su vida en rescate, y tomar sobre sí la sentencia de muerte, para que por medio de él el hombre pudiera encontrar el perdón; que por los méritos de su sangre, y la obediencia a la ley de Dios, pudieran tener el favor de Dios, y ser llevados al hermoso jardín, y comer del fruto del árbol de la vida.

Al principio los ángeles no pudieron regocijarse, porque su comandante no les ocultó nada, sino que abrió ante ellos el plan de salvación. Jesús les dijo que se interpondría entre la ira de [46] su Padre y el hombre culpable, que soportaría la iniquidad y el escarnio, y que pocos lo recibirían como Hijo de Dios. Casi todos lo odiarían y lo rechazarían. Dejaría toda su gloria en el Cielo, aparecería sobre la tierra como hombre, se humillaría como hombre, conocería por su propia experiencia las diversas tentaciones con que el hombre sería acosado, para que supiera cómo socorrer a los que deberían ser tentado; y que finalmente, después de cumplida su misión de maestro, sería entregado en manos de los hombres, y

soportar casi todas las crueldades y sufrimientos que Satanás y sus ángeles podrían inspirar a los hombres inicuos a infligir; que debería morir la más cruel de las muertes, colgado entre los cielos y la tierra como un pecador culpable; que sufriría terribles horas de agonía, que ni siquiera los ángeles podrían contemplar, sino que ocultarían sus rostros de la vista. No sólo sufriría la agonía del cuerpo; sino la agonía mental, aquello con lo que el sufrimiento corporal no podría compararse en modo alguno. El peso de los pecados de todo el mundo estaría sobre él. Les dijo que moriría y resucitaría al tercer día, y que ascendería a su Padre para interceder por el hombre descarriado y culpable.

Los ángeles se postraron ante él. Ofrecieron sus vidas. Jesús les dijo que por su muerte salvaría a muchos; que la vida de un ángel no podía pagar la deuda. Sólo su vida podía ser aceptada por su Padre como rescate por el hombre. Jesús también les dijo que debían tener una parte para actuar, para estar con él, y en diferentes momentos fortalecerlo. Que debería tomar la naturaleza caída del hombre, y su fuerza no sería ni siquiera igual a la de ellos. Y ellos deben [47] ser testigos de su humillación y grandes sufrimientos. Y al ser testigos de sus sufrimientos, y del odio de los hombres hacia él, se conmoverían con las más profundas emociones, y a través de su amor por él, desearían rescatarlo y librarlo de sus asesinos; pero que no deben interferir para impedir nada de lo que deberían contemplar; y que ellos deben actuar una parte en su resurrección; que el plan de salvación fue ideado, y su Padre había aceptado el plan.

Con santa tristeza, Jesús consoló y animó a los ángeles, y les informó que en lo sucesivo aquellos a quienes redimiría estarían con él y siempre morarían con él; y que con su muerte rescataría a muchos, y destruiría al que tenía el imperio de la muerte. Y su Padre le daría el reino, y la grandeza de los reinos debajo de todo el cielo, y lo poseería por los siglos de los siglos. Satanás y los pecadores deben ser destruidos, para nunca más perturbar el Cielo, o la nueva tierra purificada. Jesús pidió a la hueste celestial que se reconciliara con el plan que su Padre aceptó, y que se regocijara de que el hombre caído pudiera ser exaltado nuevamente a través de su muerte, para obtener el favor de Dios y disfrutar del cielo.

Entonces la alegría, la alegría inexpressable, llenó el Cielo. Y la hueste celestial cantó un cántico de alabanza y adoración. Tocaron sus arpas y cantaron una nota más alta que antes, por la gran misericordia

y la condescendencia de Dios al entregar a su amado Amado a morir por una raza de rebeldes. Se derramó alabanza y adoración por la abnegación y sacrificio de Jesús; que consentiría en dejar el seno de su Padre, y elegir una vida de sufrimiento y angustia, y morir una muerte ignominiosa para dar su vida por los demás.

Dijo el ángel: Pensad que el Padre entregó lo caro [48] amado Hijo sin lucha? No no. Incluso fue una lucha con el Dios del cielo, si dejar que el hombre culpable perezca o entregar a su Hijo amado para que muera por ellos. Los ángeles estaban tan interesados en la salvación del hombre que podían encontrarse entre ellos aquellos que darían su gloria y darían su vida por el hombre que perece. Pero, dijo mi ángel acompañante, Eso no serviría de nada. La transgresión fue tan grande que la vida de un ángel no pagaría la deuda. Nada más que la muerte y las intercesiones de su Hijo pagarían la deuda y salvarían al hombre perdido del dolor y la miseria sin esperanza.

Pero la obra de los ángeles les fue asignada, subir y bajar con bálsamo fortalecedor de la gloria para aliviar al Hijo de Dios en sus sufrimientos y administrarle. Además, su trabajo sería proteger y mantener a los súbditos de la gracia de los ángeles malos, y de la oscuridad constantemente arrojada a su alrededor por Satanás. Vi que era imposible que Dios alterara o cambiara su ley, para salvar al hombre perdido y perecedero; por tanto, permitió que su Hijo amado muriera por la transgresión del hombre.

Satanás nuevamente se regocijó con sus ángeles de que él podría, al causar la caída del hombre, derribar al Hijo de Dios de su posición exaltada. Les dijo a sus ángeles que cuando Jesús tomara la naturaleza del hombre caído, podría dominarlo e impedir el cumplimiento del plan de salvación.

Entonces se me mostró a Satanás tal como era, un ángel feliz y exaltado. Luego me lo mostraron tal como es ahora. Todavía tiene una forma real. Sus facciones siguen siendo nobles, pues es un ángel caído. Pero la expresión de su rostro está llena de ansiedad, preocupación, infelicidad, malicia, odio, maldad, engaño y todo mal. Esa frente que una vez fue tan noble Me di cuenta particularmente. Su frente comenzó a retroceder desde sus ojos hacia atrás. Vi que se había degradado tanto tiempo que toda buena cualidad se degradó y se desarrolló todo rasgo malo. Sus ojos eran astutos y astutos, y mostraban una gran penetración. Su cuerpo era grande; pero la carne colgaba suelta alrededor de sus manos y

cara. Mientras lo contemplaba, su barbilla descansaba sobre su mano izquierda. Parecía estar en un pensamiento profundo. En su semblante había una sonrisa que me hizo temblar, tan lleno de maldad y de satánica astucia. Esta sonrisa es la que luce justo antes de asegurarse de su víctima; y mientras ata a la víctima en su trampa, esta sonrisa se vuelve horrible.

Con humildad y una tristeza inexpresable, Adán y Eva abandonaron el hermoso jardín en el que habían sido tan felices hasta que desobedecieron el mandato de Dios. El ambiente fue cambiado. Ya no era invariable como antes de la transgresión. Dios los vistió con túnicas de pieles para protegerlos de la sensación de frío y luego de calor a la que estaban expuestos.

Todo el Cielo se lamentó por la desobediencia y caída de Adán y Eva, que trajo la ira de Dios sobre toda la raza humana. Fueron privados de la comunión con Dios y sumidos en una miseria sin esperanza. La ley de Dios no podía cambiarse para satisfacer la necesidad del hombre; porque en el arreglo de Dios nunca había de perder su fuerza, ni renunciar a la parte más pequeña de sus derechos.

Los ángeles de Dios fueron comisionados para visitar a la pareja caída e informarles que aunque ya no podían conservar la posesión [50] de su estado santo, su hogar de Edén, debido a su transgresión de la ley de Dios, su caso no estaba del todo resuelto. desesperanzado. Entonces se les informó que el Hijo de Dios, que había conversado con ellos en el Edén, se había compadecido al ver su condición desesperada, y se había ofrecido voluntariamente a tomar sobre sí el castigo debido a ellos, y morir por ellos para que el hombre pudiera sin embargo, vive por la fe en la expiación que Cristo se propuso hacer por él. Por medio de Cristo se abrió una puerta de esperanza, que el hombre, a pesar de su gran pecado, no debería estar bajo el control absoluto de Satanás. La fe en los méritos del Hijo de Dios elevaría tanto al hombre que podría resistir las artimañas de Satanás. Se le concedería un período de prueba en el cual, a través de una vida de arrepentimiento y fe en la expiación del Hijo de Dios, podría ser redimido de su transgresión de la ley del Padre, y así ser elevado a una posición en la que sus esfuerzos por guardar su podría aceptarse la ley.

Los ángeles les relataron el dolor que se sentía en el Cielo, pues les anunciaban que habían transgredido la ley de Dios, que

había hecho conveniente que Cristo hiciera el gran sacrificio de su propia vida preciosa.

Cuando Adán y Eva se dieron cuenta de cuán exaltada y sagrada era la ley de Dios, cuya transgresión hizo necesario un sacrificio tan costoso para salvarlos a ellos y a su posteridad de la ruina total, suplicaron morir ellos mismos o dejar que ellos y su posteridad soportaran la pena de su transgresión, en lugar de que el amado Hijo de Dios hiciera este gran sacrificio. La angustia de Adán se incrementó. Vio que sus pecados eran de una magnitud tan grande que implicaban terribles consecuencias. Y debe ser que el honorable Comandante del Cielo, [51] que había caminado con él y hablado con él, mientras que en su santa inocencia, a quien los ángeles honraron y adoraron, debe ser derribado de su exaltada posición para morir a causa de su transgresión[ ?] Adán fue informado de que la vida de un ángel no podía pagar la deuda. La ley de Jehová, el fundamento de su gobierno en el Cielo y sobre la tierra, era tan sagrada como Dios mismo; y por esta razón la vida de un ángel no podía ser aceptada por Dios como sacrificio por su transgresión. Su ley era de más importancia a sus ojos que los santos ángeles alrededor de su trono. El Padre no podía abolir ni cambiar un solo precepto de su ley para encontrar al hombre en su condición caída. Pero el Hijo de Dios, que al unísono con el Padre había creado al hombre, podía hacer una expiación por el hombre aceptable a Dios, dando su vida en sacrificio y soportando la ira de su Padre. Los ángeles le informaron a Adán que, como su transgresión había traído muerte y miseria, la vida y la inmortalidad saldrían a la luz a través del sacrificio de Jesucristo.

A Adán se le revelaron importantes acontecimientos futuros, desde su expulsión del Edén hasta el diluvio, y en adelante hasta la primera venida de Cristo a la tierra. Su amor por Adán y su posteridad llevaría al Hijo de Dios a condescender a tomar la naturaleza humana, y así elevar, a través de su propia humillación, a todos los que creyeran en él. Tal sacrificio fue de valor suficiente para salvar al mundo entero; pero sólo unos pocos se beneficiarían de la salvación que les brindó un sacrificio tan maravilloso. Los muchos no cumplirían con las condiciones requeridas de ellos para que pudieran ser partícipes de su gran salvación. Preferirían el pecado y la transgresión de la ley de Dios, antes que el arrepentimiento y la obediencia, confiando por la fe [52] en los méritos del sacrificio ofrecido. Este s

valor infinito como para hacer a un hombre que se aproveche de él, más precioso que el oro fino, incluso un hombre que la cuña de oro de Ofir.

Adán fue arrastrado a través de generaciones sucesivas y vio el aumento del crimen, la culpa y la corrupción, porque el hombre cedería a sus fuertes inclinaciones naturales de transgredir la santa ley de Dios. Se le mostró la maldición de Dios que pesaba cada vez más sobre la raza humana, sobre el ganado y sobre la tierra, a causa de la continua transgresión del hombre. Se le mostró que la iniquidad y la violencia aumentarían constantemente; sin embargo, en medio de toda la marea de miseria y aflicción humana, siempre habría unos pocos que preservarían el conocimiento de Dios y permanecerían inmaculados en medio de la degeneración moral prevaleciente. Adán fue hecho para comprender lo que es el pecado: la transgresión de la ley. Se le mostró que la degeneración moral, mental y física resultaría para la raza, a partir de la transgresión, hasta que el mundo estaría lleno de miseria humana de todo.

Los días del hombre fueron acortados por su propio curso de pecado al transgredir la justa ley de Dios. La raza finalmente se depreció tanto que parecían inferiores y casi valían menos. Eran generalmente incompetentes para apreciar el misterio del Calvario, los grandes y elevados hechos de la expiación y el plan de salvación, debido a la indulgencia de la mente carnal.

Sin embargo, a pesar de la debilidad y el debilitamiento de las facultades mentales, morales y físicas de la raza humana, Cristo, fiel al propósito por el cual dejó el Cielo, continúa su interés en los débiles, [53] especímenes degenerados y depreciados de la humanidad, y los invita a ocultar su debilidad y grandes deficiencias en él. Si vienen a él, él suplirá todas sus necesidades.

Cuando Adán, de acuerdo con las instrucciones especiales de Dios, hizo una ofrenda por el pecado, fue para él una ceremonia muy dolorosa. Su mano debe levantarse para tomar la vida, que solo Dios puede dar, y hacer una ofrenda por el pecado. Era la primera vez que presenciaba la muerte. Mientras contemplaba a la víctima sangrante, retorciéndose en las agonías de la muerte, debía mirar hacia adelante por fe al Hijo de Dios, a quien la víctima prefiguraba, que iba a morir como sacrificio de hombre.

Esta ofrenda ceremonial, ordenada por Dios, debía ser un recordatorio perpetuo para Adán de su culpa, y también un reconocimiento penitencial de su pecado. Este acto de quitarle la vida le dio a Adán un sentido más profundo y más perfecto de su transgresión, que nada menos que el



la muerte del amado Hijo de Dios podía expiar. Se maravilló de la bondad infinita y el amor incomparable que daría tal rescate para salvar a los culpables. Mientras Adán estaba matando a la víctima inocente, le pareció que estaba derramando la sangre del Hijo de Dios por su propia mano. Sabía que si hubiera permanecido firme en Dios y fiel a su santa ley, no habría habido muerte de bestia ni de hombre. Sin embargo, en las ofrendas sacrificiales, que apuntaban a la ofrenda grande y perfecta del amado Hijo de Dios, apareció una estrella de esperanza para iluminar el futuro oscuro y terrible, y liberarlo de su completa desesperanza y ruina.

Al principio, el jefe de cada familia era considerado gobernante y sacerdote de su propia casa. Después, a medida que la raza se multiplicaba sobre la tierra, hombres designados por la divinidad realizaron este solemne [54] culto de sacrificio por el pueblo. La sangre de las bestias debía asociarse en la mente de los pecadores con la sangre del Hijo de Dios. La muerte de la víctima era para evidenciar a todos que la pena del pecado era la muerte. Por el acto del sacrificio, el pecador reconocía su culpa y manifestaba su fe, esperando el grande y perfecto sacrificio del Hijo de Dios, que prefiguraba la ofrenda de las bestias. Sin la expiación del Hijo de Dios no podría haber comunicación de bendición o salvación de Dios al hombre. Dios estaba celoso por el honor de su ley. La transgresión de esa ley provocó una terrible separación entre Dios y el hombre. A Adán en su inocencia le fue concedida la comunión, directa, libre y feliz, con su Hacedor. Después de su transgresión, Dios se comunicaría con el hombre a través de Cristo y los ángeles.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 5—Caín y Abel

Caín y Abel, los hijos de Adán, eran de carácter muy diferente. Abel temía a Dios. Caín albergó sentimientos de rebeldía y murmuró contra Dios por la maldición pronunciada sobre Adán, y porque la tierra fue maldecida por su pecado. Estos hermanos habían sido instruidos con respecto a la provisión hecha para la salvación de la raza humana. Se les exigió llevar a cabo un sistema de obediencia humilde, mostrando su reverencia a Dios, y su fe y dependencia en el Redentor **prometido**, sacrificando las primicias del rebaño y ofreciéndoles solemnemente la sangre, como holocausto a Dios. Este sacrificio les llevaría a tener siempre presente su pecado y el Redentor que había de venir, que iba a ser el gran sacrificio por el hombre.

Caín trajo su ofrenda al Señor con murmuración e infidelidad en su corazón con respecto al Sacrificio prometido. No estaba dispuesto a seguir estrictamente el plan de obediencia, y procurar un cordero y ofrecerlo con el fruto de la tierra. Simplemente tomó del fruto de la tierra y no tuvo en cuenta el requisito de Dios. Dios le había hecho saber a Adán que sin derramamiento de sangre no podía haber remisión del pecado. Caín no fue particular en traer incluso lo mejor de los frutos. Abel aconsejó a su hermano que no se presentara ante el Señor sin la sangre de un sacrificio. Caín siendo el mayor, no quiso escuchar a su hermano. Despreció su consejo, y con dudas y murmuraciones en cuanto a la necesidad de las ofrendas ceremoniales, presentó su ofrenda. Pero Dios no lo aceptó.

Abel trajo de las primicias de su rebaño, y de la grosura, como Dios le había mandado; y con plena fe en el Mesías venidero, y con humilde reverencia, presentó la ofrenda. Dios tuvo respeto a su ofrenda. Una luz resplandece del Cielo y consume la ofrenda de Abel. Caín no ve ninguna manifestación de que la suya sea aceptada. Está enojado con el Señor y con su hermano. Dios se digna enviar un ángel a Caín para conversar con él.

El ángel le pregunta la razón de su ira y le informa que si lo hace bien y sigue las instrucciones que Dios le ha dado, lo aceptará y respetará su ofrenda. Pero si no se somete humildemente [56] a los arreglos de Dios, y le cree y le obedece, no puede aceptar su ofrenda. El ángel le dice a Caín que no fue una injusticia de parte de Dios, ni parcialidad hacia Abel; pero que fue a causa de su propio pecado, y de la desobediencia al mandato expreso de Dios, por lo que no pudo respetar su ofrenda; y si lo hacía bien, sería aceptado por Dios, y su hermano debería escucharlo, y él debería llevar la delantera, porque era el mayor. Pero incluso después de haber sido fielmente instruido, Caín no se arrepintió. En lugar de censurarse y aborrecerse a sí mismo por su incredulidad, todavía se queja de la injusticia y la parcialidad de Dios. Y en su celo y odio contiene con Abel, y lo reprocha. Abel señala dócilmente el error de su hermano y le muestra que el mal está en él mismo. Pero Caín odia a su hermano desde el momento en que Dios le manifiesta las señales de su aceptación. Su hermano Abel busca apaciguar su ira conteniendo por la compasión de Dios para salvar la vida de sus padres, cuando podría haberles acarreado la muerte inmediata. Le dice a Caín que Dios los amaba, o no hubiera dado a su Hijo, inocente y santo, para sufrir la ira que el hombre merecía sufrir por su desobediencia. Mientras Abel justifica el plan de Dios, Caín se enfurece, y su ira aumenta y se enciende contra Abel, hasta que en su furor lo mata. Dios pregunta a Caín por su hermano, y Caín pronuncia una falsedad culpable: "No sé; ¿Soy yo el guardián de mi hermano? Dios le informa a Caín que él sabía con respecto a su pecado, que estaba al tanto de cada uno de sus actos, e incluso de los pensamientos de su corazón, y le dice: "La sangre de tu hermano clama [57] a mí desde la tierra. Y ahora, maldito seas tú de la tierra que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza. Fugitivo y vagabundo serás en la tierra."

La maldición sobre el suelo al principio se había sentido pero ligeramente; pero ahora pesaba sobre él una doble maldición. Caín y Abel representan las dos clases, los justos y los malvados, los creyentes y los incrédulos, que deberían existir desde la caída del hombre hasta la segunda venida de Cristo. Caín matando a su hermano Abel, representa a los impíos que

tendrá envidia de los justos y los odiará porque son mejores que ellos mismos. Estarán celosos de los justos, y los perseguirán y matarán porque su rectitud condena su conducta pecaminosa.

La vida de Adán fue de tristeza, humildad y continuo arrepentimiento . Mientras enseñaba a sus hijos y nietos el temor del Señor, a menudo se le reprochaba amargamente por su pecado que resultó en tanta miseria para su posteridad. Cuando dejó el hermoso Edén, el pensamiento de que debía morir lo estremeció de horror. Consideró la muerte como una terrible calamidad. Primero se familiarizó con la terrible realidad de la muerte en la familia humana por su propio hijo Caín que mató a su hermano Abel. Lleno del más amargo remordimiento por su propia transgresión, y privado de su hijo Abel, y considerando a Caín como su asesino, y sabiendo la maldición que Dios pronunció sobre él, el corazón de Adán se inclinó con dolor. Más amargamente se reprochó a sí mismo por su primera gran transgresión. Pidió el perdón de Dios a través del Sacrificio prometido. Profundamente había [58] sentido la ira de Dios por el crimen cometido en el Paraíso. Fue testigo de la corrupción general que después finalmente provocó que Dios destruyera a los habitantes de la tierra por medio de un diluvio. La sentencia de muerte pronunciada sobre él por su Hacedor, que al principio le pareció tan terrible, después de haber vivido algunos cientos de años, pareció justa y misericordiosa en Dios, para poner fin a una vida miserable.

Cuando Adán fue testigo de los primeros signos de la naturaleza en descomposición en la hoja que caía y en las flores caídas, se lamentó más profundamente de lo que los hombres ahora lloran por sus muertos. Las flores caídas no eran motivo de dolor tan profundo, porque eran más tiernas y delicadas; pero los árboles altos, nobles, robustos, al despojarse, al decaer, presentaban ante él la disolución general de la hermosa naturaleza, que Dios había creado para el beneficio especial del hombre.

A sus hijos, y a los hijos de ellos, hasta la novena generación, delineó las perfecciones de su hogar edénico; y también su caída y sus terribles resultados, y la carga de dolor que le trajo a causa de la ruptura en su familia, que terminó con la muerte de Abel. Les contó los sufrimientos por los que Dios le había hecho pasar, para enseñarle la necesidad de adherirse estrictamente a su ley. Les declaró que el pecado sería castigado en cualquier forma que existiera. él rogó

que obedezcan a Dios, quien los tratará con misericordia si le aman y le temen.

Los ángeles mantuvieron comunicación con Adán después de su caída, y le informaron del plan de salvación, y que la raza humana no estaba más allá de la redención. Aunque había tenido lugar una terrible separación entre Dios y el hombre, sin embargo se había hecho provisión mediante la ofrenda de su amado Hijo por la cual el hombre podía ser salvo. Pero su única esperanza era a través de una vida de humilde arrepentimiento y fe en la provisión hecha. Todos aquellos que pudieran así aceptar a Cristo como su único Salvador, deberían volver a ser favorecidos por Dios por los méritos de su Hijo.

Adán recibió el mandato de enseñar a sus descendientes el temor del Señor y, mediante su ejemplo y humilde obediencia, enseñarles a tener en alta estima las ofrendas que tipificaban a un Salvador venidero. Adán atesoró cuidadosamente lo que Dios le había revelado y lo transmitió de boca en boca a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Por este medio se preservó el conocimiento de Dios. Había algunos justos sobre la tierra que conocían y temían a Dios incluso en los días de Adán. El sábado se observaba antes de la caída. Debido a que Adán y Eva desobedecieron el mandato de Dios y comieron del fruto prohibido, fueron expulsados del Edén; pero observaron el sábado después de su caída. Habían experimentado los amargos frutos de la desobediencia y aprendido que todo transgresor de los mandamientos de Dios aprenderá tarde o temprano que Dios quiere decir exactamente lo que dice, y que seguramente castigará al transgresor.

Los que se atreven a estimar a la ligera el día en que Jehová descansó, el día que santificó y bendijo, el día que ordenó que se santificara, sabrán sin embargo que la muerte es la recompensa del transgresor. A causa de los honores especiales que Dios concedió al séptimo día, pidió a su pueblo que se contara de siete en siete para que no se olvidara de su Creador que hizo los cielos y la tierra en seis días y descansó en el séptimo.

Los descendientes de Caín no tuvieron cuidado de respetar el día en [60] que Dios descansó. Eligieron su propio tiempo para trabajar y descansar, sin importar el mandato especial de Jehová. Había dos clases distintas sobre la tierra. Una clase estaba en rebelión abierta contra la ley de Dios, mientras que la otra clase obedecía sus mandamientos y reverenciaba su sábado.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 6—Set y Enoc

Set era un personaje digno, y debía tomar el lugar de Abel al hacer el bien. Sin embargo, era un hijo de Adán como el pecador Caín, y no heredó de la naturaleza de Adán más bondad natural que Caín.

Él nació en pecado; pero por la gracia de Dios, al recibir las instrucciones fieles de su padre Adán, honró a Dios haciendo su voluntad.

Se separó de los corruptos descendientes de Caín y se esforzó, como lo hubiera hecho Abel si hubiera vivido, para hacer que la mente de los hombres pecadores reverenciara y obedeciera a Dios.

Enoc fue un hombre santo. Sirvió a Dios con sencillez de corazón. Se dio cuenta de las corrupciones de la familia humana, y se separó de los descendientes de Caín, y los reprendió por su gran maldad. Había en la tierra aquellos que reconocían a Dios, que lo temían y lo adoraban. Sin embargo, el justo Enoc estaba tan angustiado con la creciente maldad de los impíos, que no se relacionaba con ellos diariamente, temiendo que él sería afectado por su infidelidad, y que sus pensamientos nunca considerarían a Dios con ese santo . reverencia que se debía a su carácter exaltado. Su alma estaba afligida al presenciar diariamente cómo pisoteaban la autoridad de Dios. Eligió estar separado de ellos y pasó gran parte de su tiempo en soledad, que dedicó a la reflexión y la oración. Esperó delante de Dios y oró para conocer más perfectamente su voluntad, a fin de poder cumplirla. Dios se comunicó con Enoc a través de sus ángeles y le dio instrucciones divinas. Le hizo saber que no siempre toleraría al hombre en su rebelión, que su propósito era destruir la raza pecadora trayendo un diluvio de aguas sobre la tierra.

El puro y hermoso jardín del Edén, del cual fueron expulsados nuestros primeros padres, permaneció hasta que Dios se propuso destruir la tierra con un diluvio. Dios había plantado ese jardín y lo había bendecido especialmente; y en su maravillosa providencia lo retiró de la tierra, y lo devolverá a la tierra nuevamente, más gloriosamente adornado que antes de que fuera removido de la tierra. Dios se propuso preservar un espécimen

de su perfecta obra de creación libre de la maldición con que había maldecido la tierra.

El Señor abrió más plenamente a Enoc el plan de salvación, y por el espíritu de profecía lo llevó a través de las generaciones que vivirían después del diluvio, y le mostró los grandes acontecimientos relacionados con la segunda venida de Cristo y el fin del mundo . .

Enoc estaba preocupado por los muertos. Le parecía que los justos y los impíos irían juntos al polvo, [62] y ese sería su final. No podía ver claramente la vida del justo más allá de la tumba. En visión profética se le instruyó con respecto al Hijo de Dios, que iba a morir en sacrificio de hombre, y se le mostró la venida de Cristo en las nubes del cielo, asistido por la hueste angélica, para dar vida a los justos muertos y rescate. ellos de sus tumbas. También vio el estado corrupto del mundo en el momento en que Cristo aparecería por segunda vez: que habría una generación jactanciosa, presuntuosa y obstinada, que se rebelaría contra la ley de Dios y negaría al único Señor Dios y a nuestro Señor Jesucristo, y pisoteando su sangre, y despreciando su expiación. Vio a los justos coronados de gloria y honra, mientras que los impíos fueron apartados de la presencia del Señor y consumidos por el fuego.

Enoc refirió fielmente al pueblo todo lo que Dios le había revelado por medio del espíritu de profecía. Algunos creyeron sus palabras, y se volvieron de su maldad para temer y adorar a Dios. Estos a menudo buscaban a Enoc en sus lugares de retiro, y él los instruía y oraba por ellos para que Dios les diera conocimiento de su voluntad. Finalmente eligió ciertos períodos para su retiro y no permitió que la gente lo encontrara, porque interrumpían su santa meditación y comunión con Dios. No se excluyó en todo momento de la sociedad de quienes lo amaban y escuchaban sus sabias palabras; tampoco se separó totalmente de los corruptos.

Se reunió con los buenos y los malos en tiempos determinados, y trabajó para hacer volver a los impíos de su mal camino e instruirlos en el conocimiento y el temor de Dios. Enseñó a los que tenían el conocimiento de Dios a [63] servirle más perfectamente. Permanecería con ellos mientras pudiera beneficiarlos con su conversación piadosa y su santo ejemplo, y luego se retiraría de toda sociedad, de los justos, los burlones y los idólatras, para permanecer en la soledad, hambrientos y



sediento de la comunión con Dios, y de ese conocimiento divino que sólo él podía darle.

Enoc continuó creciendo más celestialmente mientras se comunicaba con Dios. Su rostro resplandecía con una luz sagrada que permanecería sobre su semblante mientras instruía a aquellos que escucharían sus palabras de sabiduría. Su apariencia celestial y digna asombró a la gente. El Señor amó a Enoc porque lo siguió con firmeza, aborreció la iniquidad y buscó fervientemente el conocimiento celestial para poder hacer su voluntad a la perfección. Anhelaba unirse aún más estrechamente a Dios, a quien temía, reverenciaba y adoraba. Dios no permitió que Enoc muriera como los demás hombres, sino que envió a sus ángeles para llevarlo al Cielo sin ver la muerte. En presencia de los justos y los impíos, Enoc fue apartado de ellos.

Los que lo amaban pensaron que Dios podría haberlo dejado en alguno de sus lugares de retiro; pero después de buscarlo diligentemente, y no poder encontrarlo, informó que no estaba, porque Dios se lo lle

El Señor enseña aquí una lección de la mayor importancia por la traslación de Enoc, un descendiente del Adán caído, que todos serían recompensados, quienes por fe confiarían en el Sacrificio prometido y obedecerían fielmente sus mandamientos. Aquí se representan nuevamente dos clases que habrían de existir hasta la segunda venida de Cristo : los justos y los malvados, los rebeldes y los leales. Dios se acordará de los justos que le temen. A causa de su amada [64] Hijo, él los respetará y honrará, y les dará vida eterna. Pero a los impíos que pisotean su autoridad, los cortará y destruirá de sobre la tierra, y serán como si no hubieran existido.

Después de la caída de Adán de un estado de felicidad perfecta a un estado de miseria y pecado, hubo peligro de que el hombre se desanimara y se preguntara: "¿De qué sirve que guardemos sus ordenanzas y andemos tristes delante del Señor?" pesada maldición recae sobre la raza humana, y la muerte es la porción de todos nosotros? Pero las instrucciones que Dios le dio a Adán, que fueron repetidas por Set y ejemplificadas plenamente por Enoc, despejaron la oscuridad y la oscuridad, y dieron esperanza al hombre de que así como por medio de Adán vino la muerte, por medio de Jesús, el Redentor prometido, vendría venga la vida y la inmortalidad.

En el caso de Enoc, a los fieles abatidos se les enseñó que, aunque vivían entre un pueblo corrupto y pecador, que estaba en abierta

y desafiando la rebelión contra Dios, su Creador, sin embargo, si le obedecían y tenían fe en el Redentor prometido, podrían obrar justicia como el fiel Enoc, ser aceptados por Dios y finalmente exaltados a su trono celestial.

Enoc, al separarse del mundo y pasar gran parte de su tiempo en oración y en comunión con Dios, representa al pueblo leal de Dios en los últimos días que estará separado del mundo.

La injusticia prevalecerá en un grado terrible sobre la tierra.

Los hombres se entregarán a sí mismos para seguir cada imaginación de sus corazones corruptos, y llevarán a cabo su filosofía engañosa, y se rebelarán contra la autoridad del alto Cielo.

El pueblo de Dios se apartará de las prácticas injustas de quienes lo rodean y buscará la pureza de pensamiento y la santa conformidad a su voluntad, hasta que su imagen divina se refleje en ellos. Al igual que Enoc, serán aptos para ser trasladados al Cielo. Mientras se esfuerzan por instruir y advertir al mundo, no se ajustarán al espíritu y las costumbres de los incrédulos, sino que los condenarán por su santa conversación y piadoso ejemplo. El traslado de Enoc al cielo justo antes de la destrucción del mundo por un diluvio, representa el traslado de todos los justos vivientes de la tierra antes de su destrucción por fuego. Los santos serán glorificados en presencia de aquellos que los han odiado por su obediencia leal a los justos mandamientos de Dios.

Enoch instruyó a su familia con respecto al diluvio. Matusalén, el hijo de Enoc, escuchó la predicación de su nieto Noé, quien fielmente advirtió a los habitantes del mundo antiguo que un diluvio de aguas vendría sobre la tierra. Matusalén y sus hijos y nietos vivieron en la época de la construcción del arca. Ellos, junto con algunos otros, recibieron instrucción de Noé y lo ayudaron a construir el arca.

Set era de una estatura más noble que Caín o Abel, y se parecía más a Adán que a cualquiera de sus otros hijos. Los descendientes de Set se habían separado de los malvados descendientes de Caín. Apreciaban el conocimiento de la voluntad de Dios, mientras que la raza impía de Caín no tenía respeto por Dios y sus sagrados mandamientos. Pero cuando los hombres se multiplicaron sobre la tierra, los descendientes de Set vieron que las hijas de los descendientes de Caín eran muy hermosas, [66] y se apartaron de Dios y lo disgustaron tomando esposas

eligieron de la raza idólatra de Caín.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 7—El Diluvio

Aquellos que honraron y temieron ofender a Dios, al principio sintieron la maldición pero levemente; mientras que aquellos que se apartaron de Dios y pisotearon su autoridad, sintieron los efectos de la maldición con más fuerza, especialmente en estatura y nobleza de forma. Los descendientes de Set fueron llamados hijos de Dios, los descendientes de Caín, los hijos de los hombres. Al mezclarse los hijos de Dios con los hijos de los hombres, se corrompieron, y al casarse con ellos, perdieron, por la influencia de sus esposas, su carácter peculiar y santo, y se unieron con los hijos de Caín en su idolatría. Muchos desecharon el temor de Dios y pisotearon sus mandamientos. Pero hubo unos pocos que hicieron justicia, que temieron y honraron a su Creador. Noé y su familia estaban entre los pocos justos.

La maldad del hombre era tan grande y aumentaba hasta un grado tan terrible, que Dios se arrepintió de haber hecho al hombre sobre la tierra; porque vio que la maldad de los hombres era mucha, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.

La maldición no cambió de inmediato la apariencia de la tierra.

Todavía era rico en la generosidad que Dios había provisto para él. Había [67] oro y plata en abundancia. La raza de los hombres que vivían entonces era de gran estatura y poseía una fuerza maravillosa. Los árboles eran mucho más grandes y superaban con creces en belleza y proporciones perfectas cualquier cosa que los mortales puedan contemplar ahora. La madera de estos árboles era de grano fino y sustancia dura, en este sentido más parecida a la piedra. Se requirió mucho más tiempo y trabajo, incluso de esa raza poderosa, para preparar la madera para la construcción, que lo que se requiere en esta era degenerada para preparar los árboles que ahora crecen sobre la tierra, incluso con la fuerza presente más débil que ahora poseen los hombres. Estos árboles eran de gran durabilidad y no sabrían nada de la descomposición durante muchos años.

Una pesada maldición doble, primero como consecuencia de la transgresión de Adán, y segundo, a causa del asesinato cometido por Caín, descansaba sobre la tierra; sin embargo, las montañas y las colinas estaban todavía

hermoso. Sobre las elevaciones más altas crecían árboles majestuosos, elevándose a una gran altura, sus ramas se extendían a gran distancia por todos lados, mientras que las llanuras estaban cubiertas de verdor y parecían un vasto jardín de flores. Algunas de las colinas estaban cubiertas de hermosos árboles, y las enredaderas que subían a los majestuosos árboles estaban cargadas de uvas, mientras hermosas flores llenaban el aire con su fragancia. Pero a pesar de la riqueza y belleza de la tierra, sin embargo, cuando se compara con su estado antes de que se pronunciara la maldición sobre ella, había evidencia manifiesta de una decadencia segura y cierta.

El pueblo usó el oro, la plata, las piedras preciosas y la madera selecta para construir casas para sí mismos, cada uno esforzándose por superar al otro. Embellecieron y adornaron sus casas y tierras con las obras más ingeniosas, y provocaron a Dios con sus malas acciones. [68]

Formaron imágenes para adorar, y enseñaron a sus hijos a considerar estas obras de arte hechas con sus propias manos, como dioses, y a adorarlos. No eligieron pensar en Dios, el creador de los cielos y la tierra, y no dieron gracias a Aquel que les había proporcionado todas las cosas que poseían.

Incluso negaron la existencia del Dios del cielo, y se gloriaron y adoraron las obras de sus propias manos. Se corrompieron con aquellas cosas que Dios había puesto sobre la tierra para el beneficio del hombre. Se prepararon hermosos paseos, coronados por árboles frutales de todo tipo. Bajo estos árboles majestuosos y hermosos, con sus ramas extendidas, que eran verdes desde el comienzo del año hasta su fin, colocaron sus ídolos de adoración. Bosques enteros, debido al refugio de sus ramas, fueron dedicados a sus dioses ídolos, y se hicieron atractivos para que la gente recurriera a su adoración idólatra.

En lugar de hacer justicia a sus vecinos, llevaron a cabo sus propios deseos ilegales. Tenían una pluralidad de esposas, lo cual era contrario al sabio arreglo de Dios. En el principio, Dios le dio a Adán una esposa, mostrando a todos los que debían vivir sobre la tierra, su orden y ley al respecto. La transgresión y caída de Adán y Eva trajo el pecado y la miseria sobre la raza humana, y el hombre siguió sus propios deseos carnales y cambió el orden de Dios. Cuanto más se multiplicaban los hombres de esposas, más aumentaba su maldad e infelicidad. Si alguno quiso tomar mujeres, o ganado, o cualquier cosa perteneciente a su prójimo, no tuvo en cuenta

[69] justicia o derecho, pero si podía prevalecer sobre su prójimo a causa de la fuerza, o matándolo, lo hacía, y se regocijaba en sus hechos de violencia. Les encantaba destruir la vida de los animales. Los usaban como alimento, y esto aumentaba su ferocidad y violencia, y les hacía mirar la sangre de los seres humanos con asombrosa indiferencia.

Pero si hubo un pecado sobre otro que requirió la destrucción de la raza por el diluvio, fue el vil crimen de la amalgama del hombre y la bestia lo que desfiguró la imagen de Dios y causó confusión en todas partes. Dios se propuso destruir mediante un diluvio a esa raza poderosa y longeva que había corrompido sus caminos antes que él. No les permitiría vivir los días de su vida natural, que serían cientos de años. Fue sólo unas pocas generaciones atrás cuando Adán tuvo acceso a ese árbol que iba a prolongar la vida. Después de su desobediencia, no se le permitió comer del árbol de la vida y perpetuar una vida de pecado. Para que el hombre posea una vida eterna, debe continuar comiendo del fruto del árbol de la vida.

Privado de ese árbol, su vida se desgastaría gradualmente.

Más de cien años antes del diluvio, el Señor envió un ángel al fiel Noé para hacerle saber que ya no tendría misericordia de la raza corrupta. Pero no quiso que ignoraran su diseño. Instruiría a Noé y lo convertiría en un predicador fiel para advertir al mundo de su destrucción venidera, para que los habitantes de la tierra no tuvieran excusa. Noé debía predicar a la gente, y también preparar un arca según Dios lo dirigiera para su salvación y la de su familia. No solo debía [70] predicar, sino que su ejemplo al construir el arca fue para convencer a todos de que creía lo que predicaba.

Noé y su familia no estaban solos en el temor y la obediencia a Dios. Pero Noé fue el más piadoso y santo de todos sobre la tierra, y fue aquel cuya vida Dios preservó para llevar a cabo su voluntad al construir el arca y advertir al mundo de su ruina venidera. Matusalén, el abuelo de Noé, vivió hasta el mismo año del diluvio; y hubo otros que creyeron en la predicación de Noé, y lo ayudaron a construir el arca, quienes murieron antes de que el diluvio de las aguas cayera sobre la tierra. Noé, por su predicación y ejemplo en la construcción del arca, condenó al mundo. Dios dio a todos los que eligieron la oportunidad de arrepentirse y volverse a él. Pero ellos no creyeron en la predicación de

Noé. Se burlaron de sus advertencias y ridiculizaron la construcción de ese inmenso barco en tierra firme. Los esfuerzos de Noé por reformar a sus semejantes no tuvieron éxito. Pero durante más de cien años perseveró en sus esfuerzos por llevar a los hombres al arrepentimiento ya Dios. Cada golpe que recibió el arca fue una predicación para la gente. Noé dirigió, predicó, trabajó, mientras la gente miraba con asombro y lo consideraba un fanático.

Dios le dio a Noé las dimensiones exactas del arca e instrucciones explícitas con respecto a la construcción de la misma en cada detalle. En muchos aspectos no se hizo como un barco, sino que se preparó como una casa, los cimientos como un bote que flotaría sobre el agua. No había ventanas a los lados del arca. Tenía tres pisos de altura y la luz que recibían era de una ventana en la parte superior. La puerta estaba en el costado. Los diferentes departamentos preparados para la recepción de diferentes animales estaban hechos de tal manera que la ventana en la parte superior [71] daba luz a todos. El arca estaba hecha de madera de ciprés o tuza, que no conocería la descomposición durante cientos de años. Era un edificio de gran durabilidad, que ninguna sabiduría del hombre podría inventar. Dios fue el diseñador y Noé su maestro de obras.

Después de que Noé hubo hecho todo lo que estuvo a su alcance para corregir cada parte de la obra, fue imposible que pudiera resistir por sí misma la violencia de la tormenta que Dios en su furiosa ira iba a traer sobre la tierra. El trabajo de completar el edificio fue un proceso lento. Cada pieza de madera estaba bien ajustada y cada costura cubierta con breá. Todo lo que los hombres podían hacer era para que la obra fuera perfecta; sin embargo, después de todo, solo Dios podía preservar el edificio sobre las olas furiosas y agitadas, por su poder milagroso.

Al principio, una multitud aparentemente recibió la advertencia de Noé, pero no se volvió completamente a Dios con verdadero arrepentimiento. Se les dio algún tiempo antes de que viniera el diluvio, en el cual serían puestos a prueba, para ser probados y probados. No aguantaron la prueba. La degeneración prevaleciente los venció, y finalmente se unieron a otros que eran corruptos, para burlarse y burlarse del fiel Noé. No quisieron abandonar sus pecados, sino que continuaron en la poligamia y en la complacencia de sus pasiones corruptas.

El período de su prueba estaba llegando a su fin. Los habitantes incrédulos y burlones del mundo iban a tener una señal especial del poder divino de Dios. Noé había seguido fielmente las instrucciones.

ciones que Dios le había dado. El arca se terminó exactamente como Dios lo había ordenado. Había guardado inmensas cantidades de comida para [72] hombres y bestias. Y después de que esto se cumplió, Dios ordenó al fiel Noé: “Entra tú y toda tu casa en el arca, porque a ti he visto justo delante de mí”. Se enviaron ángeles para recoger del bosque y del campo las bestias que Dios había creado. Los ángeles iban delante de estos animales y ellos los seguían, de dos en dos, macho y hembra, y las bestias limpias de siete en siete. Estas bestias, desde las más feroces hasta las más mansas e inofensivas, entraron pacífica y solemnemente en el arca. El cielo parecía nublado con pájaros de todo tipo. Vinieron volando al arca, de dos en dos, macho y hembra, y las aves limpias de siete en siete. El mundo miraba con asombro, algunos con temor, pero se habían endurecido tanto por la rebelión que esta manifestación tan notable del poder de Dios tuvo una influencia momentánea sobre ellos. Durante siete días estos animales entraron en el arca, y Noé los dispuso en los lugares preparados para ellos.

Y mientras la raza condenada contemplaba el sol brillando en su gloria, y la tierra vestida casi con su belleza edénica, ahuyentó sus crecientes temores con una bulliciosa alegría; y por sus actos de violencia parecían alentar sobre sí mismos la visitación de la ira de Dios ya despierta.

Todo estaba ahora listo para el cierre del arca, lo que Noé no pudo haber hecho desde adentro. Un ángel es visto por la multitud burlona que desciende del cielo, revestido de un brillo como el relámpago. Cierra esa enorme puerta exterior, y luego toma su rumbo hacia el cielo de nuevo. Siete días estuvo la familia de Noé en el arca antes de que la lluvia comenzara a descender sobre la tierra. En [73] este tiempo estaban haciendo arreglos para su larga estadía mientras las aguas estarían sobre la tierra. Y estos fueron días de alegría blasfema por parte de la multitud incrédula. Ellos pensaron que debido a que la profecía de Noé no se cumplió inmediatamente después de que entró en el arca, él fue engañado y que era imposible que el mundo pudiera ser destruido por un diluvio. Antes de esto no había habido lluvia sobre la tierra. De las aguas se había levantado una niebla, que Dios hizo descender de noche como rocío, reviviendo la vegetación y haciéndola florecer.



A pesar de la exhibición solemne que habían presenciado del poder de Dios, de la ocurrencia antinatural de las bestias dejando los bosques y los campos, y entrando en el arca, y el ángel de Dios revestido de resplandor, y terrible en majestad, descendiendo del cielo y cerrando la puerta; sin embargo, endurecieron sus corazones y continuaron deleitándose y divirtiéndose con las manifestaciones señaladas del poder divino. Pero al octavo día los cielos se oscurecieron. El murmullo de los truenos y los vívidos relámpagos comenzaron a aterrorizar a hombres y bestias. La lluvia descendía de las nubes sobre ellos. Esto era algo que nunca habían presenciado, y sus corazones comenzaron a desfallecer de miedo. Las bestias vagaban con el terror más salvaje, y sus voces discordantes parecían gemir su propio destino y el destino del hombre. La tormenta aumentó en violencia hasta que el agua pareció venir del cielo como poderosas cataratas. Los límites de los ríos se rompieron, y las aguas se precipitaron a los valles. También se rompieron los cimientos del gran abismo. Chorros de agua brotarían de la tierra con una fuerza indescriptible, arrojando enormes rocas cientos de pies en el aire, y luego se enterrarían profundamente en la tierra.

El pueblo vio primero la destrucción de las obras de sus [74] manos. Sus espléndidos edificios, sus hermosos jardines y arboledas, donde habían puesto sus ídolos, fueron destruidos por un rayo del cielo. Sus ruinas estaban esparcidas por todas partes. Habían erigido altares en arboledas, y los consagraban a sus ídolos, sobre los cuales ofrecían sacrificios humanos. Estos que Dios aborreció fueron derribados en su ira delante de ellos, y se hicieron temblar ante el poder del Dios viviente, el Hacedor de los cielos y la tierra, y se les hizo saber que eran sus abominaciones y horribles, sacrificios idólatras, que habían llamado a su destrucción.

La violencia de la tormenta aumentó, y se mezclaron con la guerra de los elementos, los lamentos del pueblo que había despreciado la autoridad de Dios. Árboles, edificios, rocas y tierra fueron arrojados en todas direcciones. El terror del hombre y la bestia estaba más allá de toda descripción. E incluso el mismo Satanás, que se vio obligado a estar en medio de los elementos en guerra, temió por su propia existencia. Se había deleitado en controlar una raza tan poderosa, y deseaba que vivieran para practicar sus abominaciones y aumentar su rebelión contra

el Dios del cielo. Pronunció imprecaciones contra Dios, acusándolo de injusticia y crueldad. Muchos del pueblo, como Satanás, blasfemaron contra Dios, y si hubieran podido llevar a cabo su rebelión, lo habrían desgarrado del trono de la justicia. Mientras muchos blasfemaban y maldecían a su Creador, otros estaban frenéticos de miedo, extendiendo sus manos hacia el arca, suplicando que los admitieran. Pero esto era imposible. Dios había cerrado la puerta, la única entrada, [75] y encerrado a Noé, y fuera a los impíos. Solo él podía abrir la puerta. Su temor y arrepentimiento llegaron demasiado tarde. Se vieron obligados a saber que había un Dios viviente que era más poderoso que el hombre, a quien habían desafiado y blasfemado. Lo invocaron con fervor, pero su oído no estuvo atento a su clamor. Algunos en su desesperación buscaron entrar en el arca, pero esa estructura sólida resistió todos sus esfuerzos. Algunos se aferraron al arca hasta que se los llevó el furioso oleaje de las aguas, o su sujeción fue rota por rocas y árboles que fueron arrojados en todas direcciones. Los que despreciaron la advertencia de Noé y ridiculizaron a ese fiel predicador de la justicia, se arrepintieron demasiado tarde de su incredulidad. El arca fue severamente mecida y sacudida. Las bestias adentro expresaron, por sus variados ruidos, el terror más salvaje, sin embargo, en medio de toda la guerra de los elementos, el oleaje de las aguas y el revuelo de árboles y rocas, el arca cabalgó con seguridad. Ángeles que sobresalen en fuerza guiaron el arca y la preservaron de cualquier daño. Cada momento durante esa espantosa tormenta de cuarenta días y cuarenta noches, la preservación del arca fue un milagro del poder todopoderoso.

Los animales expuestos a la tempestad se precipitaron hacia el hombre, eligiendo la sociedad de los seres humanos, como esperando su ayuda. Algunas personas ataban a sus hijos y a ellos mismos a bestias poderosas, sabiendo que serían tenaces de por vida, y escalarían los puntos más altos para escapar de las aguas crecientes. La tempestad no amaina su furor, las aguas aumentan más rápido que al principio. Algunos se sujetan a árboles elevados en los puntos más altos de la tierra, pero [76] estos árboles son arrancados de raíz y llevados con violencia por el aire, y parecen como si hubieran sido arrojados furiosamente, con piedras y tierra, a la hinchazón, olas hirvientes. En las alturas más elevadas, los seres humanos y las bestias se esforzarían por mantener su posición hasta que todos fueran arrojados juntos a las aguas espumosas, que casi llegaban a la

puntos más altos de la tierra. Por fin se alcanzan las alturas más elevadas, y tanto hombres como bestias perecen en las aguas del diluvio.

Ansiosamente Noé y su familia vieron la disminución de las aguas. Él deseaba salir a la tierra otra vez. Envío un cuervo que volaba de un lado a otro hacia y desde el arca. No recibió la información que deseaba y envió una paloma que, al no encontrar descanso, volvió de nuevo al arca. Después de siete días, la paloma fue enviada de nuevo, y cuando se vio la hoja de olivo en su boca, hubo un gran regocijo en esta familia de ocho, que había estado tanto tiempo encerrada en el arca. De nuevo desciende un ángel y abre la puerta del arca. Noé pudo quitar la tapa, pero no pudo abrir la puerta que Dios había cerrado. Dios le habló a Noé a través del ángel que abrió la puerta, y ordenó a la familia de Noé que saliera del arca y trajera consigo todo ser viviente.

Noé no se olvidó de Dios, que tan misericordiosamente los había preservado, sino que inmediatamente erigió un altar y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocaustos en el altar, mostrando su fe en Cristo, el gran sacrificio, y manifestando su gratitud a Dios por su maravillosa conservación. La ofrenda de Noé subió ante Dios como un olor grato. Aceptó la ofrenda y bendijo a Noé y su familia. Aquí se enseña una lección a todos los que deben vivir sobre la tierra, que por cada manifestación de la misericordia y el amor de Dios [77] hacia ellos, el primer acto de todos debe ser rendirle gracias agradecidas y adoración humilde.

Y para que el hombre no se aterrorice con las nubes que se acumulan y las lluvias que caen, y esté en continuo temor, temiendo otro diluvio, Dios en su gracia anima a la familia de Noé mediante una promesa. “Y estableceré mi pacto con vosotros; ni toda carne será exterminada más con aguas de diluvio; ni habrá más diluvio para destruir la tierra. Y dijo Dios: Esta es la señal del pacto que hago entre mí y vosotros, y todo ser viviente que está con vosotros, por generaciones perpetuas. Pondré mi arco en las nubes, y será por señal del pacto entre mí y la tierra. Y acontecerá que cuando yo traiga una nube sobre la tierra, se verá el arco en la nube. Y el arco estará en la nube; y lo miraré, para acordarme del pacto sempiterno entre Dios y todo ser viviente, de toda carne que hay sobre la tierra.”

¡Qué condescendencia de parte de Dios! ¡Qué compasión por el hombre descarriado, poner el hermoso y abigarrado arco iris en las nubes, una señal del pacto del gran Dios con el hombre! Este arco iris debía evidenciar el hecho a todas las generaciones de que Dios destruyó a los habitantes de la tierra con un diluvio, a causa de su gran maldad. Fue su designio que así como los hijos de las generaciones venideras vieran el arco en la nube, y preguntaran la razón de este glorioso arco que atravesaba los cielos, que sus padres pudieran explicarles la destrucción del viejo mundo por un diluvio, porque el pueblo [78] se entregó a toda maldad, y que las manos del Altísimo habían tensado el arco, y puesto en las nubes, en señal de que nunca más traería un diluvio de aguas sobre el tierra. Este símbolo en las nubes era para confirmar la creencia de todos y establecer su confianza en Dios; porque era señal de la divina misericordia y bondad para con el hombre; que aunque Dios había sido provocado para destruir la tierra por el diluvio, su misericordia aún abarca la tierra. Dios dice que cuando mire el arco en la nube, se acordará. No quiere que entendamos que jamás olvidará; pero habla al hombre en su propia lengua, para que el hombre le entienda mejor.

Un arco iris está representado en el Cielo alrededor del trono, también sobre la cabeza de Cristo, como símbolo de la misericordia de Dios que abarca la tierra. Cuando el hombre, por su gran maldad, provoca la ira de Dios, Cristo, el intercesor del hombre, intercede por él, y señala el arco iris en la nube, como evidencia de la gran misericordia y compasión de Dios por el hombre descarriado; también el arco iris sobre el trono y sobre su cabeza, emblema de la gloria y misericordia de Dios que descansa allí para el beneficio del hombre arrepentido.

Todas las especies de animales que Dios había creado fueron preservadas en el arca. Las especies confusas que Dios no creó, que fueron el resultado de la amalgama, fueron destruidas por el diluvio. Desde el diluvio ha habido amalgama de hombres y bestias, como se puede ver en las casi infinitas variedades de especies de animales y en ciertas razas de hombres.

Después que Noé salió del arca, miró a su alrededor [79] a las poderosas y feroces bestias que había sacado del arca, y luego a su familia de ocho, y temió mucho que fueran destruidos por las bestias. Pero el Señor envió a su

ángel que dijera a Noé: Tu temor y tu espanto estarán sobre todos los animales de la tierra, y sobre todas las aves de los cielos, sobre todo lo que se mueve sobre la tierra, y sobre todos los peces del mar; en vuestras manos son entregados. Todo lo que se mueve y vive os será alimento; así como la hierba verde os he dado todas las cosas.”

Antes de este tiempo, Dios no le había dado al hombre permiso para comer alimentos de origen animal. Toda sustancia viviente sobre la faz de la tierra sobre la cual el hombre podía subsistir había sido destruida; por tanto, Dios le dio permiso a Noé para que comiera de los animales limpios que había llevado consigo al arca. Dios le dijo a Noé: “Todo lo que se mueve y tiene vida, os será para comer, así como la hierba verde os he dado todas las cosas”. Así como Dios les había dado anteriormente la hierba de la tierra y el fruto del campo, ahora, en las peculiares circunstancias en que se encuentran, les permite comer alimentos animales. Sin embargo, vi que la carne de los animales no era el alimento más saludable para el hombre.

Toda la superficie de la tierra fue cambiada en el diluvio. Una tercera maldición espantosa ahora descansaba sobre él como consecuencia de la transgresión del hombre. Los hermosos árboles y arbustos que daban flores fueron destruidos, pero Noé conservó semillas y las llevó consigo al arca, y Dios, por su poder milagroso, preservó vivos algunos de los diferentes tipos de árboles y arbustos para las generaciones futuras. Poco después de la inundación, los árboles y las plantas parecieron brotar de las mismas rocas. En la providencia de Dios, las semillas fueron esparcidas y conducidas a las grietas de las rocas, y allí escondidas de manera segura para el uso futuro del hombre.

Las aguas habían estado quince codos por encima de las montañas más altas. El Señor se acordó de Noé, y cuando las aguas disminuyeron, hizo que el arca descansara sobre la cima de un grupo de montañas, que Dios en su poder había preservado y sostenido durante toda esa violenta tormenta. Estas montañas estaban separadas por una pequeña distancia, y el arca se movió y descansó sobre una, luego otra, de estas montañas, y ya no fue empujada sobre el océano ilimitado. Esto le dio un gran alivio a Noé y a todos los que estaban dentro del arca. A medida que aparecían las montañas y las colinas, se encontraban en una condición quebrada y áspera, y alrededor de ellas parecía un mar de agua turbulenta o lodo blando.

En el tiempo del diluvio, la gente, y también las bestias, se juntaron en las partes más altas de la tierra, y cuando las aguas se retiraron de sobre la tierra, quedaron cadáveres sobre las altas montañas y sobre las colinas,

así como sobre las llanuras. Sobre la superficie de la tierra estaban los cuerpos de hombres y bestias. Pero Dios no quiso que estos permanecieran sobre la faz de la tierra para descomponerse y contaminar la atmósfera, por lo que hizo de la tierra un vasto cementerio. Hizo pasar un viento poderoso sobre la tierra con el propósito de secar las aguas, el cual las movía con gran fuerza; en algunos casos arrastró las cimas de las montañas como poderosas avalanchas, formando grandes colinas y altas montañas donde no las había. Ser vistos antes, y enterrando los cadáveres con árboles, piedras y tierra. Estas montañas y colinas aumentaron de tamaño y adquirieron una forma más irregular debido a las acumulaciones de piedras, cornisas, árboles y tierra [81] que fueron empujadas sobre ellas y alrededor de ellas. La madera preciosa, la piedra, la plata y el oro, que habían enriquecido y adornado el mundo antes del diluvio, y que los habitantes habían idolatrado, se hundieron bajo la superficie de la tierra. Las aguas que se habían desatado con tan gran poder, habían movido la tierra y las rocas, y las habían amontonado sobre los tesoros de la tierra, y en muchos casos formaron montañas sobre ellas para ocultarlas de la vista y la búsqueda de los hombres.

Dios vio que cuanto más enriquecía y prosperaba al hombre pecador, más corrompía su camino delante de él. Estos tesoros, que deberían haber llevado al hombre a glorificar al generoso dador, habían sido adorados en lugar de Dios, mientras que el dador había sido rechazado.

Las hermosas montañas de forma regular habían desaparecido. Piedras, cornisas y rocas irregulares aparecieron sobre algunas partes de la tierra que antes estaban fuera de la vista. Donde había habido colinas y montañas, no se veían rastros de ellas. Donde había habido hermosas llanuras cubiertas de verdor y hermosas plantas, colinas y montañas se formaron de piedras, árboles y tierra, sobre los cuerpos de hombres y bestias. Toda la superficie de la tierra presentaba una apariencia de desorden. Algunas partes de la tierra estaban más desfiguradas que otras. Donde una vez estuvieron los tesoros más ricos de la tierra en oro, plata y piedras preciosas, se vieron las marcas más graves de la maldición. Y sobre los países que no estaban habitados, y aquellas porciones de la tierra donde había habido el menor crimen, la maldición descansaba más levemente.

Antes del diluvio había inmensos bosques. Los árboles estaban [82] muchas veces más grande que cualquier árbol que ahora vemos. Eran de gran durabilidad. No sabrían nada de la decadencia durante cientos de

años. En el momento del diluvio, estos bosques fueron arrancados o destruidos y enterrados en la tierra. En algunos lugares gran cantidad de estos inmensos árboles fueron amontonados y cubiertos de piedras y tierra por las conmociones de la inundación. Desde entonces, se han petrificado y convertido en carbón, lo que explica los grandes lechos de carbón que ahora se encuentran. Este carbón ha producido petróleo. Dios hace que grandes cantidades de carbón y aceite se enciendan y se quemen. Las rocas se calientan intensamente, la piedra caliza se quema y el mineral de hierro se derrite. El agua y el fuego bajo la superficie de la tierra se encuentran. La acción del agua sobre la piedra caliza añade furor al intenso calor, y causa terremotos, volcanes y emanaciones de fuego. La acción del fuego y el agua sobre los salientes de rocas y minerales provoca fuertes explosiones que suenan como un trueno sordo. Estas maravillosas exhibiciones serán más numerosas y terribles justo antes de la segunda venida de Cristo y el fin del mundo, como signos de su pronta destrucción.

El carbón y el petróleo generalmente se encuentran donde no hay montañas ardientes o emisiones de fuego. Cuando el fuego y el agua debajo de la superficie de la tierra se encuentran, los elementos ardientes no pueden dar suficiente salida a los elementos calientes que se encuentran debajo. La tierra se convulsiona, el suelo se agita y se eleva en marejadas u olas, y hay fuertes sonidos como truenos bajo tierra. El aire es caliente y sofocante. La tierra se abre rápidamente, y vi aldeas, ciudades y montañas ardientes arrastradas juntas hacia la tierra.

Dios controla todos estos elementos; son sus instrumentos para hacer su voluntad; los llama a la acción para servir a su propósito. Estos brotes de fuego [83] han sido, y serán, sus agentes para borrar de la tierra las ciudades muy inicuas. Como Coré, Datán y Abiram, descienden vivos a la fosa. Estas son evidencias del poder de Dios. Aquellos que han contemplado estas montañas ardientes vertiendo fuego y llamas, y una gran cantidad de mineral derretido, secando los ríos y haciéndolos desaparecer, han quedado aterrorizados por la grandeza de la escena. Se han llenado de asombro como si estuvieran contemplando el poder infinito de Dios.

Estas manifestaciones llevan las marcas especiales del poder de Dios, y están diseñadas para hacer que la gente de la tierra tiemble ante él, y para silenciar a aquellos que, como Faraón, dirían con orgullo: “¿Quién es el Señor, para que yo escuche su voz? ?” Isaías se refiere a estas exhibiciones del poder de Dios donde exclama: “¡Oh! que tú

Rasgarías los cielos, para que descendieras, para que los montes se desplomaran ante tu presencia, como cuando el fuego que derrite arde, el fuego hace hervir las aguas, para dar a conocer tu nombre a tus adversarios, para que las naciones tiemblen. en tu presencia! Cuando hiciste cosas terribles que nosotros no esperábamos, descendiste, los montes se desplomaron ante tu presencia". [Isaías 64:1-3](#).

"Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y de ninguna manera tendrá por inocente al impío. El Señor tiene su camino en el torbellino y en la tormenta, y las nubes son el polvo de sus pies. Él reprende al mar y lo seca, y seca todos los ríos. Basán desfallece, el Carmelo y la flor del Líbano desfallecen. Las montañas tiemblan ante él, y las colinas se derriten, y la tierra se quema ante su [84] presencia, sí, el mundo y todo lo que en él habita. ¿Quién puede estar de pie ante su indignación? ¿Y quién podrá permanecer en el furor de su ira? Su furor se derrama como fuego, y las rocas son derribadas por él". [Nahúm 1:3-6](#).

"Inclina, oh Señor, tus cielos y desciende; toca los montes , y humearán. Lanza relámpagos y dispérsalos; dispara tus saetas y destrúyelos". [Salmo 144:5, 6](#).

Mayores prodigios de los que se han visto hasta ahora serán presenciados por aquellos sobre la tierra un breve período antes de la venida de Cristo. "Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra; sangre y fuego y vapor de humo." "Y hubo voces, truenos y relámpagos; y hubo un gran terremoto, cual no lo hubo desde que hubo hombres sobre la tierra, tan fuerte terremoto, y tan grande." "Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un gran granizo, cada piedra del peso de un talento; y los hombres blasfemaron de Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande."

Las entrañas de la tierra fueron el arsenal del Señor, del cual sacó las armas que empleó en la destrucción del viejo mundo. Las aguas de las entrañas de la tierra brotaron y se unieron con las aguas del cielo para llevar a cabo la obra de destrucción.

Desde el diluvio, Dios ha usado agua y fuego en la tierra como sus agentes para destruir las ciudades inicuas.

En el día del Señor, justo antes de la venida de Cristo, Dios enviará relámpagos del cielo en su ira, que se unirán con fuego [85] en la tierra.

Los montes arderán como un horno, y derramarán



emanan terribles corrientes de lava, destruyendo jardines y campos, aldeas y ciudades; y mientras vierten su mineral derretido, rocas y lodo caliente en los ríos, los harán hervir como una olla, y arrojarán rocas masivas, y esparcirán sus fragmentos rotos sobre la tierra con una violencia indescriptible. Ríos enteros se secarán. La tierra será convulsionada, y habrá terribles erupciones y terremotos por todas partes. Dios plagará a los malvados habitantes de la tierra hasta que sean destruidos de sobre ella. Los santos son preservados en la tierra en medio de estas terribles conmociones, como Noé fue preservado en el arca en el momento del diluvio.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 8—La infidelidad encubierta

Luego fui llevado de vuelta a la creación y se me mostró que la primera semana, en la que Dios realizó la obra de la creación en seis días y descansó el séptimo día, era como cualquier otra semana. El gran Dios, en sus días de creación y día de descanso, midió el primer ciclo como muestra para las semanas sucesivas hasta el fin del tiempo.

“Estas son las generaciones de los cielos y de la tierra cuando fueron creados”. Dios nos da los productos de su obra al final de cada día literal. Cada día se contaba de él como una generación, porque cada día generaba o producía alguna parte nueva de [86] su obra. En el séptimo día de la primera semana Dios descansó de su trabajo, y luego bendijo el día de su descanso, y lo apartó para el uso del hombre. El ciclo semanal de siete días literales, seis de trabajo y el séptimo de descanso, que ha sido preservado y traído a través de la historia bíblica, se originó en los grandes hechos de los primeros siete días.

Cuando Dios pronunció su ley con una voz audible desde el Sinaí, introdujo el sábado diciendo: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo”. Luego declara definitivamente lo que se hará en los seis días, y lo que no se hará en el séptimo. Luego, al dar la razón para observar así la semana, les señala su ejemplo en los primeros siete días de tiempo. “Porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y descansó el séptimo día, por lo cual el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó”. Esta razón parece hermosa y contundente cuando entendemos que el registro de la creación significa días literales. Los primeros seis días de cada semana le son dados al hombre para trabajar, porque Dios empleó el mismo período de la primera semana en la obra de la creación. El séptimo día Dios lo ha reservado como día de descanso, en conmemoración de su descanso durante el mismo período de tiempo después de haber realizado la obra de la creación en se

Pero la suposición incrédula de que los eventos de la primera semana requirieron siete vastos períodos indefinidos para su realización,

ataca directamente el fundamento del sábado del cuarto mandamiento. Hace indefinido y oscuro lo que Dios ha hecho muy claro. Es la peor clase de infidelidad; porque para muchos que profesan creer en el registro de la creación, es una infidelidad disfrazada. [87]

Acusa a Dios de ordenar a los hombres que observen la semana de siete días literales en conmemoración de siete períodos indefinidos, lo cual es diferente a su trato con los mortales, y es una acusación de su sabiduría.

Los geólogos incrédulos afirman que el mundo es mucho más antiguo de lo que dice el registro bíblico. Rechazan el registro bíblico por aquellas cosas que para ellos son evidencias de la tierra misma de que el mundo ha existido por decenas de miles de años. Y muchos que profesan creer en el registro bíblico no pueden dar cuenta de las cosas maravillosas que se encuentran en la tierra, con el punto de vista de que la semana de la creación fue solo de siete días literales, y que el mundo ahora tiene solo unos seis mil años. Éstos, para librarse de las dificultades que los geólogos incrédulos arrojan en su camino, adoptan la opinión de que los seis días de la creación fueron seis períodos vastos e indefinidos, y el día del descanso de Dios fue otro período indefinido; dejando sin sentido el cuarto mandamiento de la santa ley de Dios. Algunos reciben con entusiasmo esta posición; porque destruye la fuerza del cuarto mandamiento, y se sienten libres de sus demandas sobre ellos. Tienen ideas limitadas del tamaño de los hombres, animales y árboles antes del diluvio, y de los grandes cambios que entonces tuvieron lugar en la tierra.

Huesos de hombres y animales se encuentran en la tierra, en las montañas y en los valles, lo que demuestra que hombres y bestias mucho más grandes alguna vez vivieron sobre la tierra. Se me mostró que existían animales muy grandes y poderosos antes del diluvio, que ahora no existen. A veces se encuentran instrumentos de guerra; también madera petrificada. Debido a que los huesos de los seres humanos y de los animales que se encuentran en la tierra son mucho más grandes que los de los hombres y los animales que viven ahora, o que han existido durante muchas [88] generaciones pasadas, algunos concluyen que el mundo es más antiguo de lo que tenemos registro bíblico . y estuvo poblada mucho antes del registro de la creación por una raza de seres muy superiores en tamaño a los hombres ahora sobre la tierra.

Se me ha mostrado que, sin la historia bíblica, la geología no puede probar nada. Las reliquias encontradas en la tierra dan evidencia de un estado de cosas que difiere en muchos aspectos del presente. pero el tiempo

de su existencia, y cuánto tiempo han estado estas cosas en la tierra, solo se pueden entender por la historia bíblica. Puede ser inocente hacer conjeturas más allá de la historia bíblica, si nuestras suposiciones no contradicen los hechos que se encuentran en las Sagradas Escrituras. Pero cuando los hombres dejan la palabra de Dios con respecto a la historia de la creación y buscan dar cuenta de las obras creativas de Dios sobre principios naturales, se encuentran en un océano ilimitado de incertidumbre. Cómo Dios llevó a cabo la obra de la creación en seis días literales, nunca lo ha revelado a los mortales. Sus obras creativas son tan incomprensibles como su existencia.

“Grande es el Señor, y muy digno de ser alabado; y su grandeza es inescrutable.”

“Que hace grandes cosas inescrutables; sí, y prodigios sin número.”

“Que hace cosas grandes e inescrutables; cosas maravillosas sin número.”

“Dios truena maravillosamente con su voz; Él hace grandes cosas que nosotros no podemos comprender.”

“¡Vaya! la profundidad de las riquezas tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e inescrutables sus caminos ! Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? o quien tiene sido su consejero?

La palabra de Dios es dada como lámpara a nuestros pies, y lumbrera a nuestro camino. Los que echan su palabra detrás de sí, y buscan por medio de su propia filosofía ciega descubrir los maravillosos misterios de Jehová, tropezarán en la oscuridad. Se ha dado una guía a los mortales mediante la cual pueden rastrear a Jehová y sus obras hasta donde sea para su bien. La inspiración, al darnos la historia del diluvio, ha explicado maravillosos misterios que la geología, independientemente de la inspiración, nunca podría explicar.

Ha sido obra especial de Satanás inducir al hombre caído a rebelarse contra el gobierno de Dios, y ha tenido demasiado éxito en sus esfuerzos. Ha tratado de oscurecer la ley de Dios, que en sí misma es muy clara. Ha manifestado un odio especial contra el cuarto precepto del decálogo, porque define al Dios vivo, creador de los cielos y de la tierra. Se apartan de los más claros preceptos de Jehová , para recibir fábulas incrédulas.

El hombre se quedará sin excusa. Dios ha dado suficiente evidencia sobre la cual basar la fe, si desea creer. En los últimos días, la tierra estará casi desprovista de verdadera fe. Con el más mínimo pretexto, la palabra de Dios se considerará poco confiable, mientras que se aceptará el razonamiento humano, aunque esté en oposición a los hechos claros de las Escrituras. Los hombres se esforzarán por explicar por causas naturales la obra de la creación, que Dios nunca ha revelado. Pero la ciencia humana no puede investigar los secretos del Dios del Cielo y explicar las estupendas obras de la creación, que fueron un milagro del poder todopoderoso, antes de que pueda mostrar cómo llegó a existir Dios.

“Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios; pero esos [90] las cosas que son reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre.” Los hombres, que profesan ser ministros de Dios, levantan la voz contra la investigación de la profecía y le dicen a la gente que las profecías, especialmente las de Daniel y Juan, son oscuras y que no podemos entenderlas. Pero algunos de los mismos hombres que se oponen a la investigación de la profecía porque es oscura, reciben con entusiasmo las suposiciones de los geólogos, que cuestionan el registro mosaico. Pero si la voluntad revelada de Dios es tan difícil de entender, ciertamente los hombres no deberían basar su fe en meras suposiciones con respecto a lo que él no ha revelado. Los caminos de Dios no son como los nuestros, ni sus pensamientos como los nuestros. La ciencia humana nunca podrá dar cuenta de sus obras maravillosas. Dios ordenó que los hombres, las bestias y los árboles, muchas veces más grandes que los que ahora están sobre la tierra, y otras cosas, fueran enterrados en la tierra en el momento del diluvio, y allí fueran preservados como evidencia para el hombre de que los habitantes de el viejo mundo pereció por una inundación. Dios diseñó que el descubrimiento de estas cosas en la tierra estableciera la fe de los hombres en la historia inspirada. Pero los hombres, con sus vanos razonamientos, hacen un mal uso de estas cosas que Dios dispuso que los indujeran a exaltarlo. Caen en el mismo error que el pueblo antes del diluvio: aquellas cosas que Dios les dio como un beneficio, las convirtieron en maldición, al hacer un mal uso de ellas.

[91]

## Capítulo 9—La torre de Babel

Algunos de los descendientes de Noé pronto comenzaron a apostatar. Una porción siguió el ejemplo de Noé y obedeció los mandamientos de Dios ; otros eran incrédulos y rebeldes, y aun estos no creían lo mismo con respecto al diluvio. Algunos no creían en la existencia de Dios, y en sus propias mentes daban cuenta del diluvio por causas naturales. Otros creían que Dios existía y que destruyó la raza antediluviana con un diluvio; y sus sentimientos, como Caín, se rebelaron contra Dios, porque él destruyó a la gente de la tierra, y maldijo la tierra por tercera vez con un diluvio.

Los que eran enemigos de Dios se sentían diariamente reprendidos por la conversación recta y la vida piadosa de los que amaban, obedecían y exaltaban a Dios. Los incrédulos consultaron entre sí y acordaron separarse de los fieles, cuyas vidas justas eran un freno continuo para su mal proceder. Viajaron lejos de ellos y eligieron una gran llanura donde morar.

Les construyeron una ciudad, y luego concibieron la idea de construir una gran torre para llegar hasta las nubes, para que pudieran habitar juntos en la ciudad y la torre, y no estar más dispersos. Pensaron que se asegurarían en caso de otro diluvio, porque construirían su torre a una altura mucho mayor que las aguas que prevalecían en el tiempo del diluvio, y todo el mundo los honraría, y serían como dioses, y dominar al pueblo. Esta [92] torre fue calculada para exaltar a sus constructores, y fue diseñada para desviar la atención de Dios de otros que deberían vivir sobre la tierra para unirse a ellos en su idolatría. Antes de que se terminara el trabajo de construcción, la gente vivía en la torre. Las habitaciones estaban espléndidamente amuebladas, decoradas y dedicadas a sus ídolos. Los que no creían en Dios, imaginaban que si su torre llegaba hasta las nubes, podrían descubrir las razones del diluvio.

Se exaltaron contra Dios. Pero no les permitió completar su obra. Habían edificado su torre a una gran altura, cuando el Señor envió dos ángeles para avergonzarlos en su

trabajar. Se habían designado hombres con el propósito de recibir palabra de los obreros en la parte superior de la torre, pidiendo material para su trabajo, que el primero comunicaría al segundo, y él al tercero, hasta que la palabra llegara a los que estaban en el suelo. . A medida que la palabra pasaba de unos a otros en su descenso, los ángeles confundieron su lenguaje, y cuando la palabra llegó a los hombres de trabajo en la tierra, se pidió material para el cual no se había requerido. Y después del laborioso proceso de hacer llegar el material a los trabajadores en lo alto de la torre, no era lo que deseaban. Desilusionados y enfurecidos, reprochaban a los que suponían culpables. Después de esto, no hubo armonía en su trabajo. Enojados unos con otros, e incapaces de explicar el malentendido y las palabras extrañas entre ellos, abandonaron el trabajo y se separaron unos de otros, y se esparcieron por la tierra. Hasta ese momento, los hombres habían hablado un solo idioma. Un rayo del cielo, en señal de la ira de Dios, rompió la parte superior de su torre, [93] tirándola al suelo. Así Dios mostraría al hombre rebelde que él es supremo.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 10—Abraham

El Señor escogió a Abraham para que hiciera su voluntad. Se le ordenó dejar su nación idólatra y separarse de su parentela. El Señor se había revelado a Abraham en su juventud, y le dio entendimiento, y lo preservó de la idolatría. Él se propuso hacer de él un ejemplo de fe y verdadera devoción para su pueblo que después viviría sobre la tierra. Su carácter estaba marcado por la integridad, la generosidad y la hospitalidad. Imponía respeto como un príncipe poderoso entre la gente. Su reverencia y amor por Dios, y su estricta obediencia en el cumplimiento de su voluntad, le granjearon el respeto de sus siervos y vecinos. Su ejemplo piadoso y conducta justa, junto con sus instrucciones fieles a sus siervos y toda su casa, los llevó a temer, amar y reverenciar al Dios de Abraham. El Señor se apareció a Abraham y le prometió que su simiente sería como las estrellas del cielo en número. También le hizo saber, a través de la figura del horror de las grandes tinieblas que le sobrevinieron, la larga y servil servidumbre de sus descendientes en Egipto.

En el principio, Dios le dio a Adán una esposa, mostrando así su orden. Él nunca diseñó que el hombre tuviera una pluralidad de esposas. [94] Lamec fue el primero que se apartó en este respecto del sabio arreglo de Dios. Tenía dos esposas, lo que creó discordia en su familia. La envidia y los celos de ambos hicieron infeliz a Lamec. Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, tomaron por esposas a todas las que escogieron. Este fue uno de los grandes pecados de los habitantes del mundo antiguo, que trajo la ira de Dios sobre ellos. Esta costumbre se practicó después del diluvio y se hizo tan común que incluso los hombres justos cayeron en la práctica y tuvieron una pluralidad de esposas. Sin embargo, no fue menos pecado porque se corrompieron y se apartaron en esto del orden de Dios.

El Señor dijo de Noé y su familia que se salvaron en el arca: “Porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación”. Noé



tenía una sola esposa; y su disciplina familiar unida fue bendecida por Dios. Debido a que los hijos de Noé eran justos, fueron preservados en el arca con su padre justo. Dios no ha sancionado la poligamia en un solo caso. Era contrario a su voluntad. Sabía que la felicidad del hombre sería destruida por ello. La paz de Abraham se vio muy afectada por su infeliz matrimonio con Agar.

Después de la separación de Abraham de Lot, el Señor le dijo: “Alza ahora tus ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, el sur, el oriente y el occidente; porque toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; de modo que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también será contada tu descendencia.”

“Vino palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram, yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande”. “Y [95] Abram dijo: He aquí, no me has dado simiente; y he aquí, uno nacido en mi casa es mi heredero.”

Como Abraham no tenía hijo, al principio pensó que su fiel servidor, Eliezer, sería su hijo por adopción y su heredero. Pero Dios le informa a Abraham que su siervo no será su hijo y heredero, sino que realmente debe tener un hijo. “Y sacándolo fuera, le dijo: Mira ahora hacia el cielo, y dime las estrellas, si las puedes contar; y él le dijo: Así será tu simiente.”

Si Abraham y Sara hubieran esperado con fe confiada el cumplimiento de la promesa de que tendrían un hijo, se habrían evitado muchas infelicidades. Ellos creían que sería tal como Dios lo había prometido, pero no podían creer que Sara, en su vejez, tendría un hijo. Sarah sugirió un plan por el cual pensó que la promesa de Dios podría cumplirse. Ella le rogó a Abraham que tomara a Agar como su esposa. En esto ambos carecieron de fe y de una perfecta confianza en el poder de Dios. Al escuchar la voz de Sara y tomar a Agar como su esposa, Abraham fracasó en soportar la prueba de su fe en el poder ilimitado de Dios, y trajo sobre sí mismo y sobre Sara mucha infelicidad. El Señor tenía la intención de probar la fe firme y la confianza de Abraham en las promesas que le

Agar era orgullosa y jactanciosa, y se comportaba con altivez ante Sara. Se jactaba de que sería la madre de la gran nación que Dios había prometido hacer de Abraham. Y Abraham se vio obligado a escuchar las quejas de Sara con respecto a

[96] a la conducta de Agar, acusando a Abraham de maldad en el asunto. Abraham se entristece y le dice a Sara que Agar es su sierva y que ella puede controlarla, pero se niega a despedirla, porque ella será la madre de su hijo a través de quien él cree que se cumplirá la promesa. . Le informa a Sarah que no debería haber tomado a Agar por esposa si no hubiera sido por su pedido especial. Abraham también se vio obligado a escuchar las quejas de Agar sobre el abuso de Sara. Abraham está perplejo. Si busca reparar los errores de Agar, aumenta los celos y la infelicidad de Sara, su primera y muy amada esposa. Agar huyó de delante de Sara. Un ángel de Dios se encuentra con ella y la consuela, y también la reprende por su conducta altiva, al ordenarle que regrese a su señora y se someta bajo sus manos.

Después del nacimiento de Ismael, el Señor se manifestó de nuevo a Abraham y le dijo: "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti, en sus generaciones, por pacto perpetuo". Nuevamente el Señor repitió por medio de su ángel su promesa de darle a Sara un hijo, y que ella sería madre de muchas naciones. Abraham aún no entendía la promesa de Dios. Su mente inmediatamente descansa en Ismael, como si a través de él vendrían las muchas naciones prometidas, y exclama, en su afecto por su hijo: "¡Oh, que Ismael viva delante de ti!"

Nuevamente la promesa se repite más definidamente a Abraham: "Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo; y llamarás su nombre Isaac; y estableceré mi pacto con él por pacto perpetuo, y con su descendencia después de él. Los ángeles son enviados por segunda vez a Abraham en su camino para destruir a Sodoma, y repiten más claramente la promesa de que Sara tendrá un hijo.

Después del nacimiento de Isaac, la gran alegría manifestada por Abraham y Sara hizo que Agar se pusiera muy celosa. Ismael había sido instruido por su madre que iba a ser especialmente bendecido por Dios, como hijo de Abraham, y heredero de lo que le había sido prometido. Ismael compartió los sentimientos de su madre y se enojó por el gozo manifestado por el nacimiento de Isaac. Despreció a Isaac porque pensó que era preferido antes que él. Sara vio la disposición manifestada por Ismael contra su hijo Isaac, y se conmovió mucho. Ella le contó a Abraham la falta de respeto de Ismael hacia ella y hacia su hijo Isaac, y le dijo: "Echa fuera este

sierva y su hijo, porque el hijo de esta sierva no será heredero con mi hijo, incluso con Isaac”.

Abraham está muy angustiado. Ismael es su hijo, amado por él. ¡Cómo puede enviarlo lejos! Ora a Dios en su perplejidad, porque no sabe qué camino tomar. El Señor le informa a Abraham, a través de sus ángeles, que escuche la voz de Sara, su esposa, y que no debe permitir que sus afectos por su hijo, o por Agar, le impidan cumplir con los deseos de ella. Porque este era el único camino que podía seguir para restaurar de nuevo la armonía y la felicidad en su familia. Abraham tiene la consoladora promesa del ángel, que Ismael, aunque separado de la casa de su padre, no moriría, ni sería desamparado de Dios; que debe ser preservado porque él era el hijo [98] de Abraham. Dios también promete hacer de Ismael una gran nación.

Abraham era de carácter noble y benévolo, lo cual se manifestó en su súplica tan ferviente por el pueblo de Sodoma. Su fuerte espíritu sufrió mucho. Se inclinó por el dolor, y sus sentimientos paternos se conmovieron profundamente cuando envió a Agar y a su hijo Ismael a vagar como extraños en una tierra extraña.

Si Dios hubiera sancionado la poligamia, no le habría ordenado a Abraham que despidiera a Agar y a su hijo. Enseñaría a todos una lección en esto, que los derechos y la felicidad de la relación matrimonial deben ser siempre respetados y protegidos, aun a costa de un gran sacrificio. Sara fue la primera y única verdadera esposa de Abraham. Tenía derechos, como esposa y madre, que ningún otro miembro de la familia podía tener. Reverenció a su marido, llamándolo señor; pero ella estaba celosa de que sus afectos se dividieran con Agar. Dios no reprendió a Sara por el proceder que siguió. Abraham fue reprendido por los ángeles por desconfiar del poder de Dios, lo que lo había llevado a tomar a Agar por esposa, ya pensar que a través de ella se cumpliría la promesa .

Nuevamente el Señor consideró apropiado probar la fe de Abraham con una prueba terrible. Si hubiera soportado la primera prueba, y hubiera esperado pacientemente a que la promesa se cumpliera en Sara, y no hubiera tomado a Agar como esposa, no habría estado sujeto a la prueba más dura que jamás se haya requerido del hombre. El Señor le dijo a Abraham: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a la tierra de Moriah; y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.

[99] Abraham no descreyó a Dios, ni vaciló, pero temprano en la mañana tomó a dos de sus siervos, ya Isaac su hijo, y la leña para el holocausto, y fue al lugar que Dios le había dicho. Él no le reveló la verdadera naturaleza de su viaje a Sara, sabiendo que su afecto por Isaac la llevaría a desconfiar de Dios y a retener a su hijo. Abraham no sufrió sentimientos paternales para controlarlo y llevarlo a rebelarse contra Dios. El mandato de Dios fue calculado para agitar las profundidades de su alma. "Toma ahora a tu hijo".

Luego, como para sondear un poco más el corazón, añade: "tu único hijo, Isaac, a quien amas"; es decir, el único hijo de la promesa, "y ofrécelo en holocausto".

Tres días viajó este padre con su hijo, teniendo tiempo suficiente para razonar, y dudar de Dios si estaba dispuesto a dudar. Pero no desconfió de Dios. No razonó ahora que la promesa se cumpliría a través de Ismael; porque Dios claramente le dijo que a través de Isaac se cumpliría la promesa.

Abraham creía que Isaac era el hijo de la promesa. También creía que Dios quiso decir exactamente lo que dijo cuando le pidió que fuera a ofrecerlo como holocausto. No titubeó ante la promesa de Dios; pero creyeron que Dios, quien en su providencia le había dado a Sara un hijo en su vejez, y quien le había requerido que quitara la vida de ese hijo, también podía dar vida nuevamente y resucitar a Isaac de entre los muertos.

Abraham dejó a los sirvientes en el camino y se propuso ir solo con su hijo a adorar a cierta distancia de ellos. No permitió que sus sirvientes los acompañaran, no fuera que su amor por Isaac [100] los indujera a impedir que hiciera lo que Dios le había mandado hacer. Tomó la leña de manos de sus siervos y la puso sobre los hombros de su hijo. También tomó el fuego y el cuchillo. Estaba preparado para ejecutar la terrible misión que Dios le había encomendado. Padre e hijo caminaron juntos.

"Y habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío; y dijo: Aquí estoy, hijo mío. Y dijo: He aquí el fuego y la leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y dijo Abraham : Hijo mío, Dios se proveerá de cordero para el holocausto; así que se fueron los dos juntos". Caminó con firmeza ese padre severo, amoroso y sufriente al lado de su hijo. Cuando llegaron al lugar que Dios le había señalado a Abraham, él construye allí un altar, y pone la leña en orden, lista para el sacrificio, y

luego informa a Isaac del mandato de Dios de ofrecerlo en holocausto . Le repite la promesa que Dios le hizo varias veces de que por medio de Isaac llegaría a ser una gran nación, y que cumpliendo el mandato de Dios de matarlo, Dios cumpliría su promesa; porque pudo resucitarlo de entre los muertos.

Isaac creía en Dios. Le habían enseñado obediencia implícita a su padre, y amaba y reverenciaba al Dios de su padre. Podría haberse resistido a su padre si hubiera elegido hacerlo. Pero después de abrazar cariñosamente a su padre, se sometió a ser atado y tendido sobre la madera. Y cuando la mano de su padre se levanta para matar a su hijo, un ángel de Dios que había observado toda la fidelidad de Abraham en el camino a Moriah, lo llama desde el cielo y le dice: "Abraham, Abraham; y él dijo: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé [101] que tú temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo, tu único hijo.

"Y alzando Abraham sus ojos, miró, y he aquí a sus espaldas un carnero enredado por los cuernos en un matorral; y Abraham fue y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo."

Abraham ahora ha soportado plena y noblemente la prueba, y por su fidelidad redimió su falta de perfecta confianza en Dios, la cual lo llevó a tomar a Agar como su esposa. Después de la exhibición de fe y confianza de Abraham, Dios le renueva su promesa. "Y el ángel del Señor llamó a Abraham desde el cielo por segunda vez, y dijo: Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo, que bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu simiente como las estrellas del cielo, y como la arena que está a la orilla del mar; y tu simiente poseerá la puerta de sus enemigos. Y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra; porque obedeciste mi voz."

\* \* \* \* \*

## Capítulo 11—Isaac

Los cananeos eran idólatras, y el Señor había ordenado que su pueblo no se casara con ellos, para que no fueran llevados a la idolatría. Abraham era viejo y *esperaba* morir pronto . Isaac aún no estaba casado. Abraham tenía miedo de la influencia corruptora que rodeaba a Isaac, y estaba ansioso de que le eligieran una esposa que no lo apartara de Dios. Encomendó este asunto a su siervo fiel y experimentado que gobernaba sobre todo lo que tenía. Abraham requirió a su siervo que le hiciera un juramento solemne ante el Señor, que no tomaría esposa para Isaac de los cananeos, sino que iría a la familia de Abraham, que creían en el Dios verdadero, y escogería una esposa para Isaac. . Le encargó que se cuidara y no llevara a Isaac a la tierra de donde había venido; porque casi todos estaban afectados por la idolatría. Si no podía encontrar una esposa para Isaac que dejara a su familia y viniera donde él estaba, entonces debería ser libre del juramento que había hecho.

Este importante asunto no se le dejó a Isaac, para que él lo seleccionara por sí mismo, independientemente de su padre. Abraham le dice a su siervo que Dios enviará a su ángel delante de él para guiarlo en su elección. El siervo a quien se encomendó esta misión emprendió su largo viaje. Al entrar en la ciudad donde habitaba la familia de Abraham, oró fervientemente a Dios para que lo guiara en la elección de una esposa para Isaac. Pidió que se le dieran ciertas pruebas para que no se equivocara en el asunto. Descansó junto a un pozo que era un lugar de la mayor reunión. Aquí notó particularmente los modales atractivos y la conducta cortés de Rebekah; y toda la evidencia que le había pedido a Dios, la recibió de que Rebeca era la que Dios se había complacido en seleccionar para ser la esposa de Isaac. Ella invitó al sirviente a la casa de su padre. Luego les contó [103] al padre de Rebeca ya su hermano las pruebas que había recibido del Señor de que Rebeca se convertiría en la esposa de Isaac, el hijo de su amo. Entonces el siervo de Abraham les dijo: “Y ahora, si queréis tratar a mi señor con bondad y verdad, decidme; y si no, dímelo; que

Puedo volverme a la derecha o a la izquierda". El padre y el hermano respondieron: "Esto procede del Señor; no podemos hablarte mal o bien. He aquí, Rebeca está delante de ti; tómala, y vete, y sea la mujer del hijo de tu señor, como ha dicho Jehová.

Y aconteció que, cuando el criado de Abraham oyó sus palabras, adoró al Señor, inclinándose a tierra."

Después de que todo estuvo arreglado, se obtuvo el consentimiento del padre y del hermano, entonces se consultó a Rebeca si iría con el siervo de Abraham a una gran distancia de la familia de su padre, para convertirse en la esposa de Isaac. Ella creyó por las circunstancias que habían ocurrido, que la mano de Dios la había elegido para ser la esposa de Isaac, "y ella dijo: Iré".

En ese entonces, los contratos de matrimonio generalmente los hacían los padres, pero no se usaba la compulsión para obligarlos a casarse con aquellos a quienes no podían amar. Pero los niños tenían confianza en el juicio de sus padres, y siguieron su consejo, y otorgaron sus afectos a aquellos que sus padres experimentados y temerosos de Dios escogieron para ellos. Se consideraba un delito seguir un curso contrario a este.

¡Qué contraste con el proceder que ahora siguen muchos niños! En lugar de mostrar reverencia y el debido honor a sus padres, consultándolos y teniendo las ventajas de su juicio experimentado al elegir por ellos, se apresuran en el asunto y están controlados por impulso más que por el juicio de sus [104] padres y el temor de Dios. Suele ocurrir que contraen matrimonio sin siquiera el conocimiento de sus padres. Y, en muchos casos, sus vidas están amargadas por matrimonios precipitados, porque el yerno o la nuera no se sienten obligados a hacer felices a sus padres.

Los hombres y mujeres jóvenes a veces manifiestan una gran independencia en el tema del matrimonio, como si el Señor no tuviera nada que ver con ellos, o ellos con el Señor, en ese asunto; y que era puramente un asunto de ellos, que ni Dios ni sus padres deberían controlar de ninguna manera. Parecen pensar que la entrega de sus afectos es un asunto en el que solo se debe consultar a uno mismo.

Tales cometen un grave error; y unos pocos años de experiencia matrimonial generalmente les enseñan que es un error lamentable. Esta es la gran razón de tantos matrimonios infelices, en los que hay tan poco amor verdadero y generoso, y tan poco ejercicio de noble paciencia,

uno hacia el otro. Éstos a menudo se comportan en sus propios hogares más como niños insignificantes que como marido y mujer dignos y afectuosos.

Isaac había sido entrenado en el temor de Dios para una vida de obediencia. Y cuando tenía cuarenta años, se sometió a que el siervo temeroso de Dios y experimentado de su padre lo eligiera por él. Creía que Dios lo ordenaría con respecto a la obtención de una esposa.

Los niños ahora de quince a veinte años generalmente se consideran competentes para hacer su propia elección, sin el consentimiento de sus padres. Y mirarían con asombro si se les propusiera moverse en el temor de Dios y hacer del asunto [105] motivo de oración. Se deja constancia del caso de Isaac, como ejemplo a imitar por los hijos de las generaciones venideras, especialmente de los que profesan temer a Dios.

El curso que siguió Abraham en la educación de Isaac, que hizo que él amara una vida de noble obediencia, está registrado para el beneficio de los padres, y debería inducirlos a gobernar su casa después de ellos. Deben instruir a sus hijos para que se rindan y respeten su autoridad. Y deben sentir que recae sobre ellos la responsabilidad de guiar los afectos de sus hijos, para que puedan ser asignados a personas que su juicio les enseñaría que serían compañeros adecuados para sus hijos e hijas. Es un hecho triste que Satanás controle en gran medida los afectos de los jóvenes. Y algunos padres sienten que los afectos no deben ser guiados o restringidos. El curso seguido por Abraham es una reprensión para todos los tales.

\* \* \* \* \*



## Capítulo 12—Jacob y Esaú

Dios conoce el fin desde el principio. Él sabía, antes del nacimiento de Jacob y Esaú, qué caracteres desarrollarían ambos. Sabía que Esaú no tendría corazón para obedecerle. Respondió a la oración preocupada de Rebeca y le informó que tendría dos hijos y que el mayor serviría al menor. Él le presentó la historia futura de sus dos hijos, que serían dos naciones, una mayor que la otra, y el mayor [106] serviría al menor. El primogénito tenía derecho a ventajas peculiares y privilegios especiales, que no pertenecían a ningún otro miembro de la familia.

Isaac amaba a Esaú más que a Jacob, porque Esaú le proporcionó carne de venado. Estaba complacido con su espíritu audaz y valiente manifestado en la caza de bestias salvajes. Jacob era el hijo favorito de su madre, porque su disposición era apacible y mejor calculada para hacer feliz a su madre. Jacob había aprendido de su madre lo que Dios le había enseñado, que el mayor debía servir al menor, y su razonamiento juvenil lo llevó a concluir que esta promesa no podía cumplirse mientras Esaú tuviera los privilegios que se conferían a los primogénitos. Y cuando Esaú volvió del campo, desmayado por el hambre, Jacob aprovechó la oportunidad para convertir la necesidad de Esaú en su propia ventaja, y propuso alimentarlo con lentejas, si renunciaba a todo derecho a su primogenitura; y Esaú vendió su primogenitura a Jacob.

Esaú tomó dos esposas idólatras, lo cual fue un gran dolor para Isaac y Rebeca. A pesar de esto, Isaac amaba a Esaú más que a Jacob. Y cuando pensó que estaba a punto de morir, le pidió a Esaú que le preparara comida, para que pudiera bendecirlo antes de morir. Esaú no le dijo a su padre que había vendido su primogenitura a Jacob, y lo confirmó con un juramento. Rebeca escuchó las palabras de Isaac y se acordó de las palabras del Señor: “El mayor servirá al menor”, y supo que Esaú había mirado a la ligera su primogenitura y se la había vendido a Jacob. Ella persuadió a Jacob para que engañara a su padre, y

por fraude recibió la bendición de su padre, que ella pensó que no podría [107] obtener de otra manera. Jacob al principio no estaba dispuesto a practicar este engaño, pero finalmente accedió a los planes de su madre.

Rebeca estaba enterada de la preferencia de Isaac por Esaú y estaba satisfecha de que el razonamiento no cambiaría su propósito. En lugar de confiar en Dios, el que dispone los acontecimientos, manifestó su falta de fe al persuadir a Jacob para que engañara a su padre. El proceder de Jacob en esto no fue aprobado por Dios. Rebeca y Jacob debieron haber esperado que Dios realizara sus propios propósitos, a su manera y en su propio tiempo, en lugar de tratar de realizar los eventos predichos con la ayuda del engaño. Si Esaú hubiera recibido la bendición de su padre, que se otorgaba al primogénito, su prosperidad podría haber venido solo de Dios; y lo habría bendecido con prosperidad, o le habría traído adversidad, según su curso de acción. Si amara y reverenciara a Dios, como el justo Abel, sería aceptado y bendecido por Dios. Si, como el malvado Caín, no tuviera respeto por Dios, ni por sus mandamientos, sino que siguiera su propio proceder corrupto, no recibiría una bendición de Dios, sino que sería rechazado por Dios, como lo fue Caín. Si la conducta de Jacob fuera recta, si amara y temiera a Dios, sería bendecido por Dios, y la mano próspera de Dios estaría con él, incluso si no obtuviera las bendiciones y los privilegios que generalmente se otorgan a los primogénitos. .

Rebeca se arrepintió con amargura por el mal consejo que le dio a Jacob, porque era el medio para separarlo de ella para siempre. Se vio obligado a huir para salvar su vida de la ira de Esaú, y su madre nunca volvió a ver su rostro. Isaac vivió muchos años después de que le dio la bendición a Jacob, y fue convencido, por el curso [108] de Esaú y Jacob, que la bendición pertenecía justamente a Jacob.

Las circunstancias de la venta de Esaú de su primogenitura representan a los injustos, que consideran de poco valor la redención comprada para ellos por Cristo, y sacrifican su herencia al Cielo por tesoros perecederos. Muchos son controlados por su apetito, y en lugar de negar un apetito malsano, sacrificarán consideraciones elevadas y valiosas. Si uno debe ceder, la gratificación de un apetito depravado, o las bendiciones elevadas y celestiales que Dios promete solo a los abnegados y temerosos de Dios, los clamores del apetito, como en el caso de Esaú, generalmente prevalecerán, y por

gratificación propia, Dios y el Cielo serán virtualmente despreciados. Incluso los cristianos profesos usarán té, café, rapé, tabaco y licores, todo lo cual adormece las sensibilidades más finas del alma. Si les decís que no pueden tener el cielo, y estas indulgencias dañinas, y que deben negar sus apetitos, y limpiarse de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor del Señor, se ofenden, se entristecen, y concluir que si el camino es tan angosto que no pueden complacerse en sus groseros apetitos, no caminarán más por él.

Especialmente las pasiones corruptas controlarán la mente de aquellos que valoran el Cielo en tan poco valor. La salud será sacrificada, las facultades mentales debilitadas, y el Cielo será vendido por estos placeres, como Esaú vendió su primogenitura. Esaú era una persona imprudente. Hizo un juramento solemne de que Jacob tendría su primogenitura. Este caso se deja registrado como una advertencia para los demás. Cuando Esaú supo que Jacob había obtenido la bendición que le habría pertenecido, [109] si no la hubiera vendido precipitadamente, se angustió mucho. Se arrepintió de su acto precipitado, cuando ya era demasiado tarde para remediar el asunto. Así será con los pecadores en el día de Dios, que han trocado su herencia del cielo por gratificaciones egoístas y lujurias dañinas. Entonces no encontrarán lugar para el arrepentimiento, aunque lo busquen, como Esaú, cuidadosamente y con lágrimas.

Jacob no era feliz en su relación matrimonial, aunque sus esposas eran hermanas. Formó el contrato de matrimonio con Labán para su hija Raquel, a quien amaba. Después de haber servido siete años por Raquel, Labán lo engañó y le dio a Lea. Cuando Jacob se dio cuenta del engaño que se había practicado sobre él, y que Lea había hecho su parte al engañarlo, no pudo amar a Lea.

Labán deseaba retener los fieles servicios de Jacob por un mayor período de tiempo, por lo que lo engañó al darle a Lea, en lugar de Raquel. Jacob reprendió a Labán por jugar así con sus afectos al darle a Lea, a quien no había amado. Labán le rogó a Jacob que no repudiara a Lea, porque esto se consideraba una gran desgracia, no solo para la esposa, sino para toda la familia. Jacob fue colocado en la posición más difícil; pero decidió retener a Leah y también casarse con su hermana. Leah fue amada en un grado mucho menor que Rachel. Labán fue egoísta en su trato con Jacob. Solo pensó en beneficiarse a sí mismo con las labores fieles de Jacob. Habría dejado el arte

Labán mucho antes, pero tenía miedo de encontrarse con Esaú. Oyó la queja de los hijos de Labán, diciendo: "Jacob se ha llevado todo [110] lo que era de nuestro padre; y de lo que era de nuestro padre ha obtenido toda esta gloria. Y Jacob miró el semblante de Labán, y he aquí, no era hacia él como antes."

Jacob estaba angustiado. No sabía qué camino tomar. Lleva su caso a Dios e intercede para que él lo dirija. El Señor responde misericordiosamente a su oración angustiada. "Y Jehová dijo a Jacob: Vuélvete a la tierra de tus padres, ya tu parentela; y yo estaré contigo. Y Jacob envió y llamó a Raquel ya Lea al campo con su rebaño, y les dijo: Veo el semblante de vuestro padre, que no es para conmigo como antes; mas el Dios de mi padre ha estado conmigo. Y sabéis que con todas mis fuerzas he servido a vuestro padre. Y vuestro padre me ha engañado, y cambiado mi salario diez veces; pero Dios le permitió no hacerme daño." Jacob les contó el sueño que Dios le había dado, dejar a Labán e ir a su parentela. Rachel y Leah expresaron su descontento con los procedimientos de su padre. Mientras Jacob les relataba sus agravios y se proponía dejar a Labán, Raquel y Lea le dijeron a Jacob: "¿Nos queda todavía parte o herencia en la casa de nuestro padre? ¿No somos contados de él como extraños? porque nos ha vendido, y también ha consumido nuestro dinero. Porque todas las riquezas que Dios ha quitado a nuestro padre, son nuestras y de nuestros hijos; ahora pues, todo lo que Dios te ha dicho, hazlo".

Antiguamente era costumbre que el novio pagara una suma de dinero, según sus circunstancias, al padre de su mujer. Si no tenía dinero ni nada de valor, se aceptaba su trabajo durante un período de tiempo determinado antes de que pudiera obtener a la hija como [111] su esposa. Esta costumbre se consideraba una salvaguardia del contrato de matrimonio. Los padres no consideraban seguro confiar la felicidad de sus hijas a hombres que no habían hecho suficientes provisiones para cuidar de una familia. Si no tenían capacidad para administrar negocios, adquirir ganado o tierras, temían que sus vidas no valdrían nada. Pero para que los verdaderamente dignos no se desanimen, se hizo una provisión para probar el valor de aquellos que no tenían nada de valor para pagar por una esposa. Se les permitió trabajar para el padre cuya hija amaban. Sus trabajos estaban comprometidos por un cierto período de tiempo, regulado por el valor de la dote requ

hija. Al hacer esto, los matrimonios no fueron apresurados y hubo oportunidad de probar la profundidad de los afectos del pretendiente. Si era fiel en sus servicios, y por lo demás se le consideraba digno, la hija le era dada por esposa. Y, en general, toda la dote que había recibido el padre se la daba a su hija en el matrimonio.

¡ Qué contraste con el proceder que ahora siguen padres e hijos! Hay muchos matrimonios infelices por tanta prisa.

Dos unen sus intereses en el altar del matrimonio, por solemnísimos votos ante Dios, sin sopesar previamente el asunto, y dedicando tiempo a la sobria reflexión y ferviente oración. Muchos se mueven por impulso. No tienen un conocimiento profundo de las disposiciones de los demás. No se dan cuenta de que está en juego la felicidad de su vida. Si se equivocan en este asunto y su vida matrimonial resulta infeliz, no se puede retractar. Si descubren que no están calculados para hacerse felices el uno al otro, deben soportarlo lo mejor que puedan. En algunos casos, el esposo demuestra ser demasiado indolente para [112] mantener una familia, y su esposa e hijos sufren. Si se hubiera probado la capacidad de los tales, como era la costumbre antigua, antes del matrimonio, se habría evitado mucha miseria. En el caso de Raquel y Lea, Labán se quedó egoístamente con la dote que se les debería haber dado . Hacen referencia a esto cuando dicen: “Él nos ha vendido , y también ha consumido nuestro dinero”.

En ausencia de Labán, Jacob tomó a su familia y todo lo que tenía, y dejó a Labán. Después de haber proseguido su viaje durante tres días, Labán se enteró de que lo había dejado y se enojó mucho. Y lo persiguió , decidido a traerlo de vuelta por la fuerza. Pero el Señor tuvo piedad de Jacob, y cuando Labán estaba a punto de alcanzarlo, le dio un sueño para que no hablara bien ni mal a Jacob. Es decir, no debe forzarlo a que regrese, ni instarlo con incentivos halagadores. Cuando Labán se encontró con Jacob, le preguntó por qué se había escapado desprevenido y llevado cautivas a sus hijas tomadas a espaldas. Labán le dice: “Está en el poder de mi mano hacerte daño; pero el Dios de vuestros padres me habló anoche, diciendo: Guárdate que no hables a Jacob ni bien ni mal. Entonces Jacob le refirió a Labán el proceder poco generoso que había seguido hacia él, que solo había estudiado su propio beneficio. Apela a Labán en cuanto a la rectitud de su conducta mientras estuvo con él, y dice: “Lo que fue arrebatado por las fieras no te lo traje; me desnudo el

pérdida de la misma; de mi mano lo demandaste, sea robado de día, sea robado de noche. Así fui; de día me consumió la sequía, y de noche la helada; y mi sueño se apartó de mis ojos.”

[113] La vida de un pastor era una vida de diligencia. Estaba obligado a vigilar sus rebaños día y noche. Las bestias salvajes eran comunes y, a menudo, audaces, y harían mucho daño a los rebaños de ovejas y ganado que no estaban protegidos por un pastor fiel. Aunque Jacob tenía varios sirvientes para ayudarlo a cuidar los rebaños de él y de Labán, la responsabilidad de todo el asunto recaía sobre él.

Y en algunas estaciones del año estaba obligado a estar él mismo con los rebaños, día y noche, para protegerlos en la estación más seca del año, para que no perecieran de sed; y en la parte más fría de la estación, para evitar que se enfríen con las fuertes heladas nocturnas. Sus rebaños también estaban en peligro de ser robados por pastores sin escrúpulos, que querían enriquecerse robando el ganado de sus vecinos.

La vida de un pastor era una de constante cuidado. No estaba calificado para pastor a menos que fuera misericordioso, y poseyera valor y perseverancia. Jacob era el pastor principal y tenía pastores debajo de él que se llamaban siervos. El pastor principal llamó a estos sirvientes, a quienes confió el cuidado del rebaño, a estricta cuenta si no se encontraban en una condición floreciente. Si faltaba algo del ganado, el pastor principal sufría la pérdida.

La relación de Cristo con su pueblo se compara con la de un pastor. Vio, después de la caída, a sus ovejas en una condición lamentable, expuestas a una destrucción segura. Dejó los honores y la gloria de la casa de su Padre para convertirse en pastor, para salvar a las ovejas miserables y descarriadas, que estaban a punto de perecer. Su voz ganadora se escuchó llamándolos [114] a su redil, un retiro seguro y seguro de la mano de los ladrones; también un refugio contra el calor abrasador, y una protección contra las ráfagas heladas. Su cuidado se ejercía continuamente por el bien de sus ovejas. Fortaleció a los débiles, alimentó a los que sufrían, y recogió en sus brazos a los corderos del rebaño, y los llevó en su seno. Sus ovejas lo aman. Él va delante de sus ovejas, y ellas oyen su voz y lo siguen. “Y al extraño no seguirán, sino que huirán de él; porque no conocen la voz de los extraños.” Cristo dice: “Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el que es asalariado, y no el pastor, cuyo propio

las ovejas no existen, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye; y el lobo las arrebató, y avienta las ovejas. El asalariado huye porque es asalariado, y no se preocupa por las ovejas.

Yo soy el buen Pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen”.

Cristo es el pastor principal. Ha confiado el cuidado de su rebaño a subpastores. Él requiere que estos pastores tengan el mismo interés por sus ovejas que él siempre ha manifestado, y que siempre sientan la responsabilidad del cargo que les ha confiado.

Los ministros, que son llamados por Dios para trabajar en palabra y doctrina, son los pastores de Cristo. Él los ha designado debajo de sí mismo para supervisar y cuidar su rebaño. Les ha mandado solemnemente que sean pastores fieles, que apacienten el rebaño con diligencia, que sigan su ejemplo, que fortalezcan a los débiles, alimenten a los desfallecidos y los protejan de las fieras devoradoras. Les señala su ejemplo de amor por sus ovejas. Para asegurar su liberación, dio su vida por ellos. Si imitan su ejemplo de abnegación, el rebaño prosperará bajo su cuidado. Ellos manifestarán un interés más profundo que el de Jacob, quien fue un fiel pastor de las ovejas y el ganado de Labán. Estarán constantemente trabajando por el bienestar del rebaño. No serán meros asalariados, de los que habla Jesús, que no tienen ningún interés particular en las ovejas; que, en tiempo de peligro o prueba, huyen y dejan las ovejas. Un pastor que trabaja meramente por el salario que obtiene, sólo se preocupa por sí mismo y está continuamente estudiando su propio interés y comodidad, en lugar del bienestar de su rebaño.

Pedro dice: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por dinero sucio, sino de una mente lista; ni como teniendo señorío sobre la heredad de Dios, sino siendo ejemplos del rebaño.” Pablo dice: “Mirad, pues, por vosotros, y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia de Dios, la cual él ganó con su propia sangre”.

Todos los que profesan ser pastores, que sienten que ministrar en palabra y doctrina, y llevar las cargas y tener el cuidado que todo pastor fiel debe tener, es una tarea desagradable, son reprendidos por el apóstol: “No por fuerza, sino de buena gana; no por dinero sucio, sino de una mente lista.” A todos esos pastores infieles, el pastor principal los soltaría de buen grado. La iglesia de Dios es comprada

con la sangre de Cristo, y todo pastor debe darse cuenta de que las ovejas bajo su cuidado cuestan una suma invaluable. Deben ser diligentes en su trabajo y perseverantes en sus esfuerzos por mantener al rebaño en una condición saludable y floreciente.

Consideren las ovejas [116] confiadas a su cuidado como del más alto valor, y comprendan que serán llamadas a rendir estricta cuenta de su ministerio. Y si son hallados fieles, recibirán una rica recompensa. “Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis una corona de gloria que no se desvanecerá”.

Jacob dice: “Así he estado veinte años en tu casa. Te serví catorce años por tus dos hijas, y seis años por tus ganados; y has cambiado mi salario diez veces. Si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham y el temor de Isaac, no hubiera estado conmigo, de cierto me habrías enviado ahora vacío. Dios ha visto mi aflicción y el trabajo de mis manos, y te reprendió anoche.”

Labán luego le aseguró a Jacob que tenía interés por sus hijas y sus hijos, que no podía hacerles daño. Propuso hacer un pacto entre ellos. Y Labán dijo: Ahora, pues, ven tú, hagamos un pacto, yo y tú; y sea por testimonio entre tú y yo. Y Jacob tomó una piedra y la levantó por señal. Y Jacob dijo a sus hermanos: Juntad piedras; y tomaron piedras e hicieron un montón, y comieron allí sobre el montón.”

Labán comprendió el mal de la poligamia, aunque fue solo a través de su artificio que Jacob había tomado dos esposas. Sabía bien que fueron los celos de Lea y Raquel los que las llevaron a dar sus criadas a Jacob, lo que confundió la relación familiar y aumentó la infelicidad de sus hijas. Y ahora que sus hijas viajan lejos de él, y su interés ha de estar completamente separado del suyo, él cuidará, en la medida de lo posible, su felicidad. Labán no quiso que Jacob trajera mayor infelicidad sobre sí mismo, y sobre Lea y Raquel, al tomar otras esposas. Y Labán dijo: “El Señor guarde entre tú y yo, cuando nos apartemos el uno del otro. Si afligieres a mis hijas; o si tomares otras mujeres además de mis hijas; nadie está con nosotros; mira, Dios es testigo entre tú y yo.”



Jacob hizo un pacto solemne ante el Señor, que no tomaría otras esposas. “Y Labán dijo a Jacob: Mira este majano, y mira esta columna, que he puesto entre tú y yo; testigo sea este majano, y testigo sea este pilar, de que yo no pasaré de este majano hacia ti, y tú no pasarás de este majano y este pilar hacia mí, para mal. El Dios de Abraham, y el Dios de Nacor, el Dios de sus padres, juzgue entre nosotros. Y Jacob juró por el temor de su padre Isaac.”

Mientras Jacob proseguía su camino, los ángeles de Dios le salieron al encuentro. Y cuando los vio, dijo: “Este es el ejército de Dios”. Vio a los ángeles de Dios, en un sueño, acampando alrededor de él. Jacob envió un humilde mensaje conciliador a su hermano Esaú. “Y los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: Vinimos a tu hermano Esaú, y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él. Entonces Jacob tuvo mucho miedo y se angustió; y dividió el pueblo que estaba con él, y las ovejas, y las vacas, y los camellos, en dos partidas; y dijo: Si Esaú viene a una compañía y la golpea, entonces la otra compañía que quede escapará.

“Y dijo Jacob: Oh Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, el Señor que me dijo: Vuélvete a tu tierra ya tu parentela, y yo te trataré bien; No soy digno de la menor de todas las misericordias y de toda la verdad que has **mostrado** a tu siervo; porque con mi vara pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos bandas. Líbrame, te ruego, de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú; porque le temo, no sea que venga y me hiera a mí, ya la madre con los niños. Y tú dijiste: De cierto te haré bien, y haré tu descendencia como la arena del mar, que por su multitud no se puede contar.”

\* \* \* \* \*

## Capítulo 13—Jacob y el ángel

El error de Jacob, al recibir la bendición de su hermano por medio del fraude, se presenta de nuevo a la fuerza ante él, y teme que Dios permita que Esaú le quite la vida. En su angustia ora a Dios toda la noche. Se le representó un ángel de pie ante Jacob, presentándole su mal en su verdadero carácter. Cuando el ángel se vuelve para dejarlo, Jacob lo agarra y no lo deja ir. Él hace súplicas con lágrimas. Alega que se ha arrepentido profundamente de sus pecados y de los agravios contra su hermano, que han sido el medio para separarlo de la casa de su padre durante veinte años.

Se aventura a invocar las promesas de Dios, y las muestras de su favor hacia él de vez en cuando, en su ausencia de la casa de su padre. Toda la noche Jacob luchó con el ángel, suplicando por una bendición. El ángel parecía estar resistiendo su oración, [119] recordando continuamente sus pecados, al mismo tiempo que se esforzaba por separarse de él. Jacob estaba decidido a retener al ángel, no solo por la fuerza física, sino por el poder de la fe viva. En su angustia Jacob se refirió al arrepentimiento de su alma, la profunda humildad que había sentido por sus errores. El ángel consideró su oración con aparente indiferencia, continuamente haciendo esfuerzos para liberarse de las garras de Jacob. Pudo haber ejercido su poder sobrenatural, y forzado a sí mismo de las garras de Jacob, pero él no eligió hacer esto. Pero cuando vio que no prevalecía contra Jacob, para convencerlo de su poder sobrenatural tocó su muslo, que inmediatamente se dislocó. Pero Jacob no renunciaría a sus fervientes esfuerzos por el dolor corporal. Su objeto era obtener una bendición; y el dolor del cuerpo no fue suficiente para desviar su mente de su objeto. Su determinación fue más fuerte en los últimos momentos del conflicto que al principio. Su fe se hizo más ferviente y perseverante hasta el último momento, incluso hasta el amanecer. No soltaría al ángel hasta que lo bendijera. “Y él dijo: Déjame ir, porque amanece. Y él dijo: No te dejaré ir si no me bendices. Entonces el ángel preguntó: “¿Cuál es tu

¿nombre? Y él dijo: Jacob. Y él dijo: No se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel; porque como un príncipe tienes poder con Dios y con los hombres, y has vencido.”

La fe perseverante de Jacob prevaleció. Retuvo al ángel hasta que obtuvo la bendición que deseaba y la seguridad del perdón de sus pecados. Entonces su nombre fue cambiado de Jacob, el suplantador, a Israel, que significa príncipe de Dios. “Y Jacob le preguntó y dijo: Dime, te ruego, tu nombre. Y él dijo: ¿Por qué [120] preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar Peniel; porque he visto a Dios cara a cara, y mi vida ha sido preservada.” Fue Cristo quien estuvo con Jacob durante la noche, con quien luchó, y a quien sostuvo con perseverancia hasta que lo bendijo.

El Señor escuchó las súplicas de Jacob y cambió los propósitos del corazón de Esaú. No sancionó ningún proceder erróneo que siguió Jacob. Su vida había sido de duda, perplejidad y remordimiento a causa de su pecado, hasta su ferviente lucha con el ángel, y allí obtuvo la evidencia de que Dios había perdonado sus pecados.

“Sí, tuvo poder sobre el ángel, y prevaleció. Él lloró y le hizo súplicas. Lo encontró en Betel, y allí habló con nosotros, el Señor Dios de los ejércitos. El Señor es su memorial”.

Esaú marchaba contra Jacob con un ejército, con el propósito de matar a su hermano. Pero mientras Jacob luchaba con el ángel esa noche, otro ángel fue enviado para tocar el corazón de Esaú en sus horas de sueño. En su sueño vio a Jacob desterrado de la casa de su padre por veinte años, porque temía por su vida.

Y marcó su pena al encontrar muerta a su madre. Vio en su

Sueña la humildad de Jacob, y los ángeles de Dios alrededor de él.

Sonó que cuando se encontraron no tenía intención de hacerle daño. Cuando Esaú despertó, contó su sueño a sus cuatrocientos hombres y les dijo que no debían dañar a Jacob, porque el Dios de su padre estaba con él. Y cuando se encontraran con Jacob,

ninguno de ellos debería hacerle daño. “Y alzando Jacob sus ojos, miró, y he aquí

Esaú vino, y con él cuatrocientos hombres”. “Y pasó delante de ellos, y se inclinó a tierra siete veces, hasta que llegó cerca de su hermano. Y Esaú corrió a su encuentro, y lo abrazó

él, y se echó sobre su cuello, y lo besó; y lloraron.” Jacob le rogó a Esaú que aceptara una ofrenda de paz, que Esaú rechazó, pero Jacob lo instó: “Toma, te ruego, mi bendición que te traigo; porque Dios me ha hecho misericordia, y porque tengo bastante. Y él lo instó, y él lo tomó”.

Jacob y Esaú representan dos clases: Jacob, el justo; y Esaú, el impío. La angustia de Jacob cuando se enteró de que Esaú marchaba contra él con cuatrocientos hombres, representa la angustia de los justos cuando sale el decreto para matarlos, justo antes de la venida del Señor. Cuando los malvados se reúnan alrededor de ellos, se llenarán de angustia; porque, como Jacob, no ven escapatoria para sus vidas. El ángel se colocó delante de Jacob, y él agarró al ángel, lo abrazó y luchó con él toda la noche. Así también los justos, en su tiempo de angustia y angustia, lucharán en oración con Dios, como luchó Jacob con el ángel. Jacob en su angustia oró toda la noche por la liberación de la mano de Esaú.

Los justos en su angustia mental clamarán a Dios día y noche por liberación de la mano de los malvados que los rodean.

Jacob confesó su indignidad: “Yo no soy digno de todas las misericordias y de toda la verdad que has mostrado a tu siervo”. Los justos en su angustia tendrán un profundo sentido [122] de su indignidad, y con muchas lágrimas reconocerán su absoluta indignidad y, como Jacob, alegarán las promesas de Dios por medio de Cristo, hechas precisamente a tales personas dependientes, indefensas y arrepentidas. pecadores

Jacob se aferró al ángel en su angustia y no lo dejó ir. Mientras suplicaba con lágrimas, el ángel le recordó sus errores pasados y se esforzó por escapar de Jacob, para probarlo. Así los justos, en el día de su angustia, serán probados, examinados y probados, para manifestar su fuerza de fe, su perseverancia y su confianza inquebrantable en el poder de Dios para librarlos .

Jacob no sería rechazado. Sabía que Dios era misericordioso y apeló a su misericordia. Señaló su dolor pasado y el arrepentimiento de sus errores, e instó a su petición de liberación de la mano de Esaú. Así continuó su insistencia durante toda la noche. Mientras revisaba sus errores pasados, casi se desesperó. Pero sabía que debía tener la ayuda de Dios o perecer. Él ocupó

el ángel ayunó, e insistió en su petición con gritos agonizantes y fervientes, hasta que prevaleció. Así será con los justos. Mientras revisan los eventos de sus vidas pasadas, sus esperanzas casi se desvanecerán. Pero cuando se den cuenta de que se trata de un caso de vida o muerte, clamarán fervientemente a Dios y le suplicarán con respecto a su dolor pasado y su humilde arrepentimiento por sus muchos pecados, y luego se referirán a su promesa, "Que se apodere de mi fuerza, para que haga la paz conmigo, y hará la paz conmigo". Así sus fervientes peticiones serán ofrecidas a Dios día y noche.

Dios no habría escuchado la oración de Jacob, y misericordiosamente salvado su vida, si no se hubiera arrepentido previamente de sus errores al [123] obtener la bendición por medio del fraude.

Los justos, como Jacob, manifestarán una fe inquebrantable y una determinación ferviente, que no aceptarán negación. Sentirán su indignidad, pero no tendrán errores ocultos que revelar. Si tuvieran pecados, no confesados y de los que no se arrepintieran, para presentarse ante ellos, mientras están torturados por el miedo y la angustia, con un vivo sentido de toda su indignidad, se sentirían abrumados. La desesperación cortaría su fe ferviente, y no podrían tener confianza para suplicar a Dios tan fervientemente por liberación, y pasarían sus preciosos momentos confesando pecados ocultos y lamentando su condición desesperada.

Esos creyentes profesos que llegan al momento de la angustia sin estar preparados, en su desesperación, confesarán sus pecados delante de todos con palabras de ardiente angustia, mientras que los inicuos se regocijarán por su angustia. El caso de todos los tales es desesperado. Cuando Cristo se levante y abandone el lugar santísimo, entonces comenzará el tiempo de angustia, y se decidirá el caso de cada alma, y no habrá sangre expiatoria para limpiar del pecado y la contaminación. Al salir Jesús del lugar santísimo, habla con tono de decisión y autoridad real: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. Y he aquí, vengo pronto; y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea s

Aquellos que han demorado una preparación para el día de Dios, no pueden obtenerla en el tiempo de angustia, ni en ningún período futuro. Los justos no cesarán en sus gritos fervientes y agonizantes de liberación. Ellos [124] no pueden traer a la mente ningún pecado en particular; pero en toda su vida

pueden ver pero poco bueno. Sus pecados habían ido de antemano a juicio, y el perdón había sido escrito. Sus pecados habían sido llevados a la tierra del olvido, y no podían recordarlos. Cierta destrucción los amenaza y, como Jacob, no permitirán que su fe se debilite porque sus oraciones no sean respondidas de inmediato. Aunque sufran los dolores del hambre, no dejarán de interceder. Se aferran a la fuerza de Dios, como Jacob se apoderó del ángel; y el lenguaje de su alma es: "No te dejaré ir a menos que me bendigas". Los santos finalmente prevalecen, como Jacob, y son liberados gloriosamente por la voz de Dios.

Esa temporada de aflicción y angustia requerirá un esfuerzo de fervor y una fe resuelta que pueda soportar la demora y el hambre, y que no desfallezca bajo la debilidad, aunque sea severamente probada. El período de prueba es el tiempo concedido a todos para prepararse para el día de Dios. Si alguno descuida la preparación y no presta atención a las advertencias fieles dadas, no tendrá excusa. La lucha ferviente y perseverante de Jacob con el ángel debe ser un ejemplo para los cristianos. Jacob prevaleció porque fue perseverante y decidido. Todos los que deseen la bendición de Dios, como lo hizo Jacob, y se aferren a las promesas como lo hizo él, y sean tan fervientes y perseverantes como lo fue él, tendrán éxito como él tuvo éxito. Por qué hay tan poco ejercicio de la fe verdadera, y tan poco del peso de la verdad que descansa sobre muchos creyentes profesos, es porque son indolentes en las cosas espirituales. No están dispuestos a hacer esfuerzos, a negarse a sí mismos, a agonizar ante Dios, a orar larga y fervientemente por la bendición, y por lo tanto no la obtienen. Esa fe que vivirá durante el tiempo de angustia debe ejercitarse diariamente ahora. Aquellos que no hagan grandes esfuerzos ahora para ejercer una fe perseverante, no estarán en absoluto preparados para ejercer esa fe que los capacitará para estar firmes en el día.

Los hijos de Jacob no eran todos justos. Fueron afectados en algún grado por la idolatría. Dios no sancionó la conducta cruel y vengativa de los hijos de Jacob hacia los siquemitas. Jacob ignoraba su propósito, hasta que se cumplió su obra de crueldad. Reprendió a sus hijos, y les dijo que lo habían turbado para hacerlo menospreciado entre los habitantes de la tierra. Y debido a este su mal, las naciones vecinas manifestarían su indignación destruyéndolo a él y a su casa. en su angustia jacob

vuelve a invocar a Dios. “Y dijo Dios a Jacob: Levántate, sube a Betel, y quédate allí, y haz allí un altar al Dios que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú. Entonces Jacob dijo a su casa y a todos los que estaban con él: Quitad los dioses extraños que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudaos de ropa, y levantémonos y subamos a Betel, y haré allí altar a Dios, el cual me respondió en el día de mi angustia, y estuvo conmigo en el camino que anduve.

Y le dieron a Jacob todos los dioses extraños que estaban en sus manos, y todos sus pendientes que estaban en sus orejas, y Jacob los escondió debajo de la encina que estaba junto a Siquem”. Y la familia de Jacob nunca más los encontró. “Y partieron; y el terror [126] de Dios estaba sobre las ciudades que estaban alrededor de ellos, y no persiguieron a los hijos de Jacob.”

Jacob se humilló y exigió a su familia que se humillara y se despojara de todos sus ornamentos, porque él iba a hacer expiación por sus pecados, ofreciendo un sacrificio a Dios, para que pudiera ser tratado por ellos y no dejarlos. para que sean destruidos por otras naciones. Dios aceptó los esfuerzos de Jacob para quitar el mal de su familia, y se le apareció, lo bendijo y renovó la promesa que le había hecho, porque su temor estaba delante de él. “Y Jacob erigió una columna en el lugar donde había hablado con él, sí, una columna de piedra”.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 14—José y sus hermanos

José escuchó las instrucciones de su padre y temió al Señor. Fue más obediente a las justas enseñanzas de su padre que cualquiera de sus hermanos. Atesoraba sus instrucciones y, con integridad de corazón, amaba obedecer a Dios. Se entristeció por la mala conducta de algunos de sus hermanos, y mansamente les rogó que siguieran un proceder recto y dejaran de cometer actos inicuos. Esto sólo los amargó contra él. Su odio por el pecado era tal que no podía soportar ver a sus hermanos pecar contra Dios. Expuso el asunto ante su padre, con la esperanza de que su autoridad pudiera reformarlos. Esta [127] exposición de sus errores enfureció a sus hermanos contra él. Habían observado el gran amor de su padre por José y le tenían envidia. Su envidia se convirtió en odio y finalmente en asesinato.

El ángel de Dios instruyó a José en sueños que inocentemente relató a sus hermanos: “Porque he aquí, estábamos atando gavillas en el campo, y he aquí mi gavilla se levantó y también se puso derecha; y he aquí, vuestras gavillas estaban alrededor, e hicieron reverencia a mi gavilla. Y sus hermanos le dijeron: ¿En verdad reinarás tú sobre nosotros? ¿O en verdad te enseñorearás de nosotros? Y lo odiaban aún más por sus sueños y por sus palabras.

“Y soñó aún otro sueño, y lo contó a sus hermanos, y dijo: He aquí he soñado un sueño más; y he aquí, el sol, la luna y las once estrellas me rindieron homenaje. Y lo contó a su padre y a sus hermanos, y su padre lo reprendió, y le dijo: ¿Qué sueño es este que has soñado?

¿Hemos de venir yo, tu madre y tus hermanos a inclinarnos a tierra ante ti? Y sus hermanos le tenían envidia; pero su padre observó el dicho.”

Jacob parecía considerar los sueños de su hijo con indiferencia. Pero él mismo había sido instruido a menudo por el Señor en sueños, y creía que el Señor le estaba enseñando a José de la misma manera. Reprendió a José para que sus envidiosos hermanos no descubrieran sus verdaderos sentimientos .



Los hijos de Jacob eran pastores y alimentaban sus rebaños donde podían encontrar los mejores pastos. Al viajar de un lugar a otro con su ganado, a menudo se alejaban bastante de la casa de su padre [128], de modo que no veían a su padre durante varios meses seguidos. Angustiado por ellos, envió a José a ver si estaban todos bien. Con el verdadero interés de un hermano, José buscó a sus hermanos, donde su padre supuso que los encontraría, pero no estaban allí. Cierta hombre lo encontró vagando por el campo en busca de sus hermanos, y lo dirigió a Dotán. Este fue un largo viaje para José. Pero lo hizo alegremente, porque amaba a sus hermanos, y también deseaba aliviar la ansiedad de su padre. Pero fue mal recompensado por su amor a ellos, y la obediencia a su padre.

“Y cuando lo vieron de lejos, aun antes de que se les acercara, conspiraron contra él para matarlo. Y se decían el uno al otro: He aquí, viene este soñador. Venid, pues, ahora, matémosle y echémosle en un pozo; y diremos: Alguna mala bestia lo devoró; y veremos qué será de sus sueños. Y Rubén lo oyó, y lo libró de sus manos, y dijo: No lo matemos. Y Rubén les dijo: No derramáis sangre, sino echadlo en este pozo que está en el desierto, y no pongáis mano en él; para librarlo de sus manos, para entregarlo de nuevo a su padre.”

José, sin sospechar lo que le iba a ocurrir, se acercó a sus hermanos con alegría de corazón para saludarlos después de su largo y fatigoso viaje. Sus hermanos lo rechazaron groseramente. Les dijo su encargo, pero no le respondieron. Joseph estaba alarmado por sus miradas de enojo. El miedo ocupó el lugar de la alegría, e instintivamente se encogió de miedo ante su presencia. Luego lo agarraron violentamente. Se burlaron de él con las admoniciones que les había dado en el pasado, y lo acusaron de relatar sus sueños para exaltarse por encima de ellos en la mente de su padre, para que pudiera amarlo más que a ellos mismos. Lo acusaron de hipocresía. Mientras expresaban sus sentimientos de envidia, Satanás controlaba sus mentes, y no tenían ningún sentido de piedad ni sentimientos de amor por su hermano. Lo despojaron de la túnica de muchos colores que vestía, que era muestra del amor de su padre, y que había excitado sus sentimientos de envidia.

José estaba cansado y hambriento, pero no le dieron descanso ni alimento. “Y lo tomaron, y lo echaron en un pozo; y el pozo estaba vacío, no había agua en él.” Cuando Judá pensó en José acostado en el hoyo, sufriendo una muerte prolongada por inanición, estaba preocupado. Por un corto tiempo, él, con otros de sus hermanos, pareció poseer un frenesí satánico. Pero después de que habían comenzado a cumplir sus malvados propósitos con el inocente e indefenso José, algunos de ellos se sintieron incómodos. No sintieron esa satisfacción que pensaron que deberían tener al ver morir a José. Judá fue el primero en expresar sus sentimientos. Él “dijo a sus hermanos: ¿De qué aprovechamos si matamos a nuestro hermano y ocultamos su sangre? Venid, y vendámoslo a los ismaelitas, y no sea nuestra mano sobre él; porque él es nuestro hermano, y nuestra carne; y sus hermanos estaban contentos. Luego pasaron los madianitas, barcos mercantes; y sacaron y sacaron a José del pozo, y vendieron a José a los ismaelitas por veinte piezas de plata; y trajeron a José a Egipto.”

La idea de ser vendido como esclavo era más terrible para José [130] que la de morir. Manifestó la más profunda angustia y apeló primero a uno de sus hermanos, luego a otro, por compasión. Algunos de sus corazones se conmovieron con piedad, pero por temor a las burlas de los demás, se mantuvieron en silencio. Todos pensaron que habían ido demasiado lejos para arrepentirse de sus actos; porque José podría exponerlos a su padre, y él estaría sumamente enojado con ellos por el trato que dieron a su muy amado José. Ellos endurecieron sus corazones contra su angustia, y no quisieron escuchar sus súplicas por amor a su padre para que lo dejaran ir, sino que lo vendieron como esclavo.

Rubén se alejó de sus hermanos, para que no supieran su propósito con respecto a José. Les aconsejó que lo pusieran en el pozo, y se dispuso a regresar y llevarlo a su padre. “Y Rubén volvió al pozo, y he aquí, José no estaba en el pozo; y alquila su ropa. Y volvió a sus hermanos, y dijo: El niño no es; y yo, ¿adónde iré? Sus hermanos le dijeron que habían vendido a José.

“Y tomaron la túnica de José, y mataron un cabrito de las cabras, y mojaron la túnica en la sangre; y enviaron la túnica de muchos colores, y la trajeron a su padre, y dijeron: Esto hemos hallado; conoce ahora si es la túnica de tu hijo o no.” Causaron a su padre una intensa angustia, al imaginarse la muerte violenta

su hijo debe haber sufrido al ser despedazado por las fieras. Sus hijos no habían imaginado que el dolor de su padre sería tan profundo. Todos sus hijos trataron de consolarlo, pero él se negó a contener su dolor. Declaró a sus hijos que descendería a su sepultura de luto.

Los hermanos de José se jactaban de que estaban tomando un rumbo seguro para evitar el cumplimiento de los extraños sueños de José. Pero [131] el Señor controló los acontecimientos e hizo que la conducta cruel de los hermanos de José trajera el cumplimiento de los sueños que estaban trabajando para frustrar.

José estaba muy afligido por estar separado de su padre, y su dolor más amargo fue al reflexionar sobre el dolor de su padre. Pero Dios no dejó que José fuera solo a Egipto. Los ángeles prepararon el camino para su recepción. Potifar, oficial de Faraón, capitán de la guardia, lo compró de los ismaelitas. Y el Señor estaba con José, y lo prosperó, y le dio favor con su amo, de modo que todo lo que poseía lo confió al cuidado de José. “Y dejó todo lo que tenía en la mano de José; y no sabía que debía tener, sino el pan que comía.” Se consideraba una abominación que un hebreo preparara comida para un egipcio.

Cuando José fue tentado a desviarse del camino correcto, a transgredir la ley de Dios y ser infiel a su amo, resistió firmemente y dio evidencia del poder elevador del temor de Dios, en su respuesta a la esposa de su amo. Después de hablar de la gran confianza de su amo en él, al confiarle todo lo que tenía, exclama: “¿Cómo, pues, puedo hacer yo esta gran maldad y pecar contra Dios?” No sería persuadido a desviarse del camino de la justicia y pisotear la ley de Dios, por medio de incentivos o amenazas. Y cuando fue acusado, y se le imputaba falsamente un delito vil, no se hundió en la desesperación. En la conciencia de la inocencia y la rectitud, todavía confiaba en Dios. Y Dios, que hasta entonces lo había sostenido, no lo abandonó. Lo ataron con grillos y lo mantuvieron en una prisión tenebrosa. Sin embargo, Dios convirtió incluso esta [132] desgracia en una bendición. Le dio favor con el guardián de la prisión, y pronto se encomendó a José el cargo de todos los presos.

He aquí un ejemplo para todas las generaciones que deben vivir sobre la tierra. Aunque puedan estar expuestos a las tentaciones, sin embargo, deben

se dan cuenta de que hay una defensa a la mano, y será su propia culpa si no son preservados. Dios será una ayuda presente, y su Espíritu un escudo. Aunque están rodeados de las tentaciones más severas, hay una fuente de fortaleza a la que pueden aplicar y resistirlas. Cuán feroz fue el asalto a la moral de José. Procedía de uno de influencia, el más propenso a descarriar. Sin embargo, con qué prontitud y firmeza fue resistido. Sufrió por su virtud e integridad; porque ella, que lo desviaría, se vengó de la virtud que no podía subvertir, y por su influencia hizo que lo echaran en prisión, acusándolo de un mal infame. Aquí José sufrió porque no cedió su integridad. Había puesto su reputación e interés en las manos de Dios. Y aunque se le permitió ser afligido por un tiempo, a fin de prepararlo para ocupar un puesto importante, Dios guardó con seguridad esa reputación que fue ennegrecida por un acusador inicuo, y después, en su propio tiempo, la hizo brillar.

Dios hizo hasta la prisión el camino a su elevación. Con el tiempo, la virtud traerá su propia recompensa. El escudo que cubría el corazón de José era el temor de Dios, que lo hizo ser fiel y justo con su amo, y leal a Dios. Despreciaba la ingratitud que le llevaría a abusar de la confianza de su amo, aunque su amo nunca se enteraría. Llamó a la gracia de Dios en su ayuda, y luego luchó con el tentador. Él dice con nobleza: “¿Cómo, pues, puedo hacer yo esta gran maldad y pecar contra Dios?” Salió vencedor.

En medio de las trampas a las que todos están expuestos, necesitan defensas fuertes y confiables en las que confiar. Muchos, en esta era corrupta, tienen una provisión tan pequeña de la gracia de Dios, que en muchos casos su defensa es quebrantada por el primer asalto, y feroces tentaciones los toman cautivos. El escudo de la gracia puede preservar a todos invictos de las tentaciones del enemigo, aunque rodeado de las influencias más corruptoras. Por principios firmes y confianza inquebrantable en Dios, su virtud y nobleza de carácter pueden brillar; y, aunque rodeados de maldad, no es necesario dejar mancha en su virtud e integridad. Y si, como José, sufren calumnias y falsas acusaciones, la Providencia anulará para bien todas las artimañas del enemigo, y Dios, a su debido tiempo, los exaltará tanto más alto, como por un tiempo fueron degradados por la perversa venganza.

El papel que actuó José en relación con las escenas de la prisión tenebrosa, fue el que lo elevó finalmente a la prosperidad.

y honor Dios dispuso que él obtuviera una experiencia por medio de tentaciones, adversidades y penalidades, para prepararlo para ocupar una posición exaltada.

Mientras estaba encarcelado, Faraón se ofendió con dos de sus oficiales, el jefe de los panaderos y el jefe de los coperos, y los metieron en la prisión donde José estaba preso. “Y el capitán de la guardia encargó a José con ellos, y él les sirvió; y continuaron una temporada en el barrio”. José hizo que su vida fuera útil incluso mientras estaba en prisión. Su conducta ejemplar, porte humilde y fidelidad, le granjearon la confianza de todos en la prisión, [134] y de los que estaban relacionados con ella. No dedicó su tiempo al duelo por la injusticia de sus acusadores, que lo habían privado de su libertad.

Una mañana, mientras José les llevaba comida a los oficiales del rey, observó que se veían muy tristes. Amablemente preguntó: “¿Por qué estáis tan tristes hoy? Y ellos le dijeron: Hemos soñado un sueño, y no hay intérprete de él. Y José les dijo: ¿No son de Dios las interpretaciones? Dímelos, te lo ruego. Entonces el copero le contó a José su sueño, el cual interpretó, que el copero sería restaurado al favor del rey, y le entregaría la copa a Faraón en su mano como lo había hecho antes. El mayordomo quedó satisfecho con la interpretación y su mente se sintió aliviada de inmediato.

José le dijo al jefe de los coperos que en tres días ya no sería más un prisionero. Se sintió muy agradecido con José por el interés que había manifestado por él, y el trato amable que había recibido de sus manos; y, sobre todo, por ayudarlo cuando estaba muy angustiado, interpretando su sueño. Entonces José, de una manera muy conmovedora, aludió a su cautiverio y le suplicó: “Pero piensa en mí cuando te vaya bien, y sé bondadoso, te ruego, conmigo, y haz mención de mí ante Faraón, y sácame de esta casa; porque he sido raptado de la tierra de los hebreos; y aquí tampoco he hecho nada para que me metan en el calabozo. Cuando el jefe de los panaderos vio que la interpretación era buena, se animó y dio a conocer su sueño. Tan pronto como contó su sueño, Joseph se puso triste. Comprendió su terrible significado. José poseía un corazón bondadoso y compasivo, pero su alto [135] sentido del deber lo llevó a dar la interpretación

el sueño del jefe panadero. Le dijo que las tres canastas sobre su cabeza significaban tres días; y que, como en su sueño, los pájaros comían las carnes asadas de la canasta superior, así que comerían su carne mientras colgaba de un árbol.

“Y aconteció que al tercer día, que era el cumpleaños de Faraón, hizo banquete a todos sus siervos; y alzó la cabeza del jefe de los coperos y del jefe de los panaderos entre sus siervos. Y restauró al jefe de los coperos a su cargo de mayordomo otra vez; y él entregó la copa en la mano de Faraón; pero él ahorcó al jefe de los panaderos, como les había interpretado José. Sin embargo, el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que lo olvidó.” El mayordomo era culpable del pecado de ingratitud. Después de haber obtenido alivio de su ansiedad, por la interpretación alentadora de José, pensó que, si se le volvía a ganar el favor del rey, ciertamente recordaría al cautivo José y hablaría en su favor al rey. Había visto exactamente cumplida la interpretación del sueño, pero en su prosperidad se olvidó de José en su aflicción y encierro. El Señor considera la ingratitud como uno de los pecados más graves. Y aunque aborrecido por Dios y el hombre, sin embargo, es de ocurrencia diaria.

José permaneció dos años más en su sombría prisión. El Señor le dio a Faraón sueños extraordinarios. Por la mañana el rey se turbó porque no podía entenderlos. Llamó a los magos de Egipto ya los sabios. El rey pensó que pronto le ayudarían a comprender estos sueños, pues [136] tenían fama de resolver dificultades. El rey les contó sus sueños, pero se desilusionó mucho al descubrir que con toda su magia y sabiduría, no podían explicárselos. La perplejidad y la angustia del rey aumentaron. Cuando el jefe de los coperos vio su angustia, de repente vino a su mente José, y al mismo tiempo una convicción de su olvido e ingratitud. “Entonces habló el jefe de los coperos a Faraón, diciendo: Hoy me acuerdo de mis faltas”. Entonces contó al rey los sueños que habían tenido él y el jefe de los panaderos, los cuales los turbaban como los sueños que ahora turbaban al rey, y dijo: Y estaba allí con nosotros un joven, un hebreo, siervo del capitán de el guardia; y le dijimos, y él nos interpretó nuestros sueños; a cada uno según su sueño interpretó. Y aconteció que como él nos interpretó, así fue; a mí me restauró en mi cargo, y a éste lo colgó”.

Fue humillante para Faraón alejarse de los magos y sabios de su reino a un siervo hebreo. Pero sus hombres eruditos y sabios le fallaron, y ahora se dignará a aceptar los humildes servicios de un esclavo, si su mente perturbada puede encontrar alivio.

“Entonces Faraón envió y llamó a José, y lo sacaron apresuradamente de la mazmorra; y se afeitó, y se cambió de ropa, y vino a Faraón. Y dijo Faraón a José: He soñado un sueño, y no hay quien lo interprete ; y he oído decir de ti, que puedes entender un sueño para interpretarlo. Y José respondió a Faraón, diciendo: No está en mí; Dios le dará a Faraón una respuesta de paz”.

La respuesta de José al rey muestra su fe fuerte y humilde [137] confianza en Dios. Renuncia modestamente a todo honor de poseer en sí mismo una sabiduría superior para interpretar. Le dice al rey que su conocimiento no es mayor que el de aquellos a quienes ha consultado. “No está en mí”. Sólo Dios puede explicar estos misterios. “Y Faraón dijo a José: En mi sueño, he aquí, yo estaba de pie a la orilla del río; y he aquí, subieron del río siete vacas gordas y bien parecidas; y pastaron en un prado; y he aquí otras siete vacas que subían tras ellas, pobres y muy feas y flacas de carne, cual nunca vi en toda la tierra de Egipto por maldad. Y las vacas flacas y feas se comieron las primeras siete vacas gordas; y cuando los hubieron comido, no se podía saber que los habían comido; pero todavía estaban mal favorecidos, como al principio. Así que me desperté.

“Y miré en mi sueño, y he aquí siete espigas en un tallo, llenas y buenas; y he aquí, siete espigas secas, delgadas y azotadas por el viento solano, brotaron tras ellas; y las espigas flacas devoraron las siete espigas buenas: y dije esto a los magos; pero no hubo quien me lo pudiera declarar.

“Y José dijo a Faraón: El sueño de Faraón es uno. Dios ha mostrado a Faraón lo que está a punto de hacer. Las siete buenas vacas son siete años; y las siete buenas espigas son siete años; el sueño es uno. Y las siete vacas flacas y feas que subieron tras ellas, son de siete años; y las siete espigas vacías, azotadas por el solano, serán siete años de hambre.

José le dijo al rey que habría siete años de gran abundancia. Todo crecería en gran abundancia. Campos y

[138] los jardines producirían más abundantemente que antes. Las frutas y los granos producirían abundantemente. Y estos siete años de abundancia iban a ser seguidos por siete años de hambre. Los años de abundancia le serían dados para que pudiera prepararse para los próximos años de hambre. “Y no se conocerá la abundancia en la tierra a causa de la siguiente hambre; porque será muy grave. Y porque el sueño se duplicó a Faraón dos veces, es porque la cosa está establecida por Dios, y Dios pronto hará que suceda. Busque, pues, ahora Faraón un hombre prudente y sabio, y póngalo sobre la tierra de Egipto.

El rey creyó todo lo que dijo José. Creía que Dios estaba con él, y estaba impresionado con el hecho de que él era el hombre más adecuado para ser colocado en autoridad al frente de los asuntos. No lo despreció porque era un esclavo hebreo. Vio que poseía un espíritu excelente. “Y Faraón dijo a sus siervos: ¿Podemos hallar uno como éste, un hombre en quien esté el Espíritu de Dios? Y Faraón dijo a José: Por cuanto Dios te ha hecho saber todo esto, no hay nadie tan discreto y sabio como tú. Tú estarás sobre mi casa, y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré mayor que tú.”

Aunque José fue exaltado como gobernante sobre toda la tierra, no se olvidó de Dios. Sabía que era un extraño en tierra extraña, separado de su padre y de sus hermanos, lo que muchas veces le causaba tristeza, pero creía firmemente que la mano de Dios había torcido su rumbo, para colocarlo en una posición importante. Y dependiendo continuamente de Dios, cumplió todos los deberes de su oficio, como gobernante [139] sobre la tierra de Egipto con fidelidad. “Y en los siete años de abundancia la tierra produjo a puñados. Y recogió toda la comida de los siete años que había en la tierra de Egipto, y guardó la comida en las ciudades, la comida del campo que estaba alrededor de cada ciudad, la guardó en las mismas. Y recogió José grano como la arena del mar, mucho, hasta que dejó de contar; porque no tenía número.”

José viajó por toda la tierra de Egipto, dando órdenes para construir inmensos almacenes, y usando su mente clara y su excelente juicio para ayudar en los preparativos para asegurar el alimento, necesario para los largos años de hambre. Por fin terminaron los siete años de abundancia en la tierra de Egipto. “Y los siete años



empezó a venir la escasez, según había dicho José; y la escasez estaba en todas las tierras; pero en toda la tierra de Egipto había pan. Y cuando toda la tierra de Egipto pasó hambre, el pueblo clamó a Faraón por pan. Y dijo Faraón a todos los egipcios: Id a José; lo que él te diga, hazlo. Y había hambre sobre toda la faz de la tierra, y abrió José todos los almacenes, y vendió a los egipcios; y el hambre se agravó en la tierra de Egipto.”

El hambre era severa en la tierra de Canaán. Jacob y su hijos estaban preocupados. Su suministro de alimentos estaba casi agotado y miraban hacia el futuro con perplejidad. Hablaban desalentados unos a otros con respecto a poder proporcionar alimentos a sus familias. La necesidad y el hambre los miraban a la cara. Finalmente, Jacob se enteró de las maravillosas provisiones que había hecho el rey de Egipto; que fue instruido por Dios en un sueño siete años antes de la hambruna para almacenar grandes provisiones para los siete años [140] de hambre que iban a seguir, y que todos los países viajaron a Egipto para comprar maíz. Dijo a sus hijos: “¿Por qué os miráis los unos a los otros? Y él dijo: He aquí, he oído que hay grano en Egipto. Desciende allá, y cómpranos de allí, para que vivamos, y no muramos. Y los diez hermanos de José bajaron a comprar grano en Egipto. Pero a Benjamín, hermano de José, Jacob no envió con sus hermanos; porque dijo: No sea que por ventura le sobrevenga algún mal.

Los hijos de Jacob vinieron con la multitud de compradores para comprar el grano de José; y ellos “se postraron delante de él rostro a tierra”. Y José conocía a sus hermanos, pero parecía no conocerlos, y les habló ásperamente. “Y él les dijo: ¿De dónde venís? Y dijeron: De la tierra de Canaán a comprar alimentos. “Y José se acordó de los sueños que había tenido con ellos, y les dijo: Vosotros sois espías; a ver la desnudez de la tierra habéis venido.”

Le aseguraron a José que su única misión en Egipto era comprar comida. José nuevamente los acusa de ser espías. Deseaba saber si poseían el mismo espíritu altivo que tenían cuando estaba con ellos; y estaba ansioso por obtener de ellos alguna información con respecto a su padre y Benjamín. Se sienten humillados en su adversidad y manifiestan dolor, en lugar de ira, ante las sospechas de José. Le aseguran que no son espías, sino hijos de un solo hombre; que son doce hermanos; que el menor esta ahora con

[141] su padre, y uno no lo es. Su padre y Benjamín son los mismos sobre los que José desea aprender. Profesa dudar de la veracidad de su historia y les dice que los probará y que no saldrán de Egipto hasta que su hermano menor venga aquí. Él propone mantenerlos en confinamiento hasta que uno vaya y traiga a su hermano, para probar sus palabras, si había algo de verdad en ellas. Si no consintieran en esto, los consideraría espías.

Los hijos de Jacob no estaban dispuestos a consentir este arreglo. Requería algún tiempo para que uno fuera a su padre, para conseguir a Benjamín, y sus familias sufrirían por comida. Y, de nuevo, ¿quién de ellos emprendería el viaje solo, dejando a sus hermanos en una prisión? ¿Cómo podría ese conocer a su padre? Vieron su angustia por la supuesta muerte de José, y se sentiría privado de todos sus hijos. Mientras conversaban entre ellos de esta manera, José los escuchó. Dijeron además: Puede ser que perdamos la vida o seamos hechos esclavos. Y si alguno vuelve a nuestro padre por Benjamín, y lo trae acá, él también puede ser hecho esclavo, y nuestro padre ciertamente morirá. Decidieron quedarse todos y sufrir juntos, en lugar de traer mayor dolor a su padre por la pérdida de su muy amado Benjamín.

Los tres días de encierro fueron días de amarga tristeza para los hijos de Jacob. Reflexionaron sobre su proceder erróneo del pasado, especialmente su crueldad hacia José. Sabían que si eran condenados por ser espías y no podían presentar pruebas para aclararse, todos tendrían que morir o convertirse en esclavos. Dudaban si cualquier esfuerzo que alguno de ellos pudiera hacer haría que su padre [142] consintiera en que Benjamín se fuera de él, después de la cruel muerte que, según él pensaba, había sufrido José. Vendieron a José como esclavo, y temían que Dios los castigara al permitir que se convirtieran en esclavos. José considera que su padre y las familias de sus hermanos pueden estar sufriendo por la comida, y está convencido de que sus hermanos se han arrepentido del trato cruel que le dieron, y que en ningún caso tratarían a Benjamín como lo habían tratado a él.

José hace otra propuesta a sus hermanos. Y les dijo al tercer día: Haced esto, y vivid; porque temo a Dios. Si sois hombres honrados, quede preso en la casa de vuestra cárcel uno de vuestros hermanos; id, llevad alimento para el hambre de vuestras casas.

Pero tráeme a tu hermano menor; así serán verificadas vuestras palabras, y no moriréis.” Acuerdan aceptar esta propuesta de José, pero expresan entre sí pocas esperanzas de que su padre permita que Benjamín regrese con ellos. Se acusan a sí mismos, y unos a otros, con respecto al trato que dieron a José. “Y se decían el uno al otro: Verdaderamente somos culpables de nuestro hermano, porque vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no quisimos escuchar; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia. Y Rubén les respondió, diciendo: No os hablé diciendo: No pequéis contra el niño; ¿y no quisisteis oír? por tanto, he aquí, también se requiere su sangre. Y no sabían que José los entendía; porque les habló por medio de un intérprete. Y se apartó de ellos, y lloró; y volvió a ellos otra vez, y habló con ellos, y tomó de ellos a Simeón, y lo ató delante de sus ojos.”

José escogió a Simeón para ser atado, porque él era el in- [143] estigador y actor principal en la crueldad de sus hermanos hacia él. Luego ordenó que sus hermanos fueran abastecidos generosamente con provisiones, y que el dinero de cada hombre fuera puesto en su saco. Prosiguieron su viaje de regreso a casa con tristeza. Cuando uno de ellos abrió su saco para alimentar a su bestia con forraje, encontró su dinero, tal como se lo había llevado a José. Se lo dijo a sus hermanos, y ellos consideraron que un nuevo mal surgiría; y tenían miedo, y decían el uno al otro: ¿Qué es esto que Dios ha hecho con nosotros? ¿Consideraremos esto como una señal del bien del Señor, o ha permitido que ocurra para castigarnos por nuestros pecados y hundirnos aún más en la aflicción? Reconocen que Dios ha visto sus pecados y ha notado sus errores, y que ahora los está visitando por sus transgresiones.

Cuando llegaron a su padre Jacob, le contaron todo lo que había sucedido, y dijeron: “El hombre que es el Señor de la tierra nos habló con dureza y nos tomó por espías del país. Y le dijimos: Hombres verdaderos somos; no somos espías. Somos doce hermanos, hijos de nuestro padre; uno no está, y el menor está hoy con nuestro padre en la tierra de Canaán”. Dijeron a su padre que no creería en su palabra, y dijeron: Si no sois espías, dejad conmigo a uno de vuestros hermanos, y llevad alimento para vuestras casas; y cuando volváis, traed a vuestro hermano menor, y entonces os

Suelta a tu hermano que está atado, y tendrás libertad para comerciar en la tierra.

Mientras vaciaban sus costales, el dinero de cada uno fue encontrado en su saco, y todos tuvieron miedo. Jacob se angustió, y les dijo [144] : “Me habéis privado de mis hijos; No está José, ni Simeón, y os llevaréis a Benjamín.

Todas estas cosas están en mi contra”. Rubén le aseguró a su padre que si confiaba a Benjamín a su cuidado, seguramente lo traería de nuevo a su padre; si no, podría matar a sus dos hijos. Este discurso precipitado no alivió la mente de Jacob. Él dijo: “Mi hijo no descenderá contigo; porque su hermano ha muerto, y él ha quedado solo. Si le sobreviniere algún mal en el camino por donde vais, entonces haréis descender mis canas con dolor al sepulcro.”

Los afectos de Jacob se aferran a Benjamín con toda la fuerza del amor de una madre. Muestra cuán profundamente ha sentido la pérdida de José. Pero la necesidad apremia a Jacob y a sus hijos, y sus familias piden alimento. Jacob pide a sus hijos que vuelvan a Egipto y compren alimentos. Judá dice a su padre que no puede descender si Benjamín no está con ellos; porque “el hombre nos protestó solemnemente diciendo: No veréis mi rostro, a menos que vuestro hermano esté con vosotros”. Judá le asegura a su padre que él será fiador de su hermano, que si lo envía con ellos se irán, y si no trae de vuelta a Benjamín, él cargará con la culpa para siempre.

Le dice a su padre que mientras se habían demorado, debido a que él no estaba dispuesto a enviar a Benjamín, podrían haber viajado a Egipto y regresar nuevamente. Jacob se siente obligado a permitir que su hijo Benjamín vaya con sus hermanos. También envió un presente al gobernante, con la esperanza de obtener su favor. También ordenó a sus hijos que tomaran el doble de dinero y devolvieran el dinero que encontraron en sus costales; porque [145] podría haber sido colocado allí por error. Él les dice: “Tomad también a tu hermano, y levántate, ve de nuevo a ese hombre.”

Cuando sus hijos estaban a punto de dejarlo para emprender su dudoso viaje, su anciano padre se levantó y, estando de pie en medio de ellos, levantó las manos al cielo, y rogó al Señor que fuera con ellos, y pronunció sobre ellos un mensaje de gracia. bendición. “Y Dios Todopoderoso te dé misericordia delante de ese hombre, para que pueda despedir a tu otro hermano, ya Benjamín. Si me quedo privado de mis hijos, seré privado”.

“Y los hombres tomaron ese presente, y tomaron doble dinero en su mano, y a Benjamín, y se levantaron, y descendieron a Egipto, y se pararon delante de José.” Y cuando José vio a Benjamín con ellos, apenas pudo reprimir sus sentimientos de amor fraternal. Dio instrucciones para hacer los preparativos para que sus hermanos comieran con él. Cuando los llevaron a la casa de José, temieron que fuera para pedirles cuentas por el dinero que encontraron en sus costales. Y pensaron que podría haber sido colocado allí intencionalmente con el propósito de encontrar ocasión contra ellos para hacerlos esclavos, y que fueron llevados a la casa del gobernante para lograr mejor este objeto. Procuraron entablar amistad con el mayordomo de la casa, y le hicieron saber que habían encontrado su dinero en la boca de sus costales, temiendo que el gobernante que los había tratado con tanta dureza los acusara de mal en cuanto al asunto . . Informaron al mayordomo que habían traído el dinero encontrado en sus costales, en su peso completo; también otro dinero para comprar alimentos; y agregó: “No podemos decir quién puso nuestro [146] dinero en nuestros costales”.

“Y él dijo: Paz a vosotros, no temáis; vuestro Dios y el Dios de vuestro padre os ha dado tesoro en vuestros costales. Tenía tu dinero. Y les sacó a Simeón”. Las palabras del mayordomo aliviaron su ansiedad, y pensaron que Dios en verdad era misericordioso con ellos, como su padre había suplicado que lo fuera.

Cuando José llegó a casa, sus hermanos le dieron el presente en nombre de su padre, y se postraron ante él hasta el suelo. “Y él les preguntó por su bienestar, y dijo: ¿Está bien vuestro padre, el anciano de quien habéis hablado? ¿Todavía está vivo? Y ellos respondieron: Tu siervo nuestro padre goza de buena salud, aún vive. E inclinaron sus cabezas e hicieron reverencias. Y alzando sus ojos, vio a su hermano Benjamín, hijo de su madre, y dijo: ¿Es éste vuestro hermano menor, de quien me hablasteis? Y él dijo: Dios tenga piedad de ti, hijo mío. Y José se apresuró; porque sus entrañas se conmovieron por su hermano, y buscó dónde llorar; y entró en su cámara, y lloró allí. Y se lavó la cara, y salió, y se contuvo, y dijo: Poned pan”.

José no comía en la misma mesa con sus hermanos, porque los egipcios consideraban una abominación para ellos comer pan con los

hebreos. José puso a sus hermanos a la mesa, como era costumbre cuando se conocían sus edades, comenzando por el mayor, según su derecho de primogenitura, y disponiéndolos en orden hasta el menor, como si conociera perfectamente sus edades. Sus hermanos estaban asombrados [147] por este acto de José, que pensaban que no podía tener conocimiento de sus edades.

Como envió una porción de comida a cada uno de sus hermanos, envió a Ben Jamin cinco veces más que a los demás. Hizo esto no solo para mostrar su particular consideración por su hermano Benjamín, sino para probarlos, y ver si ellos miraban a Benjamín con los mismos sentimientos de envidia que tenían hacia él. Pensaron que José no entendía su idioma y que eran libres de conversar entre ellos en su presencia; por lo tanto, José tuvo una buena oportunidad de conocer el verdadero estado de sus sentimientos sin que ellos lo supieran. José mandó otra vez que proveyeran de alimentos a sus hermanos, tanto como pudieran llevar, y que pusieran el dinero de cada uno en la boca de su costal, y que pusieran su copa de plata en el costal del menor. Cuando sus hermanos salieron de la ciudad, José envió a su mayordomo para que los alcanzara y les preguntara por qué habían pagado mal por bien, tomando la copa de plata que pertenecía al rey, con la cual, en verdad, él adivina.

Los reyes y gobernantes tenían una copa de la que bebían, que se consideraba un detective seguro si se colocaba alguna sustancia venenosa en su bebida. “Y ellos le dijeron: ¿Por qué dice mi Señor estas palabras? Quiera Dios que tus siervos hagan conforme a esto . He aquí, el dinero que encontramos en la boca de nuestros costales, te lo volvimos a traer de la tierra de Canaán; ¿Cómo, pues , hurtaremos de la casa de tu señor plata u oro? Aquel de tus siervos en quien se halle, que muera, y también nosotros seremos siervos de mi señor. Y él dijo: No sea también conforme a vuestras [148] palabras; aquel en quien se halle será mi siervo; y seréis irrepreensibles. Entonces rápidamente bajaron cada uno su saco a tierra, y cada uno abrió su saco. Y buscó, y comenzó por el mayor, y se fue por el menor; y la copa fue hallada en el saco de Benjamín.”

Ante este descubrimiento todos quedaron muy sorprendidos; y, para expresar su gran angustia, rasgaban sus vestidos, que era la costumbre cuando estaban en gran aflicción. Benjamín estaba más asombrado y confundido que sus hermanos. Regresaron a la ciudad tristes y temerosos.

Pensaron que la mano de Dios estaba contra ellos por su maldad pasada. Por su propia promesa, Benjamín fue designado para una vida de esclavitud. Y pensaron que los temores de su padre se realizarían por completo. La travesura había caído sobre su amado Benjamín.

Judá se había comprometido a ser fiador de Benjamín. “Y Judá y sus hermanos vinieron a la casa de José; porque todavía estaba allí; y cayeron delante de él en tierra. Y José les dijo: ¿Qué obra es esta que habéis hecho? ¿No sabéis que un hombre como yo ciertamente puede adivinar? José hizo esta pregunta para sacar de sus hermanos un reconocimiento de su mala conducta pasada, para que sus verdaderos sentimientos pudieran ser revelados más plenamente. No reclamó ningún poder de adivinación, pero estaba dispuesto a que sus hermanos creyeran que podía leer los actos secretos de sus vidas. “Y Judá dijo: ¿Qué diremos a mi señor? ¿Qué hablaremos? o ¿cómo nos limpiaremos? Dios ha descubierto la iniquidad de tus siervos. He aquí, somos siervos de mi señor, tanto nosotros como aquel en cuyo poder se halla la copa. Judá dijo a sus hermanos que Dios había [149] descubierto su iniquidad por haber vendido a su hermano en Egipto, y ahora les estaba devolviendo sus transgresiones, permitiéndoles convertirse también en esclavos.

José rehusó aceptarlos a todos, según la palabra de Judá, como siervos. “Y él dijo: Guárdeme Dios de hacerlo así; mas el hombre en cuya mano fuere hallada la copa, ése será mi siervo; y en cuanto a vosotros, subid en paz a vuestro padre. Judá habló con José aparte del resto, y le relató la renuencia de su padre a dejar que Benjamín fuera con ellos a Egipto, y que se comprometió a ser fiador de Benjamín, que si no lo traía a su padre, él cargar con la culpa para siempre. Abogó elocuentemente en favor de su padre, relatando su gran dolor por la pérdida de José, y que Benjamín era todo lo que quedaba de la madre a la que amaba su padre, y que si Benjamín se separaba de su padre, él moriría; porque su vida estaba ligada a la vida del muchacho. Entonces Judá se ofreció noblemente a convertirse en esclavo en lugar de su hermano; porque no podía encontrarse con su padre sin que Benjamín estuviera con él. Dijo Judá: “Ahora pues, te ruego que quede tu siervo en lugar del muchacho como siervo de mi señor, y que suba el muchacho con sus hermanos”.

José estaba satisfecho. Había probado a sus hermanos, y había visto en ellos los frutos de un verdadero arrepentimiento por sus pecados; y él era tan

profundamente afectado porque ya no podía ocultar sus sentimientos, y pidió que lo dejaran solo con sus hermanos. Luego dio rienda suelta a sus sentimientos largamente reprimidos y lloró en voz alta. “Y José dijo a sus hermanos: Yo soy José; ¿Vive todavía mi padre? Y sus hermanos [150] no pudieron responderle; porque se turbaron en su presencia.” Sus hermanos no pudieron responderle por el asombro. Realmente no podían creer que el gobernante de Egipto era su hermano José, a quien habían envidiado y habrían asesinado, pero finalmente se conformaron con venderlo como esclavo. Todos los malos tratos a su hermano pasaron dolorosamente ante ellos, y especialmente sus sueños, que habían despreciado y habían trabajado para evitar que se cumplieran. Habían hecho su parte en el cumplimiento de estos sueños. Repetidamente habían reverenciado a José, según su sueño. Y ahora estaban ante él condenados y asombrados.

Al ver José la confusión de sus hermanos, les dijo: “Os ruego que os acerquéis a mí. Y se acercaron. Y él dijo: Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto. Procuró noblemente hacer que esta ocasión fuera lo más fácil posible para sus hermanos. No tenía ningún deseo de aumentar su vergüenza censurándolos. Sintió que habían sufrido suficiente por su crueldad hacia él, y se esforzó por consolarlos. Él les dijo: “Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os enfadéis con vosotros mismos por haberme vendido acá; porque Dios me envió delante de vosotros para preservar la vida. Porque estos dos años ha habido hambre en la tierra; y aún quedan cinco años, en los cuales no habrá siega ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros para preservaros una posteridad en la tierra, y para salvar vuestras vidas mediante una gran liberación. Así que ahora no fuisteis vosotros los que me enviasteis aquí, sino Dios; y me ha puesto por padre de Faraón, y señor de toda su casa, y príncipe en toda la tierra de Egipto.

[151] Daos prisa, subid a mi padre y decidle: Así ha dicho tu hijo José: Dios me ha puesto por Señor de todo Egipto. Desciende a mí, no te demores. Y habitarás en la tierra de Gosén, y estarás cerca de mí, tú, tus hijos, los hijos de tus hijos, tus ovejas y tus vacas y todo lo que tienes. y allí te alimentaré; porque aún quedan cinco años de hambre; no sea que tú y tu casa, y todo lo que tienes, se empobrezcan.

Y he aquí, vuestros ojos ven, y los ojos de mi hermano Benjamín, que es mi boca la que os habla. Y le dirás a mi



padre de toda mi gloria en Egipto, y de todo lo que habéis visto; y os daréis prisa y haréis bajar a mi padre acá. Y se echó sobre el cuello de su hermano Benjamín, y lloró; y Benjamín lloró sobre su cuello. Además, besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos, y después de eso sus hermanos hablaron con él”.

Humildemente confesaron los errores que habían cometido contra José, y suplicaron su perdón, y se regocijaron mucho al saber que estaba vivo; porque habían sufrido remordimiento y gran angustia mental desde su crueldad hacia él. Y ahora que sabían que no eran culpables de su sangre, sus mentes atribuladas se sintieron aliviadas.

José perdonó gustosamente a sus hermanos y los envió abundantemente provistos de provisiones, carruajes y todo lo necesario para el traslado de la familia de su padre y la suya propia a Egipto. José le dio a su hermano Benjamín regalos más valiosos que a sus otros hermanos. Cuando los despidió, les mandó: “Mirad que no os desviéis del camino”. Tenía miedo de que pudieran entrar en una disputa y acusarse mutuamente la causa de su [152] culpa con respecto al trato cruel que le habían dado a él. Volvieron con gozo a su padre, y le contaron, diciendo: Aún vive José, y es gobernador sobre toda la tierra de Egipto. Y el corazón de Jacob se desmayó, porque no les creía. Y le contaron todas las palabras de José, que él les había dicho; y cuando vio los carros que José había enviado para llevarlo, el espíritu de Jacob su padre revivió. E Israel dijo: Basta; José mi hijo aún vive. Iré a verlo antes de morir.

Los hijos de Jacob entonces hicieron sus confesiones humillantes a su padre, de su mal trato a José, y suplicaron su perdón. Jacob no sospechaba que sus hijos fueran culpables de tal crueldad. Pero vio que Dios había anulado todo para bien, y perdonó y bendijo a sus hijos descarriados. Comenzó su viaje con alegría de corazón, y cuando llegó a Beerseba ofreció sacrificios agradecidos y rogó a Dios que lo bendijera y le hiciera saber si estaba complacido con su traslado a Egipto. Jacob quería una evidencia de Dios de que iría con ellos. “Y habló Dios a Israel en visiones de la noche, y dijo: Jacob, Jacob. Y él dijo: Heme aquí. Y él dijo: Yo soy Dios, el Dios de tu padre. No temas descender a Egipto, porque allí haré de ti una gran nación. voy a

desciende contigo a Egipto, y yo también te haré volver; y José pondrá su mano sobre tus ojos.”

El encuentro de José y su padre fue muy emotivo. José dejó su carro y corrió a encontrarse con su padre a pie, y lo abrazó, y se lloraron el uno al otro. Jacob entonces expresó su disposición a morir, ya que había vuelto a ver a su hijo José, por quien había llorado tanto tiempo como muerto.

José aconsejó a sus hermanos, cuando Faraón les preguntara cuál era su ocupación, que le dijeran francamente que eran pastores, aunque los egipcios consideraban tal ocupación como degradante. José amaba la justicia y temía a Dios. No deseaba que sus hermanos estuvieran expuestos a la tentación, por lo tanto, no los quería en los servicios especiales del rey, en medio de la influencia corruptora e idólatra de la corte. Si le dijeran al rey que eran pastores, él no buscaría emplearlos en su servicio, ni los exaltaría a alguna posición honorable por causa de José. Cuando el rey supo que eran pastores, le dio permiso a José para que estableciera a su padre y a sus hermanos en la mejor parte del país de Egipto. José seleccionó a Gosén como un lugar adecuado provisto de buenos pastos, bien regados. Aquí también podían adorar a Dios sin ser molestados con las ceremonias que asistían al culto idólatra de los egipcios. La tierra alrededor de Gosén estaba habitada por los israelitas, hasta que Dios sacó a su pueblo de Egipto con poder y grandes señales y prodigios.

José llevó a Jacob ante Faraón y presentó a su muy honrado padre al rey. Jacob bendijo a Faraón por su bondad hacia su hijo José. “Y Faraón dijo a Jacob: ¿Cuántos años tienes? Y Jacob dijo a Faraón: Los días de los años de mi peregrinaje son ciento treinta años. Pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no he llegado a los días del

[154] años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación.”

Jacob le dijo al rey que sus años habían sido pocos y malos; es decir, había visto muchos problemas y sufrido mucha perplejidad, lo que había acortado sus años. La vida de Jacob no había sido tranquila ni pacífica. Los celos de sus esposas habían traído una serie de males. Algunos de sus hijos lo habían entristecido y amargado mucho su vida. Pero los últimos años de la vida de Jacob fueron más pacíficos. Sus hijos se habían reformado.

Cuando Jacob estaba a punto de morir, sus hijos se reunieron a su alrededor para recibir su bendición y escuchar sus últimas palabras de consejo para ellos. Perdonó a sus hijos por toda su conducta poco filial y por el mal trato que le dieron a José, que le había causado muchos años de dolor mientras reflexionaba sobre su supuesta muerte espantosa. Mientras hablaba con sus hijos por última vez, el Espíritu del Señor descansó sobre él, y pronunció profecías concernientes a ellos, que llegaban a un futuro lejano. Mientras estaba bajo el espíritu de inspiración, les reveló sus vidas pasadas y su historia futura, revelándoles los propósitos de Dios con respecto a ellos. Les mostró que Dios de ninguna manera aprobaría la crueldad o la maldad. Comenzó con el mayor. Aunque Rubén no participó en la venta de José, antes de esa transacción había pecado gravemente. Su conducta fue corrupta, porque había transgredido la ley de Dios. Jacob pronunció su profecía con respecto a él: "Rubén, tú eres mi primogénito, mi fuerza y el principio de mi fuerza, la excelencia de la dignidad y la excelencia del poder; inestable como el agua, no sobresaldrás."

Luego profetizó acerca de Simeón y Leví, quienes practicaron [155] engaño a los siquemitas, y luego, de la manera más cruel y vengativa, los destruyó. Ellos también fueron los más culpables en el caso de José. "Simeón y Leví son hermanos; instrumentos de crueldad están en sus habitaciones. Oh alma mía, no entres en su secreto; a su asamblea, mi honor, ¡no te unas! porque en su ira mataron a un hombre, y en su obstinación derribaron un muro. Maldita sea su ira, porque fue feroz; y su ira, porque fue cruel. Los dividiré en Jacob, y los esparciré en Israel".

Jacob pronunció así las palabras de inspiración a sus afligidos hijos, presentándoles la luz bajo la cual Dios veía sus hechos de violencia, y que los visitaría por sus pecados. Sus palabras proféticas con respecto a sus otros hijos no fueron tan sombrías.

Con respecto a Judá, las palabras de inspiración de Jacob fueron más alegres. Su ojo profético miró cientos de años en el futuro al nacimiento de Cristo, y dijo: "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Shiloh; ya él se congregarán los pueblos".

Jacob predijo un futuro feliz para la mayoría de sus hijos. Especialmente para José pronunció palabras elocuentes de carácter feliz:

Rama fructífera es José, Rama fructífera junto a un pozo, Cuyas ramas se extienden sobre el muro. Los arqueros lo entristecieron mucho, y le dispararon, y lo aborrecieron; pero su arco persistió en fuerza, y los brazos de sus manos fueron fortalecidos por las manos del poderoso Dios de Jacob. (De allí es el pastor, la piedra de Israel.)”

[156] “Las bendiciones de tu padre han prevalecido sobre las bendiciones de mis progenitores, hasta el límite de las colinas eternas; estarán sobre la cabeza de José, y sobre la coronilla del separado de sus hermanos.”

Jacob era un padre afectuoso. Las palabras que pronunció a sus hijos no eran suyas, dichas porque había conservado un espíritu que no perdonaba a causa de sus errores. Los había perdonado. Los había amado hasta el final. Lamentó profundamente la pérdida de José, y cuando Simeón fue retenido en Egipto, manifestó dolor y expresó su ansioso deseo de que sus hijos regresaran a salvo de Egipto con su hermano Simeón. No tenía ningún sentimiento de resentimiento hacia sus hijos afligidos. Pero Dios, por el espíritu de profecía, elevó la mente de Jacob por encima de sus sentimientos naturales. En sus últimas horas, los ángeles lo rodearon y el poder de la gracia de Dios brilló sobre él. Sus sentimientos paternos lo habrían llevado a proferir, en su último testimonio, sólo expresiones de amor y ternura. Pero bajo la influencia de la inspiración pronunció la verdad, au

Después de la muerte de Jacob, los hermanos de José se llenaron de tristeza y angustia. Pensaron que José había ocultado su resentimiento, por respeto a su padre; y ahora que estaba muerto, sería vengado por los malos tratos que había sufrido a manos de ellos. “Y cuando los hermanos de José vieron que su padre había muerto, dijeron: Quizá José nos aborrecerá, y ciertamente nos pagará todo el mal que le hicimos. Y enviaron un mensajero a José, diciendo: Tu padre mandó antes de morir, diciendo: Así diréis a José: Perdona, te ruego ahora, la transgresión de [157] tus hermanos, y su pecado; porque te hicieron mal; y ahora te rogamos que perdones la transgresión de los siervos del Dios. Y José lloró cuando le hablaron. Y fueron también sus hermanos, y cayeron delante de él; y dijeron: He aquí nosotros somos tus siervos. Y José les dijo: No temáis; ¿Estoy yo en el lugar de Dios? Pero en cuanto a vosotros, pensasteis mal contra mí; mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para salvar a mucha gente

viva. Ahora pues, no temáis; Yo te alimentaré a ti y a tus pequeños. Y él los consoló, y les habló con bondad.”

José no podía soportar la idea de que sus hermanos pensarán que albergaba un espíritu de venganza hacia aquellos a quienes amaba cordialmente.

José ilustra a Cristo. Jesús vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron. Fue rechazado y despreciado porque sus actos eran justos, y su vida consistente y abnegada era una reprensión continua para aquellos que profesaban la piedad, pero cuyas vidas eran corruptas.

La integridad y la virtud de José fueron ferozmente atacadas; y la que lo desviaría no podía prevalecer, por lo tanto, su odio era fuerte contra la virtud y la integridad que no podía corromper, y testificó falsamente contra él. El inocente sufrió a causa de su justicia. Fue echado en prisión a causa de su virtud.

José fue vendido a sus enemigos, por sus propios hermanos, por una pequeña suma de dinero. El Hijo de Dios fue vendido a sus más acérrimos enemigos por uno de sus propios discípulos. Jesús era manso y santo. La suya fue una vida de abnegación, bondad y santidad sin precedentes. No era culpable de ningún mal; sin embargo, se contrataron falsos testigos para testificar contra él. Fue odiado porque había sido un fiel reprobador del pecado y la corrupción. Los hermanos de José lo despojaron de su túnica de muchos [158] colores. Los verdugos de Jesús echaron suertes por su túnica sin costuras.

Los hermanos de José se propusieron matarlo, pero finalmente se contentaron con venderlo como esclavo, para evitar que llegara a ser más grande que ellos. Pensaron que lo habían colocado donde ya no estarían más preocupados por sus sueños, y donde no habría posibilidad de que se cumplieran. Pero el mismo curso que siguieron, Dios anuló para lograr lo que ellos diseñaron que nunca sucedería : que él tendría dominio sobre ellos.

Los principales sacerdotes y los ancianos estaban celosos de Cristo, de que él desviaría la atención de la gente de sí mismos, hacia él. Sabían que él estaba haciendo obras más grandes de las que jamás habían hecho o podrían realizar; y sabían que si se le permitía continuar con sus enseñanzas, sería superior en autoridad a ellos, y podría llegar a ser rey de los judíos. Acordaron juntos evitar esto tomándolo en privado y contratando testigos para que testificaran falsamente contra él, para que pudieran condenarlo y darle muerte. No lo aceptaron como su rey, sino que gritaron: ¡Crucifícale!

¡crucifícalo! Los judíos pensaron que al quitarle la vida a Cristo, podrían evitar que se convirtiera en rey. Pero al asesinar al Hijo de Dios, estaban provocando precisamente lo que buscaban evitar. José, al ser vendido por sus hermanos a Egipto, se convirtió en el salvador de la familia de su padre. Sin embargo, este hecho no disminuyó la culpa de sus hermanos. La crucifixión de Cristo por sus enemigos lo convirtió en el Redentor de la humanidad, el Salvador de la raza caída y gobernante sobre [159] el mundo entero. El crimen de sus enemigos fue tan atroz como si la mano providencial de Dios no hubiera controlado los acontecimientos para su propia gloria y el bien del hombre.

José caminó con Dios. No sería persuadido a desviarse del camino de la rectitud y transgredir la ley de Dios, por ningún incentivo o amenaza. Y cuando fue encarcelado y sufrió a causa de su inocencia, lo soportó mansamente sin murmurar. Su dominio propio, su paciencia en la adversidad y su fidelidad inquebrantable quedan registrados para el beneficio de todos los que vivirán después en la tierra. Cuando los hermanos de José reconocieron su pecado ante él, él los perdonó generosamente y mostró con sus actos de benevolencia y amor que no albergaba resentimientos por su antigua conducta cruel hacia él. La vida de Jesús, el Salvador del mundo, fue un modelo de benevolencia, bondad y santidad. Sin embargo, fue despreciado e insultado, escarnecido y escarnecido, por la única razón de su vida justa, que era una reprensión constante al pecado. Sus enemigos no estarían satisfechos hasta que él fuera entregado en sus manos, para que pudieran darle una muerte vergonzosa. Murió por la raza culpable; y, mientras sufría las torturas más crueles, perdonó mansamente a sus asesinos. Resucitó de entre los muertos, ascendió a su padre y recibió todo poder y autoridad, y volvió a la tierra para impartirlo a sus discípulos. Dio dones a los hombres. Y a todos los que alguna vez han venido a él arrepentidos, confesando sus pecados, él los ha recibido en su favor, y los ha perdonado gratuitamente. Y si se mantienen fieles a él, él los exaltará a su trono, y los hará sus herederos de la herencia que ha adquirido con su propia sangre.

[160]

Los hijos de Israel no eran esclavos. Nunca habían vendido su ganado, sus tierras y ellos mismos a Faraón por comida, como lo habían hecho muchos de los egipcios. A ellos se les había concedido una porción de tierra donde morar, con sus rebaños y ganado, a causa del servicio que José había prestado al reino. Faraón apreciaba

su sabiduría en el manejo de todas las cosas relacionadas con el reino, especialmente en los preparativos para los largos años de hambre que azotaron la tierra de Egipto. Sintió que todo el reino estaba en deuda por su prosperidad con la sabia gestión de José; y, como muestra de su gratitud, le dijo a José: “La tierra de Egipto está delante de ti; en lo mejor de la tierra haz habitar a tu padre y a tus hermanos; habiten en la tierra de Gosén; y si conoces a algunos hombres de actividad entre ellos, entonces hazlos señores sobre mi ganado.” “Y José colocó a su padre y a sus hermanos, y les dio posesión en la tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Ramsés, como Faraón había mandado. Y José sustentó a su padre y a sus hermanos, y a toda la casa de su padre, con pan según sus familias”.

El rey de Egipto no exigía impuestos al padre y a los hermanos de José, y a José se le concedió el privilegio de proporcionarles abundante comida. El rey dijo a sus gobernantes: ¿No estamos en deuda con el Dios de José, y con él, por esta abundante provisión de alimentos? ¿No fue por su sabiduría que depositamos tan abundantemente? Mientras otras tierras perecen, ¡tenemos suficiente! Su gestión ha enriquecido enormemente al reino.

“Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación. Y los hijos de Israel fueron fecundos, y crecieron abundantemente, [161] y se multiplicaron, y se hicieron muy poderosos; y la tierra se llenó de ellos. Ahora se levantó un nuevo rey sobre Egipto, que no conocía a José. Y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es más grande y más fuerte que nosotros. Vamos, tratémoslos sabiamente, no sea que se multipliquen, y acontezca que, cuando estalle alguna guerra, se unan también a nuestros enemigos, y peleen contra nosotros, y así los saquen de la tierra. .”

Este nuevo rey de Egipto aprendió que los hijos de Israel eran de gran servicio para el reino. Muchos de ellos eran obreros capaces y comprensivos, y él no estaba dispuesto a perder su trabajo. Este nuevo rey clasificó a los hijos de Israel con esa clase de esclavos que habían vendido sus rebaños, sus vacas, sus tierras y a ellos mismos al reino. “Por tanto, pusieron sobre ellos capataces, para que los afligieran con sus cargas. Y edificaron para Faraón las ciudades del tesoro, Pitom y Ramsés. Pero cuanto más los afligían, más se multiplicaban y crecían. Y se entristecieron po

de los hijos de Israel. Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con rigor. Y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer lodo y ladrillo, y en todo servicio del campo; todo su servicio en que les hicieron servir fue con rigor.”

Obligaron a sus mujeres a trabajar en los campos, como si fueran esclavas. Sin embargo, su número no disminuyó. Como el rey y sus gobernantes vieron que aumentaban continuamente, consultaron entre sí para obligarlos a lograr una cierta cantidad cada día. Ellos [162] pensaron en someterlos con trabajos forzados, y se enojaron porque no pudieron disminuir su número y aplastar su espíritu independiente.

Y debido a que no lograron cumplir su propósito, endurecieron sus corazones para ir aún más lejos. El rey ordenó que se matara a los niños varones tan pronto como nacieran. Satanás fue el motor en estos asuntos. Sabía que se levantaría un libertador entre los hebreos para rescatarlos de la opresión. Pensó que si podía mover al rey a destruir a los niños varones, el propósito de Dios sería frustrado. Las mujeres temieron a Dios, y no hicieron como el rey de Egipto les había mandado, sino que salvaron la vida a los niños varones. Las mujeres no se atrevieron a asesinar a los niños hebreos ; y porque no obedecieron el mandato del rey, el Señor los prosperó. Cuando se le informó al rey de Egipto que su orden no había sido obedecida, se enojó mucho. Luego hizo su mando más urgente y extenso. Encargó a todo su pueblo que mantuviera una estricta vigilancia, diciendo: “Todo hijo que nazca lo echaréis en el río, y toda hija la dejaréis con vida”.

\* \* \* \* \*



## Capítulo 15—Moisés

Cuando este cruel decreto estaba en plena vigencia, nació Moisés. Su madre lo escondió todo el tiempo que pudo con alguna seguridad, y luego preparó una pequeña vasija de juncos, asegurándola con brea, para que no **entrara** agua en la pequeña arca, y la colocó a la orilla del agua. , mientras que su hermana debería estar rondando el agua con aparente indiferencia. Ella miraba ansiosamente para ver qué pasaría con su hermano pequeño. Los ángeles también velaban para que ningún daño sucediera al niño indefenso, que había sido colocado allí por una madre afectuosa y encomendado al cuidado de Dios por sus fervientes oraciones mezcladas con lágrimas. Y estos ángeles dirigieron los pasos de la hija de Faraón hacia el río, cerca del mismo lugar donde yacía el pequeño extraño inocente. Su atención fue atraída por el pequeño y extraño recipiente, y envió a una de sus doncellas a buscarlo . Y cuando hubo quitado la tapa de esta pequeña vasija singularmente construida, vio a un hermoso bebé, “y he aquí, el bebé lloraba; y ella tuvo compasión de él.” Sabía que una tierna madre hebrea había tomado este singular medio para preservar la vida de su amado bebé, y decidió de inmediato que debería ser su hijo. La hermana de Moisés inmediatamente se adelantó y preguntó: “¿Iré y te llamaré una nodriza de las hebreas, para que te críe este niño? Y la hija de Faraón le dijo: Ve.

Llevó a toda prisa a la hermana a su madre, y le contó la feliz noticia, y la condujo con toda prisa a la hija de Faraón, donde el niño fue encomendado a la madre para que lo amamantara, y se le pagó generosamente por la crianza de su propio hijo. . Afortunadamente esta madre emprendió su ahora segura y feliz tarea. Ella creía que Dios había preservado su vida. Fielmente aprovechó la preciosa oportunidad de educar a su hijo en referencia a una vida. Ella era más particular en su instrucción que en la de sus otros [164] hijos; porque estaba segura de que él estaba reservado para alguna gran obra. Con sus fieles enseñanzas inculcó en su joven mente la

temor de Dios, y amor por la verdad y la justicia. Ella no descansó aquí en sus esfuerzos, sino que oró fervientemente a Dios por su hijo para que pudiera ser preservado de toda influencia corruptora. Ella le enseñó a inclinarse y orar a Dios, el Dios vivo, porque solo él podía escucharlo y ayudarlo en cualquier emergencia. Ella trató de impresionar su mente con la pecaminosidad de la idolatría. Ella sabía que él pronto sería separado de su influencia y entregado a su real madre adoptiva, para ser rodeado de influencias calculadas para hacerlo no creer en la existencia del Hacedor de los cielos y de la tierra.

Las instrucciones que recibió de sus padres fueron tales que fortalecieron su mente y lo protegieron de ser exaltado y corrompido por el pecado, y de enorgullecerse en medio del esplendor y la extravagancia de la vida cortesana. Tenía una mente clara y un corazón comprensivo, y nunca perdió las impresiones piadosas que recibió en su juventud. Su madre lo mantuvo todo el tiempo que pudo, pero se vio obligada a separarse de él cuando tenía unos doce años, y entonces se convirtió en hijo de la hija del faraón.

Aquí Satanás fue derrotado. Al mover a Faraón a destruir a los niños varones, pensó en desviar los propósitos de Dios y destruir a aquel a quien Dios levantaría para liberar a su pueblo. Pero ese mismo decreto, condenando a muerte a los niños hebreos, fue el medio que Dios anuló para colocar a Moisés en la familia real, donde [165] tenía ventajas para convertirse en un hombre erudito y eminentemente calificado para sacar a su pueblo de Egipto. Faraón esperaba exaltar a su nieto adoptivo al trono. Lo educó para estar a la cabeza de los ejércitos de Egipto y llevarlos a la batalla. Moisés era un gran favorito entre el ejército de Faraón y fue honrado porque condujo la guerra con habilidad y sabiduría superiores. “Y Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y fue poderoso en palabras y en obras”.

Los egipcios consideraban a Moisés como un personaje notable.

Los ángeles instruyeron a Moisés que Dios lo había elegido para liberar a los hijos de Israel. Los ángeles también enseñaron a los gobernantes entre los hijos de Israel que el tiempo de su liberación estaba cerca, y que Moisés era el hombre a quien Dios usaría para llevar a cabo esta obra. Moisés pensó que los hijos de Israel serían librados por la guerra, y que él estaría a la cabeza del ejército hebreo, para conducir la guerra contra los ejércitos egipcios y librar a sus hermanos del yugo de la opresión. Teniendo esto en cuenta, Moisés

guardó sus afectos, para que no se depositaran fuertemente sobre su madre adoptiva, o sobre Faraón, para que no le fuera más difícil permanecer libre para hacer la voluntad de Dios.

El esplendor y el orgullo desplegados en la corte egipcia, y los halagos que recibió, no pudieron hacerle olvidar a sus despreciados hermanos en la esclavitud. No sería inducido, ni siquiera con la promesa de llevar la corona de Egipto, a identificarse con los egipcios y comprometerse con ellos en su culto idólatra. No abandonaría a sus hermanos oprimidos, quienes sabía que eran el pueblo escogido de Dios. El rey se interesó por Moisés y ordenó que se le instruyera en el culto de los egipcios. Esta obra estaba encomendada a los sacerdotes, que oficiaban en las fiestas idolátricas observadas por el pueblo en honor de sus dioses ídolos. Pero no pudieron, mediante amenazas o promesas de recompensas, persuadir a Moisés para que participara con ellos en sus ceremonias paganas. Fue amenazado con la pérdida de la corona y con que la hija del faraón lo repudiara, a menos que renunciara a su fe hebrea. Pero él no renunciaría a su fe. Estaba firme en rendir homenaje a ningún objeto sino a Dios, el creador de los cielos y de la tierra, a quien solo se debe reverencia y honor. Incluso discutió con los sacerdotes y los adoradores idólatras acerca de su adoración ceremonial supersticiosa de objetos sin sentido. No pudieron responderle. Su firmeza a este respecto fue tolerada, porque era nieto adoptivo del rey, y favorito universal de los más influyentes del reino.

El Señor preservó a Moisés de ser dañado por las influencias corruptoras que lo rodeaban. Los principios de la verdad, recibidos en su juventud de padres temerosos de Dios, nunca fueron olvidados por él. Y cuando más necesitaba protegerse de las influencias corruptoras que acompañaban una vida en la corte, entonces las lecciones de su juventud dieron sus frutos. El temor de Dios estaba delante de él. Y tan fuerte era su amor por sus hermanos, y tan grande era su respeto por la fe hebrea, que no ocultaría su filiación por el honor de ser heredero de la familia real.

Cuando Moisés tenía cuarenta años, “salió a sus hermanos, y miró sus cargas; y vio a un egipcio que golpeaba a un hebreo, uno de sus hermanos. Y miró a uno y otro lado, [167] y cuando vio que no había nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena. Y cuando salió el segundo día, he aquí,

dos hombres de los hebreos lucharon juntos; y dijo al que hizo el mal: ¿Por qué hieres a tu prójimo? Y él dijo: ¿Quién te ha puesto por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio? Y Moisés tuvo miedo, y dijo: Ciertamente esto es sabido. Ahora bien, cuando Faraón oyó esto, trató de matar a Moisés. Pero Moisés huyó de delante de Faraón, y habitó en la tierra de Madián”.

El hecho de que Moisés matara al egipcio se lo hizo saber a los egipcios el envidioso hebreo a quien Moisés reprendió. Y cuando llegó a Faraón, fue muy exagerado. Y los egipcios le dijeron a Faraón que Moisés tenía la intención de hacer la guerra contra los egipcios, y vencerlos, y gobernarse a sí mismo como rey. Faraón estaba muy enojado. Pensó que esta conducta de Moisés significaba mucho y que no había seguridad para su reino mientras viviera. Él ordenó que Moisés fuera asesinado. Pero no ignoraba el designio de Faraón, y en secreto salió de Egipto. El Señor dirigió su curso, y encontró un hogar con Jetro, un hombre que adoraba a Dios. Era pastor, también sacerdote de Madián. Sus hijas cuidaban sus rebaños. Pero los rebaños de Jetro pronto fueron puestos bajo el cuidado de Moisés, quien se casó con la hija de Jetro y permaneció en Madián cuarenta años.

Moisés fue demasiado rápido en matar al egipcio. Supuso que el pueblo de Israel entendió que la providencia especial de Dios lo había levantado para librarlos. Pero Dios no se propuso librar a los hijos de Israel por medio de la guerra, como pensó Moisés; sino por su propio poderío, para que la gloria le fuera atribuida a él solo.

Dios anuló el acto de Moisés al matar al egipcio para lograr su propósito. En su providencia, había traído a Moisés a la familia real de Egipto, donde había recibido una educación completa; y, sin embargo, no estaba preparado para que Dios le confiara la gran obra para la que lo había levantado. Moisés no podía abandonar inmediatamente la corte del rey, y las indulgencias le concedieron como nieto del rey, para realizar la obra especial de Dios. Debe tener tiempo para obtener una experiencia y ser educado en la escuela de la adversidad y la pobreza. Su suegro temía a Dios, y era especialmente honrado por todas las personas que lo rodeaban por su juicio perspicaz. Su influencia con Moisés fue grande.

Mientras Moisés vivía retirado, el Señor envió a sus ángeles para instruirlo especialmente con respecto al futuro. Aquí aprendió más plenamente la gran lección del dominio propio y la humildad. Cuidó los rebaños de Jetro; y mientras cumplía con sus humildes deberes de pastor, Dios lo preparaba para convertirse en pastor espiritual de sus ovejas, sí, de su pueblo Israel. Había sido completamente calificado como general, para estar al frente de los ejércitos; y ahora el Señor quiere que aprenda los deberes y realice los oficios de un pastor fiel de su pueblo, para cuidar tiernamente de sus ovejas descarriadas y descarriadas. Mientras Moisés conducía el rebaño al desierto, y llegó a la montaña de Dios, a Horeb, “el ángel del Señor se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza. Y miró, y he aquí, la zarza ardía con fuego, y la zarza no se consumía. Y Moisés [169] dijo: Ahora me desviaré y veré este gran espectáculo, por qué la zarza no se quema. Y cuando el Señor vio que se había vuelto para ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y le dijo: ¡Moisés, M Y él dijo: Heme aquí. Y él dijo: No os acerquéis. Quítate el calzado de los pies, porque el lugar que pisas es tierra sagrada. Además dijo: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Y Moisés ocultó su rostro; porque tenía miedo de mirar a Dios. Y dijo el Señor: Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus capataces; porque yo conozco sus dolores; y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a una tierra que mana leche y miel; al lugar del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo. Ahora pues, he aquí, el clamor de los hijos de Israel ha llegado a mí; y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ven , pues, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel.”

Había llegado plenamente el tiempo en que Dios haría que Moisés cambiara el bastón de pastor por la vara de Dios, a la que haría poderosa para realizar señales y prodigios, para librar a su pueblo de la opresión y para preservarlo cuando lo persiguieran sus enemigos. “Y Moisés dijo a Dios: ¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar a los hijos de Israel [170]

fuera de Egipto? Y él dijo: Ciertamente yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, serviréis a Dios sobre este monte. Y Moisés dijo a Dios: He aquí, cuando llegue a los hijos de Israel y les diga: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros, y me dirán: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les diré? Y dijo Dios a Moisés: Yo Soy El Que Soy. Y él dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros. Y dijo además Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, y este es mi memorial por todas las generaciones”.

Moisés no esperaba que esta fuera la manera en que el Señor lo usaría para liberar a Israel de Egipto. Pensó que sería por la guerra. Y cuando el Señor le hizo saber que debía presentarse ante Faraón, y en su nombre exigirle que dejara ir a Israel, se rehusó a la tarea.

El Faraón ante el cual iba a comparecer, no era el que había decretado que debía ser muerto. Ese rey estaba muerto, y otro había tomado las riendas del gobierno. Casi todos los reyes egipcios fueron llamados por el nombre de Faraón. Moisés hubiera preferido estar a la cabeza de los hijos de Israel como su general, y hacer la guerra a los egipcios. Pero este no era el plan de Dios. Él sería magnificado delante de su pueblo, y enseñaría no sólo a ellos, sino también a los egipcios, que hay un Dios vivo, que tiene poder para salvar y destruir. Moisés recibió la orden de reunir primero a los ancianos de Israel, a los más nobles y justos entre ellos, que habían sufrido mucho tiempo a causa de su servidumbre, y decirles: “El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de de Jacob, se me apareció, diciendo: Ciertamente te he visitado, y he visto lo que te han hecho en Egipto; y he dicho: Os sacaré de la aflicción de Egipto, a la tierra del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo, a una tierra que mana leche. y miel Y ellos oirán tu voz; y vendrás, tú y los ancianos de Israel, al rey de Egipto, y le diréis: El Señor Dios de los hebreos nos ha salido al encuentro; y ahora vámonos,

Te rogamos, camino de tres días por el desierto, para que podamos ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios”.

El Señor también le aseguró a Moisés que Faraón no dejaría ir a Israel. Sin embargo, su valor no debe fallar; porque él haría de esto la ocasión de manifestar sus señales y prodigios delante de los egipcios, y delante de su pueblo. “Y estoy seguro de que el rey de Egipto no los dejará ir, no, no por una mano poderosa. Y extenderé mi mano, y heriré a Egipto con todas mis maravillas que haré en medio de él; y después de eso te dejará ir.

Las poderosas obras de Dios, que realizó ante los egipcios para la liberación de los hebreos, les daría favor a los ojos de los egipcios, para que cuando salieran de Egipto no lo hicieran con las manos vacías; “sino que cada mujer tomará prestada de su [172] prójimo, y de la peregrina en su casa, alhajas de plata y alhajas de oro, y vestidos; y las pondréis sobre vuestros hijos y sobre vuestras hijas, y saquearéis a Egipto.

Los egipcios habían hecho esclavos a los hijos de Israel, cuando no eran esclavos, y los egipcios no tenían derecho a su trabajo. Sólo habían permitido a los hijos de Israel un sustento, y se habían enriquecido con el trabajo que les habían extorsionado. Los habían oprimido y atado bajo pesadas cargas, hasta que Dios intervino a favor de ellos. Y como iban a alejarse de sus opresores, necesitarían para su largo viaje algo que pudieran cambiar por pan, y usar según lo requirieran sus circunstancias. Por lo tanto, Dios les ordenó que tomaran prestado de sus vecinos y del extranjero que moraba con ellos; es decir, el egipcio que había sido designado sobre ellos para que hicieran una cierta cantidad de trabajo cada día. Aunque podrían pedir prestada una cantidad considerable, sería solo una pequeña recompensa por el arduo trabajo que habían realizado, que había enriquecido a los egipcios.

Moisés rogó al Señor y dijo: “Pero he aquí, no me creerán ni escucharán mi voz; porque dirán: El Señor no se te ha aparecido.” Entonces el Señor le aseguró por el milagro de que la vara se convirtió en serpiente, y la mano se volvió leprosa, que por tales señales y obras maravillosas haría temer a los egipcios y al Faraón, para que no se atrevieran a hacerle daño. Por estas señales le aseguró a Moisés que convencería al rey y a su pueblo de que alguien más grande que él se estaba manifestando.

[173] su poder ante ellos. Y sin embargo, después de haber hecho muchos milagros delante de Faraón a la vista del pueblo, no dejaron ir a Israel. Moisés deseaba ser excusado de la laboriosa tarea. Alegaba como excusa la falta de fluidez en el habla; es decir, había estado tanto tiempo entre los egipcios, que no tenía un conocimiento tan claro y un uso rápido de su idioma como cuando estaba entre ellos.

El Señor reprendió a Moisés por su temor, como si el Dios que lo escogió para realizar su gran obra no pudiera calificarlo para ella, o como si Dios se hubiera equivocado al seleccionar al hombre: “Y el Señor le dijo ¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hace al mudo, al sordo, al vidente o al ciego? ¿No tengo yo, el Señor?” ¡Qué atractivo! ¡Qué reprensión para los desconfiados!

“Ahora, pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que has de decir. Y él dijo: Oh mi Señor, envía, te ruego, por mano de aquel a quien has de enviar.” Le rogó al Señor que seleccionara a una persona más adecuada. El atraso de Moisés procedía al principio de la humildad, de una timidez modesta. Pero después de que Dios prometió eliminar sus dificultades, y estar con su boca, y enseñarle qué decir, y finalmente darle éxito en su misión, entonces que él todavía manifestara reticencia era desagradable para Dios. Su falta de voluntad para ejecutar la misión que Dios le había preservado en vida para cumplir, y lo había calificado para realizar, después de la seguridad de que Dios estaría con él, mostró incredulidad y abatimiento criminal, y desconfianza en Dios mismo. El Señor lo reprendió por esta desconfianza. La [174] liberación de Israel

de Egipto, en la forma en que Dios se proponía hacer la obra, le parecía imposible que la misión tuviera éxito.

Moisés sobresalió en sabiduría en la conducción de los asuntos. Aarón, el hermano mayor de Moisés, había estado en el uso diario de la lengua de los egipcios y la entendía perfectamente. Era elocuente.

“Y la ira del Señor se encendió contra Moisés; y él dijo: ¿No es Aarón el levita tu hermano? Sé que puede hablar bien. Y también, he aquí, él sale a tu encuentro; y cuando te vea, se alegrará en su corazón. Y tú le hablarás, y pondrás palabras en su boca; y yo estaré con tu boca y con su boca, y te enseñaré lo que has de hacer. Y él será tu vocero al pueblo; y él será, y él será para ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios.



Y tomarás esta vara en tu mano, con la cual harás señales.”

Moisés consintió en realizar la misión. Primero visitó a su suegro y obtuvo su consentimiento para él y su familia para regresar a Egipto. No se atrevió a decirle a Jetro su mensaje a Faraón, por temor a que no estuviera dispuesto a dejar que su esposa e hijos lo acompañaran en una misión tan peligrosa. El Señor lo fortaleció y quitó sus temores diciéndole: “Vuélvete a Egipto; porque han muerto todos los hombres que buscaban tu vida.”

“Y el Señor dijo a Moisés: Cuando vayas para volver a Egipto, mira que hagas delante de Faraón todas estas maravillas que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón, para que no deje ir al pueblo. Es decir, la exhibición del poder todopoderoso ante Faraón, al ser rechazado por él, lo haría más duro y firme en su rebelión. Su dureza de corazón aumentaría por una [175] resistencia continua del poder de Dios. Pero prevalecería sobre la dureza del corazón de Faraón, de modo que su negativa a dejar ir a Israel engrandecería su nombre ante los egipcios y también ante su pueblo.

El Señor ordenó a Moisés que le dijera a Faraón: “Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito. Y yo te digo: Deja ir a mi hijo para que me sirva. Y si rehúsas dejarlo ir, he aquí, mataré a tu hijo, aun a tu primogénito”. El Señor llamó a Israel su primogénito porque los había escogido entre todo el pueblo para ser los depositarios de su ley, cuya obediencia los preservaría puros en medio de naciones idólatras. Les confirió privilegios especiales, como los que generalmente se concedían al hijo primogénito.

Mientras Moisés viajaba a Egipto, el ángel del Señor lo encontró y asumió una postura amenazadora, como si fuera a matarlo. Temía por su vida. Había cedido a la negativa de su esposa de circuncidar a su hijo y, de acuerdo con los deseos de ella, había descuidado obedecer a Dios. Su esposa, temerosa de que su esposo pudiera ser asesinado, superó sus sentimientos de afecto indebido por su hijo y realizó el acto ella misma. Después de esto, el ángel dejó ir a Moisés. En su misión ante el Faraón, iba a ser colocado en una posición peligrosa, donde su vida estaría expuesta a la voluntad del rey, si Dios no lo preservaba con su poder, a través de la presencia de sus áng

a él. Mientras Moisés viviera en descuido de uno de los mandamientos positivos de Dios, su vida no estaría segura; porque los ángeles de Dios no pudieron protegerlo mientras estaba en desobediencia. Por eso el ángel le salió al encuentro en el camino y amenazó su vida. No le explicó a Moisés por qué asumió ese aspecto amenazador. Moisés sabía que había una causa. Iba a Egipto de acuerdo con el mandato expreso de Dios, por lo tanto, el viaje fue correcto. Inmediatamente recordó que no había obedecido a Dios al realizar la ordenanza de la circuncisión de su hijo menor, y había cedido a las súplicas de su esposa de posponer la ceremonia. Después de haber obedecido el mandato de Dios, estaba en libertad de ir ante Faraón, y no había nada en el camino que obstaculizara el ministerio de los ángeles en relación con su

En el tiempo de angustia, justo antes de la venida de Cristo, la vida de los justos será preservada mediante el ministerio de los santos ángeles. Los que lleguen a ese momento de prueba sin obedecer los mandamientos de Dios, no tendrán seguridad en sus vidas. Los ángeles no pueden protegerlos de la ira de sus enemigos mientras viven descuidando cualquier deber conocido o mandato expreso de Jehová.

El Señor le había dicho a Moisés que Aarón, su hermano tres años mayor que él, saldría a su encuentro y cuando lo viera, se alegraría. Llevaban muchos años separados. Los ángeles de Dios habían instruido a Moisés con respecto a la obra que debía realizar. También se enviaron ángeles para enseñar a Aarón a salir al encuentro de Moisés, porque el Señor lo había elegido para estar con Moisés; y cuando se encontrara con su hermano, para escuchar sus palabras; porque Dios le había dado a Moisés palabras para hablarle con respecto a la parte que debía desempeñar en relación con la liberación de Israel. “Y el Señor dijo a Aarón: Ve al desierto a encontrarte con Moisés. Y él [177] fue y lo encontró en el monte de Dios, y lo besó. Y Moisés contó a Aarón todas las palabras del Señor que le había enviado, y todas las señales que le había mandado. Y Moisés y Aarón fueron y reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel. Y habló Aarón todas las palabras que Jehová había dicho a Moisés, e hizo las señales. Y cuando oyeron que el Señor había visitado a los hijos de Israel, y que había mirado su aflicción, se inclinaron y adoraron”.

Los hebreos esperaban ser librados de su esclavitud sin ninguna prueba particular de su fe o sufrimiento de su parte. Muchos de ellos estaban listos para salir de Egipto, pero no todos. Los hábitos de algunos se habían vuelto tan parecidos a los de los egipcios que preferían quedarse con ellos. “Y después Moisés y Aarón entraron y dijeron a Faraón: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Deja ir a mi pueblo, para que me celebre fiesta en el desierto. Y dijo Faraón : ¿Quién es Jehová, para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel. Y dijeron: El Dios de los hebreos nos ha salido al encuentro; te rogamos que vayamos tres días de camino por el desierto, y ofrezcamos sacrificios al Señor nuestro Dios; no sea que caiga sobre nosotros con pestilencia o con espada.” La petición de Moisés y Aarón fue muy modesta. Pidieron ir sólo tres días de viaje. Pero Faraón rehusó esto con altivez, y profesó ser completamente ignorante del Dios de Israel. Pero el Señor se propuso hacerle saber a Faraón que su voz debe ser obedecida; que él está por encima de todo, y obligará a los gobernantes orgullosos a inclinarse ante su autoridad. “Y el [178] rey de Egipto les dijo: ¿Por qué vosotros, Moisés y Aarón, dejáis al pueblo de sus obras? Llevaos a vuestras cargas. Y Faraón dijo: He aquí, el pueblo de la tierra ya es mucho, y vosotros les hacéis descansar de sus cargas. Y mandó Faraón aquel mismo día a los capataces del pueblo ya sus oficiales, diciendo: No daréis más paja al pueblo para hacer ladrillo, como antes; que vayan y recojan paja para sí mismos. Y sobre ellos pondréis la cola de los ladrillos que hacían antes; no disminuiréis nada de ello; porque están ociosos; por eso claman, diciendo: Vayamos y sacrifiquemos a nuestro Dios.”

El corazón de Faraón se estaba volviendo más insensible hacia los hijos de Israel. Él aumentó grandemente su trabajo. Los capataces colocados sobre los hebreos eran egipcios. Tenían oficiales debajo de ellos que tenían la supervisión del trabajo y dirigían a la gente.

Estos oficiales eran hebreos, y eran responsables del trabajo del pueblo bajo su mando. Y cuando se les dio el injusto requerimiento de hacer que juntaran para su ladrillo la paja y el rastrojo esparcidos que se encontraban en los campos, la gente no pudo realizar su cantidad habitual de trabajo. “Y el pueblo se esparció por toda la tierra de Egipto, para recoger hojarasca en lugar de paja.

Y los capataces los apresuraron, diciendo: Cumplid vuestras obras, vuestros

tareas cotidianas, como cuando había paja. Y los oficiales de los hijos de Israel, que los capataces de Faraón habían puesto sobre ellos, fueron azotados, y les preguntaron: ¿Por qué no habéis cumplido vuestra tarea de hacer ladrillos, ni ayer ni hoy, como hasta ahora?

[179] Debido a que no se cumplió con la cantidad total de trabajo, los capataces egipcios llamaron a cuentas a los oficiales y los castigaron cruelmente porque no obligaron al pueblo a realizar su cantidad habitual de trabajo. Estos oficiales pensaron que su opresión provenía de sus capataces, y no del rey mismo. Por tanto, fueron con su caso al rey, y le contaron sus agravios, y el trato cruel de sus capataces. El corazón de Faraón se endureció ante su angustia, y se burló de ellos, y se burló de todas sus quejas. Estaba lleno de odio contra ellos.

“Entonces los oficiales de los hijos de Israel vinieron y dieron voces a Faraón, diciendo: ¿Por qué haces así con tus siervos? No se da paja a tus siervos, y nos dicen: Haced ladrillo; y he aquí, tus siervos están azotados; pero la culpa es de tu propio pueblo. Pero él dijo: Estáis ociosos, estáis ociosos; por eso decís: Vayamos y hagamos sacrificio al Señor. Ve, pues, ahora, y trabaja; porque no se os dará paja, sino que daréis cuenta de ladrillos. Y los oficiales de los hijos de Israel vieron que estaban en mal caso, después de que se dijo: No quitaréis nada de vuestros ladrillos de vuestra obra diaria. Y se encontraron con Moisés y Aarón, que estaban en el camino, cuando salían de Faraón; y les dijeron: Mire el Señor sobre vosotros, y juzgue; porque habéis hecho que nuestro olor sea abominable a los ojos de Faraón ya los ojos de sus siervos, poniendo una espada en su mano para matarnos. Y Moisés volvió al Señor y dijo: Señor, ¿por qué has tratado tan mal a este pueblo? ¿Por qué me has enviado? Porque [180] desde que vine a Faraón para hablar en tu nombre, ha hecho mal a este pueblo; ni has librado a tu pueblo en absoluto.”

Cuando los hijos de Israel le cargaron todo su sufrimiento a Moisés, él se angustió mucho y casi sintió ganas de murmurar porque el Señor se demoró en liberar a su pueblo. Todavía no estaban preparados para ser entregados. Tenían muy poca fe y no estaban dispuestos a sufrir pacientemente y soportar con perseverancia sus aflicciones, hasta que Dios obrara en ellos una liberación gloriosa.

“Entonces el Señor dijo a Moisés: Ahora verás lo que le haré a Faraón; porque con mano fuerte los dejará ir, y con mano fuerte los echará de su tierra. Y habló Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy el Señor; y me aparecí a Abraham, a Isaac ya Jacob, en el nombre de Dios Todopoderoso; mas por mi nombre Jehová no fui conocido de ellos. Y también he establecido mi pacto con ellos, dándoles la tierra de Canaán, la tierra de su peregrinaje, en la cual fueron peregrinos. Y también he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes los egipcios tienen en servidumbre; y me he acordado de mi pacto.”

Muchos años habían estado los hijos de Israel en la servidumbre de los egipcios. Sólo unas pocas familias descendieron a Egipto, pero se habían convertido en una gran multitud. Y estando rodeados de idolatría, muchos de ellos habían perdido el conocimiento del Dios verdadero, y se habían olvidado de su ley. Y se unieron con los egipcios en su adoración del sol, la luna y las estrellas, también de bestias e imágenes, obra de manos de hombres. Todo lo que rodeaba a los hijos de Israel estaba calculado para hacerles olvidar al Dios vivo. Sin embargo, había algunos entre los Hebreos que conservaron el conocimiento del Dios verdadero, el creador de los cielos y de la tierra. Se entristecieron al ver a sus hijos presenciar diariamente, e incluso participar en, las abominaciones del pueblo idólatra que los rodeaba, e inclinarse ante las deidades egipcias, hechas de madera y piedra, y ofrecer sacrificios a estos objetos sin sentido. Los fieles se entristecieron, y en su angustia clamaron al Señor que los librara del yugo egipcio; que los sacaría de Egipto, donde podrían librarse de la idolatría y de las influencias corruptoras que los rodeaban.

Pero muchos de los hebreos estaban contentos de permanecer en cautiverio en lugar de ir a un nuevo país y encontrarse con las dificultades que acompañan a tal viaje. Por tanto, el Señor no los libró con la primera manifestación de sus señales y prodigios ante Faraón. Gobernó los acontecimientos para desarrollar más plenamente el espíritu tiránico de Faraón, y para que pudiera manifestar su gran poder a los egipcios, y también ante su pueblo para hacerlos ansiosos por salir de Egipto y elegir el servicio de Dios. La tarea de Moisés habría sido mucho más fácil si muchos de los hebreos no se hubieran corrompido y no hubieran querido salir de Egipto.

[182]

## Capítulo 16—Las plagas en Egipto

El Señor dijo a Moisés: “Por tanto, di a los hijos de Israel: Yo soy el Señor, y os sacaré de debajo de las cargas de los egipcios, os libraré de su servidumbre y os redimiré. con brazo extendido, y con grandes juicios.

Y os tomaré por mi pueblo, y seré vuestro Dios; y sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os saco de debajo de las cargas de Egipto. Y os introduciré en la tierra por la cual juré darla a Abraham, a Isaac ya Jacob; y os la daré en heredad; yo soy el señor Y así habló Moisés a los hijos de Israel; pero no escucharon a Moisés por la angustia de espíritu y por la cruel servidumbre. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Entra, habla a Faraón rey de Egipto, que deje salir de su tierra a los hijos de Israel.

Moisés estaba algo desanimado. En su abatimiento preguntó al Señor: Si los hijos de Israel, tu propio pueblo circunciso, no me escuchan, ¿cómo, pues, me escuchará Faraón, que es incircunciso e idólatra? “Y el Señor dijo a Moisés: Mira, te he puesto por Dios para Faraón; y Aarón tu hermano será tu profeta. Todo lo que yo te mande hablarás ; y Aarón tu hermano hablará a Faraón, para que envíe a los hijos de Israel de su tierra. Y yo endureceré el corazón de Faraón , y multiplicaré mis señales y mis prodigios en la tierra de Egipto.

[183] Mas Faraón no os oirá, para que yo ponga mi mano sobre Egipto, y saque mis ejércitos, y mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios. Y sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando extienda mi mano sobre Egipto, y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos. Y Moisés y Aarón hicieron como el Señor les mandó, así lo hicieron.”

El Señor le dijo a Moisés que las señales y prodigios que mostraría delante de Faraón endurecerían su corazón, porque no

recibirlos, y Dios multiplicaría sus señales. Cada castigo que el rey rechazaba traería el próximo castigo más cercano y severo, hasta que el orgulloso corazón del rey se humillara, y él debería reconocer al Hacedor de los cielos y la tierra como el Dios viviente y todopoderoso.

El Señor sacó a su pueblo de su larga servidumbre de una manera señalada, dando a los egipcios la oportunidad de exhibir la débil sabiduría de sus valientes y de desplegar el poder de sus dioses en oposición al Dios del cielo. El Señor les mostró por medio de su siervo Moisés que el Hacedor de los cielos y de la tierra es el Dios viviente y todopoderoso, sobre todos los dioses; que su fuerza es más poderosa que el más fuerte, que la Omnipotencia podría sacar a su pueblo con mano alta y brazo extendido. Las señales y milagros realizados en la presencia de Faraón no se dieron solo para su beneficio, sino para la ventaja del pueblo de Dios, para darles una visión más clara y exaltada de Dios, y que todo Israel le tema, y esté dispuesto y ansioso. salir de Egipto y elegir el servicio del Dios verdadero y misericordioso. Si no hubiera sido por estas maravillosas manifestaciones, muchos se habrían sentido satisfechos de permanecer [184] en Egipto en lugar de viajar por el desierto.

“Y Moisés y Aarón fueron a Faraón, e hicieron tal como el Señor les había mandado; y Aarón arrojó su vara delante de Faraón y delante de sus siervos, y se convirtió en serpiente. Entonces Faraón también llamó a los sabios y hechiceros. Ahora bien, los magos de Egipto también hicieron lo mismo con sus encantamientos; porque arrojaron cada uno su vara, y se convirtieron en serpientes; pero la vara de Aarón se tragó las varas de ellos. Y endureció el corazón de Faraón , para que no los escuchara, como el Señor había dicho”.

Los magos parecían realizar varias cosas con sus encantamientos similares a las que Dios hizo por mano de Moisés y Aarón. Realmente no hicieron que sus varas se convirtieran en serpientes, sino que por arte de magia, con la ayuda del gran engañador, las hicieron aparecer como serpientes, para falsificar la obra de Dios. Satanás ayudó a sus siervos a resistir la obra del Altísimo, para engañar al pueblo y alentarlos en su rebelión. Faraón se aferraría a la menor evidencia que pudiera obtener para justificar su resistencia a la obra de Dios realizada por Moisés y Aarón. Les dijo a estos siervos de Dios que sus magos podían hacer todas estas maravillas.

La diferencia entre la obra de Dios y la de los magos era que una era de Dios, la otra de Satanás. Una era verdadera, la otra falsa.

Faraón declaró que Moisés y Aarón eran impostores y no podían lograr más que sus magos. Moisés y Aarón dijeron a Faraón: Que Jehová, a quien pretendes no conocer, [185] te convencerá de que es más poderoso que todos los dioses. Le informaron que Dios aún realizaría mayores maravillas, que lo dejarían sin excusa, y que serían monumentos perpetuos de su providencia y poder a favor de Israel.

“Y el Señor dijo a Moisés: El corazón de Faraón está endurecido, no quiere dejar ir al pueblo. Ve a Faraón por la mañana; he aquí, sale al agua; y tú estarás a la orilla del río frente a él venir; y la vara que se convirtió en serpiente tomarás en tu mano. Y le dirás: Jehová el Dios de los hebreos me ha enviado a ti, diciendo: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto; y he aquí, hasta aquí no quisiste oír. Así dice el Señor: En esto conoceréis que yo soy el Señor; he aquí, yo heriré con la vara que tengo en mi mano sobre las aguas que están en el río, y se convertirán en sangre. Y el pez que está en el río morirá, y el río hederá; y los egipcios tendrán aborrecimiento de beber del agua del río.”

Faraón no escuchó a Moisés y Aarón, sino que menospreció sus palabras; sin embargo, no tenía poder para dañarlos. “Y Moisés y Aarón hicieron así, como Jehová lo había mandado; y alzó la vara, y golpeó las aguas que estaban en el río, a la vista de Faraón, ya la vista de sus siervos; y todas las aguas que estaban en el río se convirtieron en sangre.” Durante siete días continuó la plaga sobre las aguas. Sin embargo, el rey no se humilló a sí mismo, sino que endureció su corazón. A Moisés y Aarón se les ordenó, primero, antes de traer [186] las plagas, relatar fielmente a Faraón la naturaleza de cada plaga que estaba por venir, y el efecto de la plaga, para que pudiera tener el privilegio de salvarse de ella si escogió, dejando que los hijos de Israel fueran a ofrecer sacrificios a Dios. Pero si el rey se negara a obedecer el mandato de Dios, entonces aún lo visitaría con juicios.



“Y Jehová dijo a Moisés: Ve a Faraón, y dile: Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo para que me sirva. Y si rehúsas dejarlos ir, he aquí, heriré con ranas todos tus términos”.

“Y Aarón extendió su mano sobre las aguas de Egipto; y subieron las ranas, y cubrieron la tierra de Egipto. Y así lo hicieron los magos con sus encantamientos, y sacaron ranas sobre la tierra de Egipto. Entonces llamó Faraón a Moisés y a Aarón, y dijo: Rogad a Jehová que quite las ranas de mí y de mi pueblo; y dejaré ir al pueblo para que ofrezca sacrificio al Señor. Y Moisés dijo a Faraón: Gloria sobre mí. ¿Cuándo rogaré por ti, por tus siervos y por tu pueblo, que extirpe las ranas de ti y de tus casas, y que queden solamente en el río? Y él dijo: Mañana. Y él dijo: Sea conforme a tu palabra; para que sepas que no hay nadie como el Señor nuestro Dios”.

Aunque los magos parecían producir ranas como Moisés y Aarón, no pudieron quitarlas. Cuando Faraón vio que los magos no podían detener la plaga ni quitar las ranas, se humilló un poco, e hizo que Moisés y Aarón rogaran al Señor por él, para quitar la plaga de las ranas. Estaba empezando a saber algo acerca de ese Dios de quien profesaba ser completamente *ignorante*. Moisés y Aarón le habían dicho al Faraón que ellos no producían las ranas por arte de magia, ni por ningún poder que poseyeran; que Dios, el Dios vivo, los había hecho venir con su poder, y que sólo él podía quitarlos. Antes de esto, Faraón se había regocijado por Moisés y Aarón, porque los magos podían hacer que aparecieran las mismas cosas con sus encantamientos. Y cuando le pidió a Moisés que rogara al Señor por él, le recordó su altiva jactancia y gloria anterior a causa de las obras realizadas por sus magos; y preguntó a Faraón dónde estaba ahora su gloriarse sobre él, y dónde estaba el poder de aquellos magos para quitar la plaga.

El Señor escuchó los ruegos de Moisés, y detuvo la plaga de las ranas. Cuando el rey fue liberado de su angustia inmediata, nuevamente se negó obstinadamente a dejar ir a Israel. Moisés y Aarón, por mandato del Señor, hicieron que el polvo de la tierra se convirtiera en piojos por toda la tierra de Egipto. faraón

Llamó a los magos para que se pusieran delante de él para hacer lo mismo con sus encantamientos, pero no pudieron. Moisés y Aarón, los siervos de Dios, por mandato suyo, produjeron la plaga de los piojos. Los magos, los siervos de Satanás, a sus órdenes, trataron de producir lo mismo con sus encantamientos, pero no pudieron. Se demostró que la obra de Dios es superior al poder de Satanás; pues los magos con sus encantamientos sólo podían realizar unas pocas cosas. Cuando los magos vieron que no podían producir los piojos, dijeron [188] a Faraón: “Este es el dedo de Dios. Y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó; como el Señor había dicho.”

El Señor volvió a ordenar a Moisés y a Aarón que le dijeran a Faraón: “Deja ir a mi pueblo para que me sirva. De otra manera, si no dejas ir a mi pueblo, he aquí, yo envío enjambres de moscas sobre ti, y sobre tus siervos, y sobre tu pueblo, y sobre tus casas; y las casas de los egipcios se llenarán de enjambres de moscas, y también la tierra en que están. Y apartaré en aquel día la tierra de Gosén, en la cual habita mi pueblo, para que no haya allí enjambres de moscas; para que sepas que yo soy el Señor en medio de la tierra. Y pondré división entre mi pueblo y el tuyo. Mañana será esta señal. Y así lo hizo el Señor; y vino un pesado enjambre de moscas sobre la casa de Faraón, y sobre las casas de sus siervos, y sobre toda la tierra de Egipto; la tierra se corrompió a causa del enjambre de moscas. Y llamó Faraón a Moisés y a Aarón, y dijo: Id, ofreced sacrificios a vuestro Dios en la tierra. Y Moisés dijo: No conviene hacer así; porque sacrificaremos la abominación de los egipcios al Señor nuestro Dios. He aquí, ¿sacrificaremos la abominación de los egipcios delante de sus ojos, y no nos apedrearán? Andaremos tres días de camino por el desierto, y ofreceremos sacrificios al Señor nuestro Dios, como él nos mandará.

Los egipcios adoraban a ciertas bestias, y consideraban una ofensa imperdonable que mataran a una de estas bestias. Y si uno de sus objetos de adoración fuera asesinado, incluso accidentalmente, la vida de la persona sola podría responder por la ofensa. Moisés muestra a Faraón la imposibilidad de ofrecer sacrificios a Dios en la tierra de Egipto, a la vista de los egipcios; porque podían elegir para su ofrenda alguno de los animales que consideraban sagrados.

Moisés nuevamente propuso emprender un viaje de tres días al desierto. El rey consintió, mientras estaba bajo la mano castigadora de Dios. “Y dijo Faraón: Os dejaré ir, para que sacrificuéis a Jehová vuestro Dios en el desierto; sólo que no os iréis muy lejos.

Ruega por mí. Y dijo Moisés: He aquí, yo salgo de ti, y rogaré a Jehová que los enjambres de moscas se aparten de Faraón, de sus siervos, y de su pueblo mañana; pero no haga más Faraón con engaño, no dejando ir al pueblo a ofrecer sacrificios al Señor. Y Moisés salió de la presencia de Faraón y trató al Señor. E hizo el Señor conforme a la palabra de Moisés; y quitó los enjambres de moscas de Faraón, de sus siervos, y de su pueblo; no quedó ni uno. Y Faraón endureció su corazón también en este tiempo, y no dejaba ir al pueblo.”

Y el Señor ordenó a Moisés y a Aarón que fueran de nuevo ante Faraón y le dijeran: “Así ha dicho el Señor, el Dios de los hebreos: Deja ir a mi pueblo para que me sirva”. Y si se negare a dejarlos ir, y los detuviera, la plaga caería sobre su ganado. “Y Jehová hará separación entre el ganado de Israel y el ganado de Egipto; y nada morirá de todo lo que es de los hijos de Israel.” Y murió todo el ganado que fue visitado por la peste, pero no murió uno del ganado de los hebreos. Y Faraón envió mensajeros para averiguar si había muerto alguno del ganado de los israelitas. El mensajero volvió al rey con la noticia de que ninguno de ellos había muerto, ni estaban afligidos en absoluto por la peste. Sin embargo, su corazón se endureció y se negó a dejar ir a Israel.

Entonces Moisés y Aarón, de acuerdo con el mandato de Dios, “tomaron las cenizas del horno y se pararon delante de Faraón; y Moisés lo esparció hacia el cielo; y se convirtió en un furúnculo que brotaba con llagas en los hombres y en las bestias. Y los magos no pudieron estar delante de Moisés a causa del furúnculo; porque la úlcera estaba en los magos y en todos los egipcios. Y Jehová endureció el corazón de Faraón, y no los escuchó, como Jehová había dicho a Moisés”.

Los magos, con toda su magia y supuesto poder, no pudieron, por ninguno de sus encantamientos, protegerse de la dolorosa plaga de los furúnculos. Ya no podían estar de pie ante Moisés y Aarón, a causa de esta grave aflicción. A los egipcios se les permitió así ver cuán inútil sería para ellos poner

su confianza en el alardeado poder de los magos, cuando no podían salvar ni siquiera sus propios cuerpos de las plagas.

“Y el Señor dijo a Moisés; Levántate de mañana, y ponte delante de Faraón, y dile: Así ha dicho Jehová el Dios de los hebreos: Deja ir a mi pueblo para que me sirva. Porque yo enviaré en este tiempo todas mis plagas sobre tu corazón, y sobre tus siervos, y sobre tu pueblo; para que sepas que no hay otro como yo en toda la tierra. Porque ahora extenderé mi mano para herirte a ti ya tu pueblo con pestilencia; y serás cortado de la tierra. Y en verdad por esta causa te he levantado, para mostrar en ti mi poder; y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.

¿Todavía te ensalzas contra mi pueblo, para no dejarlos ir? He aquí que mañana a estas horas yo haré llover granizo muy pesado, cual no ha habido en Egipto desde su fundación hasta ahora.

Envía, pues, ahora, y recoge tu ganado, y todo lo que tienes en el campo, porque sobre todo hombre y animal que se halle en el campo, y no sea llevado a casa, caerá sobre ellos granizo, y ellos morirán. El que temía la palabra del Señor entre los siervos de Faraón, hizo huir a sus siervos y su ganado a las casas; y el que no tuvo en cuenta la palabra del Señor, dejó a sus siervos y su ganado en el campo. Y el Señor dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que caiga granizo en toda la tierra de Egipto, sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre toda la hierba del campo, en toda la tierra de Egipto. Y Moisés extendió su vara hacia el cielo, y el Señor envió truenos y granizo, y el fuego se extendió por la tierra; y Jehová hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto.”

Los que atendían la palabra del Señor recogían su ganado en establos y casas, mientras que aquellos cuyo corazón estaba endurecido, como el de Faraón, dejaban su ganado en el campo. Esta era una oportunidad para probar el orgullo exaltado de los egipcios y para mostrar el número cuyos corazones estaban realmente afectados por los maravillosos tratos de Dios con su pueblo, a quien habían despreciado y tratado con crueldad. “Y hubo granizo, y fuego mezclado con el granizo, muy pesado, como no hubo ninguno igual en toda la tierra de Egipto desde que se convirtió en una [192] nación. Y el granizo hirió por toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, así hombres como animales. Y el granizo hirió t

del campo, y quebrantan todo árbol del campo. Solamente en la tierra de Gosén, donde estaban los hijos de Israel, no hubo granizo. Y envió Faraón, y llamó a Moisés ya Aarón, y les dijo: He pecado esta vez; el Señor es justo, y yo y mi pueblo somos malvados. Rogad al Señor (porque es suficiente) que no haya más truenos fuertes y granizo, y os dejaré ir, y no os detendréis más. Y Moisés le dijo: Tan pronto como yo haya salido de la ciudad, extenderé mis manos al Señor; y cesarán los truenos, y no habrá más granizo; para que sepas que del Señor es la tierra. Pero en cuanto a ti y tus siervos, sé que aún no temeréis al Señor Dios. Y el lino y la cebada fueron heridos; porque la cebada estaba en la espiga, y el lino estaba pelado. Pero el trigo y el centeno no fueron heridos; porque no habían crecido.”

Después de que se detuvo la plaga, el rey se negó a dejar ir a Israel. La rebelión produce rebelión. El rey se había endurecido tanto con su continua oposición a la voluntad de Dios, que todo su ser se rebeló contra las terribles exhibiciones de su poder divino.

A Moisés y Aarón se les ordenó que fueran de nuevo a Faraón y le pidieran que dejara ir a Israel. El Señor les dice que ha permitido que el rey los resista, y ha soportado su rebelión continua, para que pueda mostrar sus grandes señales y prodigios delante de él, y delante de los hijos de Israel, “para que puedas hablar en los oídos de tu hijo, y del hijo de tu hijo, qué cosas he hecho en [193] Egipto, y mis señales que he hecho entre ellos, para que sepáis que yo soy el Señor”.

Aquí el Señor estaba manifestando su poder para confirmar la fe de su pueblo Israel en él como el único Dios vivo y verdadero. Les daría evidencias inequívocas de la diferencia que ponía entre los egipcios y su pueblo. Sus obras maravillosas en la liberación de ellos deben hacer que todas las naciones sepan que aunque habían sido atadas por trabajos duros y habían sido despreciadas, sin embargo, él los había escogido como su pueblo peculiar, y que trabajaría para su liberación de una manera maravillosa. .

Moisés y Aarón obedecieron el mandato de Dios y relataron al rey la naturaleza de la terrible plaga que Dios estaba a punto de enviar sobre él; que si no dejaba ir a Israel, traería langostas a las costas de Egipto, las cuales cubrirían la faz del

la tierra, y comería el residuo de lo que se escapó del granizo. Al rey se le permitió elegir: humillarse ante Dios y dejar ir a Israel, o rechazar y sufrir los efectos de la plaga.

“Y los siervos de Faraón le dijeron: ¿Hasta cuándo será este hombre una trampa para nosotros? Deja ir a los hombres para que sirvan al Señor su Dios. ¿Aún no sabes que Egipto está destruido? Los gobernantes o consejeros del rey eran llamados sus siervos, porque estaban bajo Faraón. Suplicaron al rey que dejara ir a Israel. Le relataron que habían sufrido grandes pérdidas por la muerte de su ganado, y que Egipto casi fue arruinado por un rayo. Y el granizo [194] mezclado con fuego había derribado sus bosques, y había destruido su fruto, y casi todo su grano; que todo estaba en ruina, y que estaban perdiendo todo lo que habían ganado con el trabajo de los hebreos. El rey mandó llamar a Moisés ya Aarón, y les dijo: Id, servid al Señor vuestro Dios; pero ¿quiénes son los que han de ir? Y dijo Moisés: Iremos con nuestros jóvenes y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas, con nuestras ovejas y con nuestras vacas iremos; porque debemos celebrar una fiesta para el Señor. Y él les dijo: Así sea el Señor con vosotros, como os dejaré ir a vosotros y a vuestros pequeños. Míralo, porque el mal está delante de ti. No tan; id ahora vosotros los hombres, y servid al Señor, porque eso quisisteis. Y fueron echados de la presencia de Faraón.”

El rey muestra su desprecio por el mandato de Dios por su respuesta a Moisés y Aarón. Que vuestro Dios os pida esto, si quiere, para que toméis a vuestros pequeños; No te dejaré ir. Tus hijitos no son necesarios en tu viaje. ¿Piensa vuestro Dios que haré esto y os dejaré ir con vuestras mujeres y vuestros hijitos al desierto en una expedición tan peligrosa para ellos? No haré esto; pero solamente ustedes que son hombres irán a servir al Señor. Este rey opresivo y de corazón duro ahora pretendería ante los hebreos que tenía un interés especial en su bienestar y un tierno cuidado por sus pequeños. Había tratado de destruir a los israelitas con trabajos forzados; pero ahora, para servir a su propio propósito, profesa tener un cuidado muy especial por ellos, y claramente les declara a Moisés y a Aarón que Dios, quien requeriría tal cosa como que ellos fueran con sus familias al desierto, no debería ser obedecido; porque él [195] sólo los sacaría para destruirlos, y sus cuerpos ciertamente yacerían en el desierto.

“Y el Señor dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para que las langostas suban sobre la tierra de Egipto y coman toda la hierba de la tierra, aun todo lo que ha dejado el granizo. Y Moisés extendió su vara sobre la tierra de Egipto, y Jehová trajo viento solano sobre la tierra todo aquel día y toda aquella noche; y cuando llegó la mañana, el viento solano trajo langostas. Y las langostas subieron sobre toda la tierra de Egipto, y se posaron en todos los términos de Egipto; muy graves fueron ellos; antes de ellos no hubo langostas como ellas, ni después de ellas las habrá. Porque cubrieron la faz de toda la tierra, y la tierra se oscureció; y comieron toda la hierba de la tierra, y todo el fruto de los árboles que había dejado el granizo; y no quedó cosa verde en los árboles, ni en la hierba del campo, en toda la tierra de Egipto. Entonces Faraón llamó a toda prisa a Moisés ya Aarón; y él dijo: He pecado contra Jehová tu Dios, y contra ti. Ahora, por lo tanto, te ruego que perdones mi pecado solo por esta vez, y ruega al Señor tu Dios que me quite esta muerte solamente”. Los egipcios temían que después de que las langostas se hubieran comido todo lo que había en el campo, incluso atacarían a la gente de Egipto y los devorarían.

“Y salió de la presencia de Faraón, y oró a Jehová. Y el Señor hizo girar un viento del oeste muy fuerte, que se llevó las langostas y las arrojó al Mar Rojo; no quedó ni una langosta en todo el territorio de Egipto. Pero el Señor endureció el corazón de Faraón, para que no dejara ir a los hijos de Israel”. A pesar de su [196] humildad mientras lo amenazaba la muerte, y su promesa de dejar ir a Israel, después de que fue librado de la plaga, endureció su corazón y se negó a dejarlos ir.

“Y el Señor dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tinieblas que se palpan. Y Moisés extendió su mano hacia el cielo; y hubo una densa oscuridad en toda la tierra de Egipto por tres días. No se vieron, ni nadie se levantó de su lugar durante tres días; pero todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones. Y llamó Faraón a Moisés, y dijo: Id, servid a Jehová; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas. Deja que tus pequeños también vayan contigo. Y Moisés dijo: Tienes que darnos también sacrificios y holocaustos, para que podamos sacrificar al Señor nuestro Dios. Nuestro ganado irá también con nosotros; n

pezuña se deje atrás; porque de ellos debemos tomar para servir al Señor nuestro Dios; y no sabemos con qué hemos de servir al Señor, hasta que lleguemos allí. Pero el Señor endureció el corazón de Faraón, y no los dejó ir. Y Faraón le dijo: Apártate de mí, ten cuidado, no veas más mi rostro; porque en aquel día verás mi rostro, morirás. Y Moisés dijo: Bien has hablado; No volveré a ver tu rostro nunca más.

Faraón endureció su corazón contra el Señor y, a pesar de todas las señales y prodigios que había presenciado, se atrevió a amenazar que si Moisés y Aarón volvían a aparecer ante él, morirían. Si el rey no se hubiera endurecido en su rebelión [197] contra Dios, se habría humillado ante el sentido del poder del Dios viviente que podía salvar o destruir. Habría sabido que Aquel que podía hacer tales milagros, y multiplicar sus señales y prodigios, preservaría la vida de sus siervos escogidos, incluso si tuviera que matar al rey de Egipto.

A medida que Moisés había sido testigo de las maravillosas obras de Dios, su fe se había fortalecido y su confianza se había establecido, mientras que Dios lo había estado equipando y calificando, mediante manifestaciones de su poder, para estar a la cabeza de los ejércitos de Israel, y, como pastor de su pueblo, sacarlos de Egipto. Fue elevado por encima del miedo por su firme confianza en Dios, lo que lo llevó a decirle al rey: "Nuestro ganado irá con nosotros; no quedará ni una pezuña." Este coraje firme en presencia del rey, irritó su orgullo altivo, y profirió la amenaza de matar a los siervos de Dios. No se dio cuenta en su ceguera de que no solo estaba luchando contra Moisés y Aarón, sino contra el poderoso Jehová, el creador de los cielos y de la tierra. Moisés había obtenido el favor del pueblo.

Se le consideraba un hombre maravilloso y el rey no se atrevía a hacerle daño.

"Y el Señor dijo a Moisés: Aún traeré una plaga más sobre Faraón y sobre Egipto; después te dejará ir de aquí.

Cuando os deje ir, os echará de aquí por completo.

Habla ahora a oídos del pueblo, y que cada hombre tome prestado de su prójimo, y cada mujer de su prójimo, alhajas de plata y alhajas de oro".

No obstante, a Moisés se le había prohibido volver [198] a la presencia de Faraón, porque en el día en que debería ver su rostro, él



debería morir; sin embargo, tenía un mensaje más de Dios para el rey rebelde, y caminó con firmeza hasta su presencia, y se paró sin temor delante de él, para declararle la palabra del Señor.

“Y Moisés dijo: Así ha dicho Jehová: Cerca de la medianoche saldré por en medio de Egipto; y morirá todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de bestias Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, como no lo hubo, ni lo habrá más. Pero contra ninguno de los hijos de Israel ni un perro moverá su lengua, ni contra hombre ni contra bestia; para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas. Y descenderán a mí todos estos tus siervos, y se postrarán ante mí, diciendo: Sal tú, y todo el pueblo que te sigue; y después de eso saldré. Y salió de la presencia de Faraón con gran ira.”

Cuando Moisés le dijo al rey de la plaga que les sobrevendría, más terrible que cualquiera que hubiera visitado Egipto hasta entonces, que haría que todos sus grandes consejeros se inclinaran ante él y suplicaran a los israelitas que salieran de Egipto, el rey se enojó mucho. Se enfureció porque no pudo intimidar a Moisés y hacerlo temblar ante su autoridad real. Pero Moisés se apoyó para apoyarse en un brazo más poderoso que el de cualquier monarca terrenal.

[199]

## Capítulo 17—La Pascua

Entonces, el Señor le dio a Moisés instrucciones especiales para que las diera a los hijos de Israel, con respecto a lo que debían hacer para preservarse a sí mismos y a sus familias de la terrible plaga que estaba a punto de enviar sobre Egipto. Moisés también debía darles instrucciones con respecto a su salida de Egipto. Les relató el mandato de Dios de sacrificar un cordero sin defecto, y tomar la sangre del cordero y hierirla en los postes de las puertas, y también en los postes superiores de las puertas de sus casas. Y mientras esta señal fuera por señal, y estuvieran comiendo el cordero, asado entero, con hierbas amargas, dentro, el ángel de Dios estaría pasando por la tierra de Egipto haciendo su terrible obra, matando a los primogénitos. del hombre y el primogénito de la bestia. “Y así lo comeréis; ceñidos vuestros lomos, vuestros zapatos en vuestros pies, y vuestro bastón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la pascua del Señor. Porque esta noche pasará por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, tanto de hombres como de animales; y contra todos los dioses de Egipto ejecutaré juicio: Yo Jehová. Y la sangre os será por señal en las casas donde estéis; y cuando vea la sangre, pasaré de vosotros, y no caerá sobre vosotros la plaga para destruirlos, cuando hiera la tierra de Egipto. Y este día os será en memoria; y lo celebraréis como fiesta solemne al Señor por vuestras generaciones; la haréis fies

[200]

Aquí se requería una obra de los hijos de Israel, que ellos debían realizar de su parte, para probarlos y mostrar su fe por medio de sus obras en la gran liberación que Dios estaba obrando para ellos. Para escapar del gran juicio de Dios que iba a traer sobre los egipcios, la señal de sangre debía verse sobre sus casas. Y se les pidió que se separaran a sí mismos y a sus hijos de los egipcios, y los reunieran en sus propias casas; porque si alguno de los israelitas se encontrara en las casas de los egipcios, caería por la mano del ángel destructor. También se les ordenó guardar la fiesta de la pascua durante un

ordenanza, que cuando sus hijos averiguasen qué significaba tal servicio, les relataran su maravillosa preservación en Egipto: Que cuando el ángel destructor salió de noche para matar al primogénito del hombre, y al primogénito de la bestia, pasó por encima de sus casas, y ninguno de los hebreos que tenían la señal de sangre en los postes de sus puertas fue muerto. Y el pueblo inclinó sus cabezas y adoró, agradecido por este extraordinario memorial dado para preservar a sus hijos el recuerdo del cuidado de Dios por su pueblo. Hubo un buen número de egipcios que fueron llevados a reconocer, por las manifestaciones de las señales y maravillas mostradas en Egipto, que el Dios de los hebreos era el único Dios verdadero. Suplicaron que se les permitiera ir a las casas de los israelitas con sus familias en esa noche terrible cuando el ángel de Dios mataría a los primogénitos de los egipcios. Estaban convencidos de que sus dioses a quienes habían adorado carecían de conocimiento y no tenían poder para salvar o destruir. Y se comprometieron a elegir en adelante al Dios de Israel como su Dios. Decidieron [201] salir de Egipto e ir a Canaán. Los israelitas recibieron a los creyentes egipcios en sus casas.

La pascua apuntaba hacia atrás a la liberación de los hijos de Israel, y también era típica, apuntando hacia Cristo, el Cordero de Dios, inmolado para la redención del hombre caído. La sangre rociada sobre los postes de las puertas prefiguró la sangre expiatoria de Cristo, y también la continua dependencia del hombre pecador de los méritos de esa sangre para su seguridad del poder de Satanás y para la redención final. Cristo comió la cena pascual con sus discípulos justo antes de su crucifixión, y esa misma noche instituyó la ordenanza de la cena del Señor, para ser observada en conmemoración de su muerte. La pascua había sido observada para conmemorar la liberación de los hijos de Israel de Egipto. Había sido a la vez conmemorativo y típico. El tipo había alcanzado el antitipo cuando Cristo, el Cordero de Dios sin mancha, murió en la cruz. Dejó una ordenanza para conmemorar los hechos de su crucifixión.

Cristo comió la cena pascual con sus discípulos, luego se levantó de la mesa y les dijo: "Con mucho deseo he deseado comer esta pascua con ustedes antes de sufrir". Luego realizó el oficio humillante de lavar los pies de sus discípulos. Cristo dio a sus discípulos la ordenanza de lavar los pies para que la practicasen, la cual

les daría lecciones de humildad. Conectó esta ordenanza con la cena. Diseñó que esta fuera una temporada de autoexamen , para que sus seguidores tuvieran la oportunidad de familiarizarse con los verdaderos sentimientos de sus propios corazones hacia Dios y hacia los demás. Si el orgullo existiera en sus corazones, cuán pronto se descubriría a los que yerran honestamente, ya que deberían ocuparse en este humilde deber. Si existiera egoísmo u odio mutuo, se descubriría más fácilmente cuando se comprometieran en esta humilde obra. Esta ordenanza fue diseñada para dar lugar a confesiones mutuas y aumentar los sentimientos de tolerancia, perdón de los errores de los demás y amor verdadero, como preparación para participar en la solemne ordenanza de conmemorar los sufrimientos y la muerte de Cristo. Amaba a sus discípulos lo suficiente como para morir por ellos. Los exhortó a amarse unos a otros, como él los había amado.

El ejemplo de lavar los pies de sus discípulos fue dado para beneficio de todos los que creyeran en él. Les pidió que siguieran su ejemplo. Esta humilde ordenanza no solo fue diseñada para probar su humildad y fidelidad, sino para mantener fresco en su memoria que la redención de su pueblo fue adquirida en condiciones de humildad y obediencia continua de su parte. “Entonces , después de haberles lavado los pies, y tomado sus vestidos, y vuelto a sentarse, les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho ? Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien; porque así soy. Pues si yo , vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, hagáis. De cierto, de cierto os digo, que el siervo no es mayor que su señor; ni el que es enviado es mayor que el que lo envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hacéis.”

[203] Entonces Jesús volvió a tomar su lugar en la mesa, sobre la cual se pusieron pan y vino sin fermentar, los cuales se habían dispuesto de acuerdo con las instrucciones de Cristo. Parecía muy triste. “Y tomó pan, y dio gracias, y lo partió, y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es entregado. Haz esto en memoria de mí. Asimismo, también, la copa después de la cena, diciendo: Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre, que por vosotros se derrama”. “De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.”

Aquí nuestro Salvador instituyó la Cena del Señor, para ser celebrada con frecuencia, para mantener fresca en la memoria de sus seguidores la solemne escenas de su traición y crucifixión por los pecados del mundo. Él quisiera que sus seguidores se dieran cuenta de su continua dependencia de su sangre para salvación. El pan partido era un símbolo de Cristo cuerpo quebrantado, entregado por la salvación del mundo. El vino era un símbolo de su sangre, derramada para la limpieza de los pecados de todos aquellos que vendrían a él en busca de perdón, y lo recibirían como su Salvador.

La salvación de los hombres depende de una aplicación continua a sus corazones de la sangre purificadora de Cristo. Por lo tanto, el Señor La cena no debía ser observada sólo ocasionalmente o anualmente, sino más frecuencia que la pascua anual. Esta ordenanza solemne conmemora un evento mucho mayor que la liberación de los hijos de Israel de Egipto. Esa liberación fue típica de la gran expiación que Cristo hizo mediante el sacrificio de su propia vida por el final. liberación de su pueblo.

[204]

## Capítulo 18—Israel sale de Egipto

Los hijos de Israel habían seguido las instrucciones que Dios les había dado; y mientras el ángel de la muerte pasaba de casa en casa entre los egipcios, todos estaban listos para su viaje, y esperaban que el rey rebelde y sus grandes hombres les ordenaran partir. “Y aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba en su trono, hasta el primogénito del cautivo que estaba en la mazmorra . , y todo primogénito de ganado. Y Faraón se levantó en la noche, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto; porque no había casa donde no hubiera un muerto. E hizo llamar a Moisés ya Aarón de noche, y les dijo: Levantaos, y salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los hijos de Israel; e id, servid al Señor, como habéis dicho. Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, y marchaos; y bendíceme también. Y los egipcios apremiaban al pueblo, para echarlos de la tierra a toda prisa; porque dijeron: Todos somos muertos. Y el pueblo tomó su masa antes que leudara, y sus artesas estaban envueltas en sus ropas sobre sus hombros. E hicieron los hijos de Israel conforme a la palabra de Moisés; y tomaron prestados de los egipcios alhajas de plata y alhajas de oro, y vestidos. Y el Señor dio gracia al pueblo a los ojos de los egipcios, de modo que les prestaron todo lo que requerían; y saquear

El Señor le reveló esto a Abraham unos cuatrocientos años antes de que se cumpliera: “Y dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia será forastera en tierra que no es de ellos, y los servirá; y los afligirán cuatrocientos años. Y también a la nación a la cual servirán, yo juzgaré; y después saldrán con gran sustancia.”

“Y una multitud mezclada subió también con ellos; y ovejas, y manadas, sí, mucho ganado.” Los hijos de Israel salieron de Egipto con sus posesiones, que no eran de Faraón, porque

nunca se los habían vendido. Jacob y sus hijos llevaron consigo sus rebaños y ganado a Egipto. Los hijos de Israel se habían vuelto muy numerosos, y sus ovejas y vacas habían aumentado mucho. Dios había juzgado a los egipcios enviándoles las plagas, e hizo que apresuraran a su pueblo fuera de Egipto, con todo lo que poseían.

“Y aconteció que cuando Faraón hubo dejado ir al pueblo, Dios no los guió por el camino de la tierra de los filisteos, aunque estaba cerca; porque dijo Dios: No sea que tal vez el pueblo se arrepienta cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto. Pero Dios guió al pueblo por el camino del desierto del Mar Rojo. Y los hijos de Israel subieron enjaezados de la tierra de Egipto. Y Moisés tomó los huesos de José con él; porque fielmente había jurado a los hijos de Israel, diciendo: De cierto os visitará Dios; y llevaréis mis huesos de aquí con vosotros. Y partiendo de Sucot, asentaron en Etam, al cabo del desierto. Y el Señor iba delante de ellos de día en una columna [206] de nube, para guiarlos por el camino; y de noche en una columna de fuego, para alumbrarlos; para ir de día y de noche. No quitó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni la columna de fuego de noche ”.

El Señor sabía que los filisteos se opondrían a que pasaran por su tierra. Dirían de ellos: Robaron a sus amos en Egipto, y les harían la guerra. Así Dios, llevándolos por el camino del mar, se reveló a sí mismo como un Dios compasivo, así como un Dios de juicio. El Señor le informó a Moisés que Faraón los perseguiría y le indicó dónde acampar frente al mar. Le dijo a Moisés que sería honrado ante Faraón y todo su ejército. Después de que los hebreos se habían ido de Egipto algunos días, los egipcios le dijeron a Faraón que habían huido y que nunca más regresarían para servirle. Y se entristecieron porque les habían permitido salir de Egipto. Fue una pérdida muy grande para ellos verse privados de sus servicios; y se arrepintieron de haber consentido en dejarlos ir. A pesar de todo lo que habían sufrido por los juicios de Dios, estaban tan endurecidos por su continua rebelión que decidieron perseguir a los hijos de Israel y traerlos por la fuerza a Egipto. El rey tomó un

ejército muy numeroso y seiscientos carros, y los persiguió, y los alcanzó mientras estaban acampados junto al mar.

“Y cuando Faraón se acercó, los hijos de Israel alzaron sus ojos, y he aquí, los egipcios marchaban tras ellos; y ellos [207] estaban muy asustados; y los hijos de Israel clamaron al Señor.

Y dijeron a Moisés: Porque no había sepulcros en Egipto, ¿nos has llevado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, para sacarnos de Egipto? ¿No es esta la palabra que te dijimos en Egipto, diciendo: Déjanos, para que sirvamos a los egipcios? porque mejor nos hubiera sido servir a los egipcios, que morir en el desierto. Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad quietos, y ved la salvación del Señor, que él os mostrará hoy; porque a los egipcios que habéis visto hoy, no los volveréis a ver nunca más. El Señor peleará por vosotros, y vosotros callaréis”.

¡Qué pronto los israelitas desconfiaron de Dios! Habían presenciado todos sus juicios sobre Egipto para obligar al rey a dejar ir a Israel; pero cuando su confianza en Dios fue probada, murmuraron, a pesar de que habían visto tales evidencias de su poder en su maravillosa liberación. En lugar de confiar en Dios en su necesidad, murmuraron al fiel Moisés, recordándole las palabras de incredulidad que pronunciaron en Egipto. Lo acusaron de ser la causa de toda su angustia. Los animó a confiar en Dios y a contener sus expresiones de incredulidad, y deberían ver lo que el Señor haría por ellos. Moisés clamó fervientemente al Señor para que liberara a su pueblo escogido.

“Y el Señor dijo a Moisés: ¿Por qué me llamas?

Di a los hijos de Israel que vayan adelante. Pero tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo; y los hijos de Israel pasarán en seco por en medio del [208] mar”. Dios quería que Moisés entendiera que trabajaría por su pueblo, que su necesidad sería su oportunidad. Cuando deben ir tan lejos como puedan, debe ordenarles que sigan adelante; que debía usar la vara que Dios le había dado para dividir las aguas.

“Y yo, he aquí, yo endureceré el corazón de los egipcios, y los seguirán; y tendré mi gloria en Faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería. Y sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me hubiere



honra a Faraón, a sus carros y a su caballería. Y el ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó y fue detrás de ellos, y la columna de nube se apartó de delante de ellos y se puso detrás de ellos. Y vino entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y fue para ellos nube y tinieblas, mas a éstos les dio luz de noche. de modo que el uno no se acercó al otro en toda la noche.

Los egipcios no pudieron ver a los hebreos; porque la nube de densas tinieblas estaba delante de ellos, la cual nube era toda luz para los israelitas. Así Dios mostró su poder para probar a su pueblo, si confiarían en él después de darles tales muestras de su cuidado y amor por ellos, y para reprender su incredulidad y murmuración. “Y Moisés extendió su mano sobre el mar; y Jehová hizo retroceder el mar con un fuerte viento solano toda aquella noche, y secó el mar en tierra, y se dividieron las aguas. Y los hijos de Israel entraron en medio del mar sobre la tierra seca; y las aguas les eran por muro a su derecha y a su izquierda.” Las aguas subieron y se detuvieron, como muros congelados a ambos lados, mientras Israel [209] caminaba en medio del mar sobre tierra seca.

La hueste egipcia estaba triunfando a través de esa noche que los hijos de Israel estaban nuevamente en su poder. Pensaron que no había posibilidad de escapar; porque delante de ellos se extendía el Mar Rojo, y sus grandes ejércitos los seguían de cerca. Por la mañana, cuando subieron al mar, he aquí, había un camino seco, las aguas estaban divididas y se erguían como un muro a ambos lados, y los hijos de Israel estaban atravesando la mitad del mar, caminando sobre tierra firme. . Esperaron un rato para decidir qué curso sería mejor seguir. Estaban desilusionados y enfurecidos, porque, estando los hebreos casi en su poder, y estaban seguros de ellos, se les abrió un camino inesperado en el mar. Decidieron seguirlos. “Y los egipcios los persiguieron, y entraron tras ellos hasta en medio del mar, toda la caballería de Faraón, sus carros y su gente de a caballo. Y aconteció que en la vigilia de la mañana Jehová miró al ejército de los egipcios a través de la columna de fuego y de la nube, y turbó al ejército de los egipcios, y quitó las ruedas de sus carros, de modo que los conducían pesadamente. ; de modo que los egipcios dijeron: Huyamos de delante de Israel; porque el Señor pelea por ellos contra los egipcios.”

Los egipcios se atrevieron a aventurarse en el camino que Dios había preparado para su pueblo, y los ángeles de Dios atravesaron su hueste y quitaron las ruedas de sus carros. Estaban plagados. Su progreso fue muy lento, y comenzaron a tener problemas. Se acordaron de los juicios que el Dios de los hebreos les había hecho venir en Egipto, [210] para obligarlos a dejar ir a Israel, y pensaron que Dios los entregaría a todos en manos de los israelitas. Decidieron que Dios peleaba por los israelitas, y tenían mucho miedo, y se estaban dando la vuelta para huir de ellos, cuando “Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre el mar, para que las aguas vuelvan sobre los egipcios. , sobre sus carros y sobre su caballería. Y Moisés extendió su mano sobre el mar, y el mar volvió a su fuerza cuando apareció la mañana; y los egipcios huyeron contra ella; y Jehová derribó a los egipcios en medio del mar. Y las aguas volvieron, y cubrieron los carros y la caballería, y todo el ejército de Faraón que había entrado en el mar tras ellos; no quedó ni uno solo de ellos.

Mas los hijos de Israel anduvieron en seco en medio del mar; y las aguas les eran por muro a su derecha ya su izquierda. Así salvó Jehová aquel día a Israel de mano de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar. E Israel vio la gran obra que el Señor hizo sobre los egipcios; y el pueblo temió a Jehová, y creyó a Jehová, y a Moisés su siervo.”

Como los hebreos fueron testigos de la obra maravillosa de Dios en el destrucción de los egipcios, se unieron en un canto inspirado de elevada elocuencia y alabanza agradecida. Miriam, la hermana de Moisés, una profetisa, dirigió a las mujeres en la música.

“Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico al Señor, y hablaron, diciendo: Cantaré al Señor, porque ha triunfado gloriosamente. Ha arrojado al caballo y a su jinete al [211] mar. El Señor es mi fuerza y mi canción, y él se ha convertido en mi salvación. Él es mi Dios, y le prepararé una habitación; el Dios de mi padre, y yo lo exaltaré. El Señor es un hombre de guerra; el Señor es su nombre. Echó en el mar los carros de Faraón y su hueste; sus capitanes escogidos también se ahogan en el Mar Rojo. Los abismos los han cubierto; se hundieron en el fondo como una piedra. Tu diestra, oh Señor, se ha vuelto gloriosa en poder. tu mano derecha,

Oh Señor, has hecho pedazos al enemigo. Y en la grandeza de tu excelencia has derribado a los que se levantaron contra ti. Enviaste tu ira, que los consumió como a hojarasca. Y con el soplo de tus narices se juntaron las aguas, las corrientes se pararon como un montón, y los abismos se coagularon en el corazón del mar. El enemigo dijo: Perseguiré, alcanzaré, repartiré el botín. Mi lujuria será satisfecha en ellos; Sacaré mi espada, mi mano los destruirá. Soplaste con tu viento, el mar los cubrió. Se hundieron como plomo en las aguas impetuosas.

“¿Quién como tú, oh Señor, entre los dioses? ¿Quién como tú, glorioso en santidad, temible en alabanzas, hacedor de prodigios? Extendiste tu mano derecha, la tierra se los tragó. Tú en tu misericordia has sacado adelante al pueblo que has redimido; los guiaste con tu fortaleza a tu santa morada. El pueblo oírán y temerán. El dolor se apoderará de los habitantes de Palestina. Entonces los duques de Edom se asombrarán; los valientes de Moab, temblor se apoderará de ellos; todos los habitantes de Canaán se desvanecerán. Temor y espanto caerán sobre ellos; por la grandeza de tu brazo enmudecerán como una piedra; hasta que pase tu pueblo, oh Señor, hasta que pase este pueblo que tú compraste. Los traerás y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar, oh Señor, que tú has hecho para que habites; en el santuario, oh Señor, que tus manos han establecido.

“El Señor reinará por los siglos de los siglos. Porque el caballo de Faraón entró con sus carros y su gente de a caballo en el mar, y el Señor hizo volver las aguas del mar sobre ellos; pero los hijos de Israel pasaron en seco por en medio del mar.”

Faraón, que no reconocía a Dios ni se inclinaba ante su autoridad, se deleitaba en mostrar su poder como gobernante sobre aquellos a quienes podía controlar. Moisés le declaró a Faraón, después de que le pidiera al pueblo que hiciera ladrillos sin paja, que Dios, a quien pretendía no conocer, lo obligaría a ceder a sus demandas y reconocer su autoridad como gobernante supremo.

Había llegado el momento en que Dios contestaría las oraciones de su pueblo oprimido y los sacaría de Egipto con tan grandes demostraciones de su poder que los egipcios se verían obligados a

para reconocer que el Dios de los hebreos, a quien ellos habían despreciado, estaba sobre todos los dioses. Ahora los castigaría por su idolatría y por su orgullosa jactancia de las misericordias que sus dioses insensatos les concedían. Dios glorificaría su propio nombre, para que otras naciones oyeran de su poder y temblaran ante sus proezas, y para que su pueblo, al presenciar sus obras milagrosas, se volviera completamente de su idolatría para rendirle adoración pura.

[213] Dios le ordenó a Moisés que le dijera a Faraón: “Por esta causa te he levantado, para mostrar en ti mi poder”. Esto no quiere decir que Dios le haya dado una existencia para ese propósito; pero su providencia había anulado los acontecimientos de tal manera que un tirano tan rebelde como Faraón debería estar sobre el trono de Egipto en el momento en que Dios liberaría a los hebreos. Para este propósito su vida había sido preservada, aunque justamente había perdido la misericordia de Dios por sus crímenes. Dios tuvo a bien perdonarle la vida, para manifestar, a través de su terquedad, sus maravillas en la tierra de Egipto. Haría que la rebelión de Faraón contra él fuera la ocasión de multiplicar las evidencias de su poder para el bien de su pueblo, y que su nombre pudiera ser magnificado ante los egipcios, y llevado al conocimiento de aquellos que después vivirían sobre la tierra. La disposición de los acontecimientos es de su providencia. Pudo haber colocado a un rey más misericordioso en el trono de Egipto, que no se hubiera atrevido a persistir en su rebelión con la demostración del gran poder de Dios manifestado ante él como lo fue ante Faraón. Pero entonces los propósitos de Dios no se habrían cumplido. Su pueblo habría sido engañado en cuanto a la pecaminosidad de la idolatría de los egipcios, y no habría experimentado en sí mismo la crueldad despiadada que los egipcios idólatras podían practicar. Dios manifestará ante ellos que odia la idolatría, y que castigará la crueldad y la opresión dondequiera que exista.

Aunque muchos de los israelitas se habían corrompido por la idolatría, los fieles se mantuvieron firmes. No habían ocultado su fe, sino que reconocieron abiertamente ante los egipcios que servían al

[214] único Dios vivo y verdadero. Ellos ensayaron las evidencias de la existencia y el poder de Dios desde la creación hacia abajo. Los egipcios tuvieron la oportunidad de familiarizarse con la fe de los hebreos y su Dios. Habían tratado de subvertir a los fieles adoradores de

el Dios verdadero, y se enfadaron porque no lo habían logrado, ni por amenazas, ni por la promesa de recompensas, ni por tratos crueles.

Los dos últimos reyes que habían ocupado el trono de Egipto habían sido tiránicos y habían tratado con crueldad a los hebreos. Los ancianos de Israel se habían esforzado por alentar la fe en decadencia de los israelitas, refiriéndose a la promesa hecha a Abraham y las palabras proféticas de José justo antes de morir, prediciendo su liberación de Egipto. Algunos escucharían y creerían. Otros miraban su propia condición triste y no tenían esperanza. Los egipcios habían aprendido las expectativas de los hijos de Israel, y se burlaron de sus esperanzas de liberación, y hablaron con desdén del poder de su Dios. Les señalaron su propia situación como pueblo, como mera nación de esclavos, y burlonamente les dijeron: Si vuestro Dios es tan justo y misericordioso, y posee un poder superior a los dioses egipcios, ¿por qué no os hace un pueblo libre? ¿Por qué no manifestar su grandeza y poder, y exaltarte? Luego, los egipcios llamaron la atención de los israelitas sobre su propio pueblo que adoraba dioses de su propia elección, a los que los israelitas denominaron dioses falsos. Dijeron con júbilo que sus dioses los habían prosperado, y les habían dado alimento, vestido y grandes riquezas; y que sus dioses también habían entregado a los israelitas en sus manos para que los sirvieran, y que tenían poder para oprimirlos y destruir sus vidas, de modo que no fueran un pueblo. Se burlaron de la idea de que los hebreos alguna vez serían [215] liberados de la esclavitud.

Faraón se jactó de que le gustaría ver a su Dios librarlos de sus manos. Estas palabras destruyeron las esperanzas de muchos de los hijos de Israel. Les pareció muy parecido a lo que habían dicho el rey y sus consejeros. Sabían que eran tratados como esclavos y que debían soportar el mismo grado de opresión que sus capataces y gobernantes pudieran imponerles. Sus hijos varones habían sido cazados y asesinados. Sus propias vidas eran una carga; y estaban creyendo y adorando al Dios del Cielo. Luego contrastaron su condición con la de los egipcios. No creían en absoluto en un Dios vivo, que tuviera poder para salvar o destruir. Algunos de ellos adoraban ídolos, imágenes hechas de madera y piedra, mientras que otros optaron por adorar al sol, la luna y las estrellas; sin embargo, fueron prósperos y ricos. Y algunos de los hebreos pensaban que si Dios estaba p

todos los dioses, no los dejaría así como esclavos de una nación idólatra.

Los siervos fieles de Dios entendieron que fue por causa de su infidelidad a Dios como pueblo, y su disposición a casarse con otras naciones, y así ser llevados a la idolatría, que el Señor permitió que fueran a Egipto. Y declararon firmemente a sus hermanos que Dios pronto los sacaría de Egipto y rompería su yugo opresor.

En la liberación de Israel de Egipto, Dios mostró claramente su distinguida misericordia a su pueblo, delante de todos los egipcios. Dios consideró adecuado ejecutar sus juicios sobre Faraón, para que pudiera saber por triste experiencia, ya que de otro modo no estaría convencido, que su [216] poder era superior a todos los demás.

Para que su nombre sea proclamado por toda la tierra, dará prueba ejemplar y demostrativa a todas las naciones de su poder y justicia divinos. Fue el designio de Dios que estas exhibiciones de poder fortalecieran la fe de su pueblo, y que su posteridad adorara con firmeza al único que había obrado tan misericordiosos prodigios a favor de ellos.

El milagro de que la vara se convirtiera en serpiente, y que el río se convirtiera en sangre, no conmovió el corazón endurecido de Faraón, sino que aumentó su odio hacia los israelitas. El trabajo de los magos le llevó a creer que estos milagros se hacían por arte de magia; pero tenía abundante evidencia de que este no era el caso cuando se eliminó la plaga de ranas. Dios podría haberlos hecho desaparecer y volver al polvo en un momento; pero él no hizo esto, no sea que, después de que fueran quitados, el rey y los egipcios dijeran que era el resultado de la magia, como el trabajo de los magos. Murieron, y luego los juntaron en montones. Sus cuerpos podían verse ante ellos, y corrompieron la atmósfera. Aquí el rey, y todo Egipto, tenían evidencias de las que su vana filosofía no podía disponer, que esta obra no era magia, sino un juicio del Dios del Cielo.

Los magos no pudieron producir los piojos. El Señor no permitiría que hicieran parecer ni siquiera a sus propios ojos, ni a los de los egipcios, que podían producir la plaga de los piojos. Quitaría toda excusa de incredulidad de Faraón. Obligó incluso a los mismos magos a decir: "Este es el dedo de Dios".

[217] Luego vino la plaga de los enjambres de moscas. no eran tales

las moscas nos molestan inofensivamente en algunas estaciones del año; pero las moscas traídas sobre Egipto eran grandes y venenosas. Su picadura fue muy dolorosa para hombres y bestias. Dios separó a su pueblo de los egipcios y no permitió que aparecieran moscas en sus territorios.

Entonces el Señor envió la plaga de la mortandad sobre su ganado, y al mismo tiempo preservó el ganado de los hebreos, para que ninguno de ellos muriera. Luego vino la plaga del furúnculo sobre hombres y bestias, y los magos no pudieron protegerse de ella. Entonces el Señor envió sobre Egipto la plaga del granizo mezclado con fuego, con relámpagos y truenos. El tiempo de cada plaga fue dado antes de que viniera, para que no pudiera decirse que sucedió por casualidad. El Señor demostró a los egipcios que toda la tierra estaba bajo el mando del Dios de los hebreos, que el trueno, el granizo y la tormenta obedecían su voz. Faraón, el rey orgulloso que una vez preguntó: "¿Quién es el Señor para que deba obedecer su voz?" se humilló a sí mismo y dijo: "He pecado. El Señor es justo, y yo y mi pueblo somos malvados". Le rogó a Moisés que fuera su intercesor ante Dios, para que cesaran los terribles truenos y relámpagos.

A continuación, el Señor envió la terrible plaga de las langostas. El rey eligió recibir las plagas en lugar de someterse a Dios. Sin remordimiento, ve todo su reino bajo el milagro de estos terribles juicios. Entonces el Señor envió tinieblas sobre Egipto. La gente no solo estaba privada de luz, sino que la atmósfera era muy opresiva, de modo que la respiración era difícil; sin embargo, los hebreos tenían una atmósfera pura y luz en sus viviendas. Una plaga más terrible que Dios trajo sobre Egipto, más severa que cualquier otra anterior. [218]

Fueron el rey y sus sacerdotes idólatras quienes se opusieron hasta lo último a la petición de Moisés. El pueblo deseaba que se permitiera a los hebreos salir de Egipto. Moisés relató a Faraón, y al pueblo de Egipto, también a los israelitas, la naturaleza y efecto de la última plaga. En esa noche, tan terrible para los egipcios, y tan gloriosa para el pueblo de Dios, fue instituida la solemne ordenanza de la pascua.

Fue muy difícil para el rey egipcio y un pueblo orgulloso e idólatra ceder a los requerimientos del Dios del Cielo. Muy lento fue el rey de Egipto en ceder. Mientras estaba bajo la más grave aflicción, cedía un poco; pero cuando se quitaba la aflicción, recobraba todo lo que había concedido. Así, plaga tras plaga fue traída

sobre Egipto, y no cedió más de lo que le obligaron las terribles visitas de la ira de Dios. El rey incluso persistió en su rebelión después de la ruina de Egipto. Moisés y Aarón relataron al faraón la naturaleza y el efecto de cada plaga que seguiría a su negativa a dejar ir a Israel. Cada vez, vio estas plagas venir exactamente como se le dijo que vendrían; sin embargo, no cedió.

Primero, solo les daría permiso para sacrificar a Dios en la tierra de Egipto; luego, después que Egipto hubo sufrido por la ira de Dios, concedió que los hombres fueran solos. Después que Egipto estuvo a punto de ser destruido por la plaga de langostas, entonces él concedió que sus hijos y sus mujeres pudieran ir también; pero no dejaba ir su ganado. Entonces Moisés le dijo al rey que el ángel de Dios mataría a su primogénito.

[219] Cada plaga se había acercado un poco más y se había hecho más severa, y ésta iba a ser más espantosa que ninguna anterior. Pero el rey orgulloso se enojó mucho y no se humilló. Y cuando los egipcios vieron los grandes preparativos que se estaban haciendo entre los israelitas para esa terrible noche, se burlaron de la señal de sangre en los postes de sus puertas. Pero cuando los egipcios, desde el rey en su trono hasta el siervo más humilde, fueron afligidos, y sus primogénitos fueron asesinados, entonces hubo llanto en todo Egipto. Entonces Faraón recordó su orgullosa jactancia: “¿Quién es el Señor, para que deba obedecer su voz y dejar ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel”. Se humilló y fue con sus consejeros y sus gobernantes a toda prisa a Gosén, y se inclinó ante Moisés y Aarón, y les ordenó que fueran y sirvieran a su Dios. Sus rebaños y vacas también deben ir, como lo habían pedido. Les imploraron que se fueran, temiendo que si continuaban más, serían todos como hombres muertos. Faraón también le rogó a Moisés que lo bendijera, pensando en ese momento que una bendición del siervo de Dios lo protegería de los efectos posteriores de la terrible plaga.

Los israelitas salieron de Egipto a toda prisa, pero en orden. Estaban divididos en varios cuerpos, y cada división tenía su líder. La obstinación de Faraón fue tal que, después de haber enterrado a sus muertos, y haber visto que los terribles juicios de Dios habían cesado, se arrepintió de haberle dado permiso a Moisés para partir. Los egipcios lamentaron haber sido tan necios al pensar que la muerte de su primogénito fue el resultado del poder de Dios. preguntaron con amargura



unos de otros: "¿Por qué hemos hecho esto, y dejar que Israel nos sirva?" Faraón preparó un ejército bien equipado, compuesto de los sacerdotes de sus dioses ídolos, y de los gobernantes, y de todos los grandes hombres de su reino. Pensaron que si sus sacerdotes los acompañaban, estarían más seguros del éxito. Los más poderosos de Egipto fueron seleccionados para que pudieran intimidar a los israelitas con la gran demostración de su poder y grandeza. Pensaron que cuando la noticia llegara a otras naciones, que se verían obligados a rendirse al poder del Dios de Israel, a quien habían despreciado, serían mirados con escarnio. Pero si fueran con gran pompa y trajeran a Israel de regreso con fuerza, redimirían su gloria, y también tendrían nuevamente los servicios de los hijos de Israel. Alcanzaron a los hebreos en el Mar Rojo. Este lugar fue señalado para la última demostración del poder de Dios ante los encaprichados egipcios.

Por la mañana, llegaron al Mar Rojo y vieron a la hueste hebrea caminando por un sendero seco preparado para ellos en el mar, mientras que a ambos lados se alzaban altos muros de agua, congelados por el poder de Dios. Esta exhibición del poder de Dios solo aumentó sus sentimientos de rebelión; y habían resistido por tanto tiempo tales manifestaciones, que se endurecieron; y en su ceguera, se precipitaron al camino que Dios había preparado milagrosamente para su pueblo. Entonces se cumplieron las palabras que el Señor dijo a Moisés: "Y ejecutaré juicio contra todos los dioses de Egipto. Yo soy el Señor." El juicio de Dios se manifestó en la destrucción total d

[221]

## Capítulo 19—Sus viajes

Los hijos de Israel viajaron por el desierto y, durante tres días, no pudieron encontrar agua buena para beber. Estaban sufriendo de sed, “Y el pueblo murmuraba contra Moisés, diciendo: ¿Qué beberemos? Y clamó al Señor; y le mostró el Señor un árbol, el cual echándolo en las aguas, las aguas se endulzaron. Allí les dio un estatuto y una ordenanza, y allí los probó, y dijo: Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardáis todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios enviaré sobre ti; porque yo soy el Señor que te sana.”

Los hijos de Israel parecían poseer un corazón malvado de incredulidad. No estaban dispuestos a soportar las penalidades en el desierto. Cuando encontraban dificultades en el camino, las consideraban imposibles. Su confianza en Dios fallaría y no verían nada delante de ellos sino la muerte. “Y toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto. Y los hijos de Israel les dijeron: ¡Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, y cuando comíamos pan hasta saciarnos! porque nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta congregación.

[222]

Realmente no habían sufrido las punzadas del hambre. Tenían comida para el presente, pero temían por el futuro. No podían ver cómo iba a subsistir el ejército de Israel, en sus largos viajes a través del desierto, con la comida sencilla que entonces tenían, y en su incredulidad vieron a sus hijos hambrientos. El Señor quiso que les faltara el alimento, y que se encontraran con dificultades, que sus corazones se volvieran al que hasta entonces los había ayudado, para que creyeran en él. Estaba listo para ser para ellos una ayuda presente. Si, en su necesidad, lo invocaran, les manifestaría muestras de su amor y continua

cuidado. Pero parecían no estar dispuestos a confiar en el Señor más allá de lo que podían presenciar ante sus ojos las continuas evidencias de su poder. Si hubieran poseído verdadera fe y una firme confianza en Dios, los inconvenientes y obstáculos, o incluso el verdadero sufrimiento, habrían sido soportados con alegría, después de que el Señor había obrado de una manera tan maravillosa para su liberación de la servidumbre. Además, el Señor les prometió que si obedecían sus mandamientos, ninguna enfermedad se posaría sobre ellos; porque dice: "Yo soy el Señor que te sana".

Después de esta segura promesa de Dios, fue una incredulidad criminal en ellos anticipar que ellos mismos y sus hijos podrían morir de hambre. Habían sufrido mucho en Egipto por estar sobrecargados de trabajo. Sus hijos habían sido condenados a muerte, y en respuesta a sus oraciones de angustia, Dios los había librado misericordiosamente. Él prometió ser su Dios, tomarlos como pueblo y conducirlos a una tierra grande y buena. Pero estaban dispuestos a desmayarse ante cualquier sufrimiento que tuvieran que soportar en el camino a esa tierra. Habían soportado mucho al servicio de los egipcios, pero ahora no podían soportar el sufrimiento al servicio de Dios. Estaban listos para rendirse ante las dudas sombrías y hundirse en el desánimo, cuando fueron probados. Murmuraron contra el devoto siervo de Dios, Moisés, y le acusaron de todas sus pruebas, y expresaron un malvado deseo de haberse quedado en Egipto, donde podrían sentarse junto a las ollas de carne y comer pan hasta saciarse.

La incredulidad y las murmuraciones de los hijos de Israel ilustran al pueblo de Dios ahora sobre la tierra. Muchos miran hacia atrás y se maravillan de su incredulidad y continuas murmuraciones, después de que el Señor había hecho tanto por ellos, al darles repetidas evidencias de su amor y cuidado por ellos. Piensan que no deberían haberse mostrado tan desagradecidos. Pero algunos que así piensan, murmuran y se quejan de cosas de menor importancia. No se conocen a sí mismos. Dios los prueba con frecuencia, y prueba su fe en cosas pequeñas; y no soportan la prueba mejor que el antiguo Israel.

Muchos tienen suplidas sus necesidades presentes, pero no confiarán en el Señor para el futuro. Manifiestan incredulidad y se hunden en el desánimo y la tristeza ante la necesidad anticipada. Algunos están en continuos problemas por temor a que lleguen a la miseria, y sus hijos sufran. Cuando surgen dificultades, o cuando son llevadas a lugares estrechos, cuando

su fe y su amor a Dios son probados: se retraen de la prueba y murmuran del proceso por el cual Dios ha elegido purificarlos . Su amor no resulta puro y perfecto, para soportar todas las cosas. La fe del pueblo del Dios del cielo debe ser fuerte, activa y duradera, la certeza de lo que se espera. Entonces el [224]

lenguaje de tales será, Bendice al Señor, oh alma mía, y todo lo que está dentro de mí, bendice su santo nombre; porque me ha hecho bien . Algunos consideran que la abnegación es sufrimiento real. Se complacen los apetitos depravados . Y una restricción sobre el apetito malsano llevaría incluso a muchos cristianos profesos a retroceder ahora, como si el hambre real fuera la consecuencia de una dieta se. Y, como los hijos de Israel, preferirían la esclavitud, los cuerpos enfermos e incluso la muerte, antes que verse privados de las ollas de carne. Pan y agua es todo lo que se promete al remanente en el tiempo de angustia.

“Y cuando subió el rocío que había puesto, he aquí, sobre la faz del desierto había una cosa pequeña y redonda, tan pequeña como la escarcha, sobre la tierra. Y viéndolo los hijos de Israel, se decían unos a otros: Maná es; porque no sabían lo que era. Y Moisés les dijo: Este es el pan que el Señor os da para comer. Esto es lo que ha mandado el Señor: Juntad de ello cada uno según su comida, un gomer para cada uno, según el número de vuestras personas; tomad cada uno para los que están en sus tiendas.

“Y así lo hicieron los hijos de Israel, y juntaron unos más, otros menos. Y cuando lo midieron con un omer, al que recogió mucho no le sobraba, y al que recogía poco no le faltaba. Recogieron a cada uno según su comida. Y dijo Moisés: Ninguno deje de ello para la mañana. Sin embargo, no escucharon a Moisés; pero algunos de ellos dejaron de ella hasta la mañana, y se criaron gusanos y apestó. Y Moisés se enojó con ellos. Y la recogían cada mañana, cada uno según su comida, y cuando el sol calentaba, se derretía.

“Y aconteció que al sexto día recogieron el doble de pan, dos gomers para un hombre. Y vinieron todos los príncipes de la congregación y se lo dijeron a Moisés. Y él les dijo: Esto es lo que ha dicho el Señor: Mañana es el reposo del sábado santo para el Señor. Hornead lo que haréis hoy, y

hierva que hervirás; y lo que sobrare, guardadlo para vosotros hasta la mañana. Y lo guardaron hasta la mañana, como Moisés mandó; y no apestaba, ni había en él gusano. Y Moisés dijo: Come eso hoy; porque hoy es sábado para el Señor. Hoy no lo hallaréis en el campo. Seis días la recogeréis; mas el séptimo día, que es el sábado, no habrá en él.”

El Señor no es menos particular ahora con respecto a su sábado que cuando dio las instrucciones especiales anteriores a los hijos de Israel. Les pidió que cocieran lo que coceran y cocieran (es decir, hervir) lo que coceran, en el sexto día, como preparación para el resto del sábado. Aquellos que no se preparan para el sábado en el sexto día, y que cocinan comida en el sábado, violan el cuarto mandamiento y son transgresores de la ley de Dios. Todos los que están realmente ansiosos por observar el sábado de acuerdo con el mandamiento, no cocinarán ningún alimento en el sábado. Ellos, en el temor de ese Dios que dio su ley desde el Sinaí, se negarán a sí mismos y comerán comida preparada en el sexto día, incluso si no es tan sabrosa. Dios prohibió a los hijos de Israel hornear y hervir en sábado. Esa prohibición debe ser considerada por todo observador del sábado como un mandato solemne de [226]

Jehová a ellos. El Señor protegerá a su pueblo de la glotonería en el día de reposo, que ha apartado para la meditación y la adoración sagradas.

El sábado del Señor es un día de descanso del trabajo; y la dieta en ese día debería ser más simple y participar en menos cantidades que en los seis días laborables, porque no tenemos ese ejercicio en el sábado que tenemos en los otros días de la semana. Muchos han errado al no practicar la abnegación en sábado. Al participar de comidas completas, como en los seis días de trabajo, sus mentes se nublan; son estúpidos ya menudo somnolientos; algunos sufren de dolor de cabeza. Los tales no tienen sentimientos verdaderamente devocionales sobre el sábado, y la bendición que descansa sobre el sábado no resulta ser una bendición para ellos. Los enfermos y los que sufren requieren cuidado y atención el sábado, así como los otros seis días de la semana; y puede ser necesario para su comodidad preparar alimentos y bebidas calientes en sábado. En tales casos, no es una violación

cuarto mandamiento para que estén lo más cómodos posible. El gran Legislador es un Dios de compasión, así como de justicia.

Dios manifestó su gran cuidado y amor por su pueblo al enviarles pan del cielo. “El hombre comió pan de ángeles;” es decir, alimento provisto para ellos por los ángeles. El triple milagro del maná —una cantidad doble el sexto día, y nada el séptimo, y que se mantuviera fresco durante el sábado, mientras que los demás días dejaría de ser útil— tenía por objeto impresionarlos [227]. con la santidad del sábado. Después de haber sido abundantemente provistos de alimentos, se avergonzaron de su incredulidad y sus murmuraciones, y prometieron confiar en el Señor para el futuro; pero pronto olvidaron su promesa y fracasaron en la primera prueba de su fe. Partieron del desierto de Sin y acamparon en Rephidim, y no había agua para que el pueblo bebiera. “Por tanto, el pueblo reprendió a Moisés, y dijo: Danos agua. Y Moisés les dijo: ¿Por qué me reprendéis? ¿Por qué tentáis al Señor? Y el pueblo tuvo allí sed de agua; y el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Por qué nos has hecho subir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado? Y Moisés clamó al Señor, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? Estarán casi a punto de apedrearme. Y Jehová dijo a Moisés: Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel; y tu vara con que golpeaste el río, tómala en tu mano, y vete. He aquí, yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb, y tú herirás la peña, y saldrán aguas de ella, para que beba el pueblo. Y Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y llamó el nombre de aquel lugar Masah y Meriba, a causa de las reprensiones de los hijos de Israel, y porque tentaron al Señor, diciendo: ¿Está el Señor entre nosotros, o no?

Dios mandó a los hijos de Israel a acampar en ese lugar, donde no había agua, para probarlos, para ver si en su angustia lo miraban, o murmuraban como antes lo habían hecho. En vista de lo que Dios había hecho por ellos en su maravillosa liberación, deberían haber creído en él en su angustia. Debieron haber sabido que no permitiría que perecieran de sed los que había prometido tomar para sí como su pueblo. Pero en lugar de suplicar al Señor con humildad que provea para su necesidad,

murmuraron contra Moisés y le pidieron agua. Dios había estado continuamente manifestando su poder de manera maravillosa ante ellos, para hacerles entender que todos los beneficios que recibían venían de él; que podía darlos, o quitarlos, según su propia voluntad. A veces tenían pleno sentido de esto, y se humillaban mucho ante el Señor; pero cuando tenían sed o hambre, se lo cargaban todo a Moisés, como si hubieran salido de Egipto para complacerlo. Moisés se entristeció con sus crueles murmuraciones. Preguntó al Señor qué debía hacer; porque el pueblo estaba a punto de apedrearlo. El Señor le ordenó que fuera y golpearla la roca con la vara de Dios. La nube de su gloria reposaba directamente ante la roca. “Cortó las peñas en el desierto, y les dio a beber como de grandes abismos. Sacó también arroyos de la peña, e hizo correr aguas como ríos.” Moisés golpeó la roca, pero fue Cristo quien estuvo a su lado e hizo que el agua fluyera de la roca de pedernal. El pueblo tentó al Señor en su sed, y dijo: Si Dios nos ha sacado acá, ¿por qué no nos da agua además de pan? Eso mostró una incredulidad criminal e hizo que Moisés temiera que Dios los castigaría por sus malvadas murmuraciones. El Señor probó la fe de su pueblo, pero no soportaron la prueba. Murmuraron por comida y por agua, y se quejaron de Moisés. A causa de su incredulidad, Dios permitió que sus enemigos les hicieran la guerra, para poder manifestar a su pueblo [229] de dónde proviene su fuerza.

“Entonces vino Amalek, y peleó con Israel en Rephidim. Y Moisés dijo a Josué: Escógenos varones, y sal, pelea con Amalek. Mañana estaré sobre la cima del monte con la vara de Dios en mi mano. Entonces Josué hizo como Moisés le había dicho, y peleó con Amalec. Y Moisés, Aarón y Hur subieron a la cumbre del monte. Y aconteció que cuando Moisés levantó su mano, Israel prevaleció; y cuando él bajó su mano, Amalek prevaleció. Pero las manos de Moisés estaban pesadas; y tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y él se sentó sobre ella; y Aarón y Hur sujetaron sus manos, el uno de un lado, y el otro del otro lado; y sus manos estuvieron firmes hasta la puesta del sol.”

Moisés levantó sus manos hacia el Cielo, con la vara de Dios en su mano derecha, suplicando la ayuda de Dios. Entonces prevaleció Israel, e hizo retroceder a sus enemigos. Cuando Moisés bajó sus manos, fue

Se vio que Israel pronto perdió todo lo que había ganado, y estaba siendo vencido por sus enemigos. Moisés nuevamente levantó sus manos hacia el Cielo, e Israel prevaleció, y el enemigo fue rechazado.

Este acto de Moisés, alzando sus manos hacia Dios, fue para enseñar a Israel que mientras hicieran de Dios su confianza, y se aferraran a su fuerza, y exaltaran su trono, él pelearía por ellos y sometería a sus enemigos. Pero cuando dejaran de aferrarse a su fuerza y confiaran en su propio poder, serían aún más débiles que sus enemigos, que no tenían el conocimiento de Dios, y [230] sus enemigos prevalecerían sobre ellos. Entonces “Josué derrotó a Amalec y a su pueblo a filo de espada. Y el Señor dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y exprésalo en los oídos de Josué; porque destruiré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo. Y edificó Moisés un altar, y llamó su nombre Jehová-nisi; porque dijo: Porque el Señor ha jurado que el Señor tendrá guerra contra Amalec de generación en generación. Si los hijos de Israel no hubieran murmurado contra el Señor, él no habría permitido que sus enemigos les hicieran la guerra.

Antes de que Moisés saliera de Egipto, envió de regreso a su esposa e hijos a su suegro. Y después que Jetro se enteró de la maravillosa liberación de los israelitas de Egipto, visitó a Moisés en el desierto y le trajo a su esposa e hijos. “Y salió Moisés a recibir a su suegro, e hizo reverencia, y lo besó; y se preguntaban unos a otros por su bienestar; y entraron en la tienda. Y contó Moisés a su suegro todo lo que Jehová había hecho a Faraón y a los egipcios por causa de Israel, y todo el trabajo que les había sobrevenido en el camino, y cómo los había librado Jehová. Y Jetro se regocijó por todo el bien que el Señor había hecho a Israel, a quien había librado de mano de los egipcios. Y Jetro dijo: Bendito sea el Señor, que os ha librado de la mano de los egipcios, y de la mano de Faraón, que ha librado al pueblo de la mano de los egipcios. Ahora sé que el Señor es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecieron, él estaba por encima de ellos. Y [231] Jetro, el suegro de Moisés, tomó holocaustos y sacrificios para Dios. Y vino Aarón y todos los ancianos de Israel a comer pan con el suegro de Moisés delante de Dios.



El ojo perspicaz de Jetro pronto vio que las cargas sobre Moisés eran muy grandes, ya que el pueblo le presentaba todos los asuntos difíciles, y él los instruía con respecto a los estatutos y la ley de Dios. Él le dijo a Moisés: “Escucha ahora mi voz, te daré un consejo, y Dios estará contigo. Sé tú del pueblo hacia Dios, para que lleves las causas a Dios. Y les enseñarás ordenanzas y leyes, y les mostrarás el camino por donde han de andar, y la obra que han de hacer. Además, proveerás de entre todo el pueblo, varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre ellos, para que sean príncipes de mil, y príncipes de centenas, príncipes de cincuenta y príncipes de decenas. Y que juzguen al pueblo en todo tiempo. Y acontecerá que todo gran asunto te traerán; pero cada asunto pequeño lo juzgarán. Así te será más fácil, y ellos llevarán la carga contigo. Si haces esto, y Dios te lo manda, entonces podrás resistir, y también todo este pueblo irá en paz a su lugar. Entonces Moisés escuchó la voz de su suegro e hizo todo lo que él le había dicho. Y Moisés escogió hombres capaces de entre todo Israel, y los puso por cabezas sobre el pueblo, príncipes de mil, príncipes de centenas, príncipes de cincuenta y príncipes de decenas. Y juzgaban al pueblo en todo tiempo. Las causas difíciles las trajeron a Moisés, pero cada asunto pequeño lo juzgaron ellos mismos. Y Moisés dejó partir a su suegro; y él [232] se fue a su propia tierra.”

Moisés no estaba por encima de ser instruido por su suegro. Dios lo había exaltado grandemente y obrado maravillas por su mano. Sin embargo, Moisés no razonó que Dios lo había elegido para instruir a otros, y que había logrado cosas maravillosas por su mano, y por lo tanto no necesitaba ser instruido. Con mucho gusto escuchó las sugerencias de su suegro y adoptó su plan como un arreglo sabio.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 20—La ley de Dios

Después de que los hijos de Israel salieron de Rephidim, llegaron al “desierto de Sinaí, y acamparon en el desierto; y acampó allí Israel delante del monte. Y Moisés subió a Dios, y el Señor lo llamó desde la montaña, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y les dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto lo que hice a los egipcios, y cómo os desnudé sobre alas de águilas , y os traje a mí. Ahora, por lo tanto, si en verdad escucháis mi voz, y guardáis mi pacto, entonces me seréis un tesoro especial entre todos los pueblos; porque toda la tierra es mía. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que hablarás a los hijos de Israel. Y [233] Moisés vino y llamó a los ancianos del pueblo, y puso delante de ellos todas estas palabras que el Señor le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés volvió las palabras del pueblo al Señor.”

El pueblo de aquí entró en un pacto solemne con Dios, y lo aceptó como su gobernante, por el cual se convirtieron en los súbditos peculiares de su autoridad divina. “Y el Señor dijo a Moisés: He aquí, vengo a ti en una espesa nube, para que el pueblo oiga cuando hablo contigo, y te crea para siempre”. Cuando los hebreos encontraron dificultades en el camino, se dispusieron a murmurar contra Moisés y Aarón, y acusarlos de sacar al ejército de Israel de Egipto para destruirlos. Dios honraría a Moisés delante de ellos, para que fueran inducidos a confiar en sus instrucciones y supieran que había puesto su Espíritu sobre él.

Entonces el Señor le dio a Moisés instrucciones expresas con respecto a preparar al pueblo para que él se acercara a ellos, para que pudieran escuchar su ley pronunciada, no por ángeles, sino por él mismo. “Y el Señor dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana , y que laven sus vestidos, y estén listos para el tercer día; porque al tercer día el Señor descenderá a la vista de todos los

pueblo sobre el monte Sinaí.” Se requería que la gente se abstuviera del trabajo y el cuidado mundanos, y que poseyera pensamientos devocionales. Dios les exigió también que lavaran su ropa. No es menos particular ahora que entonces. Él es un Dios de orden, y requiere que su pueblo ahora sobre la tierra observe hábitos de estricta limpieza. Y los que adoran a Dios con ropas y personas inmundas, no se presentan delante de él de manera aceptable. No está complacido con su falta de reverencia hacia él, y no aceptará el servicio de adoradores inmundos, porque insultan a su Hacedor. El Creador de los cielos y de la tierra consideró de tanta importancia la limpieza que dijo: “Y que laven sus vestidos”.

“Y pondrás límites al pueblo en derredor, diciendo: Mirad por vosotros mismos, que no subáis al monte, ni toquéis sus límites. Cualquiera que toque el monte, ciertamente morirá . No lo tocará mano, sino que será apedreado o traspasado; sea animal o sea hombre, no vivirá.

Cuando la trompeta suene largamente, subirán al monte”. Este mandato fue diseñado para imprimir en las mentes de este pueblo rebelde una profunda veneración por Dios, el autor y la autoridad de sus leyes.

“Y sucedió que al tercer día por la mañana, hubo truenos y relámpagos, y una espesa nube sobre el monte, y el sonido de la trompeta muy fuerte; de modo que todo el pueblo que estaba en el campamento se estremeció. La hueste angélica que asistía a la divina Majestad convocó al pueblo con un sonido semejante al de una trompeta, que fue sonando más y más fuerte hasta que toda la tierra tembló.

“Y Moisés sacó al pueblo del campamento para encontrarse con Dios; y se detuvieron en la parte inferior del monte. Y todo el monte Sinaí humeaba, porque el Señor descendió sobre él en fuego; y su humo subía como el humo de un horno, y todo el monte tembló en gran manera.” La divina Majestad descendió en una nube con un séquito glorioso de ángeles, que aparecieron como llamas [235] de fuego.

“Y cuando la voz de la trompeta sonó largamente, y se hizo más y más fuerte, Moisés habló, y Dios le respondió con una voz. Y el Señor descendió sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y el Señor llamó a Moisés a la cumbre del monte; y Moisés

subió Y el Señor dijo a Moisés: Desciende, manda al pueblo, no sea que se abran paso hacia el Señor para mirar, y perezcan muchos de ellos. Y que también los sacerdotes que se acercan al Señor, se santifiquen, para que el Señor no haga estallar sobre ellos". Así el Señor, con gran grandeza, pronuncia su ley desde el Sinaí, para que el pueblo crea. Luego acompaña la entrega de su ley con exhibiciones sublimes de su autoridad, para que sepan que él es el único Dios vivo y verdadero. A Moisés no se le permitió entrar dentro de la nube de gloria, sino solo acercarse y entrar en la densa oscuridad que la rodeaba. Y se interpuso entre el pueblo y el Señor.

Después de que el Señor les hubo dado tales evidencias de su poder, les dice quién es él: "Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre". El mismo Dios que exaltó su poder entre los egipcios, ahora habla su ley: "No tendrás dioses ajenos delante de mí.

"No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las servirás; porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, [236] que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen; y mostrando misericordia a millares de los que me aman y guardan mis mandamientos.

"No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; por el Señor no dará por inocente al que tomare su nombre en vano.

"Acuérdate del día de reposo, para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no harás en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu ganado, ni tu extranjero. que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay, y reposó el día de reposo; por tanto, el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó.

"Honra a tu padre ya tu madre, para que tus días se alarguen sobre la tierra que Jehová tu Dios te da.

"No matarás.

"No deberás cometer adulterio.

"No has de robar.

"No darás falso testimonio contra tu prójimo.

"No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo".

El primer y segundo mandamiento hablado por Jehová son preceptos contra la idolatría; porque la idolatría, si se practica, llevaría a los hombres a grandes extremos en el pecado y la rebelión, y daría como resultado la ofrenda de sacrificios humanos. Dios protegería contra el menor acercamiento a tales abominaciones. Los primeros cuatro mandamientos fueron dados para mostrar a los hombres su deber hacia Dios. El cuarto es el eslabón de unión [237] entre el gran Dios y el hombre. El sábado, especialmente, fue dado para el beneficio del hombre y para el honor de Dios. Estos últimos seis preceptos muestran el deber del hombre para con su prójimo.

El sábado debía ser una señal entre Dios y su pueblo para siempre. De esta manera iba a ser una señal: todos los que debían observar el sábado, significado por tal observancia que eran adoradores del Dios viviente, el creador de los cielos y la tierra. El sábado debía ser una señal entre Dios y su pueblo mientras tuviera un pueblo sobre la tierra para servirle.

"Y todo el pueblo vio los truenos y los relámpagos, y el sonido de la trompeta, y el monte que humeaba; y cuando el pueblo lo vio, se apartó y se puso de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos. Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; porque Dios vino para probaros, y para que su temor esté delante de vuestros rostros, para que no pequéis. Y el pueblo se puso de lejos; y Moisés se acercó a las densas tinieblas donde estaba Dios. Y el Señor dijo a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto que os he hablado desde el Cielo". La majestuosa presencia de Dios en el Sinaí, y las conmociones en la tierra ocasionadas por su presencia, los temibles truenos y relámpagos que acompañaron esta visitación de Dios, impresionaron tanto las mentes de la gente con temor y reverencia a su sagrada majestad, que instintivamente se apartaron de la terrible presencia de Dios, para que no pudieran soportar su terrible gloria.

De nuevo, Dios protegería a los hijos de Israel de la idolatría. él [238] les dijo: No haréis conmigo dioses de plata, ni

os haréis dioses de oro.” Estaban en peligro de imitar el ejemplo de los egipcios y de hacerse imágenes para representar a Dios.

El Señor le dijo a Moisés: “He aquí, yo envío un ángel delante de ti, para que te guarde en el camino, y te lleve al lugar que he preparado. Guárdense de él y obedezcan su voz, no lo provoquen; porque él no perdonará vuestras transgresiones; porque mi nombre está en él. Pero si en verdad oyes su voz, e hicieres todo lo que yo digo, entonces seré enemigo de tus enemigos, y adversario de tus adversarios; porque mi ángel irá delante de ti, y te llevará a los amorreos, heteos, ferezeos, cananeos, heveos y jebuseos; y los cortaré.”

El ángel que iba delante de Israel era el Señor Jesucristo. “No te inclinarás a sus dioses, ni los servirás, ni harás según sus obras; pero tú los destruirás por completo, y quebrarás por completo sus imágenes. Y a Jehová vuestro Dios serviréis, y él bendecirá vuestro pan y vuestras aguas; y quitaré toda enfermedad de en medio de ti.”

Dios quiere que su pueblo comprenda que sólo él debe ser el objeto de su adoración; y cuando venzan a las naciones idólatras que los rodean, no deben preservar ninguna de las imágenes de su adoración, sino destruirlas por completo. Muchas de estas deidades celestiales eran muy costosas y de hermosa mano de obra, lo que podría tentar a aquellos que habían presenciado la adoración de ídolos, tan comunes en Egipto, incluso a considerar estos objetos sin sentido con cierto grado de reverencia. El Señor quiere que su pueblo sepa que fue a causa de la idolatría de estas naciones, que los había llevado a todo grado de maldad, que Él usaría a los israelitas como sus instrumentos para castigarlos y destruir sus dioses.

“Enviaré mi temor delante de ti, y destruiré a todos los pueblos adonde llegarás, y haré que todos tus enemigos te vuelvan la espalda. Y enviaré avispa delante de ti, que echarán de delante de ti al heveo, al cananeo y al heteo . No los echaré de delante de ti en un año, no sea que la tierra quede desolada, y las bestias del campo se multipliquen contra ti. Poco a poco los echaré de delante de ti, hasta que crezcas y heredes la tierra. Y fijaré tus límites desde el mar Rojo hasta el mar de los filisteos, y desde el

desierto hasta el río; porque entregaré en tu mano a los moradores de la tierra, y tú los echarás de delante de ti. No harás pacto con ellos, ni con sus dioses. No habitarán en tu tierra, no sea que te hagan pecar contra mí; porque si sirves a sus dioses, ciertamente será una trampa para ti.”

Estas promesas de Dios a su pueblo estaban a condición de su obediencia. Si sirvieran al Señor plenamente, Él haría grandes cosas por ellos. Después que Moisés hubo recibido los juicios del Señor, y los hubo escrito para el pueblo, también las promesas, con la condición de obediencia, el Señor le dijo: “Sube al Señor, tú y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y adoraros desde lejos. Y solo Moisés se acercará al Señor; mas no se acercarán; ni el pueblo subirá con él. Y vino Moisés y contó al pueblo todas las palabras de [240] el Señor, y todos los juicios; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Todas las palabras que Jehová ha dicho, haremos.

Moisés había escrito, no los diez mandamientos, sino los juicios que Dios quería que observaran y las promesas con la condición de que le obedecieran. Leyó esto al pueblo, y ellos se comprometieron a obedecer todas las palabras que el Señor había dicho. Entonces Moisés escribió su juramento solemne en un libro y ofreció sacrificio a Dios por el pueblo. “Y tomó el libro del pacto, y lo leyó en presencia del pueblo; y dijeron: Todo lo que el Señor ha dicho, haremos, y seremos obedientes. Y Moisés tomó la sangre, y la roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que el Señor ha hecho con vosotros acerca de todas estas palabras. El pueblo repitió su solemne promesa al Señor de hacer todo lo que él había dicho, y de ser obediente.

Moisés obedeció el mandato de Dios y tomó consigo a Aarón, Nadab y Abiú, con setenta de los ancianos más influyentes de Israel, que lo habían ayudado en su obra, y los colocó a tal distancia que pudieran contemplar la majestad del divino presencia, mientras el pueblo debe adorar al pie del monte. “Y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de piedra de zafiro, y como el cuerpo del cielo en su claridad. Y sobre los nobles de los hijos de Israel no extendió su mano; también vieron a Dios, y comieron y bebieron.”

No contemplaron la persona de Dios, sino sólo la gloria inexpressable que lo rodeaba. Antes de esto, si hubieran mirado [241] tan sagrada gloria, no podrían haber vivido, porque no estaban preparados para ella. Pero las exhibiciones del poder de Dios los habían llenado de temor, lo cual produjo en ellos el arrepentimiento por sus transgresiones pasadas. Amaban y reverenciaban a Dios, y se habían estado purificando y contemplando su gran gloria, pureza y misericordia, hasta que pudieron acercarse más a Aquel que había sido el tema de todas sus meditaciones. Dios había envuelto su gloria con una espesa nube, para que el pueblo no pudiera contemplarla. El oficio de los ancianos que Moisés tomó con él fue ayudarlo a guiar al ejército de Israel a la tierra prometida. Esta obra fue de tal magnitud que Dios condescendió en poner su Espíritu sobre ellos. Los honró con una visión más cercana de la gloria que rodeaba a su exaltada majestad, para que pudieran desempeñar con sabiduría su parte en la obra que les había sido asignada de guiar a su pueblo, con su temor y gloria con

“Y el Señor dijo a Moisés: Sube a mí al monte, y quédate allí; y te daré tablas de piedra, y una ley, y mandamientos que he escrito; para que les enseñes.

Y se levantó Moisés, y su ministro Josué; y Moisés subió al monte de Dios. Y dijo a los ancianos: Quedaos aquí por nosotros hasta que volvamos a vosotros; y he aquí, Aarón y Hur están contigo; si alguno tiene asuntos que hacer, venga a ellos. Y Moisés subió al monte, y una nube cubrió el monte. Y la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió seis días; y el séptimo día llamó a Moisés [242] de en medio de la nube. Y la vista de la gloria del Señor era como fuego consumidor sobre la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel. Y entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte; y Moisés estuvo en el monte cuarenta días y cuarenta noches.”

Ni siquiera Moisés pudo subir de inmediato al monte; porque no podía acercarse inmediatamente a Dios y soportar las exhibiciones de su gloria. Seis días estuvo preparándose para encontrarse con Dios. Sus pensamientos y sentimientos comunes deben ser desechados. Durante seis días estuvo dedicando sus pensamientos a Dios y santificándose mediante la meditación y la oración, antes de poder estar preparado para conversar con Dios.



Después de que el Señor le dio instrucciones a Moisés con respecto al santuario, nuevamente le dio instrucciones especiales con respecto a su sábado. Y luego entregó desde la nube con sus propias manos divinas las tablas de piedra a Moisés, en las que había grabado con su propio dedo los diez mandamientos.

Pero mientras Moisés recibía instrucciones especiales de Dios, los hijos de Israel se corrompían al pie del monte. “Y cuando el pueblo vio que Moisés tardaba en bajar del monte, se reunió el pueblo con Aarón y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y Aarón les dijo: Quitad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos. Y todo el pueblo se rompió los zarcillos de oro que tenían en las orejas, y se los trajeron a Aarón. Y él los tomó [243] de mano de ellos, y lo modeló con una herramienta de tallar, después de haberlo hecho un becerro de fundición. Y dijeron: Estos son tus dioses, oh Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y cuando Aarón la vio, edificó un altar delante de ella; y Aarón pregonó, y dijo: Mañana es fiesta solemne para el Señor. Y al día siguiente madrugaron, y ofrecieron holocaustos, y trajeron ofrendas de paz; y el pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantó a jugar.”

Fue la multitud mezclada que vino de Egipto con los israelitas los principales impulsores de este terrible alejamiento de Dios. Fueron llamados una multitud mezclada, porque los hebreos se habían casado con los egipcios.

Los hijos de Israel habían visto a Moisés subir al monte y entrar en la nube, mientras la cumbre del monte estaba toda en llamas. Esperaron su regreso todos los días; y como no bajó del monte tan pronto como ellos esperaban, se impacientaron. Especialmente fueron los egipcios creyentes, que salieron de Egipto con la hueste hebrea, impacientes y rebeldes.

Una gran compañía se reunió alrededor de la tienda de Aarón y le dijeron que Moisés nunca regresaría, que la nube que hasta entonces los había guiado ahora descansaba sobre el monte y ya no dirigiría su ruta a través del desierto. Deseaban algo que pudieran mirar para parecerse a Dios. Los dioses de los egipcios

estaban en sus mentes, y Satanás estaba aprovechando esta oportunidad, en ausencia de su líder designado, para tentarlos a imitar a los egipcios en su idolatría. Ellos sugirieron que si Moisés nunca regresaba a ellos, ellos podrían regresar a Egipto y encontrar el favor de los egipcios al llevar esta imagen ante ellos, reconociéndola como su dios.

Aarón protestó contra sus planes, hasta que pensó que la gente estaba decidida a llevar a cabo su propósito, y luego cesó de razonar con ellos. Los clamores del pueblo hicieron que Aarón temiera por su vida. Y en lugar de levantarse noblemente por el honor de Dios, y confiar su vida en sus manos que habían hecho maravillas para su pueblo, perdió su valor, su confianza en Dios, y cedió cobardemente a los deseos de un pueblo impaciente; y esto, también, en oposición directa a los mandamientos de Dios. Hizo un ídolo y edificó un altar sobre el cual ofrecieron sacrificio a este ídolo. Y Aarón se sometió a escuchar al pueblo proclamar: “Estos son tus dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto”. ¡Qué insulto a Jehová! Habían escuchado recientemente la proclamación de la ley de Dios desde el Sinaí, en medio de las más sublimes demostraciones del poder divino, y cuando su fe fue probada, por la ausencia de Moisés por algunas semanas, se entregaron a la idolatría, que había sido tan recientemente especificado, y expresamente prohibido, por Jehová. Al hacerlo, transgredieron el primer y segundo mandamiento. La ira de Dios se encendió contra ellos.

“Y el Señor dijo a Moisés: Ve, desciende; porque tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto, se ha corrompido. Rápidamente se han desviado del camino que yo les mandé. Se han hecho un becerro de fundición, y lo han adorado, y le han ofrecido sacrificios, y han dicho: Estos son tus [245] dioses, oh Israel, que te han hecho subir de la tierra de Egipto.

Y el Señor dijo a Moisés: He visto a este pueblo, y he aquí, es un pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame, para que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y haré de ti una gran nación.”

Dios vio que los hijos de Israel, especialmente la multitud mixta, estaban continuamente dispuestos a rebelarse y, por sus obras, provocarlo para destruirlos. Sabía que murmurarían contra Moisés, cuando estuviera en dificultad, y lo afligirían por su rebelión continua.

león. Propuso a Moisés consumirlos y hacer de él una gran nación. Aquí el Señor probó a Moisés. Sabía que era una obra laboriosa y de prueba del alma llevar a ese pueblo rebelde a la tierra prometida. Pondría a prueba la perseverancia, la fidelidad y el amor de Moisés, por un pueblo tan descarriado e ingrato. Pero Moisés no consentiría en destruir a Israel. Mostró por sus intercesiones ante Dios que valoraba la prosperidad del pueblo escogido de Dios más que un gran nombre, o ser llamado el padre de una nación más grande que Israel.

“Y Moisés oró a Jehová su Dios, y dijo: Señor, ¿por qué se enciende tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar y decir los egipcios: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, Isaac e Israel, tus siervos, a quienes juraste por ti mismo, [246] y les dijiste: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de la que he hablado dale a tu descendencia, y la heredarán para siempre.”

El pensamiento de que las naciones paganas, y especialmente los egipcios, triunfarían sobre Israel y reprocharían a Dios, era abrumador para Moisés. No podía dejar ir a Israel, a pesar de toda su rebelión y sus repetidas murmuraciones contra él. ¿Cómo podía abandonar a un pueblo por el cual se había hecho tanto, y que de una manera tan maravillosa había sido sacado de Egipto? La noticia de su liberación se había difundido entre todas las naciones, y todas las personas estaban ansiosas por ver lo que Dios haría por ellos. Y Moisés recordó bien las palabras de los egipcios, que los estaba conduciendo al desierto para que perecieran, y él recibió sus posesiones. Y ahora, si Dios destruyera a su pueblo, y lo exaltara a ser una nación más grande que Israel, ¿no triunfarían los paganos, y se burlarían del Dios de los hebreos, y dirían que no podía llevarlos a la tierra que había prometido? ¿a ellos? Mientras Moisés intercedía por Israel ante Dios, su timidez se perdía en su profundo interés y amor por ese pueblo para el cual había sido, en las manos de Dios, el medio para hacer tanto. Presentó ante Dios su promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob. oró a Dios c

fe y propósito determinado. El Señor escuchó sus súplicas y consideró su oración desinteresada, y le prometió a Moisés que perdonaría a Israel.

Noblemente Moisés pasó la prueba y mostró que su interés en Israel no era para obtener un gran nombre, ni para exaltarse a sí mismo. La carga del [247] pueblo de Dios estaba sobre él. Dios lo había probado y se complacía con su fidelidad, su sencillez de corazón y su integridad ante él, y le encomendó, como a un fiel pastor, el gran cargo de conducir a su pueblo a la tierra prometida.

“Y Moisés se volvió y descendió del monte, trayendo en su mano las dos tablas del testimonio. Las tablas estaban escritas por ambos lados; de un lado y del otro estaban escritas. Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios, grabada sobre las tablas. Y cuando Josué oyó el ruido del pueblo mientras gritaba, dijo a Moisés: Hay ruido de guerra en el campamento. Y dijo: No es la voz de los que claman por dominio, ni es la voz de los que claman por ser vencidos; mas el ruido de los que cantan yo oigo. Y aconteció que tan pronto como llegó cerca del campamento, vio el becerro y las danzas. Y se encendió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y las quebró debajo del monte. Y tomó el becerro que habían hecho, y lo quemó en el fuego, y lo molió hasta convertirlo en polvo, y lo esparció sobre el agua, y dio a beber de él a los hijos de Israel.”

Cuando Moisés vio a los hijos de Israel gritar y bailar de una manera excitada, a imitación de las fiestas idólatras y los adoradores de ídolos de Egipto, tan diferente de la adoración reverencial de Dios, se sintió abrumado. Acababa de llegar de la presencia de la gloria de Dios, y aunque Dios le había advertido que el pueblo se había corrompido, había hecho un ídolo y le había hecho sacrificios; sin embargo, [248] no estaba preparado en cierta medida para la terrible exhibición que presencié de la degradación de Israel. Derribó las tablas de piedra, en completo desánimo e ira por el gran pecado de Israel ante Dios.

El acto de Moisés al quemar el becerro y molerlo hasta convertirlo en polvo, y darles a beber de él, fue para mostrarles la total inutilidad del Dios que habían estado adorando, que su Dios no tenía ningún poder. Los hombres podrían quemarlo en el fuego, molerlo hasta convertirlo en polvo

y bébelo, sin recibir daño alguno por ello. Les preguntó cómo, entonces, podían esperar que un Dios así los salvara, o les hiciera algún bien o algún mal. Luego les refirió las demostraciones que habían presenciado del poder, la gloria y la majestad ilimitados del Dios viviente.

“Y aconteció que cuando oísteis la voz de en medio de las tinieblas (porque el monte ardía con fuego), os acercasteis a mí, todos los jefes de vuestras tribus y vuestros ancianos. Y dijisteis: He aquí, el Señor nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz de en medio del fuego. Hemos visto este día que Dios habla con el hombre, y él vive. Ahora, por lo tanto, ¿por qué debemos morir? porque este gran fuego nos consumirá. Si escuchamos más la voz del Señor nuestro Dios, entonces moriremos. Porque ¿quién hay de toda carne que haya oído la voz del Dios viviente hablando de en medio del fuego, como nosotros, y haya vivido? Acércate tú y escucha todo lo que el Señor nuestro Dios diga; y háganos tú todo lo que el Señor nuestro Dios te diga; y lo oiremos, y lo haremos. Y el Señor oyó la voz de vuestras palabras, cuando me hablasteis. Y me dijo el Señor: He oído la voz de las palabras de este pueblo que te han *hablado*. Bien han dicho todo lo que han dicho. ¡Ojalá hubiera tal corazón en ellos, que me temieran y guardaran todos mis mandamientos siempre, para que les fuera bien a ellos y a sus hijos para siempre!”

Moisés les presentó entonces su vergonzosa conducta al adorar a un becerro, obra del hombre, en lugar de ofrecer sincera devoción al Dios vivo. Les señaló las tablas rotas de piedra, que representaban para ellos que así habían quebrantado el pacto que habían hecho tan recientemente con Dios. Dios no reprendió a Moisés por romper las tablas de piedra, sino que se enojó mucho con Aarón a causa de su pecado; y lo habría destruido, si no hubiera sido por las intercesiones especiales de Moisés en su favor. Moisés le preguntó a Aarón: “¿Qué te ha hecho este pueblo, que has traído sobre él tan gran pecado?”

Aarón trató de disculpar su pecado y relató a Moisés los clamores del pueblo, que si él no hubiera cumplido con sus deseos, lo habrían matado. “Y Aarón dijo: No se encienda la ira de mi Señor. Tú conoces al pueblo, que está puesto

en travesuras. Porque me dijeron: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y les dije: El que tenga oro, que lo parta. Entonces me lo dieron ; luego lo arrojé al fuego, y salió este becerro". Quisiera que Moisés pensara que se había realizado un milagro: que el oro fue arrojado al fuego, y por algún poder milagroso fue [250] transformado en un becerro. Esto fue para disminuir su culpabilidad a los ojos de Moisés, y hacer que pareciera que tenía una excusa plausible para permitir que el pueblo le sacrificara, y para proclamar: "Estos son tus dioses, oh Israel, que te sacaron de de la tierra de Egipto".

Moisés reprendió a Aarón y le informó que su conducta era muy censurable; porque había sido bendecido por encima del pueblo, y había sido admitido en una conversación íntima con Dios. Que él cometiera un pecado tan grande, incluso para salvar su vida, fue motivo de asombro para el fiel Moisés. Vio que el pueblo estaba desnudo; es decir, fueron despojados de sus ornamentos; porque Aarón los había dejado desnudos para vergüenza de ellos, en medio de sus enemigos. Los había despojado de sus adornos y les había dado un uso vergonzoso. No sólo habían perdido sus ornamentos, sino que también fueron despojados de su defensa contra Satanás; porque habían perdido su piedad y consagración a Dios, y habían perdido su protección. Él, en su disgusto, había quitado la mano que los sostenía, y quedaron expuestos al desprecio y el poder de sus enemigos. Sus enemigos estaban bien familiarizados con las obras maravillosas realizadas por la mano de Moisés en Egipto. Y supieron que Moisés los había traído de Egipto, en obediencia al mandato del Dios de los hebreos, para librarlos de la idolatría, y asegurar para sí sus afectos indivisos y su adoración sagrada.

Los hijos de Israel habían quebrantado su lealtad a Dios; y, si lo creyera conveniente, los castigaría como merecían. "Entonces Moisés se paró a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está del lado del Señor? que venga a mí. Y todos los hijos de Leví se juntaron con él. Y les dijo: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Poned cada uno su espada a su lado, y entrad y salid de puerta en puerta por todo el campamento, y matad cada uno a su hermano, y cada uno a su compañero, y cada uno su prójimo. E hicieron los hijos de Leví conforme a la palabra de

Moisés; y cayeron del pueblo aquel día unos tres mil hombres. Porque Moisés había dicho: Consagraos hoy al Señor, cada uno sobre su hijo y sobre su hermano; para que os conceda una bendición en este día.”

Moisés pidió a todos los que habían estado libres de este gran pecado de idolatría, que vinieran y se pusieran a su lado a su diestra; también, aquellos que se habían unido a los rebeldes para adorar este ídolo, pero que se habían arrepentido de su pecado al apartarse tan rápidamente de Dios, para estar a su izquierda. Había una compañía bastante numerosa, en su mayoría de la multitud mixta, que instigó la fabricación del becerro, que eran tercios en su rebelión y no quisieron estar con Moisés, ni a su mano derecha ni a su izquierda.

Entonces Moisés ordenó a los que estaban a su derecha que tomaran sus espadas y salieran y mataran a los rebeldes que querían volver a Egipto. Ninguno debía ejecutar el juicio de Dios sobre los transgresores, solo aquellos que no habían tomado parte en la idolatría. Les ordenó que no perdonaran ni al hermano, ni al compañero, ni al prójimo. Los que se dedicaban a esta obra de matar, por doloroso que fuera, ahora se darían cuenta de que estaban ejecutando sobre sus hermanos un castigo solemne de Dios; y por ejecutar esta dolorosa obra, contrariamente a sus propios sentimientos, Dios les otorgaría su bendición. Al realizar este acto, mostraron sus verdaderos sentimientos en relación con el alto crimen de la idolatría, y se consagraron más plenamente [252] al culto sagrado del único Dios verdadero. El terror del Señor estaba sobre el pueblo, y temían que todos fueran destruidos. Cuando Moisés vio su angustia, prometió, de acuerdo con su ferviente pedido, suplicar al Señor que perdonara su gran pecado.

“Y aconteció al día siguiente que Moisés dijo al pueblo: Gran pecado habéis cometido; y ahora subiré al Señor; por ventura haré expiación por tu pecado. Y Moisés volvió al Señor y dijo: ¡Oh! Este pueblo ha cometido un gran pecado, y se han hecho dioses de oro. Sin embargo, ahora, si perdonas su pecado—; y si no, bórrame, te ruego, de tu libro que has escrito. Y el Señor dijo a Moisés: A cualquiera que pecare contra mí, a éste raeré de mi libro. Ve, pues, ahora, lleva a este pueblo al lugar del que te he hablado. He aquí, mi Ángel irá delante de ti; sin embargo, en

el día que yo los visite, visitaré su pecado sobre ellos. Y el Señor hirió al pueblo porque hicieron el becerro que hizo Aarón”.

Moisés manifestó su gran amor por el pueblo en su súplica al Señor para que perdonara su pecado, o borrara su nombre del libro que había escrito. Sus intercesiones aquí ilustran el amor y la mediación de Cristo por la raza pecadora. El Señor se negó a permitir que Moisés sufriera por los pecados de su pueblo rebelde. Le declaró que borraría de su libro que había escrito a los que habían pecado contra él; porque el justo no debe sufrir por la culpa del pecador. El libro al que aquí se hace referencia es el libro de los registros en [253] el Cielo, donde todo nombre está registrado, y sus actos, sus pecados y su obediencia están fielmente escritos. Cuando alguien comete pecados que son demasiado graves para que el Señor los perdone, sus nombres son borrados del libro y son consagrados a la destrucción. Aunque Moisés se dio cuenta del terrible destino de aquellos cuyos nombres debían borrarse del libro de Dios, declaró claramente ante Dios que si los nombres de su Israel descarriado debían ser borrados y no ser recordados más por él para siempre, deseaba su nombre sea borrado con el de ellos; porque nunca podría soportar ver la plenitud de su ira caer sobre el pueblo por el cual había obrado tales maravillas.

“Y Jehová dijo a Moisés: Ve, y sube de aquí, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu simiente la daré. Y enviaré un Ángel delante de ti; y expulsaré al cananeo, al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo; a una tierra que mana leche y miel; porque no subiré en medio de ti; porque tú eres un pueblo de dura cerviz; no sea que te consuma en el camino. Y cuando el pueblo oyó estas malas noticias, se entristeció; y ninguno se vistió con sus atavíos. Porque el Señor había dicho a Moisés: Di a los hijos de Israel: Vosotros sois pueblo de dura cerviz. Subiré en medio de ti en un momento y te consumiré; por tanto, ahora, quítate tus atavíos, para que yo sepa qué hacerte. Y los hijos de Israel se despojaron de sus atavíos junto al monte de Horeb. Y tomó Moisés el tabernáculo, y lo plantó fuera del campamento, lejos del campamento, y lo llamó tabernáculo de reunión. Y sucedió



que todos los que buscaban al Señor, salían al tabernáculo de reunión, que estaba fuera del campamento.”

El tabernáculo aquí mencionado era una tienda temporal arreglada para la adoración de Dios. El tabernáculo, cuyo modelo Dios le dio a Moisés, aún no había sido construido.

Todos los que se arrepintieron sinceramente de sus pecados, hicieron súplicas a Dios en el tabernáculo, confesando sus pecados con gran humildad, y luego regresaron nuevamente a sus tiendas. Entonces Moisés entró en el tabernáculo. El pueblo observaba con el más profundo interés para ver si Dios aceptaría sus intercesiones a favor de ellos; y si condescendía a encontrarse con Moisés, entonces podían esperar que no fueran consumidos por completo. Cuando la columna de nube descendió y se detuvo a la puerta del tabernáculo, entonces todo el pueblo lloró de alegría, y se levantó y adoró, cada uno a la puerta de su tienda. Se inclinaron sobre sus rostros a tierra en humildad. Mientras la columna de nube, una señal de la presencia de Dios, continuaba descansando en la puerta del tabernáculo, sabían que Moisés estaba intercediendo por ellos ante Dios. “Y el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla cualquiera con su amigo”.

“Y Moisés dijo al Señor: Mira, tú me dices: Saca a este pueblo; y no me has hecho saber a quién has de enviar conmigo. Sin embargo, has dicho: Te conozco por tu nombre, y también has hallado gracia ante mis ojos. Ahora, por tanto, te ruego, si he hallado gracia en tus ojos, muéstrame ahora tu camino, para que pueda conocerte, para que pueda hallar gracia en tus ojos; y considera que esta nación [255] es tu pueblo”. Moisés fue muy urgente para que el Señor le mostrara exactamente el curso que quería que siguiera hacia Israel.

Deseaba que Dios marcara su curso, que sus instrucciones a Israel fueran con tal sabiduría que el pueblo recibiera sus enseñanzas, y su curso fuera aprobado por Dios, y que Él los considerara nuevamente como su pueblo.

El Señor respondió a la ansiosa pregunta de Moisés y dijo: “Mi presencia irá contigo y te daré descanso. Y él le dijo: Si tu presencia no va conmigo, no nos saques de aquí. Porque ¿en qué se conocerá aquí que yo y tu pueblo hemos hallado gracia ante tus ojos? ¿No es en que tú vas con nosotros? Así seremos separados, yo y tu pueblo, de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra.” Le rogó a Dios que supiera cómo debía

sea sabido que él y su pueblo habían hallado gracia ante sus ojos, si no dejaba que la señal de su presencia descansara sobre el tabernáculo como antes. Moisés no estaba dispuesto a cesar sus súplicas a Dios hasta que obtuviera la seguridad de que la señal de su presencia aún descansaría sobre el tabernáculo como lo había hecho, y que continuaría dirigiendo sus jornadas por medio de una columna de nube durante el día, y una columna de fuego de noche. Entonces Moisés podría realizar más fácilmente su laboriosa tarea de guiar al pueblo; porque esta señal les recordaría continuamente al Dios viviente, y también sería una seguridad para ellos de su presencia divina. Entonces podría influir más fácilmente en la gente para que hiciera lo correcto, ya que podría señalarles la evidencia de la cercanía de Dios a ellos.

[256] El Señor concedió la ferviente súplica de su siervo. “Y el Señor dijo a Moisés: Yo también haré esto que has dicho; porque has hallado gracia ante mis ojos, y te conozco por tu nombre. Y él dijo: Te ruego, muéstrame tu gloria. Y él dijo: Haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti; y tendré misericordia de quien yo tendré misericordia, y tendré misericordia de quien yo tendré misericordia. Y él dijo: No puedes ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y el Señor dijo: He aquí, hay un lugar junto a mí, y tú estarás de pie sobre una peña, y sucederá que mientras pasa mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré ti con mi mano mientras paso; y quitaré mi mano, y verás mis espaldas; pero mi rostro no será visto.”

Nunca antes el hombre caído había sido tan favorecido por Dios. Al encomendar a Moisés la gran obra de conducir a su pueblo a través de la tierra prometida, condescendió en manifestarle su gloria como nunca le había hecho a ningún otro sobre la tierra.

“Y el Señor dijo a Moisés: Lávate dos tablas de piedra como las primeras; y escribiré sobre estas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que tú quebraste. Y prepárate para la mañana, y sube por la mañana al monte Sinaí, y preséntate allí a mí en la cumbre del monte. Y no suba hombre contigo, ni se vea hombre alguno en todo el monte; ni las ovejas ni las vacas pacen delante de ese monte.

El Señor prohibió que se viera a nadie en todo el monte, a causa de su reciente transgresión, para que su gloria no consuma

a ellos. Esto hará que todos entiendan cómo considera Dios la transgresión de sus mandamientos. Si el pueblo no pudo contemplar su gloria, que apareció sobre el Sinaí por segunda vez, mientras él escribía de nuevo su ley, ¿cómo llevarán los impíos, que han pisoteado la autoridad de Dios, su ardiente gloria cuando se encuentren con el gran Legislador sobre su ley rota?

“Y labró dos tablas de piedra, como las primeras; y Moisés se levantó muy de mañana, y subió al monte Sinaí, como el Señor le había mandado, y tomó en su mano las dos tablas de piedra. Y el Señor descendió en la nube, y estuvo allí con él, y proclamó el nombre del Señor. Y el Señor pasó delante de él y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, lento para la ira y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, y que de ningún modo absolver a los culpables; que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.”

Dios no quiso decir con esta amenaza que los hijos deberían ser obligados a sufrir por los pecados de sus padres, sino que el ejemplo de los padres sería imitado por los hijos. Si los hijos de padres malvados sirvieran a Dios y hicieran justicia, él recompensaría su rectitud. Pero los efectos de una vida pecaminosa a menudo son heredados por los hijos. Siguen los pasos de sus padres. El ejemplo pecaminoso tiene su influencia de padre a hijo, a la tercera y cuarta generación. Si los padres se entregan a apetitos depravados, verán, en casi todos los casos, que se actúa de la misma manera en sus hijos. Los hijos desarrollarán **caracteres** similares a los de sus padres; ya menos que sean renovados por la gracia y vencidos, son verdaderamente desafortunados. Si los padres son continuamente rebeldes e inclinados a desobedecer a Dios, sus hijos generalmente imitarán su ejemplo. Los padres piadosos, que instruyen a sus hijos por medio del precepto y el ejemplo en los caminos de la justicia, generalmente verán a sus hijos siguiendo sus pasos. El ejemplo de los padres temerosos de Dios será imitado por sus hijos, y los hijos de sus hijos imitarán el ejemplo correcto que sus padres les han dado; y así la influencia se ve de generación en generación.

Cuando el Señor imprimió en el corazón de Moisés un claro sentido de su bondad, misericordia y compasión, se llenó de

transportes de alegría, que lo llevaron a adorar a Dios con profunda reverencia. Suplicó que el Señor perdonara la iniquidad de su pueblo y los tomara como su herencia. Entonces Dios en su gracia le prometió a Moisés que haría un pacto ante todo Israel para hacer grandes cosas por su pueblo; y que demostraría a todas las naciones su especial cuidado y amor por ellas.

Entonces Dios encargó a Moisés que no hiciera ningún pacto con los habitantes de la tierra adonde debían ir, para que no cayeran en la trampa. Pero deben destruir los altares de sus ídolos, romper sus imágenes y talar sus bosques, que estaban dedicados a sus ídolos, y donde la gente se reunía para celebrar sus fiestas idolátricas, dadas en honor de sus dioses ídolos. Entonces les dijo: “No adoraréis a ningún otro dios; porque el Señor, cuyo nombre es Celoso, es un Dios celoso.”

Dios reclama la adoración suprema como su deber. Dio instrucciones especiales [259] con respecto a su sábado: “Seis días trabajarás, pero el séptimo día descansarás. En el tiempo de la cosecha y en la siega descansarás.” El Señor sabía que Satanás estaba obrando continuamente para inducir a su pueblo a transgredir la ley de Dios, y condescendió en ser muy definido en sus instrucciones a su pueblo descarriado, para que no erraran y transgredieran sus mandamientos por falta de conocimiento. . Sabía que en la estación más ocupada del año, cuando sus frutos y granos debían estar asegurados, se verían tentados a transgredir el sábado y trabajar en el tiempo sagrado. Quiere que entiendan que sus bendiciones aumentarán o disminuirán según la integridad de su alma o la infidelidad en su servicio.

Dios no es menos exigente ahora con respecto a su sábado que cuando hizo este requisito para los hijos de Israel. Su ojo está sobre todo su pueblo, y sobre todas las obras de sus manos. No pasará desapercibido a aquellos que se aglomeran en su sábado y emplean el tiempo para su propio uso que le pertenece a él. Algunos observadores profesos del sábado se entrometerán en el sábado al hacer las cosas que deberían haberse hecho antes del sábado. Los tales pueden pensar que ganan un poco de tiempo; pero en lugar de ser beneficiados por robar a Dios el tiempo santo, que se ha reservado para sí mismo, perderán. El Señor los afligirá por su transgresión del cuarto mandamiento; y ese tiempo que pensaban ganar al entrometerse en el día de reposo resultará ser una maldición para ellos. La mano próspera de Dios retirada, causará una disminución en todas sus posesiones, en lug

Dios ciertamente castigará al transgresor. Aunque puede soportarlo por un tiempo, su castigo puede llegar repentinamente. Los tales no siempre se dan cuenta de que los juicios son de Dios. Es un celoso [260] Dios, y requiere servicio de corazón y perfecta obediencia a todos sus mandamientos.

“Y aconteció que cuando Moisés descendió del monte Sinaí (con las dos tablas del testimonio en la mano de Moisés, cuando descendió del monte), Moisés no sabía que la piel de su rostro resplandecía mientras hablaba con A él. Y cuando Aarón y todos los hijos de Israel vieron a Moisés, he aquí, la piel de su rostro resplandecía, y tenían miedo de acercarse a él. Y Moisés los llamó; y Aarón y todos los príncipes de la congregación volvieron a él, y Moisés habló con ellos. Y después se acercaron todos los hijos de Israel; y les mandó todo lo que el Señor le había dicho en el monte Sinaí. Y hasta que Moisés terminó de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro. Pero cuando Moisés entró delante del Señor para hablar con él, se quitó el velo hasta que salió.

Y salió y habló a los hijos de Israel lo que le había sido mandado. Y los hijos de Israel vieron el rostro de Moisés, que la piel del rostro de Moisés resplandecía; y Moisés volvió a poner el velo sobre su rostro, hasta que entró a hablar con él.”

Los que pisotean la autoridad de Dios y desprecian abiertamente la ley dada con tanta grandeza en el Sinaí, prácticamente desprecian al Dador de la ley, el gran Jehová. A los hijos de Israel que transgredieron el primer y segundo mandamiento, se les mandó no ser vistos en ninguna parte cerca del monte, donde Dios había de descender en gloria para escribir la ley por segunda vez sobre tablas de piedra, para que no fueran consumidos por el ardiente gloria de su presencia. Y si ni siquiera pudieron mirar el rostro de Moisés por la gloria de [261] su rostro, porque había estado en comunión con Dios, ¿ cuánto menos los transgresores de la ley de Dios pueden mirar al Hijo de Dios cuando aparecerá en las nubes del cielo en la gloria de su Padre, rodeado de toda la hueste angélica, para ejecutar juicio sobre todos los que han desobedecido los mandamientos de Dios, y han pisoteado su sangre!

La ley de Dios existía antes de que el hombre fuera creado. Los ángeles fueron gobernados por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno de Dios. Después de que Adán y Eva fueron creados, Dios hizo

conociendoles su ley. Entonces no estaba escrito, sino que Jehová les repitió.

El sábado del cuarto mandamiento fue instituido en el Edén. Después que Dios hizo el mundo y creó al hombre sobre la tierra, hizo el sábado para el hombre. Después del pecado y la caída de Adán, nada fue quitado de la ley de Dios. Los principios de los diez mandamientos existían antes de la caída y tenían un carácter adecuado a la condición de una orden sagrada de seres. Después de la caída, los principios de esos preceptos no cambiaron, pero se dieron preceptos adicionales para enfrentar al hombre en su estado caído.

Entonces se estableció un sistema que requería el sacrificio de bestias, para mantener ante el hombre caído lo que la serpiente hizo que Eva no creyera, que la pena de la desobediencia es la muerte. La transgresión de la ley de Dios hizo necesario que Cristo muriera como sacrificio, y así hizo posible que el hombre escapara de la pena y, sin embargo, se conservara el honor de la ley de Dios. El sistema de sacrificios debía enseñar al hombre la humildad, en vista de su condición caída, e inducirlo al arrepentimiento, [262] ya confiar sólo en Dios, a través del Redentor prometido, para el perdón por la transgresión pasada de su ley. Si la ley de Dios no hubiera sido transgredida, nunca habría habido muerte, y no habría habido necesidad de preceptos adicionales para adaptarse a la condición caída del hombre.

Adán enseñó a sus descendientes la ley de Dios, ley que fue transmitida a los fieles a través de generaciones sucesivas. La continua transgresión de la ley de Dios exigió un diluvio de aguas sobre la tierra. La ley fue preservada por Noé y su familia, quienes por obrar bien se salvaron en el arca por un milagro de Dios. Noé enseñó a sus descendientes los diez mandamientos. El Señor preservó para sí un pueblo desde Adán para abajo, en cuyos corazones estaba s  
Él dice de Abraham: "Oyó mi voz y guardó mis preceptos, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes".

El Señor se apareció a Abraham y le dijo: "Yo soy el Dios Todopoderoso. Camina delante de mí, y sé perfecto. Y haré un pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera ". "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti".

Luego exigió de Abraham y su simiente la circuncisión, que era un círculo tallado en la carne, como señal de que Dios los había cortado y separado de todas las naciones como su tesoro peculiar. Por esta señal se comprometieron solemnemente a no casarse con otras naciones; porque al hacerlo perderían su reverencia por Dios y su santa ley, y llegarían a ser como las naciones idólatras que los rodean.

Por el acto de la circuncisión acordaron solemnemente cumplir el [263] su parte las condiciones del pacto hecho con Abraham, para ser separados de todas las naciones, y ser perfectos. Si los descendientes de Abraham se hubieran mantenido separados de otras naciones, no habrían sido seducidos a la idolatría. Al mantenerse separados de otras naciones, se les quitaría la gran tentación de involucrarse en sus prácticas pecaminosas y rebelarse contra Dios. Perdieron en gran medida su peculiar carácter santo al mezclarse con las naciones que los rodeaban. Para castigarlos, el Señor trajo hambre sobre su tierra, lo que los obligó a descender a Egipto para preservar sus vidas. Pero Dios no los abandonó mientras estaban en Egipto, a causa de su pacto con Abraham. Él permitió que los egipcios los oprimieran, para que en su angustia se volvieran a él, eligieran su gobierno justo y misericordioso y obedecieran sus requisitos.

Hubo solo unas pocas familias que primero bajaron a Egipto. Estos aumentaron a una gran multitud. Algunos tenían cuidado de instruir a sus hijos en la ley de Dios; pero muchos de los israelitas habían presenciado tanta idolatría que tenían ideas confusas de la ley de Dios. Los que temían a Dios, clamaron a él en angustia de espíritu para que rompiera su yugo de dolorosa esclavitud y los sacara de la tierra de su cautiverio, para que pudieran ser libres para servirle. Dios escuchó sus clamores y levantó a Moisés como su instrumento para lograr la liberación de su pueblo. Después que salieron de Egipto, y las aguas del Mar Rojo se dividieron delante de ellos, el Señor los probó para ver si confiarían en él que los había tomado, una nación de otra nación, con señales, tentaciones y prodigios. Pero ellos [264] no soportaron la prueba. Murmuraron contra Dios por las dificultades del camino, y quisieron volver de nuevo a Egipto. Para dejarlos sin excusa, el Señor mismo se digna descender sobre el Sinaí, envuelto en gloria y rodeado de sus ángeles, y

de la manera más sublime y terrible dio a conocer su ley de los diez mandamientos. No confiaba en que nadie les enseñara, ni siquiera en sus ángeles, sino que pronunció su ley con voz audible a oídos de todo el pueblo. Ni siquiera entonces los confió a la corta memoria de un pueblo que era propenso a olvidar sus requisitos, sino que los escribió con su propio dedo santo sobre tablas de piedra. Quitaría de ellos toda posibilidad de mezclar con sus santos preceptos cualquier tradición, o de confundir sus exigencias con las prácticas de los hombres.

Luego se acercó aún más a su pueblo, que tan fácilmente se dejaba engañar, y no los dejaba simplemente con los diez preceptos del decálogo. Ordenó a Moisés que escribiera, como debía ordenarle, juicios y leyes, dando instrucciones detalladas con respecto a lo que les pedía que cumplieran, y así guardó los diez preceptos que había grabado en las tablas de piedra. Estas instrucciones y requisitos específicos se dieron para atraer al hombre descarriado a la obediencia de la ley moral, que es tan propenso a transgredir.

Si el hombre hubiera guardado la ley de Dios, tal como fue dada a Adán después de su caída, conservada en el arca por Noé y observada por Abraham, no habría habido necesidad de la ordenanza de la circuncisión. Y si los descendientes de Abraham hubieran guardado el pacto, del cual la circuncisión era señal o prenda, nunca habrían entrado en [265] idolatría, ni se les habría permitido descender a Egipto; y no habría habido necesidad de que Dios proclamara su ley desde el Sinaí, y la grabara sobre tablas de piedra, y la guardara con instrucciones definidas en los juicios y estatutos dados a Moisés.

Moisés escribió estos juicios y estatutos de la boca de Dios mientras estaba con él en el monte. Si el pueblo de Dios hubiera obedecido los principios de los diez mandamientos, no habría habido necesidad de las instrucciones específicas dadas a Moisés, las cuales él escribió en un libro, relativas a su deber hacia Dios y hacia los demás.

Las instrucciones definidas que el Señor dio a Moisés con respecto al deber de su pueblo entre sí y con el extranjero, son los principios de los diez mandamientos simplificados y dados de una manera definida, para que no se equivoquen.

El Señor dijo de los hijos de Israel: "Por cuanto no pusieron por obra mis juicios, sino que menospreciaron mis estatutos, y profanaron mis días de reposo, y sus ojos fueron tras los ídolos de sus padres, donde...



porque también les di estatutos que no eran buenos, y juicios por los cuales no vivirían.” Por la continua desobediencia, el Señor anexó penas a la transgresión de su ley, que no eran buenas para el transgresor, o por las cuales no debía vivir en su rebelión.

Al transgredir la ley que Dios había dado con tanta majestad y en medio de una gloria inalcanzable, el pueblo mostró un abierto desprecio por el gran Legislador, y la pena fue la muerte.

“Y también les di mis días de reposo, para que fueran una señal entre mí y ellos, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico. Pero la casa de Israel se rebeló contra mí en el desierto: [266] no anduvieron en mis estatutos, y despreciaron mis juicios, los cuales si el hombre los hiciere, aun vivirá en ellos; y mis días de reposo en gran manera contaminaron. Entonces dije: Derramaría mi furor sobre ellos en el desierto, para consumirlos.

Los estatutos y juicios dados por Dios eran buenos para los obedientes. “Deberían vivir en ellos”. Pero no eran buenas para el transgresor; porque en la ley civil dada a Moisés, el castigo debía ser infligido al transgresor, para que otros fueran refrenados por el miedo.

Moisés ordenó a los hijos de Israel que obedecieran a Dios. Él les dijo: “Ahora, pues, escucha, oh Israel, los estatutos y los decretos que yo te enseño, para que los cumplas y vivas, y entres y poseas la tierra que Jehová el Dios de tus padres te da.”

El Señor instruyó a Moisés definitivamente con respecto a los sacrificios ceremoniales, que debían cesar a la muerte de Cristo. El sistema de sacrificios presagiaba la ofrenda de Cristo como Cordero sin mancha.

El Señor primero estableció el sistema de ofrendas de sacrificio con Adán después de su caída, el cual enseñó a sus descendientes. Este sistema fue corrompido antes del diluvio y por aquellos que se separaron de los fieles seguidores de Dios y se dedicaron a la construcción de la torre de Babel. Sacrificaron a los dioses de su propia creación en lugar del Dios del cielo. No ofrecieron sacrificios porque tuvieran fe en el Redentor que había de venir, sino porque pensaron que agradarían a sus dioses ofreciendo muchas bestias sobre altares de ídolos contaminados. Su superstición los llevó a grandes

[267] extravagancias. Enseñaron al pueblo que cuanto más valioso fuera el sacrificio, mayor placer daría a sus dioses ídolos, y mayor sería la prosperidad y riquezas de su nación. Por lo tanto, a menudo se sacrificaban seres humanos a estos ídolos sin sentido. Esas naciones tenían leyes y reglamentos para controlar las acciones de la gente, que eran extremadamente crueles. Sus leyes fueron hechas por aquellos cuyos corazones no fueron suavizados por la gracia; y mientras pasarían por alto los crímenes más degradantes, una pequeña ofensa provocaría el castigo más cruel de parte de quienes tienen autoridad.

Moisés tenía esto en mente cuando le dijo a Israel: “He aquí, os he enseñado estatutos y derechos, tal como el Señor mi Dios me ha mandado, para que hagáis así en la tierra a la cual entráis para poseerla. Guardadlas, pues, y hacedlas; porque esta es vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a la vista de las naciones que oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente esta gran nación es pueblo sabio y entendido. Porque ¿qué nación hay tan grande que tenga a Dios tan cerca de ellos, como el Señor nuestro Dios está en todas las cosas que le informan? ¿Y qué nación hay tan grande que tenga estatutos y juicios tan justos como toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?

Dios fue un legislador sabio y compasivo, juzgando todos los casos con justicia y sin parcialidad. Mientras los israelitas estaban en la esclavitud de Egipto, estaban rodeados de idolatría. Los egipcios habían recibido tradiciones con respecto a los sacrificios. No reconocieron la existencia del Dios del Cielo. Sacrificaron a sus dioses ídolos. Con gran pompa y ceremonia realizaron su [268] adoración de ídolos. Erigieron altares en honor de sus dioses y exigieron que incluso sus propios hijos pasaran por el fuego. Después de haber erigido sus altares, exigieron a sus hijos que saltaran sobre los altares a través del fuego. Si podían hacer esto sin ser quemados, los sacerdotes de los ídolos y el pueblo lo recibían como una evidencia de que su Dios aceptaba sus ofrendas y favorecía especialmente a la persona que pasaba por la prueba de fuego. Estaba colmado de beneficios, y desde entonces fue muy estimado por todo el pueblo. Nunca se le permitió ser castigado, por muy agravantes que fueran sus delitos. Si otra persona que saltó a través del fuego tuvo la mala suerte de quemarse, entonces su destino estaba fijado; porque pensaban que sus dioses estaban enojados y que se apaciguarían con nada menos que el

vida de la infeliz víctima, y fue ofrecido como sacrificio sobre sus altares de ídolos.

Incluso algunos de los hijos de Israel se habían degradado hasta el punto de practicar estas abominaciones, y Dios hizo que el fuego se encendiera sobre sus hijos, a quienes hicieron pasar por el fuego. No llegaron a todos los extremos de las naciones paganas; pero Dios los privó de sus hijos al hacer que el fuego los consumiera en el acto de atravesarlo.

Debido a que el pueblo de Dios tenía ideas confusas de las ofrendas ceremoniales de los sacrificios, y había confundido las tradiciones paganas con su adoración ceremonial, Dios condescendió en darles instrucciones definidas, para que pudieran comprender el verdadero significado de esos sacrificios que iban a durar sólo hasta el fin del mundo . El Cordero de Dios debía ser inmolado, quien era el gran prototipo de todas sus ofrendas de sacrificio.

[269]

## Capítulo 21—El santuario

El tabernáculo fue hecho según el mandamiento de Dios. El Señor levantó hombres y los capacitó con habilidades más que naturales para realizar la obra más ingeniosa. Ni a Moisés ni a esos obreros se les dejó planear la forma y la mano de obra del edificio. Dios mismo ideó el plan y se lo dio a Moisés, con instrucciones particulares en cuanto a su tamaño y forma, y los materiales a ser usados, y especificó cada artículo de mobiliario que iba a estar en él. Presentó ante Moisés un modelo en miniatura del santuario celestial y le ordenó que hiciera todas las cosas según el modelo que le mostró en el monte. Moisés escribió todas las instrucciones en un libro y se las leyó a los más influyentes del pueblo.

Entonces el Señor pidió al pueblo que trajera una ofrenda voluntaria, para hacerle a él un santuario, para que él pudiera habitar entre ellos. “Y toda la congregación de los hijos de Israel partió de la presencia de Moisés. Y vinieron todos aquellos cuyo corazón lo motivó, y todos aquellos a quienes su espíritu dio voluntad, y trajeron la ofrenda del Señor para la obra del tabernáculo de reunión, y para todo su servicio, y para las vestiduras sagradas. Y vinieron, tanto hombres como mujeres, todos los de buen corazón, y trajeron brazaletes, zarcillos, anillos y tablas, todo alhajas de oro; y todo hombre que ofreció, ofreció una ofrenda de

Fueron necesarios grandes y costosos preparativos. Deben recogerse los materiales preciosos y [270] costosos. Pero el Señor sólo aceptó las ofrendas voluntarias. La devoción a la obra de Dios y el sacrificio de corazón fueron los primeros requisitos para preparar un lugar para Dios. Y mientras se construía el santuario, y el pueblo traía sus ofrendas a Moisés, y él las presentaba a los obreros, todos los sabios que trabajaban en la obra examinaban las ofrendas, y decidían que el pueblo las había traído suficiente, e incluso más de lo que podrían usar. Y Moisés proclamó por todo el campamento, diciendo: Ni el hombre ni la mujer hagan más trabajo

para la ofrenda del santuario. Así que se impidió al pueblo traer”.

Las repetidas murmuraciones de los israelitas, y las visitas de la ira de Dios a causa de sus transgresiones, están registradas en la historia sagrada para el beneficio del pueblo de Dios que más tarde viviría sobre la tierra; pero más especialmente para ser una advertencia a aquellos que deben vivir cerca del fin de los tiempos. También sus actos de devoción, su energía y generosidad, al traer sus ofrendas voluntarias a Moisés, se registran para el beneficio del pueblo de Dios. Su ejemplo al preparar material para el tabernáculo tan alegremente, es un ejemplo para todos los que verdaderamente aman la adoración a Dios. Los que aprecian la bendición de la sagrada presencia de Dios, cuando preparan un edificio para que Él pueda reunirse con ellos, deben manifestar mayor interés y celo en la obra sagrada en la proporción en que valoran sus bendiciones celestiales más que sus comodidades terrenales. Deben darse cuenta de que están preparando una casa para Dios.

Muchos gastarán mucho para erigir edificios cómodos y sabrosos para ellos mismos; pero cuando quieren preparar un lugar para recibir la presencia del Alto y Exaltado, manifiestan una [271] maravillosa indiferencia, y no tienen ningún interés particular en cuanto a la conveniencia, el arreglo y la mano de obra. Sus ofrendas no se dan alegremente de corazón, sino de mala gana; y están continuamente estudiando de qué manera se puede hacer que el edificio sagrado cueste lo menos posible y responda al propósito de una casa de adoración. Algunos manifiestan más interés en construir sus graneros, donde guardar su ganado, que en construir un lugar para la adoración de Dios. Tales valoran los privilegios sagrados justamente en la proporción que muestran sus obras. Y su prosperidad y fortaleza espiritual será justa conforme a sus obras. Dios no hará que su bendición descanse sobre aquellos que tienen tan poca estimación del valor de las cosas divinas.

Las ofrendas renuentes y mezquinas no son aceptadas por Dios. Aquellos que manifiesten ese fervor para traer al Señor ofrendas aceptables, de lo mejor que tengan, voluntariamente, como los hijos de Israel trajeron sus presentes a Moisés, serán bendecidos en la proporción en que hayan estimado el valor de las cosas divinas.

Es de cierta importancia que un edificio preparado expresamente para que Dios se reúna con su pueblo, debe arreglarse con cuidado, hacerlo cómodo, limpio y conveniente; porque ha de estar dedicada a Dios,

y se le presentó, y se le debe suplicar que permanezca en esa casa, y la haga sagrada por su santa presencia. Lo suficiente debe darse voluntariamente al Señor, para realizar generosamente la obra, y entonces los obreros podrán decir: No traigan más ofrendas. Una casa construida para Dios nunca debe quedar endeudada, porque Dios sería deshonrado. Él [272] conoce todos los corazones, y recompensará a todos los que libremente le devuelvan, cuando lo requiera, lo que él les ha dado . Si retienen lo que pertenece a Dios, él los afligirá en sus familias y hará que disminuyan sus posesiones, de acuerdo con su disposición a robarle.

Después de terminar la construcción del tabernáculo, Moisés examinó todo el trabajo y lo comparó con el modelo y las instrucciones que había recibido de Dios, y vio que cada parte concordaba con el modelo; y bendijo al pueblo. Dios le dio un modelo del arca a Moisés, con instrucciones especiales de cómo hacerlo. El arca fue hecha para contener las tablas de piedra, en las cuales Dios grabó, con su propio dedo, los diez mandamientos. Tenía forma de cofre, y estaba revestido e incrustado de oro puro. Estaba adornado con coronas de oro alrededor de la parte superior. La tapa de este cofre sagrado era el propiciatorio, hecho de oro macizo. En cada extremo del propiciatorio había un querubín de oro puro y macizo. Sus rostros estaban vueltos el uno hacia el otro, y miraban con reverencia hacia el propiciatorio, que representa a todos los ángeles celestiales mirando con interés y reverencia la ley de Dios depositada en el arca en el santuario celestial. Estos querubines tenían alas. Un ala de cada ángel se extendía hacia lo alto, mientras que la otra ala de cada ángel cubría sus formas. El arca del santuario terrenal era el modelo de la verdadera arca en el Cielo. Allí, junto al arca celestial, están los ángeles vivientes, en cada extremo del arca, cada uno con un ala que cubre el propiciatorio y se extiende hacia lo alto, mientras que las otras alas están plegadas sobre sus formas en señal de reverencia y humildad.

[273] En el arca terrenal se le pidió a Moisés que colocara las tablas de piedra. Éstas se llamaban las tablas del testimonio; y el arca se llamaba el arca del testimonio, porque contenían el testimonio de Dios en los diez mandamientos. El tabernáculo estaba compuesto de dos departamentos, separados por una cortina o velo.

Todo el mobiliario del tabernáculo era de oro macizo o revestido de oro. Las cortinas del tabernáculo eran de una variedad de colores, muy bellamente arregladas, y en estas cortinas estaban labradas, con hilos de oro y plata, querubines, que representaban la hueste angélica, que están conectadas con la obra del santuario celestial. , y que son ángeles ministradores de los santos en la tierra.

Dentro del segundo velo se colocó el arca del testimonio, y la hermosa y rica cortina se corrió ante el arca sagrada. Esta cortina no llegaba a la parte superior del edificio. La gloria de Dios, que estaba sobre el propiciatorio, podía verse desde ambos departamentos, pero en mucho menor grado desde el primero. Directamente delante del arca, pero separado por la cortina, estaba el altar de oro del incienso. El fuego sobre este altar fue encendido por el Señor mismo, y fue sagradamente acariciado al alimentarlo con el incienso santo, que llenó el santuario con su nube fragante, día y noche. Su fragancia se extendía por millas alrededor del tabernáculo. Cuando el sacerdote ofreció el incienso ante el Señor, miró hacia e Aunque no podía verlo, sabía que estaba allí; y mientras el incienso subía como una nube, la gloria del Señor descendía sobre el propiciatorio, y llenaba el lugar santísimo, y era visible en el [274] lugar santo; y la gloria a menudo llenaba tanto los dos departamentos que el sacerdote no podía oficiar, y se veía obligado a pararse a la puerta del tabernáculo. El sacerdote en el lugar santo, dirigiendo su oración por fe al propiciatorio, que no podía ver, representa al pueblo de Dios dirigiendo sus oraciones a Cristo ante el propiciatorio en el santuario celestial. No pueden contemplar a su Mediador con el ojo natural, pero con el ojo de la fe ven a Cristo ante el propiciatorio, le dirigen sus oraciones y con seguridad reclaman los beneficios de su mediación.

Estos sagrados aposentos no tenían ventanas para dejar pasar la luz. El candelabro estaba hecho de oro purísimo, y se mantenía encendido día y noche, y alumbraba ambos aposentos. La luz de las lámparas del candelero se reflejaba sobre las tablas recubiertas de oro, a los lados del edificio, y sobre los muebles sagrados, y sobre las cortinas de hermosos colores con querubines labrados con hilos de oro y plata, cuyo aspecto era glorioso más allá de la descripción. Ningún lenguaje puede describir la belleza y el encanto, y sagrado

gloria, que estos apartamentos presentaban. El oro del santuario reflejaba los colores de las cortinas, que parecían los diferentes colores del arco iris.

Sólo una vez al año podía entrar el sumo sacerdote en el lugar santísimo, después de la más cuidadosa y solemne preparación. Ningún ojo mortal sino el del sumo sacerdote podía contemplar la sagrada grandeza de ese apartamento, porque era la morada especial de la gloria visible de Dios. El sumo sacerdote entraba siempre en ella temblando, mientras [275] el pueblo esperaba su regreso con solemne silencio.

Sus fervientes deseos eran para Dios por su bendición. Ante el propiciatorio, Dios conversaba con el sumo sacerdote. Si permanecía un tiempo fuera de lo común en el lugar santísimo, muchas veces el pueblo se aterrorizaba, temiendo que por sus pecados, o por algún pecado del sacerdote, la gloria del Señor lo hubiera matado. Pero cuando se escuchó el sonido del tintineo de las campanillas sobre sus vestiduras, se sintieron muy aliviados. Luego salió y bendijo al pueblo.

Una vez finalizada la obra del tabernáculo, “una nube cubrió la tienda de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y Moisés no podía entrar en la tienda de reunión, porque la nube estaba sobre ella, y la gloria del Señor llenaba el tabernáculo. Y cuando la nube se elevó sobre el tabernáculo, los hijos de Israel siguieron adelante en todas sus jornadas. Pero si la nube no fue levantada, entonces no partieron hasta el día en que fue levantada. Porque la nube de Jehová estaba sobre el tabernáculo de día, y fuego sobre él de noche, a la vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.” El tabernáculo fue construido para ser descuartizado y llevado con ellos en todos sus viajes.

El Señor dirigió a los israelitas en todos sus viajes por el desierto. Cuando era para el bien del pueblo, y la gloria de Dios, que armaran sus tiendas en un lugar determinado, y permanecieran allí, Dios les manifestó su voluntad por medio de la columna de nube que descansaba directamente sobre el tabernáculo. Y allí permaneció hasta que Dios los hizo viajar de nuevo. Entonces la nube de gloria se elevó [276] muy por encima del tabernáculo, y luego viajaron de nuevo. En todos sus viajes observaron un orden perfecto. Cada tribu llevaba un estandarte, con la señal de la casa de su padre sobre él, y cada tribu tenía la orden de acampar junto a su propio estandarte. Y cuando



viajaron, las diferentes tribus marcharon en orden, cada tribu bajo su propio estandarte. Cuando descansaron de sus caminos, se levantó el tabernáculo, y luego las diferentes tribus armaron sus tiendas en orden, en la posición que Dios les había mandado, alrededor del tabernáculo, a una distancia de él.

Cuando el pueblo viajaba, el arca del pacto era llevada delante de ellos. “Y la nube de Jehová estaba sobre ellos de día, cuando salían del campamento. Y aconteció que cuando el arca se puso en marcha, Moisés dijo: Levántate, Señor, y sean esparcidos tus enemigos; y huyan delante de ti los que te aborrecen. Y cuando descansó, dijo: Vuélvete, oh Señor, a los muchos miles de Israel”.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 22—Fuego extraño

“Y Nadab y Abiú, los hijos de Aarón, tomaron cada uno de ellos su incensario, y pusieron fuego en él, y pusieron incienso en él, y ofrecieron fuego extraño delante de Jehová, que él no les había mandado. Y salió fuego de parte de Jehová, y los consumió, y murieron delante de Jehová. Entonces Moisés dijo a Aarón: Esto es lo que habló el Señor, diciendo: Seré santificado en los que a mí se acercan, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló.”

Los hijos de Aarón no tomaron del altar el fuego sagrado que el Señor mismo había encendido y que había mandado usar a los sacerdotes cuando ofrecieran incienso delante de él. Tomaron fuego común, lo pusieron en sus incensarios y pusieron incienso sobre ellos. Esta fue una transgresión del mandato expreso de Dios, y su juicio siguió rápidamente. Los hijos de Aarón, que oficiaban en las cosas santas, no habrían transgredido así si no se hubieran entregado libremente al uso del vino y estuvieran parcialmente intoxicados. Ellos gratificaban el apetito, lo que degradaba sus facultades y los descalificaba para su sagrado oficio. Sus intelectos estaban nublados, de modo que no comprendían la diferencia entre la santidad del fuego que Dios hizo caer del cielo, y que se mantenía ardiendo continuamente sobre el altar, y el fuego común, que había dicho que no debe usar. Si hubieran tenido el uso completo y claro de sus poderes de razonamiento, habrían retrocedido con horror ante la presuntuosa transgresión de los mandamientos positivos de Dios. Habían sido especialmente favorecidos por Dios por ser del número de los ancianos que fueron testigos de la gloria de Dios en el monte. Comprendieron que se requería de su parte el más cuidadoso autoexamen y santificación antes de presentarse en el santuario, donde se manifestaba la presencia de Dios.

“Y Moisés dijo a Aarón, a Eleazar ya Itamar, sus hijos: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestros vestidos, para que no muráis, y no venga la ira sobre todo el pueblo; pero dejad a vuestros hermanos,

toda la casa de Israel, lamentad el fuego que el Señor ha encendido . Y no saldréis de la puerta del tabernáculo de reunión, para que no muráis; porque el aceite de la unción del Señor está sobre vosotros. E hicieron conforme a la palabra de Moisés”. Al padre de los muertos ya sus hermanos se les prohibió manifestar cualquier signo de dolor por los que habían sido justamente castigados por Dios. Cuando Moisés le recordó a Aarón las palabras del Señor, que sería santificado en los que se le acercaban, Aarón se quedó en silencio. Sabía que Dios era justo; y no murmuró. Su corazón estaba afligido por la terrible muerte de sus hijos mientras estaban en su desobediencia; sin embargo, de acuerdo con el mandato de Dios, no expresó su tristeza, no fuera a correr el mismo destino de sus hijos, y la congregación también se infectara con el espíritu de falta de reconciliación, y la ira de Dios cayera sobre ellos.

Cuando los israelitas cometieron pecado, y Dios los castigó por su transgresión, y el pueblo se lamentó por la suerte del castigado, en lugar de lamentarse porque Dios había sido deshonrado, los simpatizantes fueron considerados igualmente culpables con los transgresores. sor.

El Señor nos enseña, en las instrucciones dadas a Aarón, la reconciliación con sus justos castigos, aunque su ira esté muy cerca. Él quiere que su pueblo reconozca la justicia de sus correcciones, para que otros teman. En estos últimos días, muchos corren el riesgo de engañarse a sí mismos y son incapaces de ver sus propios errores. Si Dios, por medio de sus siervos, reprende y reprende a los que yerran, hay quienes están dispuestos a simpatizar con los que merecen reprensión. Buscarán aligerar la carga que Dios obligó a sus siervos a imponerles. Estos simpatizantes creen que están realizando [279] un acto virtuoso al simpatizar con el que está en falta, cuyo proceder puede haber dañado gravemente la causa de Dios. Los tales son engañados. Sólo se están agrupando contra los siervos de Dios, que han hecho su voluntad, y contra Dios mismo, y son igualmente culpables con el transgresor. Hay muchas almas descarriadas que podrían haberse salvado si no hubieran sido engañadas al recibir falsa simpatía.

“Y habló Jehová a Aarón, diciendo: No bebas vino ni sidra, tú, ni tus hijos contigo, cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; será un estatuto

para siempre por vuestras generaciones; y para que hagáis diferencia entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio.”

El caso de los hijos de Aarón ha quedado registrado para el beneficio del pueblo de Dios, y debe enseñar especialmente a aquellos que se están preparando para la segunda venida de Cristo, que la complacencia de un apetito depravado destruye los sentimientos refinados del alma, y así afecta los poderes de razonamiento que Dios ha dado al hombre, que las cosas espirituales y santas pierden su sacralidad. La desobediencia parece agradable, en lugar de excesivamente pecaminosa. Satanás se regocija al ver a los hombres formados a la imagen de su Hacedor, rendirse como esclavos a un apetito depravado; porque entonces puede controlar con éxito los poderes de la mente, y conducir a aquellos que son destemplados a actuar de manera que se envilezcan y deshonen a Dios, al perder el elevado sentido de sus sagrados requisitos. Fue la indulgencia del apetito lo que hizo que los hijos de Aarón usaran fuego común, en lugar del fuego sagrado, para sus ofrendas.

[280] Los hijos de Aarón, apartándose de los mandamientos de Dios, representan a los que transgreden el cuarto mandamiento de Jehová, que es muy claro: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; pero el séptimo día es sábado para el Señor tu Dios; ninguna obra harás en él”, etc. Casi todos los seguidores profesos de Cristo no guardan el día que Dios ha santificado y les exige que lo mantengan sagrado, que descansen en él porque él mismo ha descansado en él. Trabajan en el tiempo santo de Dios, y honran el primer día de la semana descansando en él, que es un día laborable común, un día en el que Dios no descansó, y al que no ha puesto ningún honor sagrado.

Una desviación del cuarto mandamiento ahora no será visitada inmediatamente con la muerte temporal; sin embargo, Dios no considera la violación de sus mandamientos más a la ligera que la transgresión de los hijos de Aarón. La muerte es el castigo final de todos los que rechazan la luz y continúan en transgresión. Cuando Dios dice, santificad el séptimo día, no se refiere al sexto, ni al primero, sino al mismo día que ha especificado. Si los hombres sustituyen el día sagrado por un día común, y dicen que eso hará lo mismo, insultan al Hacedor de los cielos y de la tierra, quien hizo el sábado para conmemorar su descanso en el séptimo día, después de crear el mundo en seis . días. Es un negocio peligroso en el servicio de Dios desviarse de sus instituciones. Los que tienen que ver con Dios, los que

---

es infinito, y quien explícitamente dirige en cuanto a su propio culto, debe seguir el curso exacto que ha prescrito, y no sentirse en libertad de desviarse en lo más mínimo porque piensa que responderá igualmente bien. Dios enseñará a todas sus criaturas que Él quiere decir exactamente lo que dice.

[281]

## Capítulo 23—Las codornices

Dios siguió alimentando a la hueste hebrea con el pan llovido del cielo; pero no quedaron satisfechos. Sus apetitos depravados anhelaban la carne, que Dios en su sabiduría les había negado en gran medida. “Y la multitud mezclada que había entre ellos cayó en una lujuria; y los hijos de Israel también volvieron a llorar, y dijeron: ¿Quién nos dará a comer carne? Nos acordamos del pescado que comimos en Egipto libremente; los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos. Pero ahora nuestra alma está seca; no hay nada en absoluto, además de este maná, ante nuestros ojos.” Se cansaron de la comida preparada para ellos por los ángeles y enviada desde el Cielo. Sabían que era justo el alimento que Dios deseaba que tuvieran, y que era saludable para ellos y sus hijos.

A pesar de sus penalidades en el desierto, no había uno débil en todas sus tribus. Satanás, el autor de la enfermedad y la miseria, se acercará al pueblo de Dios donde pueda tener el mayor éxito. Él ha controlado el apetito en gran medida desde el momento de su exitoso experimento con Eva, al llevarla a comer el fruto prohibido. Llegó con sus tentaciones primero a la multitud mezclada, los creyentes egipcios, y los incitó a murmuraciones sediciosas. No estarían contentos con el alimento saludable que Dios les había provisto. Sus apetitos depravados anhelaban una mayor variedad, especialmente carnes.

[282]

Este murmullo pronto infectó a casi todo el cuerpo del pueblo. Al principio, Dios no satisfizo sus apetitos lujuriosos, sino que hizo que sus juicios cayesen sobre ellos y consumió a los más culpables con un rayo del cielo. Sin embargo, esto, en lugar de humillarlos, pareció aumentar sus murmuraciones. Cuando Moisés escuchó al pueblo llorar a la puerta de sus tiendas y quejarse entre sus familias, se disgustó. Presentó al Señor las dificultades de su situación, el espíritu insumiso de los israelitas, y la posición en que Dios lo había puesto ante el pueblo, la de un padre lactante, que debía hacer suyos los sufrimientos del pueblo.

propio. Preguntó al Señor cómo podía soportar esta gran carga de presenciar continuamente la desobediencia de Israel y escuchar sus murmuraciones contra sus mandamientos y contra Dios mismo. Declaró ante el Señor que prefería morir antes que ver a Israel, por su perversidad, atrayendo juicios sobre sí mismos, mientras los enemigos de Dios se regocijaban en su destrucción. En su aflicción dijo: No soy capaz de llevar toda esta responsabilidad solo, porque es demasiado pesada para mí.

El Señor ordenó a Moisés que reuniera ante él a setenta de los ancianos, que él sabía que eran los ancianos del pueblo. No debían ser sólo personas de edad avanzada, sino hombres de dignidad, buen juicio y experiencia, que estuvieran calificados para ser jueces u oficiales. “Y tráelos al tabernáculo de reunión, para que estén allí contigo. Y yo descenderé y hablaré contigo allí; y tomaré del Espíritu que está sobre ti, y lo pondré sobre ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, que no la llevarás tú solo. Y di a la gente, [283]

Santificaos para mañana, y comeréis carne; porque habéis llorado en los oídos del Señor, diciendo: ¿Quién nos dará a comer carne? porque nos fue bien en Egipto; por tanto, el Señor os dará carne, y comeréis. No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días; sino aun un mes entero, hasta que os salga por las narices, y os sea abominación; porque habéis despreciado al Señor que está entre vosotros, y habéis llorado delante de él, diciendo: ¿Para qué salimos de Egipto? Y dijo Moisés: El pueblo en medio del cual yo estoy, es seiscientos mil hombres de a pie; y tú dijiste: Les daré carne, y comerán un mes entero. ¿Se sacrificarán para ellos ovejas y vacas que les basten? ¿O se juntarán todos los peces o el mar para que les baste? Y el Señor dijo a Moisés: ¿Se ha acortado la mano del Señor? Ahora verás si se cumple mi palabra en ti o no”.

El mismo Moisés mostró una manifiesta desconfianza en el poder de Dios, por lo que el Señor lo reprendió. Por esta pregunta del Señor a Moisés, se le hizo comprender que nada era imposible para el gran Gobernante del universo. Reprendió a Moisés por su olvido de sus milagros. El que podía dividir el Mar Rojo, y unir las aguas, para que fueran como un muro a ambos lados de Israel

mientras pasaban por tierra seca, y podían hacerles llover pan del cielo, y sacarles agua de la roca de pedernal, podía proveer carne para abastecer al ejército de Israel.

“Y salió Moisés, y contó al pueblo las palabras del Señor, [284] y reunió a los setenta hombres de los ancianos del pueblo, y los puso alrededor del tabernáculo. Y el Señor descendió en una nube, y le habló, y tomó del Espíritu que estaba sobre él, y se lo dio a los setenta ancianos; y aconteció que cuando el Espíritu posó sobre ellos, profetizaron, y no cesaron.”

Este don profético descansaba sobre los jueces y ancianos, para establecer la confianza del pueblo en ellos, y para ser una señal de que Dios los había escogido para unir su autoridad con la de Moisés, y ayudarlo en la obra de sofocar las murmuraciones de al pueblo durante su estancia en el desierto, y así aliviar la tarea de Moisés.

“Y salió un viento de parte de Jehová, y trajo codornices del mar, y las dejó caer junto al campamento, como un día de camino de un lado, y como un día de camino del otro lado, alrededor el campamento, y como de dos codos de alto sobre la faz de la tierra. Y el pueblo se levantó todo aquel día, y toda aquella noche, y todo el día siguiente, y recogieron las codornices; el que menos recogió, diez jonrones; y los esparcieron todo para ellos alrededor del campamento. Y estando aún la carne entre sus dientes, antes que fuese masticada, la ira del Señor se encendió contra el pueblo, y el Señor hirió al pueblo con una plaga muy grande.”

En este caso, el Señor le dio al pueblo lo que no era para su mejor bien, porque lo querían. No se someterían a recibir del Señor sólo aquellas cosas que resultarían para su bien. Se entregaron a murmuraciones sediciosas contra Moisés y contra el Señor, porque no recibieron [285] las cosas que resultarían un perjuicio para ellos. Sus apetitos depravados los dominaron, y Dios les dio carnes según sus deseos, y les permitió sufrir los resultados de satisfacer sus apetitos lujuriosos. Las fiebres ardientes acabaron con un gran número de personas. Aquellos que habían sido los más culpables en sus murmuraciones, fueron asesinados tan pronto como probaron la carne que habían codiciado. Si se hubieran sometido a que el Señor seleccionara su comida para ellos, y hubieran estado agradecidos y satisfechos con la comida de la cual podían comer libremente sin daño, no habrían perdido el favor de Dios, y entonces



sido castigados por sus murmuraciones rebeldes, con la muerte de un gran número de ellos.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 24—Míriam

Después de que Moisés le dijo al Señor que él solo no podía llevar la carga del pueblo, y Dios le ordenó que eligiera a setenta de los ancianos, y les había puesto el mismo Espíritu que estaba sobre Moisés, Aarón y Miriam estaban celosos. porque no habían sido consultados al respecto. No se habían sentido reconciliados con el acto de Moisés al recibir tan prontamente el consejo de Jetro, su suegro. Temían que él tuviera más influencia sobre Moisés que ellos . Y ahora, setenta ancianos habían sido elegidos sin que ellos fueran consultados; y como ellos mismos nunca habían sentido la responsabilidad y las cargas que Moisés había llevado por el pueblo, no vieron **ninguna** necesidad real de la ayuda de los setenta ancianos. “Y dijeron: ¿Acaso el Señor ha hablado solamente por medio de Moisés? ¿ No ha hablado también por nosotros? Y el Señor lo oyó.”

Aarón y Miriam pensaron que, como habían sido escogidos para ayudar a Moisés en la obra, ellos llevaban la carga de la obra al igual que Moisés. Y como el Señor había hablado por ellos, así como por Moisés, ¿por qué se quejaría de cargas tan pesadas como para necesitar setenta de los jueces y ancianos designados para el trabajo de ayudarlo? Moisés sintió su debilidad. Sintió la importancia de la gran obra que se le había encomendado, como ningún otro hombre la había sentido jamás. Aarón había mostrado su debilidad al ceder ante el pueblo y hacer un becerro de fundición, en ausencia de Moisés. Dios siempre había sido el consejero de Moisés.

Cuando Miriam se puso celosa de Moisés, se dispuso a criticar los acontecimientos de su vida que Dios había anulado especialmente. Ella se quejó de Moisés porque se casó con una mujer etíope, en lugar de tomar una mujer de entre los hebreos. La esposa de Moisés no era negra, pero su tez era algo más oscura que la de los hebreos. Era de carácter tímido, de corazón tierno, y se conmovió mucho al presenciar el sufrimiento. Esta fue la razón por la que Moisés consintió en que ella regresara a Madián, mientras él estaba en Egipto, para que ella no presenciara las terribles plagas que el Señor iba a traer sobre Egipto. Después de conocer a su marido

desierto, ella vio que las cargas y ansiedades de él podían desgastar su fuerza, y en su angustia le informó a su padre sobre el asunto. Jetro había señalado que el cuidado de todo el pueblo recaía sobre Moisés, y por lo tanto le aconsejó que velara por los intereses religiosos de la hueste hebrea, mientras que hombres dignos, libres de [287] codicia, debían ser seleccionados para velar por los intereses seculares. de la gente.

Después de que Miriam se puso celosa, imaginó que Aarón y ella misma habían sido descuidados, y que la esposa de Moisés era la causa, que ella había influido en la mente de su esposo, que él no los consultaba en asuntos importantes tanto como antes.

El Señor escuchó las palabras de murmuración contra Moisés, y se disgustó; porque Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra. “Y Jehová dijo de repente a Moisés, a Aarón ya Miriam: Salid los tres al tabernáculo de reunión. Y salieron los tres. Y el Señor descendió en la columna de la nube, y se paró a la puerta del tabernáculo, y llamó a Aarón y a Miriam, y ambos salieron. Y él dijo: Oíd ahora mis palabras: si entre vosotros hubiere profeta, yo, el Señor, me manifestaré a él en visión, y le hablaré en sueños. No es así mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Con él hablaré boca a boca, aun en apariencia, y no en oscuros discursos; y él contemplará la semejanza del Señor; ¿Por qué, pues, no tuvisteis miedo de hablar contra mi siervo Moisés? Y la ira del Señor se encendió contra ellos, y se fue. Y la nube se apartó del tabernáculo, y he aquí, Miriam se puso leprosa, blanca como la nieve; y Aarón miró a Miriam, y he aquí que estaba leprosa. Y Aarón dijo a Moisés: ¡Ay, mi señor, te ruego que no nos cargues con el pecado en el que hemos hecho locuras y en el que hemos pecado! Que no sea como muerta.” “Y Moisés clamó al Señor, [288] diciendo: Sáname ahora, oh Dios, te lo ruego”. “Y Miriam estuvo fuera del campamento siete días; y el pueblo no partió hasta que Miriam fue traída de nuevo.”

La nube se quitó del tabernáculo porque la ira de Dios se posó sobre Miriam, y no volvió hasta que ella fue sacada del campamento. Dios había escogido a Moisés, y puesto su Espíritu sobre él; y por las quejas de Miriam contra la sierva escogida de Dios,

ella no sólo se comportó irreverentemente con Moisés, sino con Dios mismo, que lo había elegido. Aarón se sintió atraído por el espíritu celoso de su hermana Miriam. Podría haber evitado el mal si no se hubiera compadecido de ella y le hubiera presentado la pecaminosidad de su conducta. Pero en lugar de esto, escuchó sus palabras de queja. Las murmuraciones de Miriam y Aarón quedan registradas como reprensión para todos los que ceden a los celos y se quejan de aquellos sobre quienes Dios pone la carga de su obra.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 25—Caleb y Josué

El Señor ordenó a Moisés que enviara hombres para reconocer la tierra de Canaán, la cual daría a los hijos de Israel. Un gobernante de cada tribu debía ser seleccionado para este propósito. Ellos fueron, y después de cuarenta días, regresaron de su búsqueda, y se presentaron ante Moisés y Aarón, y toda la congregación de Israel, y les mostraron el fruto [289] de la tierra. Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena tierra, y exhibieron el rico fruto que habían traído como prueba. Un racimo de uvas era tan grande que dos hombres lo transportaban entre ellos en un bastón. También trajeron higos y granadas, que crecían allí en abundancia. Después de haber hablado de la fertilidad de la tierra, todos menos dos hablaron muy desalentadores de que podrían poseerla. Dijeron que era muy fuerte el pueblo que moraba en la tierra, y que las ciudades estaban rodeadas de grandes y altos muros; y, más que todo esto, vieron allí a los hijos del gigante Anak. Luego describieron cómo la gente estaba situada alrededor de Canaán y la imposibilidad de que alguna vez pudieran poseerla.

Mientras el pueblo escuchaba este informe, desahogaba su desilusión con amargos reproches y lamentos. No esperaron, reflexionaron y razonaron que Dios, que los había sacado hasta aquí, ciertamente les daría la tierra. Pero cedieron al desánimo de inmediato. Limitaron el poder del Santo y no confiaron en Dios, que hasta entonces los había guiado. Reprendieron a Moisés, y murmuraban entre sí: Este es, pues, el fin de todas nuestras esperanzas. Esta es la tierra que hemos estado viajando desde Egipto para obtener. Caleb y Josué buscaron obtener una audiencia; pero la gente estaba tan excitada que no podían ordenarse a sí mismos escuchar a estos dos hombres. Después de que se calmaron un poco, Caleb se aventuró a hablar. Dijo al pueblo: Subamos de inmediato y tomémosla; porque bien podemos vencerlo. Pero los hombres que subieron con él dijeron: No podremos subir contra el [290] pueblo; porque son más fuertes que nosotros. Y continuaron repitiendo su mal informe, y declararon que todos los h

“Y allí vimos a los gigantes, los hijos de Anak, que vienen de los gigantes. Y éramos a nuestra vista como saltamontes, y así éramos a la vista de ellos. Y toda la congregación alzó su voz y clamó; y el pueblo lloró aquella noche. Y todos los hijos de Israel murmuraron contra Moisés y contra Aarón; y toda la congregación les dijo: ¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! ¡Ojalá hubiéramos muerto en este desierto! ¿Y por qué nos ha traído el Señor a esta tierra, para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros hijos sean presa? ¿No sería mejor para nosotros regresar a Egipto? Y se decían el uno al otro: Hagamos un capitán, y volvámonos a Egipto. Entonces Moisés y Aarón se postraron sobre sus rostros delante de toda la asamblea de la congregación de los hijos de Israel”.

Los israelitas no sólo dieron rienda suelta a sus quejas contra Moisés, sino que acusaron al mismo Dios de tratarlos con engaño, prometiéndoles una tierra que no podían poseer. Su espíritu rebelde aquí se elevó tan alto que, olvidando el fuerte brazo de la Omnipotencia que los había sacado de la tierra de Egipto, y hasta ahora los había conducido por una serie de milagros, resolvieron elegir un comandante para llevarlos de regreso a Egipto, donde habían sido esclavos y habían sufrido tantas penalidades. De hecho, les nombraron un capitán, descartando así a Moisés, su líder paciente y sufriente; y murmuraron amargamente contra Dios.

[291] Moisés y Aarón se postraron sobre sus rostros ante el Señor en presencia de toda la asamblea de la congregación, para implorar la misericordia de Dios a favor de un pueblo rebelde. Pero su angustia y dolor eran demasiado grandes para expresarlos. Permanecieron sobre sus rostros en completo silencio. Caleb y Josué se rasgaron la ropa, como expresión del mayor dolor. “Y hablaron a toda la compañía de los hijos de Israel, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si el Señor se complace en nosotros, nos traerá a esta tierra y nos la entregará; una tierra que mana leche y miel. Solamente que no os rebeléis contra el Señor, ni temáis al pueblo de la tierra; porque son pan para nosotros. Su defensa se ha apartado de ellos, y el Señor está con nosotros. No les temas.

“Su defensa se ha apartado de ellos”. Es decir, los cananeos habían colmado la medida de su iniquidad, y la protección divina les fue retirada, y se sintieron perfectamente seguros, y estaban

sin preparación para la batalla; y, por el pacto de Dios, la tierra está asegurada para nosotros. En lugar de que estas palabras tuvieran el efecto previsto sobre el pueblo, aumentaron su rebelión determinada. Se enfurecieron y clamaron con gran clamor y enojo, que Caleb y Josué fueran apedreados, lo cual hubiera sido hecho si el Señor no se hubiera interpuesto con una muestra muy notable de su terrible gloria en el tabernáculo de reunión . , delante de todos los hijos de Israel.

Moisés entró en el tabernáculo para conversar con Dios. “Y el Señor dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me irritará este pueblo? y ¿cuánto tiempo pasará antes de que me crean, por todas las señales que he mostrado entre ellos? Los heriré con pestilencia y los desheredaré, y a ti te haré una nación más grande y más fuerte que ellos. Y Moisés dijo al Señor: Entonces lo oirán los egipcios (porque tú sacaste de en medio de ellos a este pueblo con tu poder), y lo dirán a los moradores de esta tierra; porque han oído que tú, Señor, estás en medio de este pueblo, que tú, Señor, eres visto cara a cara, y que tu nube está sobre ellos, y que vas delante de ellos de día en una columna de nube, y en una columna de fuego por la noche. Ahora bien, si matares a todo este pueblo como a un solo hombre, entonces las naciones que han oído tu fama hablarán, diciendo: Por cuanto el Señor no pudo llevar a este pueblo a la tierra que les había jurado, por eso ha matarlos en el desierto.”

Moisés nuevamente se niega a que Israel sea destruido, y él mismo se hizo una nación más poderosa que Israel. Este siervo predilecto de Dios manifiesta su amor por Israel, y muestra su celo por la gloria de su Hacedor y el honor de su pueblo: Como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta ahora, has sido paciente y misericordioso hasta ahora con este pueblo ingrato, por indigno que sea, tu misericordia es la misma. Él ruega: ¿No les perdonarás, por lo tanto, esta vez, y agregarás este ejemplo más de paciencia divina a los muchos que ya has dado?

“Y el Señor dijo: He perdonado según tu palabra. Pero tan verdaderamente como yo vivo, toda la tierra será llena de la gloria del Señor. Porque todos aquellos hombres que han visto mi gloria y mis milagros, que yo hice en Egipto y en el desierto, y me han tentado ahora estas diez veces, y no han escuchado mi voz; ciertamente [293] no verán la tierra que juré a sus padres, ni

¿Lo verá alguno de los que me provocaron? Pero a mi siervo Caleb, porque tenía otro espíritu con él, y me ha seguido completamente, lo traeré a la tierra adonde fue; y su simiente la poseerá.”

El Señor ordenó a los hebreos que regresaran y fueran al desierto por el camino del Mar Rojo. Estaban muy cerca de la buena tierra; pero, por su inicua rebelión, perdieron la protección de Dios. Si hubieran recibido el informe de Caleb y Josué y hubieran subido inmediatamente, Dios les habría dado la tierra de Canaán. Pero ellos eran incrédulos, y mostraron un espíritu tan insolente contra Dios, que trajeron sobre sí mismos la denuncia, de que nunca entrarían en la tierra prometida. Fue en piedad y misericordia que Dios los envió de vuelta por el Mar Rojo, porque los amalecitas y los cananeos, mientras se demoraban y murmuraban, oyeron de los espías y se prepararon para hacer la guerra contra los hijos de Israel.

“Y habló Jehová a Moisés ya Aarón, diciendo: ¿Hasta cuándo tendré que soportar a esta mala congregación que murmura contra mí? He oído las murmuraciones de los hijos de Israel, que murmuran contra mí. El Señor les dijo a Moisés y a Aarón que dijeran al pueblo que Él haría con ellos como habían dicho. Ellos habían dicho: “¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! O ojalá hubiésemos muerto en este desierto.” Ahora Dios les tomará la palabra. Les dice a sus siervos que les digan que caigan en el desierto, de veinte años arriba, a causa de su **rebelión** y sus murmuraciones contra el Señor. Solo Caleb y Josué debían ir a la tierra de Canaán. “Mas vuestros niños, de los cuales dijisteis que serían por presa, a ellos traeré, y conocerán la tierra que vosotros despreciasteis.”

El Señor declaró que los hijos de los hebreos deberían **wan** en el desierto cuarenta años, contados desde que salieron de Egipto, a causa de la rebelión de sus padres, hasta que todos sus padres murieran. Así deben llevar y sufrir las consecuencias de su iniquidad cuarenta años, conforme al número de días que estuvieron reconociendo la tierra, un día por un año. “Y conoceréis el incumplimiento de mi promesa”. Debían darse cuenta plenamente de que era el castigo por su idolatría y sus murmuraciones rebeldes lo que había obligado al Señor a cambiar su propósito con respecto a ellos. Caleb y J



prometió una recompensa en preferencia a todo el ejército de Israel, porque este último había perdido todo derecho al favor y la protección de Dios.

El Señor envió fuego de su presencia y consumió a los hombres que habían traído el mal informe, el cual hizo que toda la congregación murmurara contra Moisés y contra el Señor. Pero Caleb y Josué vivieron delante del Señor, y delante del pueblo, lo que les demostró que su informe era correcto.

Cuando el pueblo supo de Moisés el propósito de Dios con respecto a ellos, se entristeció mucho. Temprano a la mañana siguiente se reunieron delante de Moisés, todos equipados para la guerra, y dijeron: Estamos aquí, e iremos al lugar que el Señor ha prometido; porque hemos pecado. El Señor había dicho que no debían poseer la tierra, sino que debían morir en el desierto; y si subieran a [295] la batalla, no prosperarían. Moisés dijo: "No subáis, porque el Señor no está entre vosotros; que no seáis heridos delante de vuestros enemigos; porque los amalecitas y los cananeos están allí delante de vosotros, y caeréis a espada; porque os habéis apartado del Señor, por tanto, el Señor no estará con vosotros." Pero se atrevieron a salir contra sus enemigos sin su líder designado, y sin el arca del pacto del Señor; y fueron recibidos por sus enemigos, y heridos, y echados delante de ellos. Aquí los israelitas se arrepintieron demasiado tarde; y cuando Dios hubo dicho que no debían subir a poseer la tierra, estaban tan adelantados para ir como antes habían estado atrasados.

A pesar de las recientes murmuraciones de los israelitas y la declaración de Dios de que debían morir en el desierto, no caminaron con cuidado y humildad ante él.

El Señor había hecho del caso de Miriam un ejemplo especial de advertencia para los israelitas. Habían visto exhibida sobre ella la ira de Dios a causa de sus celos y quejas contra su siervo escogido Moisés. Entonces el Señor les dijo que Moisés era más grande que un profeta, y que se había revelado a Moisés de una manera más directa que a un profeta. Dijo el Señor: "Con él hablaré boca a boca". Entonces les preguntó: "¿Por qué, pues, no tuvisteis miedo de hablar contra mi siervo Moisés?" Y Miriam quedó leprosa. Las instrucciones dadas en este caso a Aarón y Miriam no estaban destinadas únicamente para su beneficio, sino para el bien de toda la congregación de Israel.

[296]

## Capítulo 26: Coré, Datán y Abiram

El Señor sabía que Coré era rebelde de corazón y que secretamente estaba obrando contra Moisés en la congregación de Israel, aunque su rebelión aún no se había desarrollado. El Señor hizo un ejemplo de Miriam, como una advertencia para todos los que pudieran verse tentados a rebelarse contra Moisés. Coré no estaba satisfecho con su posición. Estaba relacionado con el servicio del tabernáculo, pero deseaba ser exaltado al sacerdocio. Dios había establecido a Moisés como gobernador en jefe, y el sacerdocio fue dado a Aarón y sus hijos. Coré decidió obligar a Moisés a cambiar el orden de las cosas, por lo que debería ser elevado a la dignidad del sacerdocio. Para estar más seguro de lograr su propósito, involucró a Datán y Abiram, los descendientes de Rubén, en su rebelión.

Razonaron que, siendo descendientes de los hijos mayores de Jacob, la autoridad principal, que Moisés usurpó, les pertenecía a ellos; y, con Coré, se resolvieron a obtener el oficio del sacerdocio. Estos tres se volvieron muy celosos en una mala obra.

Influyeron en doscientos cincuenta hombres de renombre para que se unieran a ellos, quienes también estaban decididos a tener una participación en el sacerdocio y el gobierno. Dios había honrado a los levitas para que sirvieran en el tabernáculo, porque no tomaron parte en hacer ni adorar el becerro de oro, y por su fidelidad en ejecutar la orden de Dios sobre los idólatras.

A los levitas se les asignó el oficio de erigir el tabernáculo, [297] y acampar alrededor de él, mientras que las huestes de Israel plantaron sus tiendas a cierta distancia del tabernáculo. Y cuando partieron, los levitas desarmaron el tabernáculo y lo llevaron, y el arca, el candelabro y los demás utensilios sagrados. Debido a que Dios honró así a los levitas, se hicieron ambiciosos para un cargo aún más alto, a fin de que pudieran obtener una mayor influencia entre la congregación. “Y se juntaron contra Moisés y contra Aarón, y les dijeron: Os tomáis demasiado, ya que toda la congregación es santa, cada uno de ellos, y el Señor está entre ellos.

a ellos. ¿Por qué, pues, os levantáis por encima de la congregación del Señor?”

Coré, Datán y Abiram, y doscientos cincuenta príncipes que se habían unido a ellos, primero se volvieron celosos, luego envidiosos y luego rebeldes. Habían hablado del puesto de Moisés como gobernante del pueblo, hasta que se imaginaron que era un puesto muy envidiable, que cualquiera de ellos podía ocupar tan bien como Moisés. Y se entregaron al descontento, hasta que realmente se engañaron a sí mismos y unos a otros, al pensar que Moisés y Aarón se habían puesto en el lugar que ocupaban para Israel. Dijeron que Moisés y Aarón se exaltaron por encima de la congregación del Señor, al tomar sobre sí el sacerdocio y el gobierno, y que este oficio no debería ser conferido solo a su casa. Dijeron que les bastaba estar al mismo nivel que sus hermanos; porque no eran más santos que el pueblo, quienes eran igualmente favorecidos con la presencia y protección pe

Mientras Moisés escuchaba las palabras de Coré, se llenó de angustia y cayó sobre su rostro delante del pueblo. “Y habló a Coré y a toda su compañía, diciendo: Mañana mismo [298] Señor mostrará quiénes son suyos, y quién es santo; y le hará acercarse a él; aun al que él ha escogido, hará que se le acerque. Haz esto: toma incensarios, Coré y toda su compañía; y poned fuego en ellos, y poned en ellos incienso delante del Señor mañana; y será que el varón a quien el Señor escogiere, será santo. Os tomáis demasiado, hijos de Leví. Y Moisés dijo a Coré: Oíd, hijos de Leví, os lo ruego: os parece poco que el Dios de Israel os haya apartado de la congregación de Israel, para traeros cerca de él para hacer el servicio. del tabernáculo del Señor, y estar de pie delante de la congregación para ministrarles? Y te hizo acercar a ti, ya todos tus hermanos los hijos de Leví contigo; y buscáis también el sacerdocio? por lo cual tú y toda tu compañía os congregáis contra el Señor. ¿Y qué es Aarón, que murmuráis contra él? Moisés les dijo que Aarón no había asumido ningún cargo por sí mismo; que Dios lo había puesto en el oficio sagrado.

Datán y Abiram dijeron: ¿Es poco que nos hayas hecho subir de una tierra que fluye leche y miel, para matar

nosotros en el desierto, si no te pones por completo príncipe sobre nosotros? Además, no nos has metido en una tierra que fluya leche y miel, ni nos has dado heredades de campos y viñas.

¿Le sacarás los ojos a estos hombres? No subiremos.

Acusaron a Moisés de ser la causa de que no entraran a la tierra prometida. Decían que Dios no los había tratado así. Él [299] no había dicho que debían morir en el desierto. Nunca creerían que él había dicho así; pero que fue Moisés quien dijo esto, no el Señor; y que todo fue arreglado por Moisés para nunca traerlos a la tierra de Canaán. Hablaron de él guiándolos desde una tierra que fluía leche y miel. Olvidaron, en su rebelión ciega, sus sufrimientos en la tierra de Egipto, y las plagas desoladoras traídas sobre esa tierra. Pero ahora acusan a Moisés de haberlos sacado de una buena tierra, para matarlos en el desierto, a fin de enriquecerse con sus posesiones. Le preguntaron a Moisés, de manera insolente, si pensaba que ninguno de todo el ejército de Israel era lo suficientemente sabio para comprender sus motivos y descubrir su impostura; o si pensaba que todos se someterían a que él los guiara como a ciegos, como a él le placía, unas veces hacia Canaán, luego otra vez hacia el Mar Rojo y Egipto. Estas palabras las pronunciaron ante la congregación, y se negaron rotundamente a reconocer más la autoridad de Moisés y Aarón.

Moisés se conmovió mucho ante estas injustas acusaciones. Apeló a Dios ante el pueblo si alguna vez había actuado arbitrariamente, y le imploró que fuera su juez. La gente en general se sintió afectada e influenciada por la tergiversación de Coré. “Y Moisés dijo a Coré: Estad tú y toda tu compañía delante de Jehová, tú y ellos, y Aarón, mañana; y tomad cada uno su incensario, y poned en ellos incienso, y llevad cada uno delante de Jehová su incensario, doscientos cincuenta incensarios, vosotros también, y Aarón, cada uno de vosotros su incensario. Y tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos [300] fuego, y echaron incienso sobre ellos, y se pararon a la puerta del tabernáculo de reunión con Moisés y Aarón”.

Coré y su compañía, que aspiraban al sacerdocio por su confianza en sí mismos, incluso tomaron los incensarios y se pararon a la puerta del tabernáculo con Moisés. Coré había acariciado su envidia y rebelión hasta que se engañó a sí mismo, y realmente pensó que la congregación era un pueblo muy justo, y que Moisés era un tirano.

gobernante, insistiendo continuamente en la necesidad de que la congregación sea santa, cuando no había necesidad de ello, porque ellos eran santos.

Estos rebeldes habían halagado al pueblo en general haciéndoles creer que tenían razón, y que todos sus problemas surgían de Moisés, su gobernante, quien continuamente les recordaba sus pecados. El pueblo pensó que si Coré podía guiarlos, alentarlos y reflexionar sobre sus actos justos, en lugar de recordarles sus fracasos, tendrían un viaje muy pacífico y próspero, y él sin duda los guiaría, no de regreso. y adelante en el desierto, pero en la tierra prometida. Dijeron que fue Moisés quien les había dicho que no podían entrar en la tierra, y que el Señor no había dicho eso.

Coré, en su exaltada confianza en sí mismo, reunió a toda la congregación contra Moisés y Aarón, “a la puerta del tabernáculo de reunión. Y la gloria del Señor se apareció a toda la congregación. Y habló Jehová a Moisés ya Aarón, diciendo: Apartaos de esta congregación, para que los consuma en un momento. Y se postraron sobre sus rostros, y dijeron: Oh Dios, Dios de los espíritus de toda carne, ¿pecará un hombre, y te enojarás contra toda la congregación? Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Habla a la congregación y diles: Apartaos del tabernáculo de Coré, Datán y Abiram. Y Moisés se levantó y fue a Datán y Abiram, y los ancianos de Israel lo siguieron. Y habló a la congregación, diciendo: Apartaos, os ruego, de las tiendas de estos malvados, y no toquéis nada de ellos, para que no seáis consumidos en todos sus pecados. Y se levantaron del tabernáculo de Coré, Datán y Abiram, por todos lados; y Datán y Abiram salieron y se pararon a la puerta de sus tiendas, y sus mujeres, y sus hijos, y sus niñitos. Y Moisés dijo: En esto conoceréis que el Señor me ha enviado a hacer todas estas obras; porque no las he hecho de mi propia mente. Si estos hombres mueren como la muerte común de todos los hombres, o si son visitados después de la visitación de todos los hombres, entonces el Señor no me ha enviado. Pero si el Señor hiciere algo nuevo, y la tierra abriere su boca, y los tragara con todo lo que les pertenece, y descendieren rápido a la fosa, entonces sabréis que estos hombres han provocado al Señor.” Cuando Moisés dejó de hablar, la tierra se abrió y se los tragó a ellos, a sus tiendas y a todo lo que les pertenecía. ellos fueron

descendieron vivos a la fosa, y la tierra los cubrió, y perecieron de en medio de la congregación.

Al oír los hijos de Israel el clamor de los que perecían, huyeron a gran distancia de ellos. Sabían que eran, en cierta medida, culpables; porque habían recibido las acusaciones contra Moisés y Aarón; y tenían miedo de perecer también con ellos. El juicio de Dios aún no había terminado. Un fuego salió de la nube de gloria y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían incienso. Eran príncipes; esto es, hombres generalmente de buen juicio, y de influencia en la congregación, hombres de renombre. Eran muy estimados y su juicio a menudo se había buscado en asuntos difíciles. Pero fueron afectados por una mala influencia y se volvieron envidiosos, celosos y rebeldes. No perecieron con Coré, Datán y Abiram, porque no fueron los primeros en rebelarse. Debían ver su final primero, y tener la oportunidad de arrepentirse de su crimen. Pero no se reconciliaron con la destrucción de aquellos hombres malvados; y la ira de Dios vino sobre ellos, y los destruyó también a ellos.

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Di a Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, que tome los incensarios de encima del brasero, y esparza el fuego allá; porque son santificados. Los incensarios de estos pecadores contra sus propias almas, que se hagan platos anchos para cubrir el altar; porque los ofrecieron delante del Señor, por lo tanto, son santificados; y serán por señal a los hijos de Israel.” Después de esta exhibición del juicio de Dios, el pueblo volvió a sus tiendas, pero no humillado. Estaban aterrorizados. Habían sido profundamente influenciados por el espíritu de rebelión, y Coré y su compañía los habían halagado para que creyeran que eran un pueblo muy bueno y que Moisés los había agraviado y abusado. Tenían la mente tan profundamente imbuida del espíritu de los que habían perecido, que era difícil liberarse de su ciego prejuicio. Si admitieran que Coré [303] y su compañía eran todos inicuos y que Moisés era justo, entonces se verían obligados a recibir como palabra de Dios lo que no estaban dispuestos a creer, que ciertamente todos morirían en el desierto. . Ellos no estaban dispuestos a someterse a esto y trataron de creer que todo era una impostura. Los hombres que habían perecido les habían hablado palabras agradables, y

manifestó especial interés y amor por ellos; y pensaron que Moisés era un hombre de diseño. Decidieron que no podían estar equivocados; que, después de todo, aquellos hombres que habían perecido eran buenos hombres, y Moisés había sido de alguna manera la causa de su destrucción.

Satanás puede llevar a las almas engañadas a grandes distancias. Él puede pervertir su juicio, su vista y su oído. Así fue en el caso de los israelitas. “Pero al día siguiente toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y contra Aarón, diciendo: Vosotros habéis matado al pueblo de Jehová.” El pueblo estaba desilusionado por el resultado del asunto a favor de Moisés y Aarón. La aparición de Coré y su compañía, todos impíamente ejerciendo el oficio de sacerdotes con sus incensarios, llenó de admiración al pueblo.

No vieron que estos hombres ofrecían una atrevida afrenta a la divina Majestad. Cuando fueron destruidos, la gente estaba aterrorizada; pero después de un corto tiempo, todos vinieron en forma tumultuosa a Moisés y Aarón, y los acusaron con la sangre de aquellos hombres que habían perecido por la mano de Dios.

“Y aconteció que cuando la congregación se reunió contra Moisés y contra Aarón, miraron hacia el tabernáculo de reunión; y he aquí, la nube lo cubrió, y apareció la gloria de [304] el Señor. Y vinieron Moisés y Aarón delante del tabernáculo de reunión. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Apartaos de en medio de esta congregación, para que yo los consuma en un momento. y se postraron sobre sus rostros”. A pesar de la rebelión de Israel y su cruel conducta hacia Moisés, él manifestó por ellos el mismo interés que antes. Cayó sobre su rostro ante el Señor, y le imploró que perdonara al pueblo. Mientras Moisés oraba ante el Señor para perdonar el pecado de su pueblo, le pidió a Aarón que hiciera expiación por el pecado de ellos, mientras él permanecía ante el Señor, para que sus oraciones subieran con el incienso y fueran aceptables a Dios, para que todos la congregación no perezca en su rebelión. “Y Moisés dijo a Aarón: Toma un incensario, y pon en él fuego del altar, y pon incienso, y ve pronto a la congregación, y haz expiación por ellos; porque la ira ha salido del Señor. La peste ha comenzado.

Y Aarón tomó como Moisés le mandó, y corrió en medio de la congregación; y he aquí, la mortandad había comenzado entre el pueblo.

Y puso incienso e hizo expiación por el pueblo. Y

se puso de pie entre los muertos y los vivos; y la plaga se detuvo. Y los que murieron en la plaga fueron catorce mil setecientos, sin los que murieron por el asunto de Coré. Y volvió Aarón a Moisés a la puerta del tabernáculo de congregación, y la plaga cesó.”



## Capítulo 27—La vara de Aarón

[305]

Dios misericordiosamente condescendió en dar a la hueste de Israel otra evidencia, una calculada para corregir su juicio pervertido. Por lo tanto, requirió que cada tribu tomara una vara y escribiera en la vara el nombre de la casa de sus padres. “Y escribirás el nombre de Aarón sobre la vara de Leví; porque una vara será para el jefe de la casa de sus padres. Y los pondrás en el tabernáculo de reunión delante del testimonio, donde me encontraré contigo. Y acontecerá que la vara del hombre que yo escogiere florecerá. Y haré cesar de mí las murmuraciones de los hijos de Israel, con que murmuran contra vosotros.” “Y Moisés puso las varas delante de Jehová en el tabernáculo del testimonio. Y aconteció que al día siguiente Moisés entró en el tabernáculo del testimonio; y he aquí, la vara de Aarón para la casa de Leví reverdeció, y echó renuevos, echó flores, y dio almendras. Y sacó Moisés todas las varas de delante de Jehová para todos los hijos de Israel; y ellos miraron, y tomaron cada uno su vara. Y el Señor dijo a Moisés: Vuelve a traer la vara de Aarón delante del testimonio, para que se guarde como señal contra los rebeldes; y quitarás por completo de mí sus murmuraciones, para que no mueran.” Dios obró aquí un milagro que fue suficiente para silenciar las quejas de los israelitas, y que iba a ser un testimonio permanente de que Dios había establecido el sacerdocio sobre [306] Aarón. Todos los cambios notables en la vara ocurrieron en una noche, para convencerlos de que Dios había distinguido positivamente entre Aarón y el resto de los hijos de Israel. Después de este milagro del poder divino, la autoridad del sacerdocio ya no fue cuestionada. Esta vara maravillosa se conservó para mostrarla con frecuencia a la gente, para recordarles el pasado, para evitar que murmuraran y nuevamente cuestionaran a quién pertenecía legítimamente el sacerdocio.

Después que los hijos de Israel estuvieron completamente convencidos de su mal, al acusar injustamente a Moisés y Aarón como lo habían hecho, vieron

su rebelión pasada en su verdadera luz, y estaban aterrorizados. Ellos “hablaron a Moisés, diciendo: He aquí, morimos, perecemos; todos perecemos.” Al final, se ven obligados a creer la desagradable verdad de que su destino es morir en el desierto. Después de creer que era el Señor quien había dicho que no entrarían en la tierra prometida, sino que morirían, reconocieron que Moisés y Aarón tenían razón y que habían pecado contra el Señor al rebelarse contra su autoridad. También confesaron que Coré y los que perecieron con él eran pecadores contra el Señor, y que con justicia habían sufrido su ira.

Los hechos relativos a Coré y su compañía, que se rebelaron contra Moisés y Aarón, y contra Jehová, se registran como advertencia para el pueblo de Dios, especialmente para los que viven sobre la tierra cerca del fin del tiempo. Satanás ha inducido a las personas a imitar el ejemplo de Coré, [307] Datán y Abiram, al levantar la insurrección entre el pueblo de Dios. Los que se permiten levantarse en oposición al claro testimonio, se engañan a sí mismos. Los tales realmente han pensado que aquellos sobre quienes Dios ha puesto la carga de su obra eran exaltados por encima del pueblo de Dios, y que sus consejos y reproches eran innecesarios. Se han levantado en oposición al claro testimonio que Dios quiere que sus siervos den para reprender los errores cometidos entre el pueblo de Dios. Los testimonios dados contra las indulgencias dañinas, como el té, el café, el rapé y el tabaco, han irritado a cierta clase, porque destruiría a sus ídolos. Muchos por un tiempo estuvieron indecisos si hacer un sacrificio completo de todas estas cosas dañinas, o rechazar los claros testimonios presentados, y ceder a los clamores del apetito. Ocupaban una posición inestable. Había un conflicto entre sus convicciones de la verdad y sus autoindulgencias. Su estado de indecisión los hizo débiles y, en muchos, prevaleció el apetito. Su sentido de las cosas sagradas fue pervertido por el uso de estos venenos lentos; y finalmente decidieron por completo, cualquiera que sea la consecuencia, que no se negarían a sí mismos. Esta terrible decisión levantó de inmediato un muro de separación entre ellos y los que se estaban limpiando, como Dios había mandado, de toda contaminación de la carne y del espíritu, y estaban perfeccionando la santidad en el temor del Señor. Los testimonios directos dados estaban en su camino y les causaron gran inquietud; y encontraron alivio en hacer la guerra contra ellos, y esforzándose por hacer que ellos mismos y los demás creyeran

que eran falsos. Dijeron que la gente estaba bien, pero que eran los testimonios de reproche los que creaban el problema. Y cuando los rebeldes despliegan su bandera, todos los descontentos se juntan alrededor del estandarte [308] , y todos los defectuosos espirituales, los cojos, los cojos y los ciegos, unen su influencia para dispersar y sembrar discordia.

Todo avance de los siervos de Dios a la cabeza de la obra ha sido observado con sospecha por aquellos que han tenido un espíritu de insurrección, y todas sus acciones han sido tergiversadas por la crítica , hasta que las almas honestas han sido arrastradas a la trampa por falta de conocimiento correcto. Los que los desvían están tan afectados por prejuicios ciegos y por rechazar los testimonios que Dios les ha enviado, que no pueden ver ni oír bien. Es tan difícil desengañar a algunos de estos que se han dejado llevar a la rebelión, como lo fue convencer a los israelitas rebeldes de que estaban equivocados y que Moisés y Aarón tenían razón. Aun después de que Dios, de una manera milagrosa, hizo que la tierra se tragara a Coré, Datán y Abiram, los líderes de la rebelión, el pueblo aún creía que Moisés y Aarón estaban equivocados y que habían matado al pueblo de la Caballero. Los hebreos no se curaron de su rebelión hasta que fueron muertos catorce mil setecientos del pueblo que se había unido a los rebeldes. Y luego, después de todo esto, Dios en su misericordia condescendió a realizar un milagro notable sobre la vara de Aarón, para establecer sus mentes para siempre con respecto al sacerdocio.

[309]

## Capítulo 28—El pecado de Moisés

Nuevamente la congregación de Israel fue llevada al desierto, al mismo lugar donde Dios los probó poco después de salir de Egipto. El Señor les sacó agua de la peña, que había continuado fluyendo hasta justo antes de que ellos regresaran a la peña, cuando el Señor hizo que cesara esa corriente viva, para probar de nuevo a su pueblo, para ver si soportaría la prueba de su fe, o volverían a murmurar contra él.

Cuando los hebreos tenían sed y no podían encontrar agua, se impacientaban y no recordaban el poder de Dios que, casi cuarenta años antes, les había sacado agua de la roca. En lugar de confiar en Dios, se quejaron de Moisés y Aarón, y les dijeron: "¡Ojalá hubiéramos muerto cuando nuestros hermanos murieron delante del Señor!" es decir, desearon haber sido de ese número que había sido destruido por la plaga en la rebelión de Coré, Datán y Abiram.

Ellos preguntaron enojados: "¿Por qué habéis hecho subir a la congregación del Señor a este desierto, para que nosotros y nuestro ganado muramos allí? ¿Y por qué nos habéis hecho subir de Egipto, para traernos a este mal lugar? no es lugar de sementera, ni de higos, ni de vides, ni de granados; ni hay agua para beber. Y Moisés y Aarón fueron de la presencia de la asamblea a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron [310] sobre sus rostros; y la gloria del Señor se les apareció. Y habló el Señor a Moisés, diciendo: Toma la vara, y reúne la asamblea, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña delante de sus ojos; y ella dará su agua, y tú les sacarás agua de la peña. Así darás de beber a la congregación ya sus bestias. Y tomó Moisés la vara de delante de Jehová, como él le había mandado. Y Moisés y Aarón reunieron a la congregación delante de la peña; y les dijo: Oíd ahora, rebeldes; ¿Tenemos que traer agua de esta peña? Y alzó Moisés su mano, y con su vara golpeó el

rockear dos veces; y el agua salió en abundancia; y bebió la congregación, y también sus bestias. Y Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado.”

Aquí Moisés pecó. Se cansó de la continua murmuraciones del pueblo contra él, y por mandato del Señor, tomó la vara, y en vez de hablar a la peña, como Dios le había mandado, la golpeó con la vara dos veces, diciendo: ¿Tenemos que traer agua? de esta roca? Aquí habló imprudentemente con sus labios. No dijo, Dios ahora les mostrará otra evidencia de su poder, y les sacará agua de esta roca. No atribuyó el poder y la gloria a Dios por haber hecho brotar de nuevo agua del pedernal, y por lo tanto no lo engrandeció delante del pueblo.

Por este fracaso de Moisés, Dios no le permitió conducir al pueblo a la tierra prometida.

Esta necesidad de la manifestación del poder de Dios hizo que [311] ocasión de gran solemnidad; y Moisés y Aarón debieron haberlo mejorado para causar una impresión favorable en el pueblo. Pero Moisés se conmovió; y en la impaciencia y la ira contra el pueblo a causa de sus murmuraciones, dijo: “Oíd ahora, rebeldes; ¿Tenemos que traer agua de esta peña? Al hablar así, virtualmente admitió haber murmurado a Israel que tenían razón al acusarlo de sacarlos de Egipto. Dios había perdonado al pueblo transgresiones mayores que este error de parte de Moisés; pero no podía considerar un pecado en un líder de su pueblo como en aquellos que eran guiados. No pudo excusar el pecado de Moisés y permitirle entrar en la tierra prometida.

Aquí el Señor le dio a su pueblo una prueba inequívoca de que el que había obrado una liberación tan maravillosa para ellos al sacarlos de la esclavitud de Egipto, era el ángel poderoso, y no Moisés, quien iba delante de ellos en todos sus viajes, y de quien él había hablado. dijo: He aquí, yo envío un ángel delante de ti, para que te guarde en el camino, y te lleve al lugar que he preparado. Guardaos de él, y obedeced su voz; no le provoquéis; porque él no perdonará vuestras transgresiones; porque mi nombre está en él.” Moisés tomó para sí la gloria que le pertenecía a Dios, e hizo necesario que Dios hiciera eso en su caso, lo que para siempre satisfaría al Israel rebelde de que no era

Moisés que los ha sacado de Egipto, sino Dios mismo. El Señor le había encomendado a Moisés la carga de guiar a su pueblo, mientras que el Ángel poderoso iba delante de ellos en todas sus jornadas y dirigía todos sus viajes. Como estaban tan dispuestos a olvidar que Dios los guiaba por medio de su Ángel, ya atribuir al hombre lo que sólo el poder de Dios podía hacer, los había probado y puesto a prueba para ver si le obedecían. En cada prueba fallaron.

En lugar de creer y reconocer a Dios, que había sembrado su camino con evidencias de su poder y señales de su cuidado y amor, desconfiaron de él y atribuyeron su salida de Egipto a Moisés, acusándolo como la causa de todos sus problemas. desastres Moisés había soportado su terquedad con notable paciencia. En un momento lo amenazaron con apedrearlo.

El Señor quitaría esta impresión de sus mentes para siempre, prohibiendo a Moisés entrar en la tierra prometida. El Señor había exaltado a Moisés hasta lo sumo. Él le había revelado su gran gloria. Lo había llevado a una sagrada cercanía consigo mismo sobre el monte, y se había dignado hablar con él como un hombre habla con un amigo. Había comunicado a Moisés, ya través de él al pueblo, su voluntad, sus estatutos y sus leyes. El ser así exaltado y honrado por Dios hizo que su error fuera de mayor magnitud. Moisés se arrepintió de su pecado y se humilló mucho ante Dios. Relató a todo Israel su dolor por su pecado. El resultado de su pecado no lo ocultó, sino que les dijo que por no atribuir gloria a Dios, no podría conducirlos a la tierra prometida. Luego les preguntó, si este error de su parte era tan grande como para ser corregido así por Dios, cómo consideraría Dios sus repetidas murmuraciones al acusarlo a él (Moisés) de las visitas extraordinarias de Dios a causa de sus pecados.

Por este solo caso, Moisés había dado la impresión de que les había sacado agua de la peña, cuando debería haber magnificado el nombre del Señor entre su pueblo. El Señor ahora resolvería el asunto con su pueblo, que Moisés era simplemente un hombre, siguiendo la guía y dirección de uno más poderoso que él, incluso el Hijo de Dios. En esto los dejaría sin dudas. Donde mucho se da, mucho se requiere. Moisés había sido muy favorecido con visiones especiales de la majestad de Dios. La luz y la gloria de Dios le habían sido impartidas en rica abundancia. Su rostro había reflejado sobre el pueblo la gloria que el Señor había hecho resplandecer

sobre el. Todos serán juzgados según los privilegios que hayan tenido, y la luz y los beneficios otorgados.

Los pecados de los hombres buenos, cuyo comportamiento general ha sido digno de imitación, son particularmente ofensivos para Dios. Hacen que Satanás triunfe y se burle de los ángeles de Dios con las fallas de los instrumentos escogidos de Dios, y dan a los injustos la ocasión de levantarse contra Dios. El Señor mismo había guiado a Moisés de una manera especial y le había revelado su gloria como a ningún otro sobre la tierra. Era impaciente por naturaleza, pero se había aferrado firmemente a la gracia de Dios, e imploró sabiduría del cielo con tanta humildad, que Dios lo fortaleció y superó su impaciencia, de modo que Dios lo llamó el hombre más manso sobre la faz de la tierra. toda la tierra

Aarón murió en el monte Hor; porque el Señor había dicho que no debía entrar en la tierra prometida; porque, con Moisés, había pecado en el momento de sacar agua de la peña en Meriba. Moisés y los hijos de Aarón lo sepultaron en el monte, para que el pueblo no cayera en la tentación de hacer demasiada ceremonia sobre su cuerpo y cometiera el pecado de idolatría.

Los cananeos hicieron la guerra a Israel y tomaron algunos de ellos [314] prisioneros; y el ejército de los israelitas rogó al Señor que fuera con ellos a la batalla contra los cananeos, y los entregara en sus manos, y ellos destruirían por completo sus ciudades, y serían fieles en seguir a Dios. Él escuchó su oración y salió con sus ejércitos a la batalla, y los israelitas vencieron a sus enemigos y los destruyeron por completo a ellos y a sus ciudades.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 29—Serpientes ardientes

Cuando el pueblo partió de Hor por el camino del Mar Rojo, para rodear la tierra de Edom, se desanimó mucho y se quejó de las dificultades del camino. “Y el pueblo habló contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos habéis sacado de Egipto para morir en el desierto? porque no hay pan, ni hay agua; y nuestra alma aborrece este pan ligero. Y el Señor envió serpientes ardientes entre el pueblo, y mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel. Vino, pues, el pueblo a Moisés, y dijeron: Hemos pecado; porque hemos hablado contra el Señor, y contra ti; orad al Señor, que quite de nosotros las serpientes. Y Moisés oró por el pueblo. Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre un asta; y acontecerá que todo aquel que fuere mordido, cuando lo mirare, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta; y acontecía que si una serpiente mordía a alguno, cuando miraba a la serpiente de bronce, vivía.”

Las murmuraciones de los hijos de Israel no eran razonables; y lo irrazonable siempre se va a los extremos. Pronunciaron falsedades al decir que no tenían pan ni agua. Ambos los habían dado por un milagro de la misericordia de Dios. Para castigarlos por su ingratitud y sus quejas contra Dios, el Señor permitió que las serpientes ardientes los mordieran. Eran llamados de fuego, porque su mordedura producía una inflamación dolorosa y una muerte rápida. Los israelitas, hasta ese momento, habían sido preservados de estas serpientes en el desierto por un milagro continuo; porque el desierto por el que viajaban estaba infestado de serpientes venenosas.

Moisés le dijo al pueblo que Dios los había preservado hasta ese momento, que no habían sido dañados por las serpientes, lo cual era una muestra de su cuidado por ellos. Les dijo que fue por sus murmuraciones innecesarias, quejándose de las dificultades en su viaje, que Dios les había permitido ser mordidos por serpientes. Esto era para mostrarles que Dios los había guardado de muchos y grandes males, los cu



les hubiera permitido venir sobre ellos, habrían sufrido lo que podrían llamar penalidades. Pero Dios había preparado el camino delante de ellos. No había enfermedad entre ellos. Sus pies no se habían hinchado en todos sus viajes, ni sus vestidos se habían envejecido.

Dios les había dado alimento de ángeles y agua purísima del duro pedernal . Y con todas estas muestras de su amor, si se quejaban, enviaría sus juicios sobre ellos por su ingratitud, y les haría darse cuenta de su pasado cuidado misericordioso por ellos, del cual habían sido indiferentes.

Los israelitas estaban aterrorizados y humillados a causa de las serpientes, y confesaron su pecado murmurando. A Moisés se le ordenó erigir la serpiente de bronce sobre un asta, y si los que habían sido mordidos la miraban , serían sanados.

Aquí se requería que los israelitas hicieran algo. Deben mirar a la serpiente de bronce si quieren vivir. Muchos habían muerto por la mordedura de las serpientes. Cuando Moisés levantó la serpiente sobre el asta, algunos no tenían fe en que el simple hecho de mirar eso los sanaría , y murieron. Madres, padres, hermanos y hermanas, todos estaban ansiosamente ocupados en ayudar a sus parientes y amigos que sufrían y morían, para que fijaran sus ojos lánguidos en la serpiente. Si pudieran mirar una sola vez mientras se desmayaban y morían, revivían y eran sanados de todos los efectos de sus heridas venenosas. No había ninguna virtud en la serpiente de bronce que causara tal cambio inmediatamente en aquellos que la miraban. La virtud curativa que recibieron al mirar a la serpiente procedía únicamente de Dios. Él eligió, en su sabiduría, esta manera de mostrar su poder. Era la fe del pueblo en la provisión hecha, lo que era aceptable a Dios. Por este medio sencillo , el pueblo se dio cuenta de que Dios había permitido que estas serpientes los afligieran a causa de sus murmuraciones y falta de fe en él. Si obedecían a Dios, no tenían por qué temer; porque sería su amigo y los preservaría de los peligros a los que estaban continuamente expuestos en el desierto.

Los hebreos en su aflicción no pudieron salvarse de [317] el efecto de las serpientes ardientes. Sólo Dios podía salvar al Israel pecador y rebelde, por su poder infinito; sin embargo, en su sabiduría, no consideró adecuado perdonar sus transgresiones sin probar su arrepentimiento y fe. Se les pidió, por un acto propio, que mostraran su penitencia y fe en la provisión que Dios había hecho para ellos.

recuperación. Ellos, por su parte, deben actuar. Deben mirar para poder vivir. El acto de mirar mostró su fe en el Hijo de Dios, a quien representaba la serpiente. El levantamiento de la serpiente de bronce fue para enseñarle una lección a Israel. Habían presentado sus ofrendas a Dios y sentían que al hacerlo así habían hecho amplia expiación por sus pecados. Ellos no confiaron, por fe, en los méritos del Redentor venidero, de los cuales sus ofrendas eran solo el tipo. La serpiente, hecha de bronce para parecerse a la serpiente de fuego, debía colocarse en medio del campamento, levantada sobre un asta. Esto fue para mostrarle a Israel que sus ofrendas, por sí mismas, no tenían más virtud o poder salvador que la serpiente de bronce, que iba a revivir en sus mentes el futuro sacrificio del Hijo de Dios. Así también, sus ofrendas debían ser traídas con voluntad subyugada y corazones penitentes, teniendo fe en la ofrenda meritoria del amado Hijo de Dios. Ninguno fue obligado a mirar a la serpiente de bronce. Todos podían mirar y vivir, o no creer en la simple provisión que Dios había hecho, negarse a mirar y morir.

Es posible que su pueblo no siempre aprecie los requisitos de Dios , y muchos son incapaces de comprender el trato de Dios con ellos; sin embargo, no es su parte cuestionar los propósitos de Dios, sino rendir obediencia sumisa; porque Dios tiene un propósito en todos [318] sus requisitos, que quizás no veamos completamente aquí, pero veremos lo sucesivo.

Israel había sido preservado por un milagro de la misericordia de Dios durante cada día de sus viajes por el desierto. El ángel poderoso que iba delante de ellos era el Hijo de Dios. Él allanó su camino, para que sus pies no se hincharan. Fue la Majestad del Cielo quien sometió y refrenó a las bestias fuertes y peligrosas del bosque, así como a las serpientes venenosas que infestaban el desierto. Los hijos de Israel no se dieron cuenta de los mil peligros de los que fueron preservados en sus viajes, porque les fueron guardados.

Tenían corazones duros de incredulidad, y no estaban reconciliados para ser guiados y controlados por Dios. Imaginaron males. Se refirieron a los peligros que los amenazaban, aunque no los experimentaron. El Señor permitió que las serpientes los angustiaran, para que se dieran cuenta de cuánto podrían haber sufrido si Dios no los hubiera rodeado misericordiosamente y los hubiera preservado de la aflicción y la muerte. El Señor les acababa de dar una maravillosa victoria sobre sus enemigos, en respuesta a la oración. El Señor los probó, para ver

si lo miran, y confían en él, si son llevados a lugares estrechos. Pero no resistieron la prueba; se quejaron de Dios y de que Moisés los matara de hambre. El Señor los castigó, permitiendo que les sobreviniera la muerte de la que se habían quejado.

La serpiente de bronce, levantada sobre un asta, ilustra al Hijo de Dios, que iba a morir en la cruz. Las personas que están sufriendo por los efectos del pecado pueden encontrar esperanza y salvación solo en la provisión que Dios ha hecho. Así como los israelitas salvaron sus vidas al mirar a la serpiente de bronce, así los pecadores pueden mirar a Cristo y vivir. A diferencia de [319] la serpiente de bronce, él tiene virtud y poder en sí mismo para sanar al pecador que sufre, se arrepiente y cree. Cristo dice de sí mismo: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

\* \* \* \* \*

## Capítulo 30—Balaam

Los hijos de Israel avanzaron y acamparon en los campos de Moab, al otro lado del Jordán, junto a Jericó. Balac, el rey de los moabitas, vio que los israelitas eran un pueblo poderoso; y cuando supieron que habían destruido a los amorreos y tomado posesión de su tierra, se aterrorizaron en gran manera. Todo Moab estaba en problemas. “Y dijo Moab a los ancianos de Madián: Ahora lamerá esta multitud todo lo que está alrededor de nosotros, como lame el buey la hierba del campo. Y Balac, hijo de Zipor, era rey de los moabitas en ese tiempo. Envío, pues, mensajeros a Balaam hijo de Beor, a Petor, que está junto al río de la tierra de los hijos de su pueblo, para llamarlo, diciendo: He aquí un pueblo que sale de Egipto; he aquí, cubren la faz de la tierra, y habitan enfrente de mí. Ven ahora, por tanto, te ruego, maldíceme a este pueblo; porque son demasiado poderosos para mí; por ventura prevaleceré, [320] para que los golpeemos y los expulse de la tierra; porque sé que el que bendices es bendito, y el que maldices es maldito.

Balaam había sido un profeta de Dios y un buen hombre; sino que apostató, y se entregó a la avaricia, de modo que amó el premio de la injusticia. En el momento en que Balac envió mensajeros por él, él era de doble ánimo, siguiendo un curso para ganar y retener el favor y el honor de los enemigos del Señor, a causa de las recompensas que recibió de ellos. Al mismo tiempo, profesaba ser un profeta de Dios. Las naciones idólatras creían que se podían pronunciar maldiciones que afectarían a individuos e incluso a naciones enteras. Cuando los mensajeros relataron su misión a Balaam, él sabía muy bien qué respuesta darles; pero les pidió que se quedaran esa noche, y les traería la palabra que el Señor le hablaría. Los regalos en manos de los hombres excitaban su disposición codiciosa. Dios vino a Balaam en la noche, a través de uno de sus ángeles, y le preguntó: ¿Qué hombres son estos contigo? “Y Balaam dijo a Dios: Balac, hijo de Zipor, rey de Moab, me ha enviado,

diciendo: He aquí un pueblo que ha salido de Egipto, el cual cubre la faz de la tierra. Ven, ahora, maldíceme a ellos; por ventura podré vencerlos y expulsarlos. Y dijo Dios a Balaam: No irás con ellos. No maldecirás al pueblo; porque son benditos.” El ángel le dice a Balaam que los hijos de Israel son conducidos bajo el estandarte del Dios del Cielo, y que ninguna maldición del hombre podría retrasar su progreso. Por la mañana, se levantó y de mala gana les dijo a los hombres que regresaran a Balak, porque el Señor no permitiría que fuera con ellos. Entonces Balac envió otros príncipes, [321] más en número, y más honorables, o ocupando una posición más exaltada que los mensajeros anteriores; y esta vez el llamado de Balac fue más urgente: “Te ruego que nada te impida venir a mí; porque te exaltaré a muy gran honor, y haré todo lo que me digas. Ven, pues, te lo ruego, maldíceme a este pueblo. Y Balaam respondió y dijo a los siervos de Balac: Si Balac me diera su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra del Señor mi Dios, para hacer menos o más”.

Su temor del poder de Dios tiene ascendencia sobre su disposición codiciosa; sin embargo, su curso de conducta muestra que su amor por el honor y la ganancia luchaba duro por el dominio, y no lo sometió. Habría gratificado su codicia, si se hubiera atrevido a hacerlo. Después de que Dios le dijo que no debía ir, estaba ansioso por que se le concediera el privilegio de ir. Les instó a que se quedaran esa noche, para poder volver a consultar a Dios. Un ángel fue enviado a Balaam para decirle: “Si los hombres vienen a llamarte, levántate y ve con ellos; mas la palabra que yo te dijere, eso harás.” El Señor permitió que Balaam siguiera sus propias inclinaciones e intentara, si así lo deseaba, agradar tanto a Dios como a los hombres.

Los mensajeros de Balac no lo llamaron por la mañana para que fuera con ellos. Estaban molestos por su retraso y esperaban una segunda negativa. Balaam podría haberse excusado y fácilmente evitado ir; pero él pensó que porque el Señor la segunda vez no le prohibió ir, él iría y alcanzaría a los [322] embajadores de Balac. La ira del Señor se encendió contra Balaam porque se fue; y envió a su ángel para que se interpusiera en el camino y lo matara por su insensatez presuntuosa. La bestia vio al ángel del Señor y se desvió. Balaam estaba fuera de sí con

rabia. El hablar de la bestia pasó desapercibido para él como algo notable, porque estaba cegado por la pasión. Cuando el ángel se reveló a Balaam, éste se asustó, dejó su bestia y se inclinó humildemente ante el ángel. Relató a Balaam la palabra del Señor, y dijo: “Salí para resistirte, porque tu camino es perverso delante de mí”. Era importante para Israel vencer a los moabitas, para poder vencer a los habitantes de Canaán. Después de que el ángel advirtió de manera impresionante a Balaam en contra de complacer a los moabitas, le dio permiso para continuar su viaje. Dios glorificaría su nombre, incluso a través del presuntuoso Balaam, ante los enemigos de Israel. Esto no podría hacerse de una manera más eficaz que mostrándoles que un hombre de la codiciosa disposición de Balaam no se atrevía, por promesas de promoción o recompensas, a pronunciar una maldición contra Israel.

Balac se encontró con Balaam y le preguntó por qué se demoró tanto en venir cuando envió por él; y le dijo que tenía poder para ascenderlo a honor. Balaam respondió: He aquí, he venido a ti. Luego le dijo que no tenía poder para decir nada. La palabra que Dios le daría, que podía hablar, y no podía ir más allá. Balaam ordenó los sacrificios según los ritos religiosos. Dios envió a su ángel a encontrarse con Balaam, para darle palabras de expresión, como lo había hecho en ocasiones cuando Balaam estaba completamente dedicado al servicio de Dios. “Y el Señor puso una palabra en la boca de Balaam, y dijo: Vuelve a Balac, y así hablarás. Y volvió a él, y he aquí él estaba junto a su holocausto, él y todos los príncipes de Moab. Y retomó su parábola, y dijo: Balac, rey de Moab, me ha traído de Siria, de los montes del oriente, diciendo: Ven, maldíceme a Jacob, y ven, desafía a Israel. ¿Cómo he de maldecir a quien Dios no ha maldecido? ¿O cómo desafiaré yo, a quien el Señor no ha desafiado? Porque desde lo alto de las peñas lo veo, y desde los montes lo contemplo. He aquí, el pueblo habitará solo, y no será contado entre las naciones. ¿Quién puede contar el polvo de Jacob, y el número de la cuarta parte de Israel? ¡Déjame morir la muerte de los justos, y que mi último fin sea como el suyo!”

Balaam habló en un estilo solemne y profético. ¿Cómo desafiaré o dedicaré a la destrucción a aquellos a quienes Dios ha prometido prosperar? Declaró en palabras proféticas que Israel debería seguir siendo un pueblo distinto; para que no se unan, se traguen o se pierdan

en, cualquier otra nación; que llegarían a ser mucho más numerosos de lo que eran entonces; y relató su prosperidad y fortaleza. Vio que el fin de los justos era verdaderamente deseable, y expresó proféticamente su deseo de que su vida terminara como la de ellos.

Balac estaba desilusionado y enojado. Él exclama: "¿Qué me has hecho? Te tomé para maldecir a mis enemigos, y he aquí, los has bendecido por completo". Balac piensa que es la gran apariencia de los israelitas en sus tiendas, que Balaam ve desde un monte alto, lo que le impide maldecirlos. Piensa que si [324] lo lleva a otro lugar, donde Israel no aparecerá con tanta ventaja, puede obtener una maldición de Balaam. De nuevo, en Zofim, en la cima del Pisga, Balaam ofreció holocaustos, y luego fue solo a hablar con el ángel de Dios. Y el ángel le dijo a Balaam qué decir. Cuando regresó, Balac preguntó con ansiedad: "¿Qué ha dicho el Señor?" "Y tomó su parábola, y dijo: Levántate, Balac, y oye; Escúchame, hijo de Zipor: Dios no es hombre, para que mienta; ni el hijo del hombre, para que se arrepienta. ¿Ha dicho él, y no lo hará? ¿O ha dicho, y no lo hará bien? He aquí, he recibido mandamiento de bendecir; y él ha bendecido, y no puedo revertirlo. No ha visto iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel.

Jehová su Dios está con él, y júbilo de rey en medio de ellos.

Dios los sacó de Egipto; tiene, por así decirlo, la fuerza de un unicornio. Ciertamente no hay encantamiento contra Jacob, ni hay adivinación contra Israel. Según este tiempo se dirá de Jacob y de Israel: ¡Qué ha hecho Dios! He aquí, el pueblo se levantará como un gran león, y él mismo se enaltecerá como un cachorro de león. No se echará hasta que coma de la presa y beba la sangre de los muertos".

Balac todavía se jactaba de la vana esperanza de que Dios estaba sujeto a variación, como el hombre. Balaam le informa que nunca se inducirá a Dios a quebrantar su palabra o alterar su propósito con respecto a Israel, y que es en vano que espere obtener una maldición para su pueblo, o esperar que revierta la bendición que ha prometido a ellos; y ningún encantamiento o maldición pronunciada por un adivino podría [325] tener la menor influencia sobre esa nación que tiene la protección de la Omnipotencia.

Balaam había querido aparentar ser favorable a Balac, y había permitido que él fuera engañado y pensara que usaba ceremonias supersticiosas y encantamientos cuando suplicaba al Señor. Pero a medida que siguió el mandato que Dios le había dado, se volvió más atrevido en la medida en que obedecía el impulso divino, y dejó a un lado su pretendido conjuro, y, mirando hacia el campamento de los israelitas, los contempla a todos acampados en perfecto orden, bajo sus respectivos estandartes, a distancia del tabernáculo. A Balaam se le permitió contemplar la gloriosa manifestación de la presencia de Dios, cubriendo, protegiendo y guiando el tabernáculo. Se llenó de admiración ante la sublime escena. Abrió su parábola con toda la dignidad de un verdadero profeta de Dios. Sus palabras proféticas son estas: “¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, y tus tabernáculos, oh Israel! Como los valles se extienden, como huertos junto a un río, como árboles de áloe que plantó el Señor, y como cedros junto a las aguas. El derramará el agua de sus baldes, y su simiente estará en muchas aguas, y su rey será más alto que Agag, y su reino será exaltado. Dios lo sacó de Egipto; tiene, por así decirlo, Devorará a las naciones, sus enemigos, y quebrará sus huesos, y los traspasará con sus flechas. Se echó, se echó como un león, y como un gran león. ¿Quién lo despertará? Bienaventurado el que te bendiga, y maldito el que te maldiga. Y la ira de Balac

[326] se encendió contra Balaam, y se golpeó las manos.

Y Balac dijo a Balaam: Te llamé para maldecir a mis enemigos, y he aquí, los has bendecido por completo estas tres veces”.

Los moabitas entendieron el significado de las palabras proféticas de Balaam: que los israelitas, después de conquistar a los cananeos, se establecerían en su tierra, y todos los intentos de someterlos no tendrían más éxito que una bestia débil para despertar al león de su cabeza. su guarida Balaam le dijo a Balac que le informaría lo que los israelitas deberían hacer con su pueblo en un período posterior. El Señor desplegó el futuro ante Balaam, y permitió que los eventos que ocurrirían pasaran ante su vista, para que los moabitas entendieran que Israel finalmente triunfaría. Mientras Balaam recitaba proféticamente el futuro a Balac y sus príncipes, quedó asombrado ante la futura demostración del poder de Dios.



Después de que Balaam hubo regresado a su lugar, y la influencia controladora del Espíritu de Dios lo hubo dejado, prevaleció su codicia, que no había sido superada, sino simplemente contenida. No podía pensar en nada más que en la recompensa y el ascenso al honor que podría haber recibido de Balac, hasta que estuvo dispuesto a recurrir a cualquier medio para obtener lo que deseaba. Balaam sabía que la prosperidad de Israel dependía de su observancia de la ley de Dios; y que no había manera de traer una maldición sobre ellos sino seduciéndolos a la transgresión. Decidió asegurarse la recompensa de Balac y la promoción que deseaba, aconsejando a los moabitas qué curso de acción seguir para traer la maldición sobre Israel. Aconsejó a Balac que proclamara una fiesta idólatra en honor de sus dioses ídolos, y persuadiría a los israelitas a que asistieran, para que se deleitaran [327] con la música; y luego las mujeres madianitas más bellas deberían inducir a los israelitas a transgredir la ley de Dios, corromperse y también influir en ellos para ofrecer sacrificios a los ídolos. Este consejo satánico tuvo demasiado éxito. Muchos de los israelitas fueron persuadidos por Balaam, porque lo consideraban un profeta de Dios, para unirse a él y mezclarse con ese pueblo idólatra, y participar con él en la idolatría y la fornicación.

“E Israel se unió a Baal-peor; y la ira del Señor se encendió contra Israel. Y Jehová dijo a Moisés: Toma todas las cabezas del pueblo, y cuélgalas delante de Jehová contra el sol, para que el furor de la ira de Jehová se aparte de Israel. Y Moisés dijo a los jueces de Israel: Matad cada uno a sus hombres que se unieron a Baal-peor”. Moisés ordenó a los jueces del pueblo que ejecutaran el castigo de Dios contra los que habían transgredido, y colgaran las cabezas de los transgresores delante del Señor, para que Israel temiera seguir su ejemplo.

El Señor mandó a Moisés que enfadara a los madianitas y los hiriese, porque habían enfadado a Israel con sus artimañas, con las cuales los habían engañado para transgredir los mandamientos de Dios.

El Señor mandó a Moisés que vengara a los hijos de Israel de los madianitas; y entonces debe ser reunido con su pueblo. Moisés ordenó a los hombres de guerra que se prepararan para la batalla contra los madianitas. Y pelearon contra ellos, como el Señor había mandado, y mataron a todos los varones, pero se llevaron cautivos a las mujeres y a los niños. Balaam fue asesinado con los madianitas. “Y Moisés y Eleazar el

[328] sacerdote, y todos los príncipes de la congregación, salieron a recibirlos fuera del campamento. Y Moisés se enojó con los oficiales del ejército, con los capitanes de mil y capitanes de cien, que venían de la batalla. Y Moisés les dijo: ¿Habéis salvado con vida a todas las mujeres? He aquí, estos hicieron que los hijos de Israel, por el consejo de Balaam, delinquieran contra el Señor en el asunto de Peor, y hubo una plaga entre la congregación del Señor.”

Moisés ordenó a los hombres de guerra que destruyeran a las mujeres y los niños varones. Balaam había vendido a los hijos de Israel por una recompensa, y pereció con el pueblo cuyo favor había obtenido con el sacrificio de veinticuatro mil de los israelitas. Muchos consideran que el Señor es cruel al exigir a su pueblo que haga la guerra a otras naciones. Dicen que es contrario a su carácter benévolo. Pero el que hizo el mundo y formó al hombre para que habite sobre la tierra, tiene dominio ilimitado sobre todas las obras de sus manos; y es su derecho hacer lo que le plazca, y lo que le plazca, con la obra de sus manos. El hombre no tiene derecho a decirle a su Hacedor: ¿Por qué haces así? No hay injusticia en su carácter. Él es el gobernante del mundo, y una gran parte de sus súbditos se han rebelado contra su autoridad y han pisoteado su ley. Les ha otorgado abundantes bendiciones y los ha rodeado de todo lo necesario; sin embargo, se han inclinado ante imágenes de madera y piedra, plata y oro, que sus propias manos han hecho. Enseñan a sus hijos que estos son los dioses que les dan vida y salud, y hacen fructificar sus tierras, y les dan riquezas y honra. Se burlan del Dios de Israel. Ellos [329] desprecian a su pueblo porque sus obras son justas. “Dijo el necio en su corazón: No hay Dios. Son corruptos, han hecho obras abominables.” Dios los ha soportado hasta que colmaron la medida de su iniquidad, y entonces ha traído sobre ellos destrucción repentina. Ha usado a su pueblo como instrumentos de su ira, para castigar a las naciones malvadas que los han afligido y seducido a la idolatría.

Se me presentó un cuadro familiar: una parte de los hijos parece ansiosa por aprender y obedecer los requisitos del padre, mientras que los demás pisotean su autoridad y parecen regocijarse al mostrar desprecio por el gobierno de su familia. Comparten los beneficios de la casa de su padre y reciben constantemente su generosidad; están

totalmente dependientes de él por todo lo que reciben, pero no están agradecidos, sino que se comportan con orgullo, como si todos los favores que recibieron de su padre indulgente se los proporcionaran ellos mismos. El padre se da cuenta de todos los actos irrespetuosos de sus hijos desobedientes y desagradecidos, pero los soporta.

Finalmente, estos hijos rebeldes van aún más lejos y buscan influir y conducir a la rebelión a los miembros de la familia de su padre que hasta ahora han sido fieles. Entonces se pone en acción toda la dignidad y autoridad del padre; y expulsa de su casa a los hijos rebeldes, que no sólo han abusado de su amor y bendiciones ellos mismos, sino que también han tratado de subvertir a los pocos restantes que se habían sometido a las leyes sabias y juiciosas de la casa de su padre.

Por el bien de los pocos que son leales, cuya felicidad estuvo expuesta a la influencia sediciosa de los miembros rebeldes de su casa, separa a sus hijos rebeldes de su familia, mientras [330] al mismo tiempo se esfuerza por llevar a los restantes fieles y los leales más cercanos a él. Todos honrarían la conducta sabia y justa de tal padre, al castigar con la mayor severidad a sus hijos rebeldes e inobedientes.

Dios ha tratado así a sus hijos. Pero el hombre, en su ceguera, pasará por alto las abominaciones de los impíos, y pasará desapercibido la continua ingratitud y rebelión, y los pecados que atrevieron al cielo de aquellos que pisotean la ley de Dios y desafían su autoridad. No se detienen aquí, sino que se regocijan en subvertir a su pueblo e influir en él mediante sus artimañas para que transgredan y muestren abierto desprecio por los sabios requisitos de Jehová.

Algunos sólo pueden ver la destrucción de los enemigos de Dios, que les parece cruel y cruel. No miran hacia el otro lado.

Pero sean dadas eternas gracias, ese hombre impulsivo y cambiante, con toda su jactanciosa benevolencia, no es el que dispone y controla los eventos. "Las tiernas misericordias de los impíos son crueles".

\* \* \* \* \*

## Capítulo 31—La muerte de Moisés

Moisés iba a morir pronto; y Dios le ordenó reunir a los hijos de Israel antes de su muerte, y relatarles todos los viajes del ejército hebreo desde su salida de Egipto, y todas las grandes transgresiones de sus padres, que trajeron sus [331] juicios . sobre ellos, y lo obligó a decir que no entrarían en la tierra prometida. Sus padres habían muerto en el desierto, conforme a la palabra del Señor. Sus hijos habían crecido, ya ellos se les iba a cumplir la promesa de poseer la tierra de Canaán. Muchos de estos eran niños pequeños cuando se dio la ley, y no recordaban la grandeza del evento. Otros nacieron en el desierto; y para que no se dieran cuenta de la necesidad de obedecer los diez mandamientos y todas las leyes y juicios dados a Moisés, Dios le instruyó que recapitulara los diez mandamientos y todas las circunstancias relacionadas con la entrega de la ley.

Moisés había escrito en un libro todas las leyes y juicios que Dios le había dado, y había anotado fielmente todas las instrucciones que les había dado en el camino, y todos los milagros que les había hecho , y todas las murmuraciones de los hijos de Israel. Moisés también había registrado su superación como consecuencia de las murmuraciones de ellos.

Todo el pueblo se reunió delante de él, y él leyó los acontecimientos de su historia pasada del libro que había escrito. También leyó las promesas de Dios para ellos si eran obedientes, y las maldiciones que caerían sobre ellos si eran desobedientes. Contó al pueblo su gran dolor por su culpa en Meriba.

“Y entonces rogué al Señor, diciendo: Oh Señor Dios, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza y tu mano poderosa; porque ¿qué Dios hay en el cielo o en la tierra, que pueda hacer según tus obras y según tus fuerzas? Te ruego que me permitas pasar y [332] ver la buena tierra que está más allá del Jordán, esa hermosa montaña y el Líbano. Pero el Señor se enojó conmigo por causa de ustedes, y qui

no me escuches Y me dijo el Señor: Bástete; no me hables más de este asunto. Sube a la cumbre del Pisgá, y alza tus ojos al occidente, al norte, al sur y al oriente, y míralo con tus ojos; porque no pasarás este Jordán. Pero manda a Josué, y anímalo, y fortalécelo ; porque él pasará delante de este pueblo, y él les hará heredar la tierra que tú verás. “Ahora, pues, escucha, oh Israel, los estatutos y los decretos que yo te enseño, para que los cumplas, a fin de que vivas, y entres y poseas la tierra que el Señor, el Dios de tus padres, te da. No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis nada de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno.”

Moisés les dijo que, por su rebelión, el Señor se había propuesto varias veces destruirlos; pero él había intercedido por ellos tan fervientemente que Dios en su gracia los había perdonado. Les recordó los milagros que el Señor había hecho a Faraón y a toda la tierra de Egipto. Él les dijo: “Pero vuestros ojos han visto todas las grandes obras que hizo el Señor. Guardad, pues, todos los mandamientos que os mando hoy, para que seáis fuertes, y entréis y poseáis la tierra adonde vais para poseerla.

Moisés advirtió especialmente a los hijos de Israel contra ser seducidos a la idolatría. Les encargó encarecidamente que obedecieran los mandamientos de Dios. Si demostraran ser obedientes y amaran al Señor y lo sirvieran con todo su afecto, Él les daría [333] la lluvia a su debido tiempo, y haría que su vegetación floreciera y aumentara su ganado. También deben gozar de privilegios especiales y exaltados, y deben triunfar sobre sus enemigos. Les relató las ventajas de la tierra de Canaán sobre la de Egipto. En ciertas estaciones del año, las tierras cultivadas en Egipto tenían que ser regadas desde el río por maquinaria que se trabajaba a pie.

Este fue un proceso laborioso.

Moisés les dijo: “Porque la tierra a la cual entráis para poseerla, no es como la tierra de Egipto de donde salisteis, donde sembrasteis vuestra semilla, y la regasteis con vuestro pie, como huerta de hortaliza . ; mas la tierra adonde vais para poseerla, es tierra de montes y de valles, y bebe agua de la lluvia del cielo; una tierra que el Señor tu Dios cuida. Los ojos del Señor tu D

están siempre sobre él, desde el principio del año hasta el fin del año.”

Muchos de los egipcios rindieron esa devoción al río que pertenecía únicamente a Dios. Lo reconocieron como su Dios, porque dependían de sus aguas para saciar su sed, y para usarlas en sus tierras para hacer que floreciera la vegetación; y generosamente suministró sus mesas con pescado.

Durante las plagas de Egipto, Faraón fue puntual en su supersticiosa devoción al río, y lo visitaba todas las mañanas; y, mientras estaba de pie en sus orillas, ofreció alabanza y acción de gracias al agua, contando el gran bien que realizó, y diciéndole al agua su gran poder; que sin ella no podrían existir; porque [334] sus tierras fueron regadas por él, y suministró alimento para sus mesas.

La primera plaga que visitó a Egipto iba a venir sobre las aguas, uno de los dioses exaltados de Faraón. Moisés golpeó el agua delante de Faraón y sus grandes hombres, y vieron que el agua que adoraban se convirtió en sangre. Fue una masa pútrida durante siete días; y murieron todos los peces que había en él. La gente no podía usar el agua para ningún propósito.

Moisés instruyó a los hijos de Israel de una manera ferviente e impresionante. Sabía que era su última oportunidad de dirigirse a ellos. Y terminó de escribir en un libro todas las leyes, juicios y estatutos que Dios le había dado; también, las varias regulaciones con respecto a las ofrendas de sacrificio. Puso el libro en manos de los hombres en el oficio sagrado y pidió que, para su custodia, debería ser puesto en el costado del arca; porque el cuidado de Dios estaba continuamente sobre ese cofre sagrado. Este libro de Moisés debía ser preservado, para que los jueces de Israel pudieran consultarlo si surgía algún caso que lo hiciera necesario. Un pueblo que yerra a menudo entiende los requisitos de Dios para adaptarse a su propio caso; por lo tanto, el libro de Moisés fue preservado en un lugar muy sagrado, para futuras referencias.

Moisés cerró sus últimas instrucciones al pueblo con un discurso profético muy poderoso. Fue patético y elocuente. Por inspiración de Dios, bendijo por separado a las tribus de Israel. En sus palabras finales, se refirió en gran medida a la majestad de Dios y la excelencia de Israel, que siempre continuarían si obedecían a Dios y se aferraban a su fuerza. Él les dijo: “No hay nadie como el Dios de Jesurún, que cabalga sobre los cielos en vuestra ayuda, y

en su excelencia en el cielo. El Dios eterno es tu refugio, y debajo están los brazos eternos. Y él echará de delante de ti al [335] enemigo, y dirá: Destrúyelo. Israel, pues, habitará seguro solo. La fuente de Jacob estará sobre una tierra de trigo y mosto; también sus cielos destilarán rocío. Dichoso eres, oh Israel. ¡Quién como tú, oh pueblo salvado por el Señor, el escudo de tu ayuda, y quién es la espada de tu excelencia! Y tus enemigos te serán hallados mentirosos; y pisarás sobre sus lugares altos.”

Josué fue seleccionado por Dios para ser el sucesor de Moisés en la conducción del ejército hebreo a la tierra prometida. Fue consagrado de la manera más solemne a la importante obra futura de guiar, como fiel pastor, al pueblo de Israel. “Y Josué, hijo de Nun, estaba lleno del espíritu de sabiduría; porque Moisés le había puesto las manos encima . Y los hijos de Israel lo escucharon e hicieron como el Señor había mandado a Moisés”. Y mandó a Josué delante de toda la congregación de Israel: Esforzaos y cobrad ánimo; porque tú traerás a los hijos de Israel a la tierra que les juré; y yo estaré contigo.” Habló a Josué en lugar de Dios.

También hizo reunir ante él a los ancianos y oficiales de las tribus, y les encargó solemnemente que obraran con justicia y rectitud en sus oficios religiosos, y que obedecieran fielmente todas las instrucciones que les había dado de parte de Dios. Llamó a los cielos ya la tierra para que los acusaran de que si se apartaban de Dios y transgredían sus mandamientos, él era claro; porque él los había instruido y advertido fielmente.

“Y Moisés subió de los campos de Moab al monte de Nebo, a la cumbre del Pisgá, que está frente a Jericó; y el Señor le mostró toda la tierra de Galaad, hasta Dan, y todo Neftalí, [336] y la tierra de Efraín y Manasés, y toda la tierra de Judá, hasta el mar extremo, y el sur, y la llanura de el valle de Jericó, la ciudad de las palmeras, hasta Zoar. Y el Señor le dijo: Esta es la tierra que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré. Te lo he hecho ver con tus ojos, pero no pasarás allí. Así murió Moisés, siervo del Señor, allí en la tierra de Moab, conforme a la palabra del Señor. Y lo sepultó en un valle en la tierra de Moab, frente a Bet-peor; pero nadie sabe de su sepulcro

hasta el día de hoy. Y Moisés tenía ciento veinte años cuando murió; su ojo no se oscureció, ni su fuerza natural disminuyó.”

Moisés ascendió al Pisgá, la más alta prominencia de la montaña que podía alcanzar, y allí sus ojos claros y nítidos contemplaron la tierra, el hogar prometido de Israel. Dios abrió ante sus ojos toda la tierra de Canaán. Él allí en el monte se dio cuenta plenamente de las ricas bendiciones que Israel disfrutaría si obedecían fielmente los mandamientos de Dios.

Mientras está en el monte, Moisés nuevamente confiesa su pecado ante Dios e implora perdón por su transgresión. Había deplorado mucho su pecado que lo había privado de la tierra prometida. Fue una gran aflicción para él que no se le permitiera entrar en la Canaán terrenal. Sin embargo, acepta humildemente el castigo de su transgresión, y no murmura del decreto de Dios; no obstante, fue el murmullo continuo de la gente lo que lo había afligido, y fue [337] la causa de que se impacientara por un momento, lo que resultó en que no atribuyó la gloria del gran milagro que presenciaron a su verdadero Autor. Este fue el propósito de Dios al probar a su pueblo, que en sus pruebas serían inducidos a invocarlo para liberación; y él les respondería revelándoles su grandeza y poder, para que su fe y confianza pudieran estar sólo en Dios. Esta era una oportunidad favorable para que Moisés adorara y magnificara la bondad y el poder de Dios, y causara una profunda impresión en el pueblo, mientras sus corazones se ablandaban, se despertaba su gratitud y un solemne y sagrado asombro impregnaba el lugar. Podría haber exaltado a Dios ante ellos, cuyas amenazas nunca fallan y cuyas promesas son siempre seguras.

Moisés, solo en el monte, repasó su vida pasada de vicisitudes y penurias desde que se apartó de los honores cortesanos y de un futuro reino en Egipto, rehusando ser llamado hijo de la hija de Faraón, prefiriendo sufrir la aflicción con el pueblo de Dios. Recuerda la vida de su humilde pastor, y, mientras apacentaba su rebaño, la maravillosa vista de la zarza llameante, y el Señor allí santificándolo para la obra, y encomendándole la misión responsable de librar a Israel de su opresión. Descendió de un punto a otro en su experiencia. Recordó los poderosos milagros del poder de Dios en las plagas de Egipto para hacer que Faraón estuviera dispuesto a dejar ir al pueblo; el



el Mar Rojo en seco, mientras las aguas estaban paradas como un muro a ambos lados; el símbolo de la presencia divina en la columna de nube de día, y de fuego de noche; el agua que les dio el pedernal; el pan de cada día que, durante la noche, caía del cielo [338] alrededor de sus tiendas; las victorias que Dios les había dado sobre sus enemigos; su descanso tranquilo y seguro en medio de un vasto desierto; y la insuperable gloria y majestad de Dios que se le había permitido presenciar. Al repasar estas cosas, se sintió abrumado por un sentido de la bondad y el poder de Dios. Sus promesas eran seguras para Israel. Cuando eran fieles y obedientes, no se les había negado nada bueno prometido. Pero a causa de sus continuas rebeliones y pecados graves, se consumieron cuarenta años en sus andanzas por el desierto.

Había estado desilusionado y afligido por la continua rebelión de Israel; sin embargo, no había pecado contra Dios hasta que se impacientó con Israel y habló sin consejo con sus labios. A pesar de todos sus trabajos y cargas por el Israel rebelde durante su viaje de cuarenta años, solo dos de los de ese vasto ejército que tenían más de veinte años cuando salieron de Egipto, fueron encontrados tan fieles que podían ver la tierra prometida. El Señor había dicho que caerían en el desierto por sus transgresiones. Tenían corazones malvados de incredulidad. La laboriosa tarea de Moisés, al revisar el resultado de sus labores, parecía casi en vano.

Moisés se sometió al decreto de Dios con respecto a sí mismo. No se arrepintió de las cargas que había soportado por un pueblo desagradecido que no había apreciado sus labores, su cuidado ansioso y su amor por ellos. Sabía que su misión y obra eran designadas por Dios mismo. Cuando el Señor le dio a conocer por primera vez a Moisés sus propósitos de capacitarlo para sacar a su pueblo de la esclavitud, él rehuyó la responsabilidad y le suplicó que eligiera a alguien mejor calificado para ejecutar esta obra sagrada. Su petición no fue concedida. Desde que había emprendido la obra, no la había dejado, ni desechado la carga. Varias veces el Señor se propuso soltarlo y destruir al Israel rebelde; pero Moisés no pudo dejar ir a Israel. Decidió seguir llevando la carga que el Señor le había encomendado. Había sido tan especialmente favorecido por Dios, y había obtenido una experiencia tan rica durante sus viajes por el desierto, al presenciar las manifestaciones de los milagros de Dios y su excelente gloria, que concluyó, en respuesta:

viendo las escenas de su vida, que había tomado una sabia decisión al elegir sufrir aflicción con el pueblo de Dios, en lugar de disfrutar los placeres del pecado por una temporada. No se arrepintió de sus sufrimientos y penalidades. Sólo un acto desafortunado estropeó su ilustre experiencia. Si pudiera expiar esta única transgresión, sería reconciliado para morir. Se le dijo que el arrepentimiento, la humillación y la fe en el Hijo de Dios, que iba a morir como sacrificio del hombre, era todo lo que Dios requería. Esta ofrenda perfecta y sin pecado sería totalmente aceptable para Dios, y vincularía al hombre finito, aunque caído, si se arrepiente y es obediente, a su propia santidad.

Cuando los ángeles le presentaron a Moisés una vista panorámica de la tierra prometida, él pudo contemplar toda la escena y apreciar con una claridad casi divina su magnificencia. Era como un segundo Edén, abundante en árboles frutales de casi todas las variedades, y muy hermosos árboles y flores ornamentales. Había hermosas ciudades, con arroyos y manantiales de agua. Había campos de trigo y cebada, y [340] viñedos, higueras, granados, aceite de oliva y miel.

El Señor había dicho: “Comerás el pan sin escasez, nada te faltará en él”.

A Moisés se le mostraron eventos futuros, especialmente aquellos relacionados con el primer advenimiento de Jesucristo. Se le mostraron escenas importantes y emocionantes de la vida de Cristo, y los mismos lugares donde se representarían estas escenas. Vio su humilde nacimiento, y a los ángeles proclamando las buenas nuevas a los pastores: “He aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo. Porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.” Moisés vio que Cristo había cambiado su majestad y esplendor por el pesebre de Belén. Escuchó las voces gozosas de la resplandeciente hueste del Cielo prorrumpir en ese cántico divino: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.” Vio al Salvador del mundo caminando humildemente por las calles de Belén, despojado de los honores reales, sin pompa ni grandeza. Vio la manera de su rechazo por parte de la orgullosa y corrupta nación judía. Despreciaron y rechazaron a Aquel que había venido a darles vida. Aquí estaba su única estrella de esperanza. Vio la gran agonía del Hijo de Dios en el jardín de Getsemaní, y la traición de Jesús en manos de una turba enfurecida por Satanás. Vio las crueles burlas y flagelaciones instigadas por su propia nación.

su último acto culminante de clavarlo en la cruz; y Moisés vio que, como había levantado la serpiente en el desierto, así el Hijo de Dios estaba levantado sobre la cruz de madera. Lo vio sangrar y morir, para que todo aquel que crea en él no se pierda, mas tenga vida eterna.

El dolor, el asombro, la indignación y el horror estaban representados en [341] rostro de Moisés, al ver la hipocresía y el odio satánico manifestado por la nación judía contra su Redentor, el ángel poderoso que había ido delante de sus padres, y obrado tan maravillosamente por ellos en todas sus jornadas. Escuchó su clamor agonizante: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Lo vio resucitar de entre los muertos, y caminar como un conquistador triunfante, y ascender a su Padre escoltado por ángeles adoradores. Las puertas de la ciudad fueron abiertas por ángeles, quienes dieron la bienvenida a su divino Comandante con cánticos de gloria y triunfo eterno. El semblante de Moisés cambió y brilló con un resplandor santo, al contemplar la gloria y el triunfo de Cristo. ¡Cuán pequeñas parecían todas sus penalidades, pruebas y sacrificios, en comparación con las del divino Hijo de Dios! Se regocijó de haber elegido sufrir aflicción con el pueblo de Dios, y en una pequeña medida ser partícipe con Cristo de sus sufrimientos.

No era la voluntad de Dios que nadie subiera con Moisés a la cima del Pisgá. Allí estaba él, sobre una alta prominencia en la cima del Pisgah, en presencia de Dios y de los ángeles celestiales. Después de haber visto Canaán a su satisfacción, se acostó, como un guerrero cansado, para descansar. Le sobrevino el sueño, pero era el sueño de la muerte. Los ángeles tomaron su cuerpo y lo enterraron en el valle. Los israelitas nunca pudieron encontrar el lugar donde fue sepultado. Su entierro secreto fue para evitar que el pueblo pecara contra el Señor al cometer idolatría sobre su cuerpo.

Aquellos que no habían tenido cuidado de prestar atención a sus instrucciones durante su vida, estarían en el mayor peligro de manifestar un dolor no santificado [342] en caso de su muerte, y cometerían idolatría sobre su cuerpo sin vida si pudieran obtenerlo. Dios planeó esconder a Moisés de ellos, donde su tumba sería desconocida excepto por él mismo y los ángeles celestiales. Moisés había logrado mucho para Israel. En todas sus instrucciones se podía ver justicia, inteligencia y pureza.

La vida de Moisés estuvo marcada por un amor supremo a Dios. Su piedad, humildad y paciencia le dieron influencia entre las huestes de Israel. Su celo y fe en Dios eran mayores que los de cualquier otro hombre sobre la tierra. A menudo se había dirigido a su pueblo con palabras de conmovedora elocuencia. Nadie supo mejor que él cómo mover los afectos de la gente. Dirigió todos los asuntos relacionados con los intereses religiosos del pueblo con gran sabiduría.

Satanás se regocijó de haber logrado que Moisés pecara contra Dios. Por esta transgresión, Moisés quedó bajo el dominio de la muerte. Si hubiera continuado fiel, y su vida no hubiera sido mancillada por aquella única transgresión, al no dar a Dios la gloria de sacar agua de la roca, habría entrado en la tierra prometida, y habría sido trasladado al Cielo sin ver muerte. Miguel, o Cristo, con los ángeles que sepultaron a Moisés, descendió del cielo, después de haber permanecido en la tumba un breve tiempo, lo resucitó y lo llevó al cielo.

Cuando Cristo y los ángeles se acercaron a la tumba, Satanás y sus ángeles aparecieron en la tumba y estaban guardando el cuerpo de Moisés para que no fuera removido. Mientras Cristo y sus ángeles se acercaban, Satanás [343] resistió su acercamiento, pero fue obligado, por la gloria y el poder de Cristo y sus ángeles, a retroceder. Satanás reclamó el cuerpo de Moisés, a causa de su única transgresión; pero Cristo mansamente lo remitió a su Padre, diciendo: "El Señor te reprenda". Cristo le dijo a Satanás que sabía que Moisés se había arrepentido humildemente de este mal, que no había ninguna mancha en su carácter y que su nombre en el libro celestial de los registros estaba intacto. Entonces Cristo resucitó el cuerpo de Moisés, que Satanás había reclamado.

En la transfiguración de Cristo, Moisés y Elías, que habían sido trasladados, fueron enviados a hablar con Cristo acerca de sus sufrimientos y ser los portadores de la gloria de Dios para su amado Hijo. Moisés había sido grandemente honrado por Dios. Había tenido el privilegio de hablar con Dios cara a cara, como habla un hombre con su amigo. Y Dios le había revelado su excelsa gloria, como nunca lo había hecho con ningún otro.

Moisés era un tipo de Cristo. Recibió las palabras de la boca de Dios, y las habló al pueblo. Dios consideró oportuno disciplinar a Moisés en la escuela de la aflicción y la pobreza, antes de que pudiera estar preparado para conducir los ejércitos de Israel en sus viajes desde Egipto hasta la Canaán terrenal. El Israel de Dios que ahora está pasando al

Canaán celestial tiene un Capitán que no necesitaba enseñanza terrenal, como Moisés, para perfeccionarlo para el trabajo de un maestro y líder divino para guiar a su pueblo a un país mejor y celestial. No manifestó ninguna debilidad o imperfección humana; sin embargo, murió para obtener una entrada para nosotros en la tierra prometida. Moisés señaló al pueblo hacia Cristo. Él dijo: “ Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios ; a él oiréis.” Continúa: “El Señor me dijo [344] : Han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de entre sus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en su boca; y él les hablará todo lo que yo le mande.”

A través de signos y ceremonias exteriores, el Señor dio a conocer a los hebreos su pureza y santidad, y su severa justicia. También multiplicó las evidencias de su voluntad de perdonar a los errantes y pecadores que manifestaron verdadero arrepentimiento y sumisión a sus justos requerimientos, mientras presentaban sus ofrendas en fe de la futura ofrenda perfecta del Hijo de Dios. Cuando el sumo sacerdote realizaba su servicio ante el pueblo, su mente se dirigía al Salvador venidero, del cual el sacerdote judío era una representación sorprendente y hermosa.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 32—Josué

Después de la muerte de Moisés, Josué iba a ser el líder de Israel, para conducirlos a la tierra prometida. Había sido primer ministro de Moisés durante la mayor parte del tiempo que los israelitas habían vagado por el desierto. Había visto las maravillosas obras de Dios obradas por Moisés y comprendía bien el carácter del pueblo. Fue uno de los doce espías que fueron enviados a buscar la tierra prometida [345], y uno de los dos que dieron fiel cuenta de sus riquezas, y que animaron al pueblo a subir con la fuerza de Dios y poseerla. Estaba bien calificado para este importante cargo. El Señor le prometió a Josué que estaría con él como lo había estado con Moisés, y que haría que la caída de Canaán fuera una fácil conquista para él, siempre que fuera fiel en observar todos sus mandamientos. Estaba ansioso por saber cómo ejecutaría su comisión de conducir al pueblo a la tierra de Canaán; pero este estímulo dispuso

Josué ordenó a los hijos de Israel que se prepararan para un viaje de tres días, y que todos los hombres de guerra salieran a la batalla. “Y respondieron a Josué, diciendo: Todo lo que nos mandes, haremos, y a donde nos envíes, iremos. Como escuchamos a Moisés en todo, así te escucharemos a ti; solamente que el Señor tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés. Cualquiera que se rebele contra tu mandamiento, y no escuche tus palabras en todo lo que le mandes, se le dará muerte; solamente sé fuerte y de buen ánimo.”

El paso de los israelitas por el Jordán iba a ser milagroso. “Y Josué dijo al pueblo: Santificaos; porque mañana el Señor hará maravillas entre vosotros. Y habló Josué a los sacerdotes, diciendo: Tomad el arca del pacto, y pasad delante del pueblo. Y tomaron el arca del pacto, y fueron delante del pueblo. Y el Señor dijo a Josué: Desde este día comenzaré a engrandecerte a la vista de todo Israel, para que sepan que como estuve con Moisés, así estaré contigo”.

[346] Los sacerdotes debían ir delante del pueblo y llevar el arca con

la ley de Dios. Y como sus pies fueron sumergidos en el borde del Jordán, las aguas fueron cortadas desde arriba, y los sacerdotes pasaron, llevando el arca, que era un símbolo de la Presencia Divina; y la hueste hebrea siguió. Cuando los sacerdotes habían cruzado la mitad del Jordán, se les ordenó que se pararan en el lecho del río hasta que todo el ejército de Israel hubiera pasado. Aquí, la generación de israelitas existente entonces estaba convencida de que las aguas del Jordán estaban sujetas al mismo poder que sus padres habían visto desplegarse en el Mar Rojo, cuarenta años antes. Muchos de estos pasaron por el Mar Rojo cuando eran niños. Ahora pasan el Jordán, hombres de guerra, completamente equipados para la batalla. Después que todo el ejército de Israel hubo pasado el Jordán, Josué mandó a los sacerdotes que subieran. Tan pronto como los sacerdotes, que llevaban el arca del pacto, salieron del río y se detuvieron en tierra seca, el Jordán siguió rodando como antes, y se desbordó por todas sus orillas. Este maravilloso milagro realizado para los israelitas aumentó mucho su fe. Para que nunca se olvide este maravilloso milagro, el Señor le ordenó a Josué que ordenara a los hombres notables, uno de cada tribu, que quitaran piedras del lecho del río, el lugar donde estaban los pies de los sacerdotes mientras la hueste hebrea pasaba, y los llevarán sobre sus hombros, y levantarán un monumento en Gilgal, para recordar el hecho de que Israel pasó el Jordán en tierra seca. Después que los sacerdotes hubieron subido del Jordán, Dios quitó su poderosa mano, y las aguas se precipitaron como una poderosa catarata por su propio canal.

Cuando todos los reyes de los amorreos y los reyes de los cananeos oyeron que el Señor había detenido las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel, su corazón se derritió de miedo. Los israelitas habían matado a dos de los reyes de Moab; y su paso milagroso por el Jordán crecido e impetuoso, los llenó del mayor terror. Entonces Josué circuncidó a todo el pueblo que había nacido en el desierto. Después de esta ceremonia, celebraron la pascua en los llanos de Jericó. “Y el Señor dijo a Josué: Hoy he quitado de sobre vosotros el oprobio de Egipto.”

Las naciones paganas habían reprochado al Señor ya su pueblo porque los hebreos no habían poseído la tierra de Canaán, que esperaban heredar poco después de salir de Egipto. Sus enemigos habían triunfado porque habían vagado tanto tiempo por el desierto; y se ensoberbecieron contra Dios, declarando que él era

no pudo llevarlos a la tierra de Canaán. Ya habían pasado el Jordán en seco, y sus enemigos ya no podían reprocharles .

El maná había continuado hasta este momento; pero ahora que los israelitas estaban para poseer Canaán y comer del fruto de la tierra, ya no tenían necesidad de él, y cesó.

Cuando Josué se retiró de los ejércitos de Israel para meditar y orar para que la presencia especial de Dios lo acompañara, vio a un hombre de gran estatura, vestido con ropas de guerra, con la espada desenvainada en la mano. Josué no lo reconoció como uno de los ejércitos de Israel y, sin embargo , no tenía apariencia de ser un enemigo. En su celo, lo abordó y le dijo: “¿Eres tú de los nuestros o de nuestros adversarios? Y él dijo: No; pero como capitán del ejército del Señor he venido ahora. Y [348] Josué se postró sobre su rostro en tierra, y adoró, y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el capitán del ejército del Señor dijo a Josué: Quita el calzado de tu pie; porque el lugar en que tú estás es santo. Y Josué así lo hizo”.

Este no era un ángel común. Era el Señor Jesucristo, el que había conducido a los hebreos por el desierto, envueltos en la columna de fuego de noche y en la columna de nube de día. El lugar se hizo sagrado por su presencia, por lo tanto, se le ordenó a Josué que se quitara los zapatos.

La zarza ardiente vista por Moisés también era una señal de la Presencia Divina; y cuando se acercó para contemplar la maravillosa vista, la misma voz que aquí habla a Josué, dijo a Moisés: “No te acerques acá. Quita tus zapatos de tus pies; porque el lugar en que tú estás, tierra santa es.”

La gloria de Dios santificó el santuario; y por eso los sacerdotes nunca entraban calzados en el lugar santificado por la presencia de Dios. Partículas de polvo podrían adherirse a sus zapatos, lo que profanaría el santuario; por lo tanto, se requería que los sacerdotes dejaran sus zapatos en el atrio, antes de entrar al santuario. En el atrio, junto a la puerta del tabernáculo, estaba la fuente de bronce, donde los sacerdotes se lavaban las manos y los pies antes de entrar en el tabernáculo, para que se quitara toda impureza, "para que no mueran". Dios requería que todos los que oficiaban en el santuario hicieran preparativos especiales antes de entrar donde se revelaba la gloria de Dios.



Para transmitir a la mente de Josué que él no era menos que Cristo, el exaltado, dice: "Quítate el calzado de tu pie". Entonces el Señor instruyó a Josué qué camino seguir para [349] tomar Jericó. A todos los hombres de guerra se les debe ordenar que rodeen la ciudad una vez al día durante seis días, y el séptimo día deben dar siete vueltas alrededor de Jericó.

"Y Josué, hijo de Nun, llamó a los sacerdotes y les dijo: Llevad el arca del pacto, y siete sacerdotes lleven siete trompetas de cuernos de carneros delante del arca del Señor. Y dijo al pueblo: Pasad, y cercad la ciudad, y el que está armado, pase delante del arca de Jehová. Y aconteció que cuando Josué hubo hablado al pueblo, los siete sacerdotes que traían siete trompetas de cuernos de carneros pasaron delante de Jehová, y tocaron las trompetas; y el arca del pacto del Señor los siguió. Y los hombres armados iban delante de los sacerdotes que tocaban las trompetas, y la retaguardia iba detrás del arca, los sacerdotes iban y tocaban las trompetas. Y Josué había mandado al pueblo, diciendo: No gritaréis, ni haréis ruido con vuestra voz, ni saldrá palabra de vuestra boca, hasta el día que yo os mande gritar; entonces gritaréis. Y rodeó el arca del Señor la ciudad, rodeándola una vez; y llegaron al campamento, y se alojaron en el campamento.

La hueste hebrea marchaba en perfecto orden. Primero iba un cuerpo selecto de hombres armados, vestidos con sus ropas guerreras, no ahora para ejercitar su habilidad con las armas, sino solo para creer y obedecer las instrucciones que les dieran. Luego siguieron siete sacerdotes con trompetas. Luego vino el arca de Dios, resplandeciente de oro, un halo de gloria se cernía sobre ella, llevada por sacerdotes con sus ricas y peculiares vestiduras que denotaban su oficio sagrado. El vasto ejército de Israel siguió en perfecto orden, cada tribu [350] bajo su respectivo estandarte. Así rodearon la ciudad con el arca de Dios. No se escuchó más sonido que el paso de ese poderoso ejército, y la voz solemne de las trompetas, resonó por las colinas y resonó a través de la ciudad de Jericó. Con asombro y alarma, los atalayas de esa ciudad condenada observan cada movimiento e informan a las autoridades. No pueden decir lo que significa toda esta exhibición. Algunos se burlan de la idea de que esa ciudad haya sido tomada de esta manera, mientras que otros se asombran al contemplar el esplendor del arca, y la apariencia solemne y digna de los sacerdotes, y la hueste de

Israel lo sigue, con Josué a la cabeza. Recuerdan que el Mar Rojo, cuarenta años antes, se abrió ante ellos, y que se les acababa de preparar un paso a través del río Jordán. Están demasiado aterrorizados para el deporte. Son estrictos en mantener las puertas de la ciudad bien cerradas, y poderosos guerreros para proteger cada puerta. Durante seis días, los ejércitos de Israel realizan su circuito alrededor de la ciudad. El séptimo día dieron siete vueltas a Jericó. Se ordenó a la gente, como de costumbre, que guardara silencio. Sólo se oía la voz de las trompetas. El pueblo debía observar, y cuando los trompeteros hicieran un toque más largo de lo habitual, entonces todos debían gritar a gran voz, porque Dios les había dado la ciudad. “Y aconteció que el séptimo día se levantaron temprano, como al amanecer, y dieron siete vueltas a la ciudad de la misma manera; solamente en ese día dieron siete vueltas a la ciudad.

Y aconteció que a la séptima vez, cuando los sacerdotes tocaron las trompetas, Josué dijo al pueblo: Gritad; porque Jehová os ha dado la ciudad.” “Así gritaba el pueblo cuando los sacerdotes tocaban las trompetas. Y aconteció que cuando el pueblo oyó el sonido de la trompeta, y el pueblo gritó con gran júbilo, el muro se derrumbó completamente, de modo que el pueblo subió a la ciudad, cada uno derecho delante de él, y tomó la ciudad.”

Dios tenía la intención de mostrar a los israelitas que la conquista de Canaán no se les debía atribuir. El capitán del ejército del Señor venció a Jericó. Él y sus ángeles estaban comprometidos en la conquista. Cristo mandó a los ejércitos del Cielo a derribar los muros de Jericó, y prepara una entrada para Josué y los ejércitos de Israel. Dios, en este milagro maravilloso, no solo fortaleció la fe de su pueblo en su poder para someter a sus enemigos, sino que también reprendió su incredulidad anterior.

Jericó había desafiado a los ejércitos de Israel y al Dios del Cielo.

Y al ver que el ejército de Israel marchaba alrededor de su ciudad una vez al día, se alarmaron; pero miraron sus fuertes defensas, sus firmes y altos muros, y se sintieron seguros de que podrían resistir cualquier ataque. Pero cuando sus firmes muros de repente se tambalearon y cayeron, con un estruendo deslumbrante, como los repiques del trueno más fuerte, quedaron paralizados por el terror y no pudieron ofrecer resistencia.

Ninguna mancha descansó sobre el carácter santo de Josué. Era un líder sabio. Su vida estuvo enteramente dedicada a Dios. Antes de morir, él

reunió a la hueste hebrea y, siguiendo el ejemplo de Moisés, recapituló sus viajes por el desierto, y también el trato misericordioso de Dios con ellos. Luego se dirigió a ellos con elocuencia. Él [352] les contó que el rey de Moab hizo guerra contra ellos, y llamó a Balaam para que los maldijera; pero Dios “no escuchó a Balaam, por lo que todavía te bendijo”. Entonces les dijo: “Y si mal os parece servir al Señor, escogeos hoy a quién sirváis; si los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis. Pero yo y mi casa serviremos al Señor. Y el pueblo respondió, y dijo: Guarde Dios que dejemos al Señor, para servir a otros dioses; porque Jehová nuestro Dios es el que nos hizo subir a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre, y el que hizo aquellas grandes señales delante de nuestros ojos, y nos guardó en todo el camino en que íbamos, y entre todo el pueblo por donde pasamos.

El pueblo renovó su pacto con Josué. Le dijeron: Al Señor nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos. Josué escribió las palabras de su pacto en el libro que contiene las leyes y estatutos dados a Moisés. Josué era amado y respetado por todo Israel, y su muerte fue muy lamentada por ellos.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 33—Samuel y Saúl

Los hijos de Israel eran un pueblo muy favorecido. Dios los había sacado de la esclavitud de Egipto y los había reconocido como [353] su propio tesoro peculiar. Moisés dijo: “¿Qué nación hay tan grande que tenga a Dios tan cerca de ellos, como el Señor nuestro Dios está en todas las cosas que le invocamos?”

Samuel había juzgado a Israel desde su juventud. Había sido un juez justo e imparcial, fiel en todo su trabajo. Se estaba haciendo viejo; y el pueblo vio que sus hijos no seguían sus pasos. Aunque no eran viles, como los hijos de Eli, sin embargo, eran deshonestos y de doble ánimo. Mientras ayudaban a su padre en su laborioso trabajo, su amor por la recompensa los llevó a favorecer la causa de los injustos.

Los hebreos exigieron un rey de Samuel, como las naciones a su alrededor. Al preferir una monarquía despótica al gobierno sabio y apacible de Dios mismo, por la jurisdicción de sus profetas, mostraron una gran falta de fe en Dios y confianza en su providencia para levantarles gobernantes que los dirigieran y los gobernarán. Siendo los hijos de Israel peculiarmente el pueblo de Dios, su forma de gobierno era esencialmente diferente de todas las naciones que los rodeaban. Dios les había dado estatutos y leyes, y les había escogido sus gobernantes; ya estos líderes el pueblo debía obedecer en el Señor. En todos los casos de dificultad y gran perplejidad, se debía consultar a Dios. Su demanda de un rey fue una salida rebelde de Dios, su líder especial. Sabía que un rey no sería lo mejor para su pueblo elegido. Le rendirían a un monarca terrenal el honor que se le debía únicamente a Dios. Y si tuvieran un rey cuyo corazón se enorgulleciera y no estuviera bien con Dios, los alejaría de él y los haría rebelarse contra él. El Señor [354] sabía que nadie podía ocupar el puesto de rey, y recibir los honores que normalmente se dan a un rey, sin ser exaltado, y sus caminos parecer rectos a sus propios ojos, mientras que al mismo tiempo estaba pecando contra Dios. A la palabra

sufrir, mientras que el más indigno sería exaltado, a menos que confiara continuamente en Dios y recibiera sabiduría de él.

Si los hebreos hubieran continuado obedeciendo a Dios después de salir de Egipto, y hubieran guardado su justa ley, él habría ido delante de ellos y los habría prosperado, y los habría convertido siempre en el terror de las naciones paganas que los rodeaban. Pero ellos siguieron tan a menudo sus propios corazones rebeldes, y se apartaron de Dios, y entraron en la idolatría, que Él permitió que fueran vencidos por otras naciones, para humillarlos y castigarlos. Cuando en su aflicción clamaron a Dios, él siempre los escuchó, y les levantó un gobernante para librarlos de sus enemigos. Estaban tan cegados que no reconocieron que fueron sus pecados los que habían hecho que Dios se apartara de ellos y los dejara débiles y presa de sus enemigos; pero razonaron que era porque no tenían a nadie investido con autoridad real para comandar los ejércitos de Israel. No habían guardado un recuerdo agradecido de los muchos ejemplos que Dios les había dado de su cuidado y gran amor, sino que a menudo desconfiaban de su bondad y misericordia.

Dios había levantado a Samuel para juzgar a Israel. Fue honrado por todo el pueblo. Dios debía ser reconocido como su gran cabeza; sin embargo, designó a sus gobernantes, y los imbuyó de su Espíritu, y les comunicó su voluntad por medio de sus ángeles, para que pudieran instruir al pueblo. Dios también dio pruebas especiales al pueblo, por medio de sus obras poderosas realizadas por medio de sus gobernantes escogidos, para que tuvieran la confianza de que él los había investido con una autoridad que no podía dejarse de lado a la ligera.

Dios estaba enojado con su pueblo porque exigieron un rey. Él les dio un rey en su ira. Sin embargo, le pidió a Samuel que le dijera al pueblo fielmente la conducta de los reyes de las naciones que los rodeaban: que no serían como un juez de las dificultades de la iglesia y el estado, para instruirlos en los caminos del Señor, como sus gobernantes; que su rey sería exaltado, y requeriría honores reales, y exigiría un fuerte impuesto o tributo; que serían oprimidos; y que Dios no les manifestaría su gran poder para librarlos, como lo había hecho en Egipto, sino que cuando clamaran a él en su angustia, él no los escucharía.

Pero el pueblo no aceptó el consejo de Samuel y siguió exigiendo un rey. "Y el Señor dijo a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan;

porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que yo no reine sobre ellos.” Aquí, Dios le concedió al Israel rebelde algo que resultaría ser una gran maldición para ellos, porque no se sometieron a que el Señor los gobernara. Pensaron que sería más honorable a la vista de otras naciones que se dijera: Los hebreos tienen un rey. El Señor ordenó a Samuel que ungiera a Saúl como rey de Israel. Su apariencia era noble, tal como convendría al orgullo de los hijos de Israel. Pero Dios les dio una exhibición de su disgusto. No era una estación del año en la que fueran visitados con fuertes lluvias acompañadas de truenos. “Entonces Samuel [356] invocó al Señor, y el Señor envió truenos y lluvia ese día.

Y todo el pueblo temía mucho al Señor ya Samuel. Y dijo todo el pueblo a Samuel: Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal, pedirnos un rey. Samuel procuró animar al pueblo, que aunque habían pecado, si desde entonces seguían al Señor, él no los abandonaría, por causa de su gran nombre. “Además, en cuanto a mí, Dios me libre de pecar contra el Señor cesando de orar por ustedes; pero yo os enseñaré el camino bueno y recto; solamente temed al Señor, y servidle en verdad con todo vuestro corazón; porque considerad cuán grandes cosas ha hecho por vosotros. Pero si todavía hacéis el mal, seréis consumidos, vosotros y vuestro rey”.

Cuando los filisteos, con su gran ejército, se prepararon para hacer la guerra contra Israel, entonces el pueblo tuvo miedo. No tenían esa confianza de que Dios se les aparecería, como antes habían exigido impíamente un rey. Sabían que no eran más que un puñado, en comparación con los ejércitos de los filisteos, y salir a la batalla con ellos parecía una muerte segura. No se sentían tan seguros como pensaban en posesión de su rey. En su perplejidad, no se atrevieron a invocar a Dios a quien habían menospreciado.

El Señor dijo a Samuel: No te han desechado a ti, sino a mí, al desear un rey.

Ahora bien, estos hombres, que habían sido valientes y un terror para sus numerosos enemigos, tenían miedo de salir a la batalla contra los filisteos. Tenían a su rey, pero no se atrevían a confiar en él; y sintieron que le habían escogido antes que a la Fortaleza de Israel.

Cuando [357] fueron llevados a esta condición desconcertante, sus corazones desfallecieron. En su angustia, el pueblo se dispersó y se escondió en cuevas,

y en matorrales, y en lugares altos, y en fosos, como si huyera del cautiverio. Los que se atrevieron a ir con Saúl, lo siguieron temblando. Estaba en gran perplejidad al ver que la gente se había dispersado de él. Esperó ansiosamente la venida prometida de Samuel; pero pasó el tiempo, y él no vino. Dios había detenido a propósito a Samuel, para que su pueblo pudiera ser probado y pudiera darse cuenta de su pecado, y cuán pequeña era su fuerza, y cuán débil su juicio y sabiduría, sin Dios.

En su calamidad, se arrepintieron de haber elegido un rey. Habían poseído mayor coraje y confianza mientras tenían gobernantes temerosos de Dios para instruirlos y guiarlos; porque obtuvieron consejo directo de Dios, y fue como ser guiados por Dios mismo. Ahora, se dieron cuenta de que estaban comandados por un rey descarriado, que no podía salvarlos en su angustia. Saúl no tenía un sentido alto y exaltado de la excelencia y la terrible majestad de Dios. No tenía una consideración sagrada por sus ordenanzas designadas. Con un espíritu impetuoso porque Samuel no apareció a la hora señalada, se apresuró presuntuosamente ante Dios y emprendió la obra sagrada del sacrificio. Mientras estaba equipado para la guerra, construyó el altar y ofició para él y el pueblo. Esta obra fue entregada sagradamente a aquellos designados para el propósito. Este acto fue un crimen en Saúl, y tal ejemplo llevaría al pueblo a tener en baja estima las ceremonias y ordenanzas religiosas santificadas y ordenadas por Dios, prefigurando la ofrenda sin pecado de su amado Hijo. Dios quiere que su pueblo tenga una consideración santa y una reverencia sagrada por la obra sacrificial de los sacerdotes, [358] que apunta al sacrificio de su Hijo.

Tan pronto como Saúl hubo terminado su presuntuosa obra, aparece Samuel y, al ver las evidencias del pecado de Saúl, le grita con dolor : “¿Qué has hecho?” Saúl explica el asunto a Samuel, justificándose, poniendo delante de Samuel su perplejidad y angustia, y su tardanza, como excusa. Samuel reprende a Saúl y le dice que ha cometido una locura al no guardar los mandamientos del Señor, que si los hubiera obedecido, el Señor habría establecido su reino para siempre. “Pero ahora tu reino no continuará. El Señor le ha buscado un hombre conforme a su corazón, y el Señor le ha mandado que sea capitán sobre su pueblo, porque tú no has guardado lo que el Señor te ha mandado”.

Por el pecado de Saúl en su soberbia ofrenda, el Señor no le dio el honor de comandar los ejércitos de Israel en la batalla contra los filisteos. El Señor quiere que solo su nombre sea magnificado, para que los ejércitos de Israel no se exalten como si fuera a causa de su justicia, valor o sabiduría, que sus enemigos fueran vencidos. Movi6 en el corazón de Jonatán, varón justo, y su escudero, que se pasara a la guarnición de los filisteos. Jonatán creía que Dios podía obrar por ellos, y salvar por muchos o por pocos. No se apresuró presuntuosamente. Pidió el consejo de Dios y luego, con un corazón intrépido, confiando solo en él, siguió adelante. A través de estos dos hombres, el Señor llevó a cabo su obra de someter a los filisteos.

Envi6 ángeles [359] para proteger a Jonatán y a su escudero, y para protegerlos de los instrumentos de muerte en manos de sus enemigos.

Los ángeles de Dios pelearon al lado de Jonatán, y los filisteos lo rodearon. Gran temor se apoder6 de la hueste de los filisteos en el campo y en la guarnición; y los saboteadores que habían sido divididos en compañías separadas y enviados en diferentes direcciones, listos para su trabajo de matanza, estaban terriblemente asustados. La tierra tembl6 debajo de ellos, como si una gran multitud con jinetes y carros estuviera sobre el suelo, preparados para la batalla. Jonatán y su escudero, e incluso la hueste filistea, sabían que el Señor estaba trabajando para la liberación de los hebreos. Los filisteos quedaron perplejos. Les pareció que había entre ellos hombres de Israel que peleaban contra ellos; y pelearon unos contra otros, y mataron a sus propios ejércitos.

La batalla había progresado bastante tiempo antes de que Saúl y sus hombres se dieran cuenta de que se estaba obrando la liberación de Israel. Los atalayas de Saúl notaron gran confusión entre los filisteos, y vieron que su número disminuía, y sin embargo nadie se perdi6 de los ejércitos de Israel. Después de contar a los hombres de guerra, Jonatán y su escudero fueron dados por desaparecidos. Saúl y el pueblo estaban perplejos. Hizo traer el arca de Dios; y mientras el sacerdote consultaba a Dios, aument6 el alboroto entre los filisteos. Sonaba como dos grandes ejércitos en una batalla cerrada. Cuando Saúl y el pueblo de Israel vieron que Dios peleaba por ellos, los que habían huido y se escondieron en su terror, y los que se habían unido a los filisteos por miedo, se unieron a Sa



y Jonatán, y persiguieron a los filisteos. El Señor obró para [360] Israel, y los entregó por la gloria de su propio nombre, para que el ejército pagano no triunfe sobre su pueblo, y se enorgullezca contra Dios.

Nuevamente, Saúl erró en su voto precipitado de que nadie debería comer hasta la tarde. Hubo una gran falta de sabiduría en el celo de Saúl al hacer tal voto. Fue un gran día de trabajo para el pueblo, y sufrieron mucho a causa del desfallecimiento; y cuando expiró el tiempo del voto, el pueblo estaba tan desfallecido que transgredieron el mandamiento del Señor, y comieron carne con la sangre, lo cual había sido prohibido por Dios. Saúl estaba decidido a matar a su hijo Jonatán, porque en su desmayo había probado un poco de miel, ignorando el voto de su padre.

Aquí se vio el celo ciego de Saúl, y la falta de juzgar con justicia y sabiduría en asuntos difíciles. Debía haber razonado así: Dios se ha complacido en obrar de manera especial a través de Jonatán, escogiéndolo así entre los hijos de Israel para librarlos; y sería un crimen destruir su vida, que Dios ha preservado milagrosamente. Sabía que si perdonaba su vida, debía reconocer que había cometido un error al hacer tal voto. Esto humillaría su orgullo ante la gente. Saúl debería haber respetado a aquellos a quienes Dios había honrado al elegirlos para liberar a Israel. Al dar muerte a Jonatán, mataría a uno a quien Dios amaba, mientras que aquellos cuyos corazones no estaban bien con Dios, los mantendría vivos. Dios no permitiría que Jonatán muriera, sino que indujo al pueblo a oponerse al juicio de Saúl, aunque él era un monarca gobernante, para que se convenciera de que había pecado al hacer un voto tan precipitado. "Y el pueblo dijo a Saúl: ¿Ha de morir Jonatán, que ha obrado esta [361] gran salvación en Israel? Dios no lo quiera; vive el Señor, que no caerá en tierra ni un cabello de su cabeza; porque ha obrado con Dios hoy. Así rescató el pueblo a Jonatán, para que no muriera.

Saúl era un hombre impulsivo, y el pueblo de Israel pronto sintió su pecado al exigir un rey. El Señor ordenó a Samuel que fuera a Saúl con una orden especial de él. Antes de relatarle las palabras del Señor, le dijo: "El Señor me envió a ungirte para que seas rey sobre su pueblo, sobre Israel; ahora, pues, escucha la voz de las palabras del Señor."

Samuel había perdido la confianza en el carácter religioso de Saúl, porque lo había sido independientemente de seguir la palabra del Señor. Había pecado en su ofrenda presuntuosa, y errado grandemente en su voto precipitado. Por lo tanto, Samuel le dio un encargo especial de prestar atención a las palabras del Señor. “Así dice el Señor de los ejércitos: Me acuerdo de lo que hizo Amalek a Israel, cómo lo puso al acecho en el camino cuando subía de Egipto. Ahora ve y golpea a Amalek, y destruye por completo todo lo que tienen, y no los perdones.”

Muchos años antes, Dios había designado a Amalek para la destrucción total. Habían levantado sus manos contra Dios y su trono, y habían jurado por sus dioses que Israel sería completamente consumido, y el Dios de Israel humillado para que no pudiera librarlos de sus manos.

Amalek se había mofado de los temores de su pueblo, y se había burlado de las maravillosas obras de Dios para la liberación de Israel realizadas por mano de Moisés ante los egipcios. Se habían jactado de que sus sabios y magos podían realizar todas esas maravillas; y que si los hijos de Israel hubieran sido sus cautivos, en su poder como lo fueron en el de Faraón, el mismo Dios de Israel no hubiera podido librarlos de sus manos. Despreciaron a Israel y juraron azotarlos hasta que no quedara ninguno.

Dios tomó nota de sus palabras jactanciosas contra él, y ordenó que fueran completamente destruidos por el mismo pueblo al que habían despreciado, para que todas las naciones pudieran señalar el fin de ese pueblo tan orgulloso y poderoso.

Dios probó a Saúl al confiarle la importante comisión de ejecutar su amenaza de ira sobre Amalek. Pero él desobedeció a Dios y perdonó al malvado y blasfemo rey Agag, a quien Dios había señalado para la muerte, y perdonó lo mejor del ganado. Destruyó por completo todos los desechos que no les beneficiarían. Saúl pensó que se sumaría a su grandeza el perdonar a Agag, un noble monarca espléndidamente ataviado; y que volver de la batalla con él cautivo, con gran botín de bueyes, ovejas y mucho ganado, le daría mucha fama, y haría que las naciones le temieran y temblaran delante de él. Y el pueblo se unió a él en esto. Disculparon su pecado entre ellos mismos al no destruir el ganado, porque podían reservarlo para sacrificar a Dios, y guardar su propio ganado para sí mismos.

Samuel visita a Saúl con una maldición del Señor por su desobediencia, por exaltarse así ante el Señor, para elegir su propio camino y seguir su propio razonamiento, en lugar de seguir estrictamente al Señor. Saúl sale al encuentro de Samuel, como un hombre inocente, [363] saludándolo con estas palabras: "Bendito seas tú del Señor. He cumplido el mandamiento del Señor. Y Samuel dijo: ¿Qué significa, pues, este balido de las ovejas en mis oídos, y el mugido de los bueyes que oigo? Y dijo Saúl: Los han traído de los amalecitas; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes, para sacrificar al Señor tu Dios; y el resto lo hemos destruido por completo."

Samuel le relata a Saúl lo que Dios le había dicho la noche anterior, la cual pasó Samuel en oración afligida por el pecado de Saúl. "Cuando eras pequeño a tus propios ojos, ¿no fuiste puesto por cabeza de las tribus de Israel, y el Señor te ungió por rey sobre Israel?" Le recuerda a Saúl los mandamientos de Dios que había transgredido inicualemente, y le pregunta: "¿Por qué, pues, no obedeciste a la voz de Jehová, sino que volaste sobre los despojos e hiciste lo malo ante los ojos de Jehová?"

"Y Saúl dijo a Samuel: Sí, he obedecido la voz del Señor, y he ido por el camino que el Señor me envió, y he traído a Agag, rey de Amalek, y he destruido por completo a los amalecitas. Pero el pueblo tomó del botín ovejas y bueyes, lo principal de las cosas que debían haber sido totalmente destruidas, para sacrificar a Jehová tu Dios en Gilgal".

Saulo aquí pronunció una falsedad. El pueblo había obedecido sus instrucciones; pero para protegerse, quiso que el pueblo cargara con el pecado de su desobediencia.

"Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios, como en obedecer la voz de Jehová? He aquí, el obedecer es mejor que el sacrificio, y el prestar atención, que la grasa de los carneros. Porque [364] la rebelión es como pecado de adivinación, y la terquedad es como iniquidad e idolatría. Por cuanto has desechado la palabra del Señor, él también te ha desechado a ti para que no seas rey. Y Saúl dijo a Samuel: He pecado; porque he transgredido los mandamientos del Señor, y tus palabras; porque temí al pueblo, y obedecí su voz.

Dios no deseaba que su pueblo poseyera nada que perteneciera a los amalecitas, porque su maldición recaía sobre ellos y sus posesiones. Dispuso que tuvieran un fin, y que su pueblo no conservara para sí nada de lo que él había maldecido. También deseaba que las naciones vieran el fin de ese pueblo que lo había desafiado, y que se dieran cuenta de que fueron destruidos por el mismo pueblo al que habían despreciado. No debían destruirlos para aumentar sus propias posesiones, o para obtener gloria para sí mismos, sino para cumplir la palabra del Señor hablada con respecto a Amalek.

El Señor le había dicho a Moisés: "Escribe esto para memoria en un libro, y repítelo en los oídos de Josué; porque destruiré por completo la memoria de Amalec de debajo del cielo. "Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino, cuando salisteis de Egipto; cómo te salió al encuentro en el camino, y te hirió en la retaguardia, aun a todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas fatigado y fatigado, y él no temía a Dios. Por tanto, cuando Jehová tu Dios te dé reposo de todos tus enemigos en derredor, en la tierra que Jehová tu Dios te da en heredad para que la poseas, **borrarás** la memoria de Amalec. de debajo del cielo; no lo olvidarás.

Y, sin embargo, Saúl se había atrevido a desobedecer a Dios y reservar lo que había maldecido y señalado para la muerte, para ofrecerlo ante Dios como sacrificio por el pecado.

Samuel presentó ante Saúl su proceder inicuo y luego preguntó: "¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios, como en obedecer la voz de Jehová?" Hubiera sido mejor si hubiera obedecido a Dios, que hacer tales provisiones para sacrificios y ofrendas por sus pecados de desobediencia.

Dios no se deleitaba tanto en el derramamiento de la sangre de las bestias como en la obediencia a sus mandamientos. Las ofrendas fueron designadas divinamente para recordar al hombre pecador que el pecado traía la muerte, y que la sangre de la bestia inocente podía expiar la culpa del transgresor, en virtud del gran sacrificio que aún estaba por ofrecer. Dios exigió de su pueblo obediencia en lugar de sacrificio. Todas las riquezas de la tierra eran suyas. El ganado sobre mil colinas le pertenecía. No requirió que el botín de un pueblo corrompido, sobre el cual recaía su maldición, hasta su total extinción, le fuera presentado para prefigurar al santo Salvador, como un cordero sin mancha.

Samuel le informó a Saúl que su rebelión era como pecado de brujería. Es decir, cuando uno comienza a andar por el camino de la rebelión, se deja dominar por una influencia que se opone a la voluntad de Dios. Satanás controla la mente rebelde. Quienes así son controlados pierden la tranquila confianza en Dios y tienen cada vez menos disposición a rendir obediencia amorosa a su voluntad. Satanás se familiariza cada vez más con ellos, hasta que parece que no tienen poder para dejar de rebelarse. A este respecto, la rebelión es como el pecado de [366] brujería.

La terquedad de Saúl al insistir ante Samuel en que había obedecido a Dios, fue una iniquidad e idolatría. Su amor por hacer su propia voluntad le era más deseable que obtener el favor de Dios o la aprobación de una conciencia limpia. Y cuando su pecado fue expuesto claramente ante él, y su error definitivamente señalado, su orgullo de opinión, su excesivo amor propio, lo llevaron a justificarse a sí mismo en su proceder equivocado, desafiando la reprensión de Samuel, y la palabra de el Señor por boca de su profeta. Tal obstinación en una transgresión conocida, lo separó para siempre de Dios.

Sabía que había ido en contra del mandato expreso de Dios; sin embargo, cuando fue reprendido por Dios a través de Samuel, no reconoció humildemente su pecado, sino que de una manera determinada pronunció una falsedad en la auto-justificación. Si se hubiera arrepentido humildemente y recibido la reprensión, el Señor habría tenido misericordia y perdonado a Saúl por su gran pecado. Pero el Señor dejó a Saúl por negarse obstinadamente a ser corregido, y por decir mentiras a Samuel, su mensajero. Samuel le dijo a Saúl que, como él había rechazado la palabra del Señor, Dios lo había rechazado para que no fuera rey.

Esta última denuncia sorprendente de Samuel le dio a Saúl un sentido de su verdadera condición y, a través del miedo, reconoció que había pecado y que había transgredido el mandamiento del Señor, que antes había negado firmemente. Suplicó a Samuel que perdonara su pecado y que adorara con él ante el Señor. Samuel se negó y le dijo a Saúl que Dios le había arrebatado el reino; y para que no fuera engañado, le dijo que la Fortaleza de Israel no mentiría, ni [367] sería tan cambiante como él.

De nuevo Saúl rogó fervientemente que Samuel lo honrara con su presencia una vez más ante los ancianos de Israel y todo el pueblo. Samuel cedió a su pedido y llamó al rey cruel.

Agag; y se acercó a él muy cortésmente. “Y Samuel dijo: Como tu espada ha dejado sin hijos a las mujeres, así tu madre quedará sin hijos entre las mujeres. Y Samuel cortó a Agag en pedazos delante del Señor en Gilgal”.

Y el Señor nunca más se comunicó con Saúl, ni lo instruyó por medio de Samuel. Había elegido seguir su propia voluntad y había rechazado la palabra del Señor. Dios lo dejó guiado por su propio juicio, el cual había elegido seguir en lugar de obedecer a Dios. Saúl no tuvo un verdadero arrepentimiento. Se había ensalzado porque fue hecho rey. Manifestó mayor ansiedad por ser honrado por Samuel ante el pueblo, que por obtener el perdón y el favor de Dios.

Samuel no vino más a Saúl con instrucciones de Dios. El Señor no podía emplearlo para llevar a cabo sus propósitos. Pero él envió a Samuel a la casa de Isaí, para ungir a David, a quien había elegido para ser gobernante en lugar de Saúl, a quien había rechazado.

Cuando los hijos de Isaí pasaron ante Samuel, él habría elegido a Eliab, quien era de gran estatura y apariencia digna, pero el ángel de Dios estuvo a su lado para guiarlo en la importante decisión, y le instruyó que no debía juzgar por apariciones. Eliab no temía al Señor. Su corazón no estaba bien con Dios. Sería un gobernante orgulloso y exigente. Ninguno se halló entre los hijos de [368] Isaí, sino David, el más joven, cuya humilde ocupación era la de pastorear ovejas. Había desempeñado el humilde oficio de pastor con tanta fidelidad y valentía que Dios lo seleccionó para ser capitán de su pueblo. Con el tiempo, cambiaría el cayado de pastor por el cetro.

David no era de gran estatura; pero su semblante era hermoso, expresivo de humildad, honestidad y verdadero coraje. El ángel de Dios le indicó a Samuel que David era el que debía ungir, porque él era el elegido de Dios. Desde entonces el Señor le dio a David un corazón prudente y entendido.

Cuando Saúl vio que Samuel ya no venía a instruirlo, supo que el Señor lo había rechazado por su mala conducta, y su carácter pareció estar marcado por los extremos para siempre.

Sus sirvientes, a quienes dirigía en cuanto a las cosas relacionadas con el reino, a veces no se atrevían a acercarse a él, porque parecía un hombre loco, violento y abusivo. A menudo parecía lleno de remordimiento. Estaba melancólico, y a menudo asustado cuando no h

peligro. Esto lo descalificó para ser gobernante. Siempre estaba lleno de ansiedad; y cuando estaba de mal humor, no deseaba que lo molestaran, ya veces no permitía que nadie se le acercara. Hablaría proféticamente de su destronamiento y de que otro ocuparía su posición como gobernante, y que su posteridad nunca sería exaltada al trono ni recibiría honores reales, sino que todos perecerían a causa de sus pecados. Repetía, proféticamente, dichos contra sí mismo con energía distraída, incluso en presencia de sus señores y del pueblo.

Aquellos que fueron testigos de estas extrañas exhibiciones en Saúl le recomendaron la música, calculada para tener una influencia tranquilizadora [369] sobre su mente cuando estaba así distraída. En la providencia de Dios, David se hizo notar como un hábil músico. También fue recomendado por ser un valiente hombre de guerra, prudente y fiel en todo, porque fue especialmente guiado por el Señor. Saúl se sentía humillado a veces, y hasta anhelaba que se hiciera cargo del gobierno del reino uno que supiera del Señor cómo andar conforme a su voluntad. Mientras estaba en un estado de ánimo favorable, envió mensajeros para David. Pronto lo amó y le dio el puesto de escudero, convirtiéndolo en su asistente. Pensó que si David era el favor de Dios, sería una salvaguardia para él, y tal vez le salvaría la vida, cuando fuera expuesto a sus enemigos. La habilidad de David al tocar el arpa calmó el espíritu atribulado de Saúl. Mientras escuchaba los encantadores acordes de la música, tuvo una influencia para disipar la melancolía que se había apoderado de él y llevar su mente excitada a un estado más racional y feliz.

El corazón de Jonatán estaba especialmente unido al de David; y se estableció entre ellos un lazo de unión sumamente sagrado, que permaneció intacto hasta la muerte de Saúl y Jonatán. Estas fueron las obras del Señor, que Jonatán pudiera ser el medio para preservar la vida de David cuando Saúl tratara de matarlo. La providencia de Dios conectó a David con Saúl, para que por su sabia conducta pudiera ganarse la confianza del pueblo, y por un largo curso de penalidades y vicisitudes, fuera inducido a poner toda su confianza en Dios, mientras lo preparaba para convertirse en gobernante de su gente.

Cuando los filisteos reanudaron la guerra con Israel, David permitió- [370] tuvo que ir a la casa de su padre para retomar el oficio de pastor, que amaba. Los filisteos no se atreven a aventurar sus grandes ejércitos

contra Israel, como lo habían hecho hasta ahora, temiendo ser vencidos y caer ante Israel. Ignoran la debilidad de Israel. No saben que Saúl y su pueblo tienen gran ansiedad, y no se atreven a comenzar la batalla con ellos, temiendo que Israel sea vencido. Pero los filisteos proponen su propia manera de hacer la guerra, seleccionando un hombre de gran tamaño y fuerza, cuya altura es de unos doce pies; y envían a este campeón para provocar un combate con Israel, rogándoles que envíen un hombre para pelear con él. Tenía una apariencia terrible, hablaba con orgullo y desafiaba a los ejércitos de Israel y a su Dios.

Por cuarenta días este soberbio jactancioso llenó de terror a Israel, y atemorizó mucho a Saúl; porque nadie se atrevía a pelear con el poderoso gigante. Israel, a causa de sus transgresiones, no tenía esa confianza sagrada en Dios que los llevaría a la batalla en su nombre.

Pero Dios no permitiría que una nación idólatra levantara la cabeza con orgullo contra el Gobernante del universo. Salvó a Israel, no por mano de Saúl, sino por mano de David, a quien había levantado para gobernar a su pueblo.

Saúl no sabe qué hacer. Se imagina a Israel como esclavos filisteos. No ve forma de escapar. En su angustia, ofrece una gran recompensa a cualquiera que mate al jactancioso orgulloso. Pero todos sienten su debilidad. Tienen un rey a quien Dios no instruye, que no se atreve a emprender ninguna empresa peligrosa, porque no espera una intervención especial de Dios para salvar su vida. Como Israel había sido cómplice con él en la transgresión, no tenía esperanza de que Dios obraría especialmente para ellos y los libraría de las manos de los filisteos. Los ejércitos de Israel parecían paralizados por el terror. No podían confiar en su rey, a quien habían exigido a Dios. La mente de Saúl era cambiante. Dirigía por un corto tiempo los ejércitos, y luego el miedo y el desánimo se apoderaban de él, y revocaba sus órdenes.

Mientras David está realizando un humilde encargo de su padre a sus hermanos, escucha al jactancioso orgulloso que desafía a Israel, y su espíritu se conmueve dentro de él. Está celoso de los ejércitos del Dios viviente, a quien el jactancioso blasfemo ha desafiado. Expresa su indignación de que un pagano, que no tiene temor de Dios ni poder de él, sea dejado para temer a todo Israel y triunfar sobre ellos.



El hermano mayor de David, Eliab, a quien Dios no había elegido para ser rey, estaba celoso de David porque era honrado delante de él. Despreció a David y lo consideró inferior a sí mismo. Lo acusó ante otros de escabullirse sin que su padre lo supiera para ver la batalla. Se burla de él con el pequeño negocio en el que se dedica, en el cuidado de unas pocas ovejas en el desierto. David rechaza la acusación injusta y dice: “¿Qué he hecho ahora? ¿No hay una causa? David no tiene cuidado de explicarle a su hermano que había venido en ayuda de Israel; que Dios lo había enviado para matar a Goliat. Dios lo había escogido para ser gobernante de Israel; y como los ejércitos del Dios viviente estaban en tal peligro, un ángel le había ordenado que salvara a Israel.

David es llevado ante Saúl y le dice que Israel no necesita [372] temor: “Tu siervo irá y peleará con este filisteo”. Saúl se opone, debido a su juventud. David se refiere a los peligros que había experimentado en el desierto, para salvar a las ovejas bajo su cuidado. Humildemente atribuye su liberación a Dios. “El Señor que me libró de las garras del león y de las garras del oso, él me librará de la mano de este filisteo”. Saúl le da permiso a David para ir. Él pone sobre David su propia armadura real; pero David lo dejó, y se limitó a escoger cinco piedras lisas del arroyo, una honda y un bastón. Cuando el orgulloso desafiante de Israel vio al joven de hermoso semblante acercándose a él con este equipo, preguntó:

¿Soy yo un perro, que vienes a mí con palos? Maldijo a David por sus dioses, y con jactancia lo invitó a venir a él, para que pudiera dar su carne a las aves del cielo y a las bestias del campo. “Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y escudo”; pero vengo a ti, no con ostentación de armadura, ni con armas poderosas, sino “en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado”. David no se jacta de una habilidad superior. Su gloria está en el Señor. “Jehová te entregará hoy en mi mano,... para que toda la tierra sepa que hay un Dios en Israel. Y toda esta asamblea sabrá que el Señor no salva con espada y lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos. Y aconteció que cuando el filisteo se levantó y vino y se acercó al encuentro de David, David se apresuró y corrió hacia el ejército para encontrarse con el filisteo. Y David metió su mano en su bolsa, y

[373] piedra, y la calumnia, e hirió al filisteo en la frente, que la piedra se hundió en su frente; y cayó sobre su rostro en tierra.”

David cortó la cabeza del jactancioso orgulloso con su propia espada poderosa, de la cual se había jactado. Y cuando los filisteos vieron que su campeón estaba muerto, se confundieron y huyeron en todas direcciones, persiguiéndolos Israel.

Cuando Saúl y David volvían de la matanza de los filisteos, las mujeres de las ciudades salieron a recibirlos con demostraciones de alegría y cantos. Una compañía cantó: “Saúl ha matado a sus miles”. Otra compañía respondió a la primera: “Y David sus diez mil”. Esto hizo que Saúl se enojara mucho. En lugar de manifestar humilde gratitud a Dios porque Israel había sido salvado de la mano de sus enemigos por la mano de David, un cruel espíritu de celo viene sobre él y, como en tiempos pasados, se entrega a su control. “Y Saúl se enojó mucho, y le desagradó el dicho ; y dijo: Le han atribuido a David diez mil, ya mí no me han atribuido sino millares; ¿Y qué más puede tener sino el reino? Se despertaron sus temores de que este fuera de hecho el hombre que tomaría su lugar como gobernante. Sin embargo, como todo el pueblo estimaba y amaba a David, Saúl temía hacerle

A través de la influencia del pueblo, David fue ascendido a hacerse cargo del negocio relacionado con la guerra. Fue líder en todas sus empresas importantes. Cuando Saúl vio que David se había ganado el amor y la confianza del pueblo, lo odió; porque pensaba que era preferido antes que él. Vio la oportunidad de matarlo; [374] y cuando el espíritu maligno estaba sobre él, y David tocaba delante de él como de costumbre para calmar su mente turbada, trató de matarlo, arrojándole con fuerza un instrumento puntiagudo en el corazón. Los ángeles de Dios preservaron la vida de David. Le hicieron entender cuál era el propósito de Saúl; y cuando le arrojaron el instrumento, saltó a un lado y no recibió daño, mientras que el instrumento fue clavado profundamente en la pared donde David había estado se

Al pueblo de Israel se le hizo sentir ahora su peculiar posición. Tenían pruebas diarias de que Dios había dejado a Saúl en su propio curso de culpa, y que un gobernante que se atrevió a cometer asesinato y matar a una persona justa que el Señor había elegido para salvarlos les había ordenado. Y por los actos crueles de Saúl estaban teniendo

evidencias vivientes a qué extremos de culpa y crimen podría llegar un rey que se rebeló contra Dios y fue gobernado por sus propias pasiones.

David había obedecido a Saúl como un siervo, y su conducta fue humilde. Su vida fue irreprochable. Su fidelidad en hacer la voluntad de Dios fue una reprensión constante al proceder extravagante y rebelde de Saúl.

Saúl decidió no dejar ningún medio sin probar, para que David pudiera ser muerto. Mientras vivió Saúl, este fue el gran objetivo de su vida, a pesar de que se vio obligado a atribuir a la providencia de Dios el escape de David de sus manos. Sin embargo, su corazón estaba desprovisto del amor de Dios, y era un autoidólatra. El verdadero honor, la justicia y la humanidad fueron sacrificados a su orgullo y ambición. Cazó a David como a una bestia salvaje. David a menudo tenía a Saúl en su poder, y los hombres a quienes mandaba lo instaban a matarlo. Aunque David sabía que había sido elegido por Dios como gobernante en Israel, no quiso levantar su mano contra Saúl, a quien Dios había ungido. Eligió buscar asilo entre los filisteos. Hizo que incluso sus enemigos estuvieran en paz con él, por su proceder humilde y prudente, con los cuales permaneció hasta la muerte de Saúl.

Cuando los filisteos vuelven a hacer la guerra contra Israel, Saúl tiene miedo. No tiene descanso en ninguna temporada de peligro, y la gente está dividida. Algunos van con Saúl en toda su maldad. Otros no pueden confiar en su juicio y desean un gobernante justo. Los últimos actos de Saúl han sido tan crueles, presuntuosos y atrevidos, que su conciencia es como un flagelo, reprendiéndolo continuamente. Sin embargo, no se arrepiente de su maldad, sino que prosigue su curso implacable con desesperación desesperada, y ante la perspectiva de una batalla, está distraído y melancólico. Presume, con su carga de culpa sobre él, de consultar a Dios; pero Dios no le responde. Ha masacrado bárbaramente a los sacerdotes del Señor, porque permitieron que David escapara. Destruyó la ciudad donde habitaban los sacerdotes, y mató a una multitud de justos, para satisfacer su ira envidiosa. Sin embargo, en su peligro se atreve a acercarse a Dios, para preguntar si hará la guerra contra los filisteos. Pero como Dios lo ha dejado, busca una mujer con espíritu familiar, que esté en comunión con Satanás. Ha abandonado a Dios, y finalmente busca a uno que ha hecho un pacto con la muerte, y un acuerdo con el infierno, para el conocimiento. La bruja de Endor había llegado a un acuerdo con Satanás para seguir sus instrucciones en todas las cosas; y él haría maravillas y milagros para ella, y le revelaría

[376] a ella las cosas más secretas, si se sometiera sin reservas a ser controlada por su majestad satánica. Esto lo había hecho ella.

Cuando Saúl preguntó por Samuel, el Señor no hizo que Samuel se le apareciera a Saúl. No vio nada. A Satanás no se le permitió perturbar al resto de Samuel en la tumba y traerlo en realidad a la bruja de Endor. Dios no le da poder a Satanás para resucitar a los muertos. Pero los ángeles de Satanás asumen la forma de amigos muertos, y hablan y actúan como ellos, para que a través de amigos muertos declarados pueda llevar a cabo mejor su obra de engaño. Satanás conocía bien a Samuel y supo cómo representarlo ante la bruja de Endor y pronunciar correctamente el destino de Saúl y sus hijos.

Satanás vendrá de una manera muy plausible a aquellos a quienes pueda engañar, y se insinuará en su favor, y los alejará casi imperceptiblemente de Dios. Los gana bajo su control, con cautela al principio, hasta que sus perceptibilidades se vuelven embotadas. Luego hará sugerencias más audaces, hasta que pueda llevarlos a cometer casi cualquier grado de delito. Cuando los ha llevado completamente a su lazo, entonces está dispuesto a que vean dónde están, y se regocija en su confusión, como en el caso de Saúl. Había permitido que Satanás lo condujera como cautivo voluntario, y ahora Satanás extiende ante Saúl una descripción correcta de su destino. Al dar a Saúl una declaración correcta de su fin, a través de la mujer de Endor, Satanás abre un camino para que Israel sea instruido por su astucia satánica, para que puedan, en su rebelión contra Dios, aprender de él y, al hacerlo, cortar el último eslabón que los uniría a Dios.

Saúl sabía que en este último acto, al consultar a la hechicera de Endor, [377] cortó el último jirón que lo unía a Dios. Sabía que si antes no se había separado voluntariamente de Dios, este acto sellaba esa separación y la hacía definitiva. Había hecho un pacto con la muerte y un pacto con el infierno. La copa de su iniquidad estaba llena.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 34—David

Dios seleccionó a David, un humilde pastor, para gobernar a su pueblo. Era estricto en todas las ceremonias relacionadas con la religión judía y se distinguía por su audacia y confianza inquebrantable en Dios. Fue notable por su fidelidad y reverencia. Su firmeza, humildad, amor a la justicia y decisión de carácter lo capacitaron para llevar a cabo los altos propósitos de Dios, instruir a Israel en sus devociones y gobernarlos como un monarca generoso y sabio.

Su carácter religioso era sincero y ferviente. Fue mientras David fue así fiel a Dios, y poseía estos rasgos exaltados de carácter, que Dios lo llama un hombre conforme a su propio corazón. Cuando fue exaltado al trono, su conducta general contrastaba notablemente con la de los reyes de otras naciones. Aborrecía la idolatría y celosamente impidió que el pueblo de Israel fuera seducido por las naciones vecinas. Fue muy amado y honrado por su pueblo.

Con frecuencia venció y triunfó. Creció en riqueza y grandeza. Pero su prosperidad tuvo una influencia para alejarlo de Dios. Sus tentaciones fueron muchas y fuertes. Finalmente cayó en la [378] práctica común de otros reyes a su alrededor, de tener una pluralidad de esposas, y su vida fue amargada por los malos resultados de la poligamia. Su primer error fue tomar más de una esposa, apartándose así del sabio arreglo de Dios. Este alejamiento de la derecha preparó el camino para mayores errores. Las naciones idólatras reales consideraban que tener muchas esposas era una adición a su honor y dignidad, y David consideraba un honor para su trono tener varias esposas. Pero se le hizo ver la maldad miserable de tal proceder, por la infeliz discordia, rivalidad y celos entre sus numerosas esposas e hijos.

Su crimen en el caso de Urías y Betsabé fue atroz a los ojos de Dios. Un Dios justo e imparcial no sancionó ni excusó estos pecados en David, sino que envió una reprensión y una fuerte denuncia por parte de Natán, su profeta, que retrató con vivos colores su grave ofensa. David había sido cegado a su maravillosa partida de

Dios. Se había disculpado a sí mismo por su propia conducta pecaminosa, hasta que sus caminos parecieron pasables a sus propios ojos. Un paso en falso había preparado el camino para otro, hasta que sus pecados exigieron la reprensión de Jehová por medio de Natán. David despierta como de un sueño. Siente el sentido de su pecado. No busca excusar su proceder, ni paliar su pecado, como hizo Saúl; pero con remordimiento y dolor sincero, inclina la cabeza ante el profeta de Dios y reconoce su culpa. Natán le dice a David que, debido a su arrepentimiento y humilde confesión, Dios perdonará su pecado, evitará una parte de la calamidad amenazada y [379] perdonará su vida; sin embargo, debía ser castigado, porque había dado gran ocasión a los enemigos del Señor para blasfemar. Esta ocasión ha sido aprovechada por los enemigos de Dios, desde los días de David hasta el tiempo presente. Los escépticos han atacado al cristianismo y ridiculizado la Biblia porque David les dio la ocasión. Traen a los cristianos el caso de David, su pecado en el caso de Urías y Bath Sheba, su poligamia, y luego afirman que David es llamado un hombre conforme al corazón de Dios, y que si el registro bíblico es correcto, Dios justificó a David . en sus crímenes.

Se me mostró que fue cuando David era puro y andaba en el consejo de Dios, que Dios lo llamó un hombre conforme a su corazón. Cuando David se apartó de Dios y manchó su carácter virtuoso con sus crímenes, ya no era un hombre conforme al corazón de Dios. Dios no lo justificó en lo más mínimo en sus pecados, sino que envió a Natán, su profeta, con terribles denuncias a David porque había transgredido el mandamiento del Señor. Dios muestra su disgusto por el hecho de que David tenga una pluralidad de esposas, visitándolo con juicios y permitiendo que los males se levanten contra él desde su propia casa. La terrible calamidad que Dios permitió que le sobreviniera a David, quien, por su integridad, una vez fue llamado un hombre conforme al corazón de Dios, es evidencia para las generaciones posteriores de que Dios no justificaría a nadie por transgredir sus mandamientos; pero que ciertamente castigaría a los culpables, sin importar cuán justos y favorecidos por Dios pudieran haber sido alguna vez mientras seguían al Señor con p Cuando los justos se apartan de su justicia y hacen el mal, su justicia pasada no los salvará de la ira de un Dios justo y santo.

[380] Los principales hombres de la historia bíblica han pecado gravemente. Sus pecados no están ocultos, sino fielmente registrados en la historia de Dios.

iglesia, con el castigo de Dios, que siguió a las ofensas.

Estos casos se dejan registrados para el beneficio de las generaciones posteriores, y deben inspirar fe en la palabra de Dios, como una historia fiel.

Los hombres que desean dudar de Dios, dudar del cristianismo y de la palabra de Dios, no juzgarán con franqueza e imparcialidad, sino que con mentes prejuiciosas escudriñarán la vida y el carácter, para detectar todos los defectos en las vidas de aquellos que han sido los más eminentes . líderes de Israel.

Dios ha hecho que se dé una delineación fiel del carácter en la historia inspirada, de los mejores y más grandes hombres de su época. Estos hombres eran mortales, sujetos a un demonio tentador. Sus debilidades y pecados no se cubren, pero se registran fielmente, con las reprensiones y castigos que siguieron. Estas cosas “fueron escritas para nuestra amonestación sobre los que han llegado los fines del mundo”.

Dios no ha permitido que se diga mucho en su palabra para exaltar las virtudes de los mejores hombres que han vivido sobre la tierra. Todas sus victorias y grandes y buenas obras fueron atribuidas a Dios. Solo él debía recibir la gloria, solo él debía ser exaltado. Él era todo y en todos. El hombre era sólo un agente, un instrumento débil en sus manos.

El poder y la excelencia eran todos de Dios. Dios vio en el hombre una disposición continua a apartarse de él, olvidarlo y adorar a la criatura en lugar del Creador. Por lo tanto, Dios no sufriría mucho en la alabanza del hombre para quedar en las páginas de la historia sagrada.

David se arrepintió de su pecado en polvo y ceniza. Suplicó el perdón de Dios, y no ocultó su arrepentimiento a los grandes hombres, e incluso a los servidores, de su reino. Compuso un salmo **penitencial** , relatando su pecado y arrepentimiento, salmo que sabía que sería cantado por generaciones posteriores. Deseaba que otros fueran instruidos por la triste historia de su vida.

Los cánticos que compuso David fueron cantados por todo Israel, especialmente en presencia de la corte reunida, y ante los sacerdotes, ancianos y señores. Sabía que la confesión de su culpa traería sus pecados al conocimiento de otras generaciones. Presenta su caso, mostrando en quién estaba su confianza y esperanza de perdón: “Ten misericordia de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus tiernas misericordias, borra mis transgresiones.

Lávame completamente de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado.” “Líbrame de la culpa de la sangre, oh Dios, Dios de mi salvación”.

David no manifiesta el espíritu de un inconverso. Si hubiera poseído el espíritu de los gobernantes de las naciones que lo rodeaban, no habría soportado de parte de Natán el cuadro de su crimen ante él en sus colores verdaderamente abominables, sino que habría tomado la vida del fiel reprobador. Pero a pesar de la altura de su trono y su poder ilimitado, su humilde reconocimiento de todo lo que se le imputaba, es evidencia de que todavía temía y temblaba ante la palabra del Señor.

A David se le hizo sentir amargamente los frutos de las malas acciones. Sus hijos actuaron sobre los pecados de los que había sido culpable. Amnón cometió un gran crimen; Absalón lo vengó matándolo. Así fue traído continuamente a su mente el pecado de David, y le hizo sentir todo el peso de la injusticia cometida contra Urías y Betsabé.

[382] Absalón, su propio hijo, a quien amaba más que a todos sus hijos, se rebeló contra él. Por su notable belleza, modales encantadores y fingida amabilidad, astutamente robó los corazones de la gente. No poseía benevolencia en el fondo, pero era ambicioso y, como muestra su curso, recurriría a la intriga y el crimen para obtener el reino. Habría correspondido el amor y la bondad de su padre quitándose la vida. Fue proclamado rey por sus seguidores en Hebrón y los llevó a perseguir a su padre. Fue derrotado y asesinado.

David fue puesto en gran angustia por esta rebelión. Era diferente a cualquier guerra con la que hubiera estado conectado. Su sabiduría de Dios, con su energía y habilidad guerrera, le había permitido resistir con éxito los ataques de sus enemigos. Pero esta guerra antinatural, surgiendo en su propia casa, y siendo el rebelde su propio hijo, pareció confundir y debilitar su juicio sereno. Y el conocimiento de que este mal había sido predicho por el profeta, y que él mismo se lo había acarreado al transgredir los mandamientos de Dios, destruyó su habilidad y anterior valor sin igual.

David se humilló y se angustió mucho. Huyó de Jerusalén para salvar su vida. No salió con confianza y honor real, confiando en Dios, como lo había hecho en batallas anteriores; pero mientras subía por la subida del monte de los Olivos, rodeado de su pueblo y de sus valientes, se cubrió la cabeza en su humildad, y andaba descalzo, llorando; y su pueblo imitó el ejemplo de profunda humildad manifestado por su rey, mientras huía ante Absalón.



Simei, un pariente de Saúl, que siempre había tenido envidia de David porque recibió el trono y los honores reales que una vez le habían sido otorgados a Saúl, aprovechó esta oportunidad de descargar su furia rebelde sobre David en su desgracia. Maldijo al rey, y arrojó piedras y lodo contra él y sus siervos, y acusó a David de ser un hombre sanguinario y malicioso. Los seguidores de David piden permiso para ir y quitarle la vida; pero David los reprende y les dice que “Maldiga, porque el Señor le ha dicho: Maldice a David. ¿Quién, pues, dirá: Por qué has hecho así? He aquí mi hijo “busca mi vida; ¿cuánto más podrá hacer ahora este benjamita? Déjalo solo, y déjalo maldecir; porque el Señor le ha mandado.”

Así reconoce, ante su pueblo y los principales hombres, que este es el castigo que Dios ha traído sobre él a causa de su pecado, que ha dado a los enemigos del Señor ocasión de blasfemar; que el benjamita enfurecido pudiera estar cumpliendo su parte del castigo predicho, y que si soportaba estas cosas con humildad, el Señor disminuiría su aflicción, y convertiría la maldición de Simei en una bendición. David no manifiesta el espíritu de un inconverso . Muestra que ha tenido una experiencia en las cosas de Dios.

Manifiesta una disposición a recibir la corrección de Dios y, en confianza, se vuelve a Él como su única confianza. Dios recompensa la humilde confianza de David en él, derrotando el consejo de Ahitofel y preservando su vida.

David no era el personaje que Simei representaba. Cuando Saúl fue puesto repetidamente en su poder, y sus seguidores lo habrían matado, David no permitió que lo hicieran, aunque temía continuamente por su propia vida, y Saúl lo perseguía como una bestia salvaje. Una vez, cuando Saúl estaba en su poder, cortó un trozo de la falda de su túnica, para que pudiera demostrarle a Saúl que no le haría daño, aunque podría haberle quitado la vida si hubiera sido así . dispuesto. David se arrepintió incluso de esto, porque Saúl era el ungido del Señor.

Cuando David tuvo sed y ansiaba mucho el agua del pozo de Belén, tres hombres, sin que él lo supiera, se abrieron paso entre el ejército de los filisteos, sacaron agua del pozo de Belén y se la llevaron a David. Consideró demasiado sagrado beber para saciar su sed, porque tres hombres, a través de su amor por él,

habían puesto en peligro sus vidas para obtenerlo. No consideraba la vida a la ligera. Le parecía que si bebía el agua que aquellos valientes habían puesto en peligro su vida para obtener, sería como beber su sangre. Derramó solemnemente el agua como ofrenda sagrada a Dios.

Después de la muerte de Absalón, Dios volvió el corazón de Israel, como el corazón de un hombre, a David. Simei, que había maldecido a David en su humildad, por temor a su vida, fue uno de los primeros rebeldes en encontrarse con David a su regreso a Jerusalén. Hizo confesión de su conducta rebelde hacia David. Los que presenciaron su conducta abusiva instaron a David a no perdonarle la vida, porque maldijo al ungido del Señor. Pero David los reprendió. No solo perdonó la vida de Simei, sino que misericordiosamente lo perdonó. Si David hubiera poseído un espíritu vengativo, fácilmente podría haberlo gratificado dando muerte al ofensor.

Israel prosperó y aumentó en número bajo el gobierno de David; y, a medida que se fortalecieron y aumentaron en riqueza y grandeza, se enaltecieron y se enorgullecieron. Se olvidaron del Dador de todas [385] sus misericordias, y estaban perdiendo rápidamente su carácter peculiar y santo, que los separó de las naciones que los rodeaban.

David, en su prosperidad, no preservó esa humildad de carácter y confianza en Dios que caracterizó la primera parte de su vida. Miró con orgullo la ascensión al reino, y contrastó su entonces próspera condición con su escaso número y poca fuerza cuando ascendió al trono, llevándose la gloria para sí mismo. Complació sus ambiciosos sentimientos al ceder a la tentación del diablo de contar a Israel, para poder comparar su antigua debilidad con su próspero estado bajo su gobierno. Esto desagradó a Dios y fue contrario a su mandato expreso. Llevaría a Israel a confiar en la fuerza de sus números, en lugar del Dios viviente.

El trabajo de contar a Israel no se completa completamente antes de que David se sienta convencido de que ha cometido un gran pecado contra Dios. Ve su error, y se humilla ante Dios, confesando su gran pecado al contar neciamente al pueblo. Pero su arrepentimiento llegó demasiado tarde. La palabra ya había salido del Señor a su fiel profeta, para llevar un mensaje a David, y ofrecerle su elección de castigos por su transgresión. David todavía muestra que tiene confianza en Dios. Él elige caer en manos de un

Dios misericordioso, en lugar de ser abandonado a las crueles misericordias de los malvados hombres.

Siguió una rápida destrucción. Setenta mil fueron destruidos por la pestilencia. David y los ancianos de Israel estaban en la más profunda humillación, lamentándose delante del Señor. Mientras el ángel del Señor [386] se dirigía a destruir Jerusalén, Dios le ordenó que detuviera su obra de muerte. Un Dios compasivo todavía ama a su pueblo, a pesar de su rebelión. El ángel, vestido con ropas guerreras, con una espada desenvainada en su mano, extendido sobre Jerusalén, se revela a David y a los que están con él. David tiene mucho miedo, pero clama en su angustia y en su compasión por Israel. Le ruega a Dios que salve a las ovejas. Angustiado, confiesa: "He pecado, y he hecho lo malo; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Que tu mano, te ruego, sea contra mí y contra la casa de mi padre."

Dios habla a David, por medio de su profeta, y le pide que haga expiación por su pecado. El corazón de David estaba en la obra y su arrepentimiento fue aceptado. Se le ofrece gratuitamente la era de Arauna, donde edifica un altar al Señor; también ganado, y todo lo necesario para el sacrificio. Pero David le dice a quien haría esta generosa ofrenda, que el Señor aceptará el sacrificio que está dispuesto a hacer, pero que no se presentará ante el Señor con una ofrenda que no le cueste nada. Se lo compraría a él por el precio completo. Ofreció allí holocaustos y ofrendas de paz.

Dios aceptó las ofrendas respondiendo a David enviando fuego del cielo para consumir el sacrificio. Al ángel del Señor se le ordenó poner su espada en su vaina y cesar su obra de destrucción.

David compuso muchos de los salmos en el desierto, al que se vio obligado a huir por seguridad. Saúl incluso lo persiguió allí; y David fue preservado varias veces de caer en manos de Saúl, por la interposición especial de la Providencia. Mientras David pasaba así por severas pruebas y penalidades, manifestó una confianza inquebrantable en Dios, y estaba especialmente imbuido de su Espíritu mientras componía sus cánticos que relatan sus peligros y liberaciones, atribuyendo alabanza y gloria a Dios, su misericordioso preservador. En estos salmos se ve un espíritu de fervor, devoción y santidad. Cantó estas canciones, que expresan sus pensamientos y meditaciones de las cosas divinas, acompañadas de hábil música con el arpa y otras

instrumentos El salmo contenido en [2 Samuel 22](#), fue compuesta mientras Saúl lo perseguía para quitarle la vida. Casi todos los cánticos sagrados de David fueron arreglados en el período anterior de su vida, mientras servía al Señor con integridad y pureza de corazón.

David se propuso construir una casa para Dios, en la que pudiera colocar el arca sagrada, ya la que todo Israel debería acudir a adorar. El Señor le informó a David, a través de su profeta, que no debía construir la casa, sino que debía tener un hijo que construyera una casa para Dios. “Yo seré su padre, y él será mi hijo. Si comete iniquidad, lo castigaré con vara de hombres y con azotes de hijos de hombres. Pero mi misericordia no se apartará de él, como la aparté de Saúl, a quien he apartado de delante de ti. Dios manifiesta piedad y compasión por la debilidad del hombre descarriado, y promete, si transgrede, castigarlo; y si se arrepiente, que lo perdone .

Los últimos años de la vida de David estuvieron marcados por una fiel devoción a Dios. Se lamentó por sus pecados y por apartarse de los justos preceptos de Dios, que habían oscurecido su carácter y dado ocasión a que los enemigos del Señor blasfemaran. El Señor, por medio de su ángel, instruyó a David y le dio un modelo de la casa que [\[388\]](#) Salomón debía construir para él. Se comisionó a un ángel para que estuviera junto a David mientras él escribía, para beneficio de Salomón, las instrucciones importantes con respecto a la disposición de la casa. El corazón de David estaba en la obra. Manifestó seriedad y devoción al hacer extensos preparativos para la construcción, y no escatimó en trabajo ni en gastos, sino que hizo grandes donaciones de su propio tesoro, dando así un noble ejemplo a su pueblo, que no dudaron en seguir con corazones dispuestos.

David siente la mayor solicitud por Salomón. Teme que pueda seguir su ejemplo al hacer el mal. Puede ver con el más profundo dolor las manchas y defectos que ha traído sobre su carácter al caer en graves pecados; y salvaría a su hijo del mal si pudiera. Ha aprendido por experiencia que el Señor en ningún caso sancionará el mal, ya sea que se encuentre en el príncipe más elevado o en el súbdito más humilde, sino que visitará al líder de su pueblo con un castigo tanto más severo cuanto más responsable sea su cargo . la del súbdito más humilde. Los pecados cometidos por los líderes de Israel tendrían una influencia para disminuir la atrocidad del crimen en

las mentes y las conciencias del pueblo, y sería llevado a la atención de otras naciones, que no temen a Dios, sino que pisotean su autoridad; y serían inducidos a blasfemar contra el Dios de Israel.

David encarga solemnemente a su hijo que se adhiera estrictamente a la ley de Dios y que guarde todos sus estatutos. Le relata a Salomón la palabra del Señor, que le habló a él por medio de sus profetas: “Además, afirmaré su reino para siempre, si él es constante en poner por obra mis mandamientos y mis juicios, como en este día. Ahora, pues, [389] a la vista de todo Israel, la congregación del Señor, y en oídos de nuestro Dios, guardad y buscad todos los mandamientos del Señor vuestro Dios, para que podáis poseer esta buena tierra, y déjalo en herencia para tus hijos después de ti para siempre. Y tú, Salomón, hijo mío, conoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con voluntad dispuesta; porque el Señor escudriña todos los corazones, y entiende todas las imaginaciones de los pensamientos. Si lo buscas, será hallado por ti; pero si lo abandonas, él te desechará para siempre. Preste atención ahora; porque el Señor te ha escogido a ti para edificar una casa para el santuario. Sé fuerte y hazlo”.

Después de dar este encargo a su hijo en audiencia del pueblo, y en la presencia de Dios, ofrece agradecido agradecimiento a Dios por haber dispuesto su propio corazón, y el corazón del pueblo, para dar de buena gana para la gran obra de la edificación . . También ruega al Señor que incline el corazón de Salomón a sus mandamientos. Él dice: “Yo también sé, Dios mío, que tú pruebas el corazón y te complaces en la rectitud. En cuanto a mí, en la rectitud de mi corazón he ofrecido de buena gana todas estas cosas. Y ahora he visto con gozo a tu pueblo, que está presente aquí para ofrecerte voluntariamente. Oh Señor , Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, nuestros padres, guarda esto para siempre en la imaginación de los pensamientos del corazón de tu pueblo, y prepara su corazón para ti. Y da a Salomón, hijo mío, un corazón perfecto para guardar tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para hacer todas estas cosas, y para edificar el palacio, para lo cual he hecho provisión”.

La obra pública de David estaba a punto de terminar. Sabía que debía [390] muere pronto, y no deja sus negocios en confusión, para afligir el alma de su hijo; pero mientras tiene suficiente fuerza física y mental, arregla los asuntos de su reino, hasta los asuntos más pequeños, sin olvidar advertir a Salomón con respecto a la

caso de Simei. Sabía que esto último causaría problemas en el reino. Era un hombre peligroso, de temperamento violento, y sólo se controlaba a través del miedo. Siempre que se atrevía, provocaba una rebelión o, si tenía una oportunidad favorable, no dudaba en quitarle la vida a Salomón.

David, al arreglar su negocio, da un buen ejemplo a todos los que son avanzados en años, para arreglar sus asuntos mientras son capaces de hacerlo, que cuando se estén acercando a la muerte, y sus facultades mentales se oscurezcan, no tienen nada de naturaleza mundana que desvíe sus mentes de Dios.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 35—Salomón

El corazón del pueblo está vuelto hacia Salomón, como lo estuvo con David, y le obedecen en todo. El Señor envía a su ángel para instruir a Salomón por medio de un sueño en la noche. Sueña que Dios conversa con él. “Y dijo Dios: Pide lo que te daré . Y Salomón dijo: Tú has mostrado a tu siervo David, mi padre, gran misericordia, conforme él anduvo delante de ti en verdad, en justicia, y con rectitud de corazón contigo; y tú [391] has guardado para él esta gran misericordia, que le has dado un hijo que se siente en su trono, como sucede hoy. Y ahora, oh Señor Dios mío, has hecho rey a tu siervo en lugar de David mi padre; y yo no soy más que un niño pequeño; No sé salir ni entrar. Y tu siervo está en medio de tu pueblo que tú escogiste, un pueblo grande, que no puede ser contado ni contado por su multitud. Da, pues, a tu siervo un corazón entendido para juzgar a tu pueblo, para que yo pueda discernir entre el bien y el mal; porque ¿quién podrá juzgar a este tu pueblo tan grande?

“Y agradó a Jehová la palabra que Salomón había pedido esto . Y le dijo Dios: Porque has pedido esto, y no has pedido para ti larga vida; ni has pedido para ti riquezas , ni has pedido la vida de tus enemigos; pero has pedido para ti entendimiento para discernir el juicio; he aquí, he hecho conforme a tu palabra. He aquí, te he dado un corazón sabio y entendido; de modo que no hubo ninguno como tú antes de ti, ni después de ti surgirá otro como tú. Y también te he dado lo que no pediste, riquezas y honra, de modo que entre los reyes no haya ninguno como tú en todos tus días. Y si anduvieres en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo tu padre David, entonces alargaré tus días.

Dios promete que, como ha estado con David, estará con Salomón. Si anduviere delante de Jehová con integridad de corazón y con rectitud, para hacer conforme a todo lo que Dios le mandó, y

si guarda sus estatutos y juicios, promete establecer [392] su trono sobre Israel para siempre. Salomón siente la magnitud de la obra de edificar una casa para Dios. Así da expresión a sus ideas: “¿Quién podrá edificarle una casa, puesto que el cielo y los cielos de los cielos no pueden contenerlo?”

El Señor impartió a Salomón esa sabiduría que él deseaba por encima de las riquezas terrenales, el honor o la larga vida. Fue el rey más sabio que jamás se haya sentado en el trono. Dios le dio un corazón comprensivo. Escribió muchos proverbios y compuso muchas canciones. Durante muchos años su vida estuvo marcada por la devoción a Dios, y por la rectitud, los principios firmes y la estricta obediencia a los mandamientos de Dios. Dirigió en toda empresa importante y manejó los asuntos comerciales relacionados con el reino, con la mayor sabiduría.

Su cumplimiento fiel de las instrucciones, al construir el edificio más magnífico que el mundo jamás haya visto, hizo que su fama se extendiera entre las naciones de todas partes. Fue grandemente bendecido y honrado por Dios. Todas las naciones reconocieron y se maravillaron de su conocimiento y sabiduría superiores, la excelencia de su carácter y la grandeza de su poder. Muchos venían a él de todas partes del mundo para contemplar su poder ilimitado y para ser instruidos en cómo conducir asuntos difíciles. El templo construido para Dios no podía ser superado por su riqueza, belleza y diseño costoso.

Después que el templo estuvo terminado, Salomón reunió a todo Israel, y muchas naciones también vinieron a presenciar la dedicación de la casa de Dios. Fue dedicado con gran esplendor. Salomón se dirige al pueblo y trata de arrancar de la mente de todos los presentes las supersticiones que han nublado la mente de las naciones paganas con respecto a Jehová. Les dice que Dios no es como los dioses paganos, que están confinados en templos contruidos para ellos; sino que el Dios de Israel los encontraría por su Espíritu cuando el pueblo se reuniera en esa casa dedicada a su adoración.

Salomón se arrodilla ante Dios, en presencia de esa inmensa congregación, y hace súplica a Dios. Él indaga en su oración: “Pero, ¿es cierto que Dios habitará sobre la tierra? He aquí, el cielo y los Cielos de los cielos no pueden contenerte; ¡ cuánto menos esta casa que he edificado!” Él continúa: “Para que tus ojos estén abiertos hacia esta casa de noche y de día, hacia el lugar del cual dijiste: Mi nombre estará allí; para que puedas



escucha la oración que tu siervo hará en este lugar”.

“Cuando Salomón terminó de orar, descendió fuego del cielo y consumió el holocausto y los sacrificios; y la gloria del Señor llenó la casa. Y los sacerdotes no podían entrar en la casa del Señor, porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor. Y cuando todos los hijos de Israel vieron descender el fuego y la gloria del Señor sobre la casa, se inclinaron rostro en tierra sobre el pavimento, y adoraron y alabaron al Señor, diciendo: Porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia.”

Siete días estuvo Salomón dedicado a la dedicación de la casa de Dios. Y después de que terminaron las ceremonias de dedicación de la casa, “le dijo el Señor: He oído tu oración y tu ruego que has hecho delante de mí. He santificado esta casa que tú has edificado, para poner en ella mi nombre para siempre; y mis [394] ojos y mi corazón estarán allí perpetuamente. Y si andas delante de mí como anduvo David tu padre, con integridad de corazón y con rectitud, para hacer conforme a todo lo que te he mandado, y guardas mis estatutos y mis decretos, entonces yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como prometí a David tu padre, diciendo: No te faltará varón sobre el trono de Israel. Pero si os apartareis de en pos de mí, vosotros o vuestros hijos, y no guardareis mis mandamientos y mis estatutos que os he puesto, sino que vayáis y sirváis a dioses ajenos, y os adoréis; entonces exterminaré a Israel de la tierra que les he dado; y esta casa que he santificado a mi nombre, la echaré de delante de mí; e Israel será por proverbio y refrán entre todos los pueblos.”

Si Israel permanecía fiel y leal a Dios, este glorioso edificio permanecería para siempre, como un signo perpetuo del favor especial de Dios para con su pueblo elegido. Fueron llamados peculiares, porque solo ellos, entre todas las naciones de la tierra, preservaron la verdadera adoración de Dios, guardando sus mandamientos.

Mientras Salomón permaneció puro, Dios estuvo con él. En la dedicación del templo, exalta la ley de Dios ante el pueblo. Mientras bendice al pueblo, repite estas palabras: “El Señor nuestro Dios esté con nosotros, como estuvo con nuestros padres. Que no nos deje, ni nos desampare

a nosotros; para que incline nuestro corazón hacia él, para que andemos en todos sus caminos, y guardemos sus mandamientos, y sus estatutos, y sus decretos, que mandó a nuestros padres.”

[395] Con la rectitud de su corazón, exhorta a la congregación de Israel: “Sea, pues, vuestro corazón perfecto para con Jehová nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en este día”. Mientras Salomón obedeció firmemente los mandamientos, Dios estuvo con él, tal como había suplicado que pudiera estar, como lo estuvo con David. “Tú hiciste a mi padre David gran misericordia, conforme él anduvo delante de ti en verdad, en justicia, y en rectitud de corazón.”

Hay suficiente contenido en estas palabras para silenciar a todos los escépticos con respecto a la sanción de Dios por los pecados de David y Salomón. Dios fue misericordioso con ellos según anduvieron delante de él en verdad, justicia y rectitud de corazón. Justo de acuerdo a su fidelidad, Dios trató con ellos.

Salomón caminó por muchos años rectamente delante de Dios. Dios le dio sabiduría para juzgar al pueblo con imparcialidad y misericordia. Pero incluso este hombre exaltado, erudito y una vez bueno, cayó al ceder a las tentaciones relacionadas con su prosperidad y posición de honor. Se olvidó de Dios y de las solemnes condiciones de su éxito. Cayó en la práctica pecaminosa de otros reyes, de tener muchas esposas, lo cual era contrario al arreglo de Dios. Dios ordenó a Moisés que advirtiera al pueblo en contra de tener una pluralidad de esposas. “Ni se multiplicará las mujeres para sí, para que su corazón no se desvíe. Ni se multiplicará mucho la plata y el oro.”

La verdadera bondad se cuenta del Cielo como verdadera grandeza. La condición de los afectos morales determina el valor del hombre. Un

[396] hombre puede tener propiedad e intelecto y, sin embargo, no tener valor, porque el fuego resplandeciente de la bondad nunca ha ardido en el altar de su corazón, porque su conciencia ha sido cauterizada, ennegrecida y quemada por el egoísmo y el pecado. Cuando los deseos de la carne están dominando al hombre, y se permite que gobiernen las malas pasiones de la naturaleza carnal, se fomenta el escepticismo con respecto a las realidades de la religión cristiana, y se expresan dudas, como si fuera una virtud especial para duda.

La vida de Salomón podría haber sido notable hasta su final, si se hubiera conservado la virtud. Pero entregó esta gracia especial a la pasión lujuriosa. En su juventud buscó la guía de Dios. En él confió, y Dios escogió por él, y le fue dada sabiduría, sabiduría que asombró al mundo. Su poder y sabiduría fueron exaltados por toda la tierra. Su amor por las mujeres fue su pecado. Esta pasión no la controló en su virilidad. Resultó ser una trampa para él. Sus esposas lo indujeron a la idolatría, y la sabiduría que Dios le había dado se la quitaron cuando comenzó a descender por el declive de la vida; perdió la firmeza de su carácter y se volvió más como el joven vertiginoso, vacilando entre el bien y el mal. Cedió a sus principios, y se colocó en la corriente del mal, y así se separó de Dios, la fuente de su fuerza. Era un hombre que se había movido por principios. La sabiduría había sido más preciosa para él que el oro de Ofir. ¡Pero Ay! las pasiones lujuriosas obtuvieron la victoria. Fue engañado y arruinado a través de las mujeres. ¡Qué lección de vigilancia! ¡ Qué testimonio en cuanto a la necesidad de la fuerza de Dios hasta el final!

En la batalla contra las corrupciones internas y las tentaciones externas, [397] incluso el sabio y poderoso Salomón fue vencido. No es seguro permitir la menor desviación de la más estricta integridad. “Absteneos de toda apariencia de mal”. Recuerda a Salomón. Entre muchas naciones no hubo rey como él, amado de su Dios. Se cayó. Fue guiado por Dios y se corrompió por la complacencia de las pasiones lujuriosas. Este es el pecado que prevalece en esta era, y su progreso es temible. Nadie sino los puros y humildes pueden morar en su presencia. “¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a la vanidad, ni jurado con engaño.”

El corazón de Salomón se apartó de Dios cuando multiplicó para sí esposas de naciones idólatras. Dios había prohibido expresamente a su pueblo casarse con naciones idólatras, porque las había escogido como su peculiar tesoro. “Porque aconteció que cuando Salomón era anciano, sus mujeres desviaron su corazón tras dioses ajenos; y su corazón no era perfecto para con el Señor su Dios, como lo era el corazón de David, su padre.” “Y el Señor se enojó contra Salomón, porque su corazón se había apartado del Señor Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces y le había mandado acerca de

que no debe ir tras otros dioses; pero no guardó lo que el Señor le había mandado. Por lo cual el Señor dijo a Salomón: Por cuanto esto es hecho por ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que te he mandado, de cierto romperé de ti el reino, y lo daré a tu siervo.” El Señor informó a Salomón, por medio de su profeta, de su propósito con respecto a él: [398] que haría cesar su prosperidad y levantaría adversarios contra él, y ya no debería reinar como monarca universal sobre el trono de Israel. Si Salomón hubiera muerto antes de apartarse de Dios, su vida habría sido una de las más notables registradas. Pero empañó su brillo y exhibió un sorprendente ejemplo de la debilidad del más sabio de los mortales. Los hombres más grandes y los más sabios seguramente fracasarán a menos que sus vidas estén marcadas por la confianza en Dios y la obediencia a sus mandamientos.

\* \* \* \* \*

## Capítulo 36—El arca de Dios

El arca de Dios era un cofre sagrado, hecho para ser el depositario de los diez mandamientos, cuya ley era la representante del mismo Dios. Esta arca era considerada la gloria y fortaleza de Israel. La señal de la Divina Presencia moraba en él día y noche. Los sacerdotes que ministraban ante ella eran sagradamente consagrados al santo oficio. Llevaban un pectoral orlado de piedras preciosas de diferentes materiales, las mismas que componen los doce cimientos de la ciudad de Dios. Dentro de la frontera estaban los nombres de las doce tribus de Israel, grabados en piedras preciosas engastadas en oro. Esta era una obra muy rica y hermosa, suspendida de los hombros de los sacerdotes, cubriendo el pecho.

A la derecha ya la izquierda del pectoral estaban colocadas dos piedras más grandes, que brillaban con gran esplendor. Cuando se traían [399] asuntos difíciles a los jueces, que no podían decidir, se remitían a los sacerdotes, y consultaban a Dios, quien les respondía.

Si los favorecía y les concedía el éxito, un halo de luz y gloria reposaba especialmente sobre la piedra preciosa de la derecha. Si no lo aprobaba, un vapor o una nube parecía posarse sobre la piedra preciosa de la mano izquierda. Cuando preguntaron a Dios acerca de ir a la batalla, la piedra preciosa de la derecha, rodeada de luz, dijo: Ve y prospera. La piedra de la izquierda, cuando la sombra de una nube, dijo: No irás; no prosperarás.

Cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, una vez al año, y ministraba delante del arca en la terrible presencia de Dios, preguntaba, y Dios a menudo le respondía con voz audible. Cuando el Señor no respondió con una voz, dejó que los rayos sagrados de luz y gloria descansaran sobre los querubines a la derecha del arca, en aprobación o favor. Si sus peticiones eran rechazadas, una nube se posaba sobre los querubines de la izquierda.

Cuatro ángeles celestiales acompañaban siempre al arca de Dios en todos sus viajes, para protegerla de todo peligro y para cumplir cualquier misión que se les requiriera en relación con el arca. Jesús el hijo

de Dios, seguido de ángeles celestiales, iba delante del arca cuando llegaba al Jordán; y las aguas fueron cortadas delante de su presencia. Cristo y los ángeles se pararon junto al arca y los sacerdotes en el lecho del río, hasta que todo Israel hubo pasado el Jordán. Cristo y los ángeles asistieron al circuito del arca alrededor de Jericó y, finalmente, derribaron los enormes muros de la ciudad y entregaron a Jericó en manos de Israel.

[400] Cuando Elí era sumo sacerdote, exaltó a sus hijos al sacerdocio. A Elí solo se le permitía entrar en el lugar santísimo una vez al año. Sus hijos servían a la puerta del tabernáculo, y oficiaban en la matanza de las bestias, y en el altar del sacrificio. Continuamente abusaron de este sagrado oficio. Eran egoístas, codiciosos, glotones y libertinos. Dios reprendió a Elí por su negligencia criminal en la disciplina familiar. Elí reprendió a sus hijos, pero no los refrenó. Y después de que fueron colocados en el sagrado oficio del sacerdocio, Elí se enteró de su conducta al defraudar a los hijos de Israel en sus ofrendas, también de sus atrevidas transgresiones de la ley de Dios, y de su conducta violenta, que hizo que Israel pecara.

Sus crímenes eran conocidos por todo Israel. Elí los reprendió. Les presentó la enormidad de su pecado. No era como un pecado contra los demás, que los sacerdotes oficiantes podían expiar. Pero si los mismos sacerdotes pecan contra Dios, y muestran abiertamente desprecio por su autoridad, ¿quién debe expiarlos? No consideraron el consejo de su padre. Elí era juez y también sumo sacerdote en Israel, y era responsable de la conducta de sus hijos. Debería haberlos quitado inmediatamente del sacerdocio y juzgado como su caso lo merecía. Sabía que si hacía esto, ellos debían sufrir la muerte por su abominable ejemplo para Israel. Permitirles, cargados de culpa, ocupar la relación de sacerdotes con Israel, llevaría a la gente a considerar ligeramente el crimen y a despreciar las ofrendas de sacrificio.

El Señor, por medio de su profeta, envió una reprensión a Elí: “Por tanto, pateáis mi sacrificio y mi ofrenda, que he ordenado en [401] mi habitación; y honras a tus hijos más que a mí, para engordarte con lo principal de todas las ofrendas de Israel, pueblo mío? Por lo cual el Señor Dios de Israel dice: Yo dije a la verdad que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí para siempre ; mas ahora dice el Señor: Aléjate de mí; porque a los que me honran, yo los honraré, y los que me desprecian serán menospreciados”.

El afecto indebido de Elí por sus hijos lo convirtió en un juez parcial. Excusó pecados en ellos que habría condenado en otros. El Señor le informó a Elí, por medio de su profeta, que debido a que Él había permitido que sus hijos permanecieran en el oficio sagrado, mientras obligaban a Israel a pecar, y debido a sus transgresiones de su ley, exterminaría a sus dos hijos en un día. . Como Elí había descuidado su deber sagrado, Dios los castigaría y ambos perecerían.

Aquí hay una reprensión permanente para los padres, que son seguidores profesos de Cristo, que no refrenan a sus hijos, sino que simplemente los ruegan, como Elí; y que dicen: "¿Por qué hacéis tan maldad?" pero no los refrenéis decididamente. Los tales sufren que se deshonre la causa de Dios, porque no ejercen la autoridad que les corresponde para refrenar la maldad.

El Señor le hizo saber al niño Samuel los juicios que traería sobre la casa de Elí a causa de su negligencia. "Y el Señor dijo a Samuel: He aquí, yo haré una cosa en Israel, a todo el que la oiga, le retiñirán ambos oídos. Aquel día haré contra Elí todas las cosas que he dicho acerca de su casa. Cuando yo comienzo, también haré un final. Porque le he dicho que juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él [402] conoce; porque sus hijos se envilecieron, y él no los detuvo. Y por tanto, he jurado a la casa de Elí, que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada con sacrificio ni con ofrenda para siempre."

Las transgresiones de los hijos de Elí fueron tan atrevidas, tan insultantes para un Dios santo, que ningún sacrificio podría expiar tal transgresión deliberada. Estos sacerdotes pecadores profanaron los sacrificios que tipificaban al Hijo de Dios. Y con su conducta blasfema estaban pisoteando la sangre de la expiación, de la cual se derivaba la virtud de todos los sacrificios.

Samuel le contó a Elí las palabras del Señor; "y dijo: Es el Señor; que haga lo que bien le pareciere." Eli sabía que Dios había sido deshonrado y sintió que había pecado. Afirmó que Dios era justo al castigar así su negligencia pecaminosa. La palabra del Señor a Samuel fue dada a conocer por Elí a todo Israel. Al hacer esto, pensó en corregir en cierta medida su pasada negligencia pecaminosa. El mal pronunciado sobre Eli no se demoró mucho.

Los israelitas hicieron guerra contra los filisteos, y fueron vencidos, y cuatro mil de ellos fueron muertos. Los hebreos tenían miedo.

Sabían que si otras naciones se enteraban de su derrota, se animarían a hacerles la guerra también. Los ancianos de Israel decidieron que su derrota se debía a que el arca de Dios no estaba con ellos. Enviaron a Silo por el arca del pacto. Pensaron en su paso por el Jordán y en la fácil conquista de Jericó, cuando cargaron el arca; y decidieron que todo lo que era necesario [403] era traerles el arca, y triunfarían sobre sus enemigos.

No se dieron cuenta de que su fuerza estaba en su obediencia a esa ley contenida en el arca, que era un representante de Dios mismo. Los sacerdotes contaminados, Ofni y Phinehas, estaban con el arca sagrada, transgrediendo la ley de Dios. Estos pecadores llevaron el arca al campamento de Israel. Se restableció la confianza de los hombres de guerra, y se sintieron confiados en el éxito.

“Y cuando el arca del pacto del Señor entró en el campamento, todo Israel gritó con gran júbilo, de modo que la tierra volvió a temblar. Y cuando los filisteos oyeron el ruido del grito, dijeron: ¿Qué significa el ruido de este gran grito en el campamento de los hebreos? Y entendieron que el arca del Señor había entrado en el campamento. Y los filisteos tuvieron miedo; porque decían: Dios ha venido al campamento. Y dijeron: ¡Ay de nosotros! porque no ha habido tal cosa hasta ahora. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de la mano de estos dioses poderosos? Estos son los dioses que hirieron a los egipcios con todas las plagas en el desierto. Esforzaos y sed hombres. Oh filisteos, no seáis siervos de los hebreos, como ellos lo han sido de vosotros. Déjense como hombres y peleen. Y pelearon los filisteos, e Israel fue herido, y huyeron cada uno a su tienda. Y hubo una matanza muy grande; porque cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie. Y el arca de Dios fue tomada; y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, fueron muertos.”

Los filisteos pensaron que esta arca era el dios de los israelitas. No sabían que el Dios viviente, que creó los cielos y la tierra, [404] y dio su ley en el Sinaí, enviaba prosperidad y adversidad según la obediencia o transgresión de su ley contenida en el cofre sagrado.



Hubo una matanza muy grande en Israel. Eli estaba sentado al borde del camino, mirando con un corazón tembloroso para recibir noticias del ejército. Temía que el arca de Dios pudiera ser tomada y contaminada por el ejército filisteo. Un mensajero del ejército corrió a Silo y le informó a Eli que sus dos hijos habían sido asesinados. Podía soportar esto con un grado de calma, porque tenía motivos para esperarlo.

Pero cuando el mensajero agregó: "Y el arca de Dios ha sido tomada", Elí vaciló angustiado sobre su asiento, cayó hacia atrás y murió. Él compartió la ira de Dios que vino sobre sus hijos. Él era culpable en gran medida de sus transgresiones, porque había descuidado criminalmente refrenarlos. La captura del arca de Dios por parte de los filisteos fue considerada la mayor calamidad que le podía ocurrir a Israel. La mujer de Finees, cuando estaba a punto de morir, llamó a su hijo Icabod, diciendo: "La gloria se ha ido de Israel, porque el arca de Dios ha sido tomada".

Dios permitió que su arca fuera tomada por sus enemigos, para mostrar a Israel cuán vano era confiar en el arca, el símbolo de su presencia, mientras profanaban los mandamientos contenidos en el arca. Dios los humillaría quitándoles esa sagrada arca, su jactancioso poderío y confianza.

Los filisteos estaban triunfantes, porque tenían, como pensaban, el Dios famoso de los israelitas, que había hecho tales maravillas para ellos, y los había convertido en el terror de sus enemigos. Llevaron el arca de Dios a Asdod y la colocaron en un templo espléndido, hecho en honor de su dios más popular, Dagón, y lo colocaron [405] al lado de su dios. Por la mañana, los sacerdotes de estos dioses entraron en el templo, y se aterrorizaron al encontrar a Dagón caído sobre su rostro en tierra ante el arca del Señor. Levantaron a Dagón y lo colocaron en su posición anterior. Pensaron que podría haberse caído accidentalmente. Pero a la mañana siguiente lo encontraron caído sobre su rostro en tierra como antes, y la cabeza de Dagón y ambas manos fueron cortadas. Los ángeles de Dios, que siempre acompañaban al arca, postraron al Dios ídolo sin sentido, y luego lo mutilaron, para mostrar que Dios, el Dios viviente, estaba por encima de todos los dioses, y que ante él todo Dios pagano era como nada. Los paganos poseían una gran reverencia por su Dios, Dagón; y cuando lo hallaron ruinosamente mutilado, y tendido boca abajo delante del arca de Dios, se entristecieron, y lo consideraron de muy mal agüero para los filisteos. Fue

interpretado por ellos que los filisteos y todos sus dioses todavía serían sometidos y destruidos por los hebreos, y el Dios de los hebreos sería más grande y más poderoso que todos los dioses. Sacaron el arca de Dios del templo de sus ídolos y la colocaron aparte.

Los hombres de Asdod comenzaron a afligirse mucho. El Señor los destruyó; y se acordaron de las plagas traídas sobre Egipto, y de su Dios mutilado, y se convencieron de que era porque guardaban el arca de Dios que les sobrevenían estas aflicciones angustiosas. Dios demostraría a los filisteos idólatras, y también a su pueblo, que el arca era fuerza y poder para los que obedecían su ley; y que para los desobedientes y malos era castigo y muerte.

[406] Cuando los hombres de Asdod se convencieron de que era el Dios de los hebreos quien causaba sus aflicciones, a causa de su arca, decidieron que el arca del Dios de Israel no debía permanecer con ellos. “Porque,” dijeron ellos, “su mano duele sobre nosotros, y sobre Dagón, nuestro dios.” Los grandes hombres y gobernantes consultaron juntos, en relación a lo que debían hacer con el arca del Dios de Israel. Lo habían tomado en triunfo, pero no sabían qué hacer con el cofre sagrado; porque en lugar de ser un poder y una fuerza para ellos, fue una gran carga y una pesada maldición. Decidieron enviarlo a Gat. Pero los ángeles destructores llevaron a cabo su obra de destrucción también en ese lugar. Muchos de los habitantes de Gat murieron; y no se atrevieron a retener el arca allí más tiempo, no fuera que el Dios de Israel los consumiera a todos con su maldición.

Los de Gat decidieron enviar el arca a Ecrón. Y mientras los sacerdotes idólatras llevaban el arca de Dios a Ecrón, la gente de ese lugar se alarmó mucho y gritó: “Han traído el arca del Dios de Israel hacia nosotros, para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo”. Los Ekronitas también fueron afligidos, y un gran número de ellos murió. Acudieron a sus dioses en busca de ayuda, como lo habían hecho las ciudades de Asdod y Gat, pero no obtuvieron alivio. Entonces se humillaron a clamar al Dios de Israel, a quien pertenecía el arca, para que los aliviara de su aflicción. “Entonces enviaron y reunieron a todos los príncipes de los filisteos, y dijeron: Envía el arca del Dios de Israel, y vuélvela a su lugar, para que no nos mate a nosotros ni a nuestro pueblo; porque hubo una destrucción mortal en toda la ciudad; la mano de [407] Dios fue muy pesada allí. Y los hombres que no murieron,

con los emerods; y el clamor de la ciudad subió al Cielo.”

Los filisteos guardaron el arca de Dios siete meses. Habían vencido a los israelitas y habían tomado el arca de Dios, en la que suponían que consistía su poder, y pensaban que siempre estarían a salvo y no tendrían más temor de los ejércitos de Israel. Pero en medio de su alegría por su éxito, se escuchó un llanto por toda la tierra, y finalmente la causa fue acreditada al arca de Dios. Fue llevado de un lugar a otro aterrorizado, y la destrucción de parte de Dios siguió su curso, hasta que los filisteos quedaron muy perplejos sin saber qué hacer con él. Los ángeles que la acompañaban la guardaban de todo mal. Y los filisteos no se atrevieron a abrir el cofre; porque su dios Dagón se había encontrado con tal destino que temían tocarlo o tenerlo cerca de ellos. Llamaron a los sacerdotes y a los adivinos, y les preguntaron qué debían hacer con el arca de Dios. Les aconsejaron que lo devolvieran al pueblo a quien pertenecía, y que enviaran con él una costosa ofrenda por la culpa, que si a Dios le complacía aceptar, serían sanados. También deben entender que la mano de Dios estaba sobre ellos porque habían tomado su arca, que pertenecía única

Algunos no estaban a favor de esto. Era demasiado humillante llevar el arca de regreso; e instaron a que ninguno de los filisteos se atreviera a arriesgar su vida para llevar el arca del Dios de Israel, que les había traído tanta muerte. Sus consejeros rogaron al pueblo que no endureciera su corazón, como lo habían hecho los egipcios y Faraón, y que les causara aflicciones y plagas aún mayores. Y como todos tenían miedo de tomar el arca de Dios, les aconsejaron [408], diciendo: Ahora, pues, haced un carro nuevo, y tomad dos vacas lecheras, sobre las cuales no haya venido yugo, y atad las vacas al carro, y traer sus becerros a casa de ellos. Y tomad el arca del Señor, y ponedla sobre el carro; y poned las joyas de oro que le devolvieréis en expiación por la culpa, en un cofre a su lado; y despídelo, para que se vaya. Y ved, si sube por el camino de su término á Beth-semes, él nos ha hecho este gran mal; pero si no, entonces sabremos que no es su mano la que nos hirió; fue una casualidad que nos pasó. Y los hombres así lo hicieron; y tomó dos vacas lecheras, y las ató a la carreta, y encerró sus becerros en casa.”

“Y las vacas tomaron el camino derecho al camino de Bet-semes, y

iban por el camino mugiendo al pasar, y no se desviaban a derecha ni a izquierda”.

Los filisteos sabían que las vacas no serían inducidas a dejar a sus terneros en casa, a menos que algún poder invisible las instara. Las vacas fueron directas a Bet-semes, mugiendo por sus terneros, pero saliendo directamente de ellos. Los príncipes de los filisteos siguieron el arca hasta el término de Bet-semes.

No se atrevieron a confiar ese cofre sagrado por completo a las vacas. Temían que si le acontecía algún mal, les sobrevendrían calamidades mayores. No sabían que los ángeles de Dios acompañaban el arca y guiaban a las vacas en su curso al lugar que les correspondía. La gente de Bet-semes estaba segando en el campo; y cuando vieron el arca de Dios sobre la carreta, tirada por las vacas, se regocijaron mucho. Sabían que era obra de Dios. Las vacas

[409] arrastraron el carro que contenía el arca hasta una gran piedra y se detuvieron. Los levitas bajaron el arca del Señor y la ofrenda de los filisteos, y ofrecieron el carro y las vacas que habían llevado el arca sagrada, y la ofrenda de los filisteos, a Dios en holocausto. Los príncipes de los filisteos volvieron a Ecrón y la plaga cesó.

Los hombres de Bet-semes tenían curiosidad por saber qué gran poder podía haber en esa arca, que hizo que lograra cosas tan maravillosas. Ellos consideraban que el arca era tan poderosa y no acreditaban el poder a Dios. Sólo los hombres designados sagradamente para el propósito podían contemplar el arca, despojada de sus cubiertas, sin morir; porque era como si mirara a Dios mismo. Y cuando el pueblo satisfizo su curiosidad y abrió el arca para contemplar sus sagrados rincones, lo que los idólatras paganos no se habían atrevido a hacer, los ángeles que atendían el arca mataron a más de cincuenta mil personas.

Y la gente de Bet-semes tuvo miedo del arca; y dijeron: ¿Quién podrá estar en pie delante de este santo Señor Dios? ¿Y a quién subirá de entre nosotros? Y enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat-jearim, diciendo: Los filisteos han vuelto a traer el arca del Señor. Desciendan y tráiganlo para ustedes”. Los habitantes de Quiriat-jearim llevaron el arca del Señor a la casa de Abinadab y santificaron a su hijo para que la guardara. Durante veinte años los hebreos estuvieron en poder de los filisteos, y fueron humillados en gran manera,

arrepentidos de sus pecados; y Samuel intercedió por ellos, y Dios volvió a tener misericordia de ellos. Y los filisteos les hicieron guerra; y el Señor obró de nuevo de una manera milagrosa para Israel, y [410] vencieron a sus enemigos.

El arca permaneció en la casa de Abinadab hasta que David fue coronado rey. Reunió a todos los escogidos de Israel, treinta mil, y fue a traer el arca de Dios. Pusieron el arca sobre un carro nuevo y la sacaron de la casa de Abinadab. Uza y Ahio, hijos de Abinadab, conducían el carro. David y toda la casa de Israel tocaron delante del Señor con toda clase de instrumentos musicales.

“Y cuando llegaron a la era de Najón, Uza extendió su mano hacia el arca de Dios, y la agarró; porque los bueyes la sacudieron. Y la ira del Señor se encendió contra Uza, y Dios lo hirió allí por su error; y allí murió junto al arca de Dios.”

Uza se enojó con los bueyes, porque tropezaron. Mostró una manifiesta desconfianza en Dios, como si quien había traído el arca de la tierra de los filisteos no pudiera cuidarla. Los ángeles que atendían el arca derribaron a Uza por presumir impacientemente de poner su mano sobre el arca de Dios.

“Y David tuvo miedo de Jehová aquel día, y dijo: ¿Cómo vendrá a mí el arca de Jehová? Así que David no le quiso llevar el arca del Señor a la ciudad de David; pero David lo llevó aparte a la casa de Obed-edom, el geteo.” David sabía que era un hombre pecador; y temía que, como Uza, de alguna manera fuera presuntuoso y provocara la ira de Dios sobre sí mismo.

“Y estuvo el arca de Jehová en casa de Obed-edom geteo, tres meses; y el Señor bendijo a Obed-edom y a toda su casa”.

Dios enseñaría a su pueblo que, mientras su arca era un terror y [411] muerte a los que transgredían sus mandamientos contenidos en él, también era una bendición y fortaleza para los que eran obedientes a sus mandamientos. Oyendo David que la casa de Obed-edom había sido grandemente bendecida, y que todo lo que había prosperado por causa del arca de Dios, tuvo gran deseo de traerla a su propia ciudad. Pero antes de que David se atreviera a mover el arca sagrada, se santificó a Dios, y también ordenó que todos los hombres de mayor autoridad en el reino se mantuvieran alejados de todos los asuntos mundanos y de todo lo que pudiera distraer sus mentes de la devoción sagrada.

Así deben santificarse con el propósito de conducir el arca sagrada a la ciudad de David. “Así que David fue y llevó el arca de Dios de la casa de Obed-edom a la ciudad de David con alegría. Y aconteció que cuando los que llevaban el arca del Señor hubieron andado seis pasos, sacrificó bueyes y animales cebados.”

David se despojó de su atavío real y se vistió con ropas similares a las de los sacerdotes, que nunca se habían usado antes, para que no hubiera la menor impureza en su ropa. Cada seis pasos erigían un altar y sacrificaban solemnemente a Dios. La bendición especial del Señor recayó sobre el rey David, quien así manifestó ante su pueblo su exaltada reverencia por el arca de Dios. “Y David bailó delante del Señor con todas sus fuerzas; y David estaba ceñido con un efod de lino. Entonces David y toda la casa de Israel conducían el arca del Señor con júbilo y sonido de trompeta. Y cuando el arca del Señor entraba en la ciudad de David, Mical, hija de Saúl, miró por una ventana y vio al rey David saltando y [412] bailando delante del Señor; y ella lo menospreció en su corazón.”

La dignidad y el orgullo de la hija del rey Saúl se escandalizaron cuando el rey David se despojó de sus vestiduras de realeza y de su cetro real, y se vistió con las sencillas vestiduras de lino que usaban los sacerdotes. Ella pensó que él se estaba deshonrando mucho ante el pueblo de Israel. Pero Dios honró a David a la vista de todo Israel al permitir que su Espíritu morara en él. David se humilló, pero Dios lo exaltó. Cantó de manera inspirada, tocando el arpa, produciendo la música más encantadora. Sintió, en un grado pequeño, ese santo gozo que todos los santos experimentarán a la voz de Dios cuando su cautiverio termine, y Dios haga un pacto de paz con todos los que han guardado sus mandamientos.

“Y metieron el arca de Jehová, y la pusieron en su lugar, en medio del tabernáculo que David había levantado para ella. Y David ofreció holocaustos y ofrendas de paz delante del Señor”.

Después de que Salomón hubo terminado de construir el templo, reunió a los ancianos de Israel y a los hombres más influyentes del pueblo, para sacar el arca del pacto del Señor de la ciudad de David. Estos hombres se consagraron a Dios y, con gran solemnidad y reverencia, acompañaron a los sacerdotes que llevaban el arca. “Y trajeron el arca de Jehová, y el tabernáculo de reunión, y todos los utensilios sagrados que estaban en el tabernáculo;

cle, incluso aquellos hicieron subir a los sacerdotes y a los levitas. Y el rey Salomón, y toda la congregación de Israel que se había reunido con él, estaban con él delante del arca, sacrificando ovejas y bueyes, que no se podía contar ni contar por la multitud.”

Salomón siguió el ejemplo de su padre David. Cada seis [413] pasos, sacrificó. Con cánticos, música y gran ceremonia, “los sacerdotes metieron el arca del pacto de Jehová en su lugar, en el oráculo de la casa, en el lugar santísimo, debajo de las alas de los querubines. Porque los querubines extendían sus dos alas sobre el lugar del arca, y los querubines cubrían el arca y sus varas arriba.”

Se había hecho un santuario espléndido, de acuerdo con el modelo mostrado a Moisés en el monte, y luego presentado por el Señor a David. El santuario terrenal fue hecho como el celestial. Además de los querubines en la parte superior del arca, Salomón hizo otros dos ángeles de mayor tamaño, de pie en cada extremo del arca, representando a los ángeles celestiales que guardan siempre la ley de Dios. Es imposible describir la belleza y el esplendor de este tabernáculo. Allí, como en el tabernáculo, el arca sagrada fue transportada en orden solemne y reverencial y colocada en su lugar bajo las alas de los dos majestuosos querubines que estaban de pie sobre el suelo.

El coro sagrado unía sus voces con todo tipo de instrumentos musicales, en alabanza a Dios. Y mientras las voces, en armonía con instrumentos de música, resonaban por el templo y eran transportadas por los aires a través de Jerusalén, la nube de la gloria de Dios se apoderó de la casa, como antes había llenado el tabernáculo. “Y sucedió que cuando los sacerdotes salieron del lugar santo, la nube llenó la casa del Señor, de modo que los sacerdotes no podían estar de pie para ministrar a causa de la nube; porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor.”

El rey Salomón se paró sobre un patíbulo de bronce ante el altar, [414] y bendijo al pueblo. Luego se arrodilló y, con las manos levantadas hacia arriba, derramó una oración ferviente y solemne a Dios, mientras la congregación estaba inclinada con el rostro en tierra. Después de que Salomón terminó su oración, un fuego milagroso vino del cielo y consumió el sacrificio.

A causa de los pecados de Israel, se cumplió la calamidad que Dios dijo que vendría sobre el templo si su pueblo se apartaba de él.

algunos cientos de años después de la construcción del templo. Dios le prometió a Salomón, si permanecía fiel y su pueblo obedecían todos sus mandamientos, que ese glorioso templo se mantendría para siempre en todo su esplendor, como evidencia de la prosperidad y las exaltadas bendiciones que reposaban sobre Israel por su obediencia.

Debido a la transgresión de Israel de los mandamientos de Dios, y sus actos malvados, Dios permitió que fueran al cautiverio, para humillarlos y castigarlos. Antes de que el templo fuera destruido, Dios dio a conocer a algunos de sus siervos fieles el destino del templo, que era el orgullo de Israel, y al que consideraban idolatría, mientras pecaban contra Dios. También les reveló la cautividad de Israel. Estos hombres justos, justo antes de la destrucción del templo, sacaron el arca sagrada que contenía las tablas de piedra y, con luto y tristeza, la escondieron en una cueva donde debía ser escondida del pueblo de Israel, a causa de sus pecados. , y nunca más les sería devuelto. Esa arca sagrada aún está escondida. Nunca ha sido perturbado desde que fue secretado.